Charles Stross
Cielo de singularidad



Es el siglo veinticinco. La humanidad ha sido revolucionada por el contacto con el Escatón, una casi omnipotente inteligencia artificial capaz de controlar los viajes en el tiempo. Sin embargo el Escatón no les permite a los humanos el viaje por el tiempo, para evitar que estos alteren el futuro donde se desarrolla el Escatón y lo hagan desaparecer.

En este estado de cosas, en Nueva Republica, una colonia humana donde se ha prohibido cualquier tipo de manifestación tecnológica, se recibe la visita de el Festival, otra inteligencia alienígena que parece ser otra faceta del mismísimo Escatón

Los dos “protas” de la novela abandonan la Tierra que ahora es una gran comuna anarquista y se dirigen al mundo capital de la Nueva República, con la misión de evitar la crisis o sabotear la flota de guerra de la Nueva República a toda costa.

En definitiva, una buena novela de moderna *space opera* que nos hará pasar un buen rato. Su único defecto es que en algunos momentos la acción se ralentiza bastante y el final puede que no esté a la altura de las circunstancias.

Charles Stross

CIELO DE SINGULARIDAD

Título original: *Singularity Sky*
Charles Stross, 2003

Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano
Ilustración de cubierta: Michael Whelan

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo
La tormenta que se avecina
Preparativos de partida
El horizonte parecido al espacio
El hombre del almirante
Incidente en el depósito lobo
Telegramas de los muertos
Una guerra semiótica
Confesiones
Comportamiento diplomático
Invitación a una ejecución
Circo de muerte
Saltadores
Bromistas
El técnico del teléfono
Servicio de entrega
Epílogo
Acerca del autor

PRÓLOGO

El día que se declaró la guerra, una lluvia de teléfonos cayó con estrépito sobre los adoquines de Novy Petrograd. Algunos de ellos se habían fundido parcialmente en la reentrada. Otros sonaban y vibraban mientras su temperatura descendía con rapidez bajo el frío del amanecer. Una paloma curiosa se posó con la cabeza ladeada cerca de uno. Picoteó la brillante carcasa y a continuación se alejó batiendo las alas, alarmada, al ver que empezaba a sonar. Una vocecilla dijo:

—¿Sí? ¿Quieres divertirnos?

El Festival había llegado al Planeta de Rochard.

Un flacucho niño callejero fue una de las primeras víctimas del asalto a la integridad económica de la más reciente colonia de la Nueva República. Rudi —nadie conocía su

patronímico ni, de hecho, la identidad de su padre— encontró uno de los teléfonos en el arroyo de un callejón mugriento mientras trabajaba, con un saco apestoso enrollado alrededor de los flacos hombros como el petate de un soldado. El teléfono estaba tirado sobre las piedras descascarilladas, brillando como una bruñida pieza de artillería: el muchacho lanzó una mirada furtiva a su alrededor antes de recogerlo, por si seguía por allí el caballero al que sin duda se le debía de haber caído. Cuando empezó a sonar estuvo a punto de dejarlo caer de puro miedo: ¡Una máquina! Las máquinas eran cosas prohibidas, cosas que poseía la gente rica, guardadas por las caras sombrías y los uniformes grises de las autoridades. No obstante, si se la llevaba al Tío Samuel, puede que le diese algo bueno de comer: algo mejor que lo que podría comprar con lo que le darían en la curtiduría por las mierdas de perro que llevaba en el saco. Le dio la vuelta entre las manos, preguntándose cómo se apagaría, y entonces una vocecilla dijo:

—¿Hola? ¿Quieres divertirnos?

Rudi estuvo a punto de soltar el teléfono y echar a correr, pero la curiosidad lo contuvo un momento.

—¿Por qué?

—Diviértenos y te daremos lo que quieras.

A Rudi se le abrieron los ojos como platos. La placa de metal brillaba entre sus manos, llena de promesas. Se acordó de los cuentos de hadas que su hermana mayor le contaba antes de que la tuberculosis se la llevara, cuentos sobre lámparas mágicas y genios y magos y tuvo la certeza de que el Padre Borozovski los tacharía de necedad propia de infieles. Su necesidad de escapar de la apagada brutalidad de la vida cotidiana se enfrentó con su pesimismo natural, el pesimismo derivado de más de una década de trabajo agotador. El realismo venció. Lo que dijo no fue, quiero una alfombra mágica y una bolsa de rublos de oro ni quiero ser el Príncipe Mijaíl y vivir en el palacio real sino, ¿puedes dar de comer a mi familia?

—Sí. Diviértenos y daremos de comer a tu familia.

Rudi empezó a devanarse los sesos, pues no tenía la menor idea de cómo llevar a cabo una tarea tan insólita, y de pronto parpadeó. ¡Era evidente! Se llevó el teléfono a la boca y susurró:

—¿Quieres que te cuente una historia?

Hacia el final de aquel día, cuando el maná había empezado a caer desde la órbita y los sueños de los hombres estaban cobrando vida como extrañas plantas trepadoras después de una lluvia en el desierto, Rudi y su familia —su madre enferma, su tío alcohólico y sus siete hermanos— no

formaban parte ya de la economía política de la Nueva República.

Se había declarado la guerra.

En las profundidades de las estribaciones exteriores del sistema estelar, la flota de construcción del Festival creaba estructuras a partir de la masa muerta. La flota del Festival viajaba deprisa, reunida en astrosondas migratorias que desdeñaban la lentitud lumínica de las naves de los meros humanos. Cuando arribaba, las brillantes vainas de fusión se encendían mientras una vida-A de aspecto insectil era engendrada furiosamente en las gélidas profundidades del espacio exterior. Cuando los hábitats estuvieran completos y se hubieran puesto en órbita alrededor del planeta de destino, los viajeros del Festival saldrían de su hibernación, preparados para comerciar y escuchar.

El Planeta de Rochard era una remota colonia de la Nueva República, en ningún caso la más prometedora de las civilizaciones humanas surgidas con posterioridad a la Diáspora. Con una base industrial demasiado limitada como para atraer el comercio —limitada tanto por la falta de habilidad como por la acción del estado—, pocos ojos se volvían a escudriñar el cielo en busca de naves de otros mundos. Solo el espaciopuerto, en órbita geosincrónica, montaba guardia, y su atención estaba dirigida hacia la eclíptica del interior del sistema. La flota del Festival había desmantelado un gigante gaseoso y tres cometas, había

empezado a trabajar en una segunda luna y se estaba preparando para hacer llover teléfonos desde la órbita antes de que la Oficina Imperial de Control de Tráfico se diera cuenta de que pasaba algo.

Por otra parte, al principio hubo considerable confusión. Aunque no formaba parte de los mundos centrales, la Nueva República no estaba muy lejos de ellos. En cambio, el origen del Festival se encontraba muy lejos del cono de luz de la Nueva República, a más de un millar de años luz de la vieja y anárquica Tierra. A pesar de que compartían un origen común, la Nueva República y el Festival habían divergido hacía tantos siglos que todo —desde los protocolos de comunicación a los sistemas económicos, pasando por sus respectivos genomas— era diferente. Así que las naves orbitales del Festival advirtieron (e ignoraron) los lentos y monocromáticos parloteos de la Oficina Imperial de Control de Tráfico. Lo que resulta más difícil de comprender es que en el Palacio Ducal a nadie se le ocurriera coger uno de los teléfonos medio fundidos que salpicaban el suelo y peguntar: «¿Quiénes sois y qué queréis?». Pero puede que esto no sea tan extraño, porque a media tarde Novy Petrograd se encontraba en un estado de insurrección civil a duras penas controlada.

Burya Rubenstein, el periodista radical, agitador democrático y prisionero político temporal (vivía en un exilio interno en las afueras de la ciudad y tenía prohibido regresar al planeta materno —así como a sus amantes e hijos—

durante al menos otra década) empujó el plateado artefacto que había sobre la mesa con un dedo manchado de la tinta que se le salía a su pluma.

—¿Dices que han estado cayendo por todas partes? —preguntó, con una voz que de tan baja resultaba ominosa.

Marcus Wolff asintió.

—Por toda la ciudad. Misha me ha enviado un cable desde el campo para decirme que allí también está pasando. Los hombres del Duque han salido con escobas y sacos a recogerlos pero hay demasiados. Y también hay otras cosas.

—Otras cosas. —No lo dijo con tono interrogativo pero las cejas enarcadas de Burya dejaron bien claro su sentido.

—Están cayendo cosas del cielo… ¡Y no hablo de la lluvia de ranas de costumbre! —Mientras Oleg Timoshevski paseaba excitadamente de un lado a otro estuvo a punto de derribar una de las máquinas de escribir que había sobre la mesa de la cocina, parte de la prensa clandestina que Rubenstein había montado arriesgándose a otra década de exilio—. Esas cosas… son como teléfonos, creo, al menos responden cuando les preguntas… Todas dicen lo mismo: diviértenos, edúcanos, ¡y a cambio te daremos lo que pidas! ¡Y lo hacen! ¡He visto con mis propios ojos cómo caía del cielo una bicicleta! Y todo porque Georgi Pavlovich quería

una y le contó a la máquina la historia de Roldan mientras esperaba.

—Me cuesta creerlo. Quizá deberíamos ponerlo a prueba. —Burya esbozó una sonrisa lupina, de una forma que a Marcus le recordó a los viejos tiempos, cuando su camarada tenía fuego en las tripas, un revolver en las manos, y la confianza de diez mil trabajadores del Sindicato de Ingenieros Ferroviarios, durante la fallida Revolución de Octubre de hacía doce años—. Si nuestros misteriosos benefactores están dispuestos a cambiar bicicletas por cuentos viejos, me pregunto que podrían dar a cambio de una teoría general de economía política posindustrial.

—Si vas a cenar con el Diablo, mejor será que lo hagas con una cuchara muy, muy larga —le advirtió Marcus.

—Oh, no temas. Lo único que quiero es hacer algunas preguntas. —Rubenstein cogió el teléfono y le dio varias vueltas entre sus manos, lleno de curiosidad—. ¿Dónde está el…? Ah. Aquí. Máquina. ¿Me oyes?

—Sí.

La voz era suave, carente de acento y ligeramente musical.

—Bien, ¿quiénes sois, de dónde venís y qué queréis?

—Somos el Festival. —Los tres activistas se inclinaron sobre el teléfono y estuvieron a punto de golpearse las

cabezas—. Hemos recorrido muchos doscientos cincuenta y seises años luz y hemos visitados muchos dieciseises planetas inhabitados. Buscamos información. Comerciamos.

—¿Comerciáis? —Burya levantó la mirada, ligeramente decepcionado. Un puñado de capitalistas interestelares no era precisamente lo que había estado esperando.

—Os damos cualquier cosa. Vosotros nos dais una cosa. Algo que no sepamos aún: arte, matemáticas, teatro. Literatura. Biografía, religión, genética, diseño. ¿Qué quieres darnos?

—Cuando dices que nos daréis cualquier cosa, ¿qué quieres decir? ¿La eterna juventud? ¿La inmortalidad?

Había una tenue nota de sarcasmo en sus palabras pero el Festival no dio muestras de haberla advertido.

—Los términos abstractos son difíciles. El intercambio de información también es difícil: aquí la amplitud de banda es limitada, no hay acceso. Pero podemos hacer cualquier estructura que queráis y dejarla caer desde órbita. ¿Quieres una casa nueva? ¿Un carruaje sin caballos que vuele y navegue? ¿Ropa? Lo haremos.

Timoshevski puso cara de estupor.

—¿Tenéis una cornucopia? —preguntó con voz jadeante. Burya se mordió la lengua. Puede que fuese una interrupción, pero era perfectamente comprensible.

—Sí.

—¿Nos darías una? ¿Junto con instrucciones para utilizarla y una biblioteca de diseños? —preguntó Burya con el pulso acelerado.

—Puede ser. ¿Qué nos daríais a cambio?

—Mmmmm. ¿Qué te parece una teoría postmarxista de economía política postecnológica y la prueba de que una dictadura hereditaria solo puede mantenerse recurriendo a la sistemática opresión y explotación de los trabajadores e ingenieros y no puede sobrevivir una vez que el pueblo ha adquirido medios de producción con capacidad de autorreplicación?

Hubo una pausa y Timoshevski exhaló furiosamente. En el mismo momento en que se disponía a hablar, el teléfono emitió un extraño sonido parecido a una campanada.

—Con eso bastará. Suministraréis la teoría a este nodo. La clonación de un replicador y su correspondiente biblioteca está ya en marcha. Pregunta: ¿capacidad de suministrar pruebas sobre la validez de la teoría?

Burya sonrió.

—¿Tiene vuestro replicador capacidad para replicarse a sí mismo? ¿Y contiene planos para la producción de armas de fusión, vehículos militares y cañones?

—Sí, y sí a todas las subpreguntas. Pregunta: ¿capacidad de suministrar pruebas sobre la validez de la teoría?

Timoshevski estaba lanzando puñetazos al aire y dando saltos por toda la oficina. Hasta el normalmente flemático Wolff sonreía como un loco.

—Dadle a los trabajadores los medios de producción y nosotros os demostraremos la teoría —dijo Rubenstein—. Tenemos que hablar en privado. Volveremos dentro de una hora, con los textos que solicitáis. —Apretó el botón de COLGAR—. ¡Sí!

Al cabo de un minuto, Timoshevski se calmó un poco. Rubenstein esperó con aire indulgente. A decir verdad, se sentía igual que él. Pero su deber como líder del movimiento —o al menos lo más parecido que tenían a un estadista, exiliado en aquel agujero infestado de moscas y lleno de agua estancada— era pensar con frialdad. Y había muchas cosas en que pensar, porque dentro de muy poco tiempo las cabezas entrarían en contacto con los adoquines en grandes cantidades: el Festival, fuera quien fuese y fuera lo que fuese, no parecía darse cuenta de que les había ofrecido a cambio de un trozo de papel la llave de la cárcel en la que, en el nombre de la estabilidad y la tradición, millones de

siervos habían sido confinados durante siglos por sus amos aristócratas.

—Amigos —dijo con la voz temblorosa por la emoción—. Confiemos en que esto no sea un engaño cruel. Porque si no lo es, al fin podremos dar muerte al cruel espectro que ha atormentado a la Nueva República desde su concepción. Llevaba algún tiempo esperando ayuda de alguna… fuente, pero si esto se confirma, es muchísimo mejor. Marcus, reúne a todos los miembros del comité que puedas encontrar. Oleg, voy a preparar un cartel: tenemos que imprimir cinco mil copias inmediatamente y distribuirlas antes de que Politovsky piense en levantar el dedo y declarar el estado de emergencia. Hoy, el Planeta de Rochard está en el umbral de la liberación. ¡Mañana, será toda la Nueva República!

A la mañana siguiente, tropas de la guardia del Palacio Ducal y de la guarnición de la Colina del Cráneo colgaron a seis campesinos y técnicos en la plaza del mercado. La ejecución fue una advertencia para acompañar al decreto ducal: Tratar con el Festival significa la muerte. Alguien, posiblemente un miembro de la Oficina del Conservador, había comprendido el peligro que el Festival representaba para el régimen y había decidido que era necesario dar un escarmiento.

Ya era demasiado tarde para impedir que el Partido Democrático Revolucionario colgara por toda la ciudad carteles explicando que había teléfonos por toda la ciudad y

señalando que, en palabras del viejo proverbio, «dale a un hombre un pescado y lo alimentarás un día. Enséñalo a pescar y lo alimentarás toda la vida». Otros carteles más radicales, que exhortaban a los trabajadores a exigir los medios para construir herramientas autorreplicantes, rasgaron una poderosa cuerda en la psique colectiva porque, por mucho que al régimen le hubiera gustado lo contrario, el pueblo no había perdido la memoria.

A la hora de comer, cuatro atracadores de bancos se habían apoderado de la oficina de correos principal de Plotsk. Llevaban armas desconocidas y cuando un Zeppelin de la policía llegó a la escena del crimen, lo derribaron. No fue un incidente aislado. Por todo el planeta, el apparat de policía y seguridad estatal informaba sobre incidentes de desafío claro, respaldados en muchos casos por armas que parecían haberse materializado de la nada. Al mismo tiempo, extrañas viviendas cupulares brotaron como hongos en un millar de granjas de las afueras, tan lujosamente equipadas y tan confortables como la mejor de las residencias ducales.

Una floración de lucecitas cubrió el cielo, y durante las siguientes horas las radios no emitieron otra cosa que un zumbido de estática. Algún tiempo más tarde, los brillantes rastros de las cápsulas de reentrada de emergencia atravesaron el firmamento a unos mil kilómetros al sur de Novy Petrograd. Aquella noche, la Armada anunció, con gran pesar, la pérdida del destructor Sakhalin en un heroico ataque contra la flota enemiga que rodeaba la colonia. Había

logrado infligir graves daños a los agresores. Además, había solicitado refuerzos a la capital imperial utilizando el Canal Causal, y la cuestión estaba siendo tratada con la máxima gravedad por Su Majestad Imperial.

La noche se echó a perder con demostraciones espontáneas de soldados y trabajadores, mientras las autoridades emplazaban coches blindados en los puentes que cruzaban el río Hava, que separaban el Palacio Ducal y la guarnición de la ciudad propiamente dicha.

Y, lo más siniestro de todo, una improvisada feria empezó a aparecer en los espacios abiertos del Campo de Desfiles del Norte: una feria en la que nadie trabajaba, todo era gratis y cualquier cosa que cualquiera pudiera querer (y algunas cosas que nadie en su sano juicio desearía) podía obtenerse con solo pedirlo.

Al tercer día desde el comienzo de la incursión, Su Excelencia el Duque Felix Politovsky, Gobernador del Planeta de Rochard, entró en la Cámara Estelar para reunirse con su consejo y, por medio de una teleconferencia tan cara como para provocar lágrimas, suplicar ayuda a su Emperador.

Politovsky era un hombre grueso y de cabello cano, de unos sesenta y cuatro años, mal conservado a causa del uso de tratamientos médicos contra el envejecimiento de contrabando. Algunos decían que le faltaba imaginación y desde luego no lo habían nombrado gobernador de un

vertedero atrasado en el que se hacinaban los agitadores y los hijos segundones gracias a su gran peso político. No obstante, y a pesar de su disposición tozuda y su falta de visión, Felix Politovsky estaba profundamente preocupado.

Los hombres de uniforme y los miembros de su gabinete, ataviados con el traje formal del cuerpo diplomático, se pusieron firmes cuando entró en la sala forrada de paneles de madera de lujo y se dirigió a la cabecera de la mesa de juntas.

—Caballeros, tomen asiento, por favor —gruñó, al tiempo que se dejaba caer en el sillón que dos criados habían apartado de la mesa para él—. Beck, ¿ha habido algún avance esta noche?

Gerhard Von Beck, Ciudadano, jefe del departamento local de la Oficina del Conservador, sacudió la cabeza con aire sombrío.

—Más motines en la orilla sur. Los alborotadores no se quedaron para luchar cuando envié un destacamento de la guardia. Hasta el momento, la moral parece mantenerse alta en los barracones. Molink está aislada. No hemos tenido noticias de esa ciudad en todo el día y el helicóptero que enviamos a investigar no ha regresado. Los demócratas están organizando una auténtica fiesta alrededor de la ciudad, lo mismo que los radicales. He tratado de hacer arrestar a los sospechosos habituales, pero se han constituido en un

Soviet Extropiano y se niegan a cooperar. Los peores elementos se han encerrado en el mercado de grano, a tres kilómetros al sur de aquí. Están reunidos en sesión permanente y emiten proclamas y comunicados revolucionarios cada hora en punto. Alentando al pueblo a tratar con el enemigo.

—¿Por qué no ha utilizado las tropas? —exclamó Politovsky.

—Dicen que tienen armas atómicas. Si nos movemos… —Se encogió de hombros.

—Oh. —El Gobernador se atusó el crecido bigote con aire lúgubre y suspiró—. Comandante Janackzeck. ¿Qué noticias hay de la Armada?

Janackzeck se puso en pie. Hombre alto y de aspecto preocupado, ataviado con el uniforme de un oficial de marina, parecía mucho más nervioso que el calmado Von Beck.

—Había dos cápsulas de supervivencia que escaparon a la destrucción del Sakhalin. Las hemos recuperado las dos y hemos interrogado a los supervivientes. Parece ser que el Sakhalin se aproximó a uno de los enemigos de mayor tamaño y exigió que abandonaran inmediatamente la órbita y se dejaran abordar para proceder a una inspección. El enemigo no respondió así que el Sakhalin disparó en su

dirección. Lo que ocurrió luego no está claro. Ninguno de los supervivientes era un oficial del puente de mando y sus declaraciones son contradictorias, pero parece ser que hubo un impacto contra una especie de cuerpo extraño, que a continuación devoró al destructor.

—¿Qué lo devoró?

—Sí, señor. —Janackzeck tragó saliva—. Tecnología prohibida.

Politovsky se puso pálido.

—¿Borman?

—¿Sí, señor? —Su ayudante se puso en pie, en posición de firmes.

—Obviamente, esta situación excede nuestra capacidad de respuesta si no contamos con más recursos. ¿De cuánto ancho de banda causal dispone la Oficina de Correos para una conferencia televisiva con la capital?

—Um… eh… Cincuenta minutos, señor. El próximo envío de fibra de cubits desde Nueva Praga está previsto para dentro de… eh… dieciocho meses. Si me permite la sugerencia, señor…

—Hable.

—¿Podríamos mantener un minuto de ancho de banda en reserva, para poder enviar mensajes de texto? Me doy cuenta de que es una emergencia, pero si consumimos el canal entero, nos quedaremos incomunicados con la capital hasta que el próximo cargamento esté disponible. Y, con el debido respeto al comandante Janackzeck, no estoy muy seguro de que la marina sea capaz de enviar naves correo mientras el enemigo siga allí.

—Hágalo. —Politovsky se reclinó en su asiento y estiró los hombros—. Pero solo un minuto. El resto lo quiero disponible para una conferencia televisiva con Su Majestad, en cuanto le sea posible. Organice la conferencia y avíseme cuando esté preparada. Oh, y mientras se encarga de eso, tome. —Se inclinó hacia delante y firmó apresuradamente un documento que había sacado de su cartera—. Declaro el estado de emergencia y, por la autoridad que me confieren Dios y Su Majestad Imperial, decreto que estamos en estado de guerra con… ¿Con quién demonios estamos en guerra?

Von Beck se aclaró la garganta.

—Parece ser que se llaman a sí mismos el Festival, señor. Por desgracia, parece que no hay información sobre ellos y las búsquedas en los Archivos del Conservador han proporcionado solo respuestas nulas.

—Muy bien. —Borman le pasó una nota a Politovsky y el Gobernador se puso en pie—. En pie, caballeros. ¡Su Majestad Imperial!

Todos se pusieron en pie y, como un solo hombre, se volvieron con expectación hacia la pantalla que había en la pared opuesta de la sala de juntas.

LA TORMENTA QUE SE AVECINA

—¿Puedo preguntar de qué se me acusa? —preguntó Martin.

La luz del sol que se filtraba por la claraboya, situada a gran altura, dividía la estrecha oficina con barrotes de plata: Martin veía bailar las motas de polvo, brillantes como estrellas, detrás de la cabeza en forma de bala del Ciudadano. El único sonido que había en la habitación era el arañar de la pluma sobre el grueso papel de vitela oficial y el repetitivo crujido de los engranajes cada vez que su ayudante volvía a dar cuerda al mecanismo del motor analítico que había sobre su mesa. La habitación olía a aceite de máquinas y miedo estancado.

—¿Se me acusa de algo? —insistió Martin.

El Ciudadano lo ignoró y siguió con la cabeza inclinada sobre los formularios. Su joven ayudante, una vez concluido su rutinario trabajo, empezó a sacar una cinta de papel del motor.

Martin se levantó.

—Si no se me acusa de nada, ¿hay alguna razón por la que deba quedarme?

Esta vez el Ciudadano Conservador lo fulminó con la mirada.

—Siéntese —le espetó.

Martin se sentó.

Al otro lado de la claraboya, era una tarde luminosa y fría de abril. Los relojes de San Michael acababan de dar las catorce cero cero y en la Plaza de las Cinco Esquinas, el famoso Simulacro de la Duquesa estaba interpretando su eterna pantomima convulsa. El hastío chirriaba en el interior de Martin. Le costaba adaptarse al ritmo de las cosas en la Nueva República y eso resultaba doblemente molesto cuando topaba con la sempiterna burocracia. Llevaba allí cuatro meses, cuatro meses apestosos con un trabajo que hubiera debido de llevarle diez días. Estaba empezando a preguntarse si volvería a ver la Tierra antes de morir de viejo.

De hecho, estaba tan harto de esperar a que se materializase su permiso de trabajo que la orden recibida aquella mañana para presentarse en una oficina que se encontraba tras la fachada de hierro del Basilisco había resultado un alivio, algo que había roto la monotonía. No lo había llenado del mismo miedo tembloroso que semejante llamada hubiera provocado en el corazón de un súbdito de la Nueva República. A fin de cuentas, ¿qué podía hacerle la Oficina del Conservador a él, un ingeniero de otro mundo con un contrato a prueba de bombas firmado por el Almirantazgo? La orden había llegado de la mano de un correo uniformado, no en la forma de una incursión en plena noche. Este hecho al menos sugería un cierto grado de contención y, consecuentemente, una forma de responder, y Martin había decidido seguir interpretando el papel del perplejo visitante alienígena mientras le fuera posible.

Pasado otro minuto, el Ciudadano dejó la pluma en la mesa y miró a Martin.

—Por favor, su nombre —dijo en voz baja. Martin cruzó los brazos.

—Si no lo sabe ya, ¿qué estoy haciendo aquí?

—Por favor, diga su nombre para que pueda ser registrado en la grabación.

El Ciudadano hablaba en voz baja, seca, tan controlado como una máquina. Hablaba la comercialingua local, un dialecto de la vieja y casi universal lengua inglesa, con un marcado acento que recordaba al alemán.

—Martin Springfield.

El Ciudadano tomó nota.

—Ahora, por favor, diga su nacionalidad.

—¿Mi qué?

Debió de poner cara de estupor, porque el Ciudadano enarcó una de sus entrecanas cejas.

—Por favor, diga su nacionalidad. ¿De qué gobierno es usted súbdito?

—¿Gobierno? —Martin puso los ojos en blanco—. Vengo de la Tierra. En cuestiones legislativas y de seguros, utilizo a Pinkertons y estoy respaldado por una póliza de infracción estratégica contraída con las Nuevas Fuerzas Aéreas. Por lo que se refiere al trabajo, figuro como corporación unipersonal con obligaciones contractuales bilaterales con diversas organizaciones, incluido su Almirantazgo. Por razones de nostalgia, soy ciudadano registrado de la República Popular de West Yorkshire, aunque no he estado allí desde hace veinte años. Pero yo no diría que respondo

ante ninguno de ellos, salvo ante mis socios contractuales… y ellos responden en la misma medida ante mí.

—Pero ¿es usted de la Tierra? —preguntó el Ciudadano, con la pluma preparada.

—Sí.

—Ah. Entonces es usted súbdito de las Naciones Unidas. —Tomó nota—. ¿Por qué no lo ha dicho?

—Porque no es así —dijo Martin, con cierto tono de frustración (pero solo cierto tono: estaba al tanto de los poderes del Ciudadano y no tenía la menor intención de provocarlo para que los utilizara).

—La Tierra. La entidad política suprema de ese planeta es la Organización de las Naciones Unidas. Así que de ello se infiere que es usted súbdito suyo, ¿no?

—En absoluto. —Martin se inclinó hacia delante—. Según el último recuento, había más de quince mil organizaciones gubernamentales en la Tierra. De estas, solo las novecientas principales cuentan con representantes en Ginebra y solo setenta tienen asientos permanentes en el Consejo de Seguridad. La ONU no posee autoridad sobre ninguna organización gubernamental ni sobre ciudadano individual alguno. Es un cuerpo puramente arbitrario. Yo soy un individuo soberano. Ningún gobierno me posee.

—Ah —dijo el Ciudadano. Con enorme parsimonia, dejó la pluma junto al bloc y miró directamente a Martin—. Veo que no comprende. Voy a hacerle un gran favor y fingiré que no he oído eso último que ha dicho. ¿Vassily?

Su joven ayudante levantó la mirada.

—¿Sí?

—Fuera.

El ayudante —poco más que un muchacho de uniforme— se puso en pie y salió. Cerró con firmeza la puerta tras de sí.

—Voy a decir esto una vez y solo una vez. —El Ciudadano hizo una pausa y Martin comprendió con sobresalto que su externa impasibilidad era una escotilla cerrada a presión que contenía una furia hirviente—. Me importan un comino las estúpidas ideas que los descastados de la Tierra albergan sobre su soberanía. Me importa un comino que me insulte un insolente cachorro como usted. ¡Pero mientras se encuentre en este planeta, se regirá usted por nuestras definiciones de lo que es correcto! ¿Está claro?

Martin se echó atrás. El Ciudadano esperó a que dijera algo pero al ver que permanecía en silencio, continuó con tono gélido:

—Está usted aquí, en la Nueva República, como invitado del Gobierno de Su Majestad, y se comportará

adecuadamente en todo momento. Esto incluye mostrar el debido respeto a Su Alteza Imperial, actuar de manera decente, legal y honesta, pagar sus impuestos a la Tesorería Imperial y no dedicarse a la subversión. ¡Está usted aquí para hacer un trabajo, no para difundir una propaganda alienígena y hostil que denigra nuestro modo de vida! ¿Me comprende?

—Yo no… —Martin hizo una pausa y trató de dar con las palabras correctas, diplomáticas—. Permita que lo exprese de otra manera. Si lo he ofendido, lo siento mucho, pero si eso es lo que he hecho, ¿le importaría decirme por qué? Así podré evitar que ocurra de nuevo. Si no me dice qué es lo que no debo hacer, ¿cómo voy a evitar ofender a alguien por accidente?

—¿No se ha enterado? —preguntó el Ciudadano. Se levantó y se acercó a Martin, pasó por detrás de su silla, rodeó la mesa y regresó a su propio asiento. Una vez allí se detuvo y lo fulminó con la mirada—. Hace dos noches, en el bar del hotel Glorious Crown, se le oyó con toda claridad hablando con alguien, un tal Vaclav Hasek, tengo entendido, sobre el sistema político de su planeta natal. Propaganda y bobadas, pero propaganda y bobadas atractivas para cierto sector descontento del lumpenproletariat. Bobadas rayanas en la sedición, podría añadir, cuando dejó caer varios comentarios como… déjeme ver… «el concepto del impuesto y el de la extorsión no se diferencian en nada» o «un contrato social realizado por compulsión no es un contrato válido».

Después de su cuarta cerveza, se animó bastante y empezó a declamar sobre la naturaleza de la justicia social, lo cual resulta un problema, dado que expresó sus dudas sobre la imparcialidad de un juez nombrado por Su Majestad en determinados casos candentes contra la Corona.

—¡Eso es una estupidez! ¡No era más que un poco de charla mientras tomábamos unas cervezas!

—Si fuera usted ciudadano, sería suficiente para enviarlo en un viaje sin billete de vuelta a una de las colonias fronterizas de Su Majestad durante los próximos veinte años —dijo el Ciudadano con tono gélido—. La única razón por la que estamos manteniendo este pequeño tête-à-tête es que su presencia en los Reales Astilleros se considera esencial. Si sigue teniendo conversaciones parecidas entre cerveza y cerveza, quizá el Almirantazgo pueda ser persuadido para librarse de usted. ¿Y dónde se encontrará entonces?

Martin se estremeció. No había esperado que el Ciudadano se mostrara tan franco.

—¿De verdad es un asunto tan peliagudo una conversación política? —preguntó.

—Cuando se mantiene en lugares públicos y con un habitante de otro mundo con extrañas ideas, sí. La Nueva República no es como el degenerado embrollo anarquista en el que su mundo natal se ha convertido. Permita que lo

subraye. Como nos es usted necesario, Su Alteza Imperial le concede determinados derechos. Si se excede con esos derechos, lo pisotearemos, y lo pisotearemos con fuerza. Si le resulta difícil de comprender, le sugiero que pase el tiempo que le queda en la habitación de su hotel para que su boca no lo incrimine accidentalmente. Se lo preguntaré por tercera vez: ¿me ha comprendido?

Martin parecía escarmentado.

—S… sí —dijo.

—En ese caso salga de mi oficina.

Noche

Un hombre de mediana edad y constitución normal, de pelo castaño y barba bien recortada, yacía completamente vestido sobre la vistosa colcha de una cama de hotel, con una visera acolchada sobre la cara. Las sombras reptaban sobre la triste alfombra del cuarto mientras el sol se hundía detrás del horizonte. Los chorros de gas del candelabro siseaban y proyectaban profundas sombras por toda la estancia. Una mosca zumbaba junto al techo, describiendo un patrón de búsqueda en forma de filo de cuchillo.

Martin no estaba dormido. Su inventario entero de drones de contravigilancia estaba de patrulla, registrando la habitación en busca de micrófonos por si la Oficina del Conservador lo estaba vigilando. No tenía demasiados: en la

Nueva República eran estrictamente ilegales y se había visto obligado a pasar el equipo de contrabando utilizando glándulas sebáceas y caries dentales. Ahora estaban todos en funcionamiento, buscando dispositivos de vigilancia y enviando la información a los monitores cosidos en la visera.

Por fin, tras llegar a la conclusión de que estaba solo en la habitación, llamó a la mosca —cuyos sensores múltiples no habían saltado— y volvió a poner las pulgas en hibernación. Se levantó, cerró las ventanas y a continuación echó las cortinas. A menos que la Oficina del Conservador hubiera escondido una grabadora mecánica en el fondo del armario, no se le ocurría cómo podían estar espiándolo.

Introdujo la mano en el bolsillo delantero de la chaqueta (arrugada ahora que había estado tendido sobre ella) y sacó un libro fino y encuadernado en piel.

—Háblame.

—Hola, Martin. Puesta en marcha completa. Índice de fiabilidad cien por cien.

—Eso está bien. —Se aclaró la garganta—. Canal trasero. Ejecutar. Quiero hablar con Herman. Llamando.

El libro guardó silencio y Martin esperó con aire impasible. El aparato parecía un asistente personal, una discreta secretaria digital para un moderno asesor de negocios nativo de la Tierra. Aunque aquellos aparatos podían incorporarse

a cualquier elemento mobiliario —la ropa, incluso un diente protésico—, Martin prefería mantener el suyo con la forma de un libro antiguo. Sin embargo, los ayudantes personales normales no estaban equipados con acceso al canal causal, y mucho menos con un acceso de noventa años luz de alcance y cinco petabits de ancho de banda. Aunque casi dos petabits estaban ya gastados cuando el agente residente se lo había entregado dejándolo en un banco del parque, para Martin era de un valor casi extravagante. De hecho, valía su vida… si la policía secreta lo cogía con ello.

Un carguero no lumínico había tardado casi cien años para traer la caja negra cuántica que había en el núcleo del canal causal desde el sistema Septagon. Otro aparato idéntico había pasado ochenta años en la bodega de una nave hermana, en route a la Tierra. Ahora proporcionaban un canal de comunicación instantánea entre los dos planetas. Instantánea en términos de relatividad espacial, pero no por ello capaz de violar la causalidad y con una capacidad total limitada al número de cubits con la que habían sido creados. Una vez que aquellos cinco mil millones de megabits se hubieran consumido, habrían desaparecido para siempre… o hasta la llegada del siguiente carguero no lumínico.

(No es que tales naves fueran algo insólito: construir y lanzar una astrosonda, capaz de transportar la enorme carga útil de cien gramos a lo largo de doce años luz no era un imposible para su escuálida capacidad industrial, pero quienes dirigían las cosas en la Nueva República eran

realmente quisquillosos en lo referente al contacto con el ideológicamente impuro universo exterior).

—¿Hola? —dijo el ayudante personal—. AP: ¿es Herman? —preguntó Martin—. Aquí AP. Herman está al otro lado de la línea y todos los protocolos de autentificación están al día.

—Hoy he mantenido una entrevista con un Ciudadano de la Oficina del Conservador —dijo Martin—. Son extremadamente sensibles por lo que se refiere a la subversión.

Veintiuna palabras en cinco segundos: descompuestas en alta fidelidad, en torno a medio millón de bits. Transcritas en texto, cerca de un centenar de bits, puede que reducido a medio centenar después de una compresión segura. Lo que dejaba cincuenta bits menos en el enlace entre el AP de Martin y la Tierra. Si acudía a la Oficina de Correos, le cobrarían un dólar por palabra, tendría que esperar un día y habría un inspector postal escuchando.

—¿Qué había pasado? —preguntó Herman.

—Nada importante, pero me dieron una advertencia, y fue una advertencia seria. Lo pondré en el informe. No se habló de mi afiliación.

—¿Alguna pregunta sobre tu trabajo?

—No. Hasta donde yo sé, no sospechan nada.

—¿Por qué te han interrogado?

—Hay espías en los bares. Quieren asustarme. Aún no he estado a bordo de la Lord Vanek. El control de accesos en los muelles es muy riguroso. Creo que están preocupados por algo.

—¿Alguna confirmación de acontecimientos inusuales? ¿Movimientos de la flota? ¿Preparativos de partida?

—Nada que yo haya oído. —Se guardó de hacer más comentarios. Hablar con Herman por el transmisor ilegal lo ponía nervioso—. Estoy poniendo toda mi atención en la vigilancia. Fin del informe.

—Adiós.

—AP: cierra el enlace.

—El enlace está cerrado.

Martin pensó que durante toda la conversación, la única voz que había oído era la suya. El AP hablaba con la voz de su dueño, por un lado para ser el perfecto recepcionista y por otro porque el enlace Causal era tan caro que enviar por él una señal de audio hubiera sido una extravagancia estúpida. Hablar consigo mismo al otro lado de un abismo de setenta años luz hacía que Martin se sintiera muy solo. Y más aún considerando la naturaleza muy real de sus miedos.

Hasta el momento, había conseguido interpretar a la perfección el papel de ingeniero de lengua suelta, contratado en el extranjero para modernizar los motores del crucero pesado Lord Vanek, de la flota de Su Majestad. De hecho, estaba haciendo un trabajo tan bueno que había podido ver el interior del Basilisco y escapar con vida.

Pero no era muy probable que lo consiguiera de nuevo si averiguaban para quién estaba trabajando.

* * *

—¿Cree que es un espía? —preguntó el aprendiz de procurador Vassily Muller.

—Hasta donde yo sé, no lo es. —El Ciudadano dirigió una leve sonrisa a su ayudante y el gesto arrugó la fina cicatriz que tenía sobre el ojo izquierdo—. Si hubiera alguna prueba de que es un espía, se convertiría rápidamente en un ex-espía. Y un ex-cualquier otra cosa, por cierto. Pero eso no es lo que le he preguntado, ¿verdad? —Clavó en su subordinado una expresión concreta que había perfeccionado para tratar con los estudiantes torpes—. Dígame por qué he dejado que se marchara.

—Porque… —El aprendiz de funcionario parecía confundido. Llevaba allí seis meses. Hacía menos de un año que había abandonado el gimnasio y la custodia de los profesores y se notaba. Seguía siendo un adolescente, de

pelo rubio, ojos azules y de una torpeza casi dolorosa en lo referente a los matices sociales. Como tantos otros hombres inteligentes que sobrevivían al elitista sistema escolar de la Nueva República, sufría de cierta tendencia a la rigidez intelectual. En privado, el Ciudadano pensaba que aquello era algo negativo, al menos en un policía secreto: la rigidez era una costumbre que habría que erradicar si querían que alguna vez sirviera para algo. Por otro lado, parecía haber heredado la inteligencia de su padre. Si había heredado también su flexibilidad, sin la desgraciada rebeldía, sería un agente excelente.

Al cabo de un minuto, el Ciudadano lo aguijoneó:

—Esa no es una respuesta aceptable, joven. Vuelva a intentarlo.

—Ah… ¿lo ha dejado marchar porque tiene la lengua suelta y cuando vaya a alguna parte será fácil ver quién lo está escuchando?

—Eso está mejor, pero no es toda la verdad. Lo que ha dicho antes me intriga. ¿Por qué no cree que es un espía?

Vassily no daba crédito a sus oídos. Casi dolía ver cómo le costaba entender el imprevisto giro del Ciudadano.

—Habla demasiado, ¿no le parece, señor? Los espías no llaman la atención sobre sí mismos, ¿verdad? No les conviene. Y además, es un ingeniero contratado para

trabajar en la flota pero la nave fue construida por la compañía para la que él trabaja, de modo que, ¿para qué iban a querer espiarla? Y tampoco puede ser un subversivo profesional. Un profesional no sería tan estúpido como para empezar a parlotear en el bar de un hotel.

Se detuvo, con aire de vaga satisfacción.

—Muy bien. Es una pena que no esté de acuerdo con usted.

Vassily tragó saliva.

—Pero pensaba que no creía que… —Se detuvo—. Quiere usted decir que es demasiado evidente que no es un espía. Llama la atención en bares, discute de política, hace cosas que un espía no haría… como si quisiera apaciguar nuestras sospechas.

—Muy bien —dijo el Ciudadano—. ¡Está aprendiendo a pensar como un Conservador! Fíjese que no he dicho en ningún momento que el señor Springfield no sea un espía. Ni tampoco he afirmado que lo sea. Podría serlo perfectamente. Y con la misma facilidad, podría no serlo. No obstante, no estaré satisfecho hasta que haya resuelto la cuestión de una forma o de otra. ¿Me comprende?

—¿Quiere que demuestre una negativa? —Vassily se estaba quedando casi patidifuso tratando de seguir el hilo de

los pensamientos del Ciudadano—. ¡Pero si eso es imposible!

—¡Exacto! —Una fina risa se dibujó en los labios del Ciudadano mientras daba a su subordinado una palmada en el hombro—. De modo que tendrá que encontrar usted el modo de convertirla en una positiva para poder demostrarla, ¿no le parece? Esta es su tarea para el futuro más inmediato, Procurador Subalterno Muller. Saldrá y tratará de demostrar que el individuo irritante que nos ha visitado esta mañana no es un espía… o de reunir la información suficiente para justificar su arresto. ¡Vamos, vamos! ¿No estaba ardiendo en deseos de salir de esta mazmorra lóbrega y ver un poco de la capital? Tengo entendido que la llamó así la pasada semana. Esta es su oportunidad. Además, piense en la historia que podrá contarle cuando regrese a esa muchacha a la que anda persiguiendo desde que llegó usted aquí.

—Eh… Es un honor —dijo Vassily. Parecía un poco abatido. Oficial joven como era, tan recientemente salido de la instrucción que su visión del universo todavía no había perdido el barniz, miró al Ciudadano con una mezcla de miedo y reverencia—. Señor, humildemente solicito permiso para preguntar por qué. Quiero decir, por qué en este momento.

—Porque ha llegado la hora de que aprenda a hacer algo más que tomar nota en las reuniones de los comités —dijo el Ciudadano. Sus ojos refulgieron detrás de las gafas. Su

bigote se estremeció hasta las mismas puntas enceradas—. Llega un momento en la vida de todo funcionario en el que ha de asumir la carga completa de sus deberes. Confío en que al menos haya encontrado alguna pista sobre el modo de llevar el trabajo a la práctica en los interminables informes de los que ha estado elaborando sumarios. Es el momento de ver si puede hacerlo, ¿no le parece? Y en una misión de bajo riesgo, podría añadir. Todavía no voy a mandarlo a perseguir revolucionarios. Ja, ja. Así que esta tarde irá usted al subnivel dos para que le tramiten el permiso de operaciones de campo y mañana empezará a trabajar. Espero que lo primero que vea todas las mañanas sobre mi mesa sea un informe, a partir de pasado mañana. ¡Demuéstreme lo que es capaz de hacer!

A la mañana siguiente, unos golpes perentorios en la puerta despertaron a Martin.

—¡Telegrama para el señor Springfield! —dijo el repartidor. Martin se puso algo encima y entreabrió la puerta.

Le pasaron una carta. Firmó rápidamente, sacó el telegrama y devolvió el sobre firmado. Pestañeando y ojeroso, llevó el mensaje hasta la ventana y subió las persianas para leerlo. Era una agradable sorpresa, aunque le molestaba un poco que lo hubiesen despertado por algo así: la confirmación de que su visado había sido aprobado, la investigación de los servicios de seguridad había finalizado y tenía que presentarse aquella tarde a las 1800 en el

embarcadero de la Armada en Austria del Sur para ser trasladado a los astilleros que la flota tenía en órbita geoestacionaria.

Los telegramas, pensó, eran mucho menos civilizados que el correo electrónico: este último no se presentaba con un joven oficial que te hacía salir de la cama para firmarlo. Era una lástima que en la Nueva República el correo electrónico no se utilizara y los telegramas fueran ubicuos. Pero claro, el correo electrónico era una herramienta de comunicación descentralizada y el telegrama todo lo contrario. Y la Nueva República era una auténtica entusiasta de la centralización.

Se vistió, se afeitó y bajó al salón comedor para esperar el desayuno. Llevaba ropa local —una chaqueta oscura, pantalones ajustados, botas y una camisa con cuello bordado—, aunque un poco pasada de moda, lo que revelaba una cierta falta de aprecio por las menudencias de la tiranía de la elegancia. Había descubierto que los estilos alienígenas tenían la tendencia a estorbar cuando uno trataba de ganarse las simpatías de los lugareños. Pero si uno adoptaba en su apariencia un grado justo de rareza, percibían su condición de extranjero sin que los abrumara y eso permitía que desarrollaran cierta indulgencia hacia su comportamiento. Al margen de la vara de medir que se utilizara para evaluarla, la Nueva República era una sociedad estrecha de miras, e interactuar con ella no era tarea fácil ni siquiera para alguien con tanto mundo como Martin, pero al menos la gente normal hacía el esfuerzo de tratar con él.

Se había acostumbrado lo suficiente a las costumbres locales como para que, en lugar de permitir que lo irritaran, pudiera absorber cada nueva afrenta con callada resignación. El modo en que el conserje levantaba su patricia nariz al verlo, o las doncellas de cuello rígido se marchaban arrastrando los pies y con las miradas gachas se habían convertido en meras piezas individuales en el complejo rompecabezas de las costumbres republicanas. El olor del barniz de cera y la lejía de cloro, del humo de carbón de la sala de calderas y de los asientos de cuero del comedor, eran todos extraños para él, los olores de una sociedad que no se ha adaptado a la era del plástico. Pero no todas las costumbres locales lo irritaban. El periódico de la mañana, plegado con pulcritud junto a su asiento, en la mesa del desayuno, le provocó la extrañamente evocadora sensación de encontrarse en su hogar… como si hubiera hecho un viaje de casi trescientos años al pasado de su propia cultura, en lugar de a un lugar situado a ciento ochenta años luz de distancia. Aunque, en cierto sentido, ambos viajes eran exactamente equivalentes.

Desayunó setas con mantequilla, huevos de ganso salteado y un pan de masa fermentada de centeno especialmente bien tostado, regado todo ello con copiosas cantidades de té de limón. Finalmente, salió de la sala y se dirigió al mostrador del vestíbulo.

—Querría sacar un billete —dijo. El dependiente levantó la mirada, con ojos distantes y preocupados—. Por aire, a la

base naval de Klamovka, lo antes posible. Solo llevaré equipaje de mano y no quiero dejar la habitación, aunque pasaré varios días fuera.

—Ah, ya veo. Discúlpeme, señor. —El dependiente desapareció en el laberinto de oficinas y cuartillos de servicio que se escondían tras los paneles de madera oscura del vestíbulo del hotel.

Regresó poco después, seguido por el conserje, un hombre alto y cargado de hombros, ataviado de negro de la cabeza a los pies, cadavérico y de pómulos hundidos, que se conducía con la solemne dignidad de un conde o un aristócrata menor.

—¿Necesita transporte, señor? —preguntó.

—Voy a la base naval de Klamovka —repitió Martin con lentitud—. Hoy. Tengo que sacar un billete cuanto antes. Dejaré mi equipaje en el hotel. No sé cuánto tiempo pasaré fuera pero no quiero dejar la habitación.

—Ya veo, señor. —El conserje hizo una seña con la cabeza a su subordinado, quien se escabulló y regresó con tres gruesos volúmenes: los horarios de las diferentes líneas ferroviarias regionales—. Me temo que no hay ningún Zeppelin previsto entre aquí y Klamovka hasta mañana. Sin embargo, creo que podrá llegar esta noche en el tren… si se marcha de inmediato.

—Muy bien —dijo Martin. Tenía la sensación de que una marcha inmediata era lo único que satisfaría al conserje… salvo, quizá, que él cayera fulminado allí mismo—. Bajaré en cinco minutos. ¿Podría encargarse su ayudante de los billetes, por favor? Con itinerarios.

Impávido, el conserje asintió.

—En nombre del hotel, le deseo un fructífero viaje —dijo con voz solemne—. Marcus, encárgate de este caballero. Y se marchó. El muchacho abrió el primero de los tomos y lanzó a Martin una mirada cautelosa.

—¿Qué clase, señor?

—Primera. —Si había algo que Martin había aprendido pronto era que los ciudadanos de la Nueva República tenían algunas ideas muy extrañas sobre la clase. Se decidió—. Tengo que llegar antes de las seis de esta tarde. Bajaré dentro de cinco minutos. Si fuera usted tan amable de tener los itinerarios preparados para entonces…

—Sí, señor. —Dejó al muchacho sudando con el mapa y los horarios y subió los cuatro tramos de escalera hasta su puerta. Cuando regresó al mostrador del vestíbulo, seguido por un mozo con una maleta en cada mano, el joven lo acompañó hasta la calle.

—Su carné, señor.

Guardó en su bolsillo el vistoso documento de viaje, tan intrincado como el más intrincado pasaporte. Un coche a vapor lo estaba esperando. Subió, respondió a la reverencia del joven con un gesto de la cabeza y el coche se puso en marcha echando humo y se encaminó a la estación de tren.

Era una mañana húmeda y brumosa y Martin casi no podía ver las vistosas fachadas de piedra de los edificios ministeriales desde las ventanas del carruaje mientras pasaba junto a ellos.

Puede que a las habitaciones de los hoteles les faltaran teléfonos, puede que hubiera una prohibición política contra las redes de comunicación, la materia inteligente y un sinfín de otras comodidades y puede que el sistema de clases pareciera sacado de la Tierra del siglo XVIII, pero la Nueva República tenía una cosa a su favor: los trenes llegaban a su hora.

PS1347, la estrella primaria alrededor de la cual orbitaba Nueva Moscovia era una joven enana de tipo G2, de tercera generación. Se había formado menos de dos mil millones de años atrás (frente a los cinco mil millones del Sol) y como consecuencia de ello, la corteza planetaria de Nueva Moscovia contenía un mineral de uranio lo bastante activo para alcanzar el punto crítico sin enriquecerse.

El coche de Martin llegó al andén del Expreso Transpeninsular. Bajó del compartimiento con rigidez y miró

en ambas direcciones: se habían detenido a un cuarto de kilómetro de la lengua de mármol que sobresalía de los colosales motores, pero a casi un kilómetro de los penosos vagones que alojaban a los pasajeros de cuarta clase y llevaban el correo. Un mayordomo, resplandeciente con su chaqueta de color verde botella y galones dorados, inspeccionó su carné antes de acompañarlo a un compartimiento privado de la cubierta superior. La decoración de la estancia era de roble viejo y cuero teñido de azul, con adornos de cobre y oro, y contaba con una mesa de mármol y un tirador para llamar al servicio. Se parecía más al salón de fumadores de un hotel que a nada que Martin asociara con el transporte público.

En cuanto el mayordomo lo dejó solo, Martin se acomodó en uno de los gruesos sillones de cuero acolchado, abrió las cortinas, al otro lado de las cuales se veían los contrafuertes arqueados y el techo curvo de la estación, y abrió su AP en modo libro. Poco después, el tren dio una ligera sacudida y empezó a moverse: en cuanto salió de la estación, Martin miró por la ventana, incapaz de contenerse.

La ciudad de Nueva Praga se levantaba poco más allá del estuario del río Vis. Solo el Basilisco, erguido con aire amenazante sobre un inmenso bloque de roca granítica erosionada, alcanzaba gran altura sobre el nivel de la planicie. De hecho, el tren viajaría por las tierras bajas utilizando tan solo uno de sus motores. El segundo reactor solo alcanzaría el estado crítico cuando el tren llegase a las

primeras colinas de los Apeninos, la cordillera que separaba la península del interior continental de Nueva Austria. A continuación el tren atravesaría como un cuchillo más de mil quinientos kilómetros de desierto antes de detenerse, seis horas más tarde, al pie de la base de Klamovka.

La vista era extraordinaria. Martin la contempló con pasmo mal contenido. Aunque no le gustaba admitirlo, era como una especie de turista, permanentemente en busca de una sensación de belleza nueva en la que poder recrearse en secreto. En la Tierra no quedaba nada parecido a aquello. El salvaje tránsito del siglo XX y los acontecimientos que habían seguido a la Singularidad en el XXI habían distorsionado el paisaje de todas las naciones industrializadas. Aun después de la quiebra demográfica, era imposible encontrar un paisaje rural abierto, con sus granjas, sus setos y sus pueblos pulcramente trazados… al menos no sin encontrar también monorraíles, arcologías, puntos de sucesos activos y los extraños altozanos de la Estructura Definitiva. La llanura por la que transitaba el Expreso Transpeninsular remedaba una visión de la Inglaterra preindustrial, un paisaje bucólico y onírico donde los trenes llegaban a su hora y el sol nunca se ponía en el Imperio.

Pero los viajes en tren palidecen rápidamente y al cabo de media hora estaban atravesando los valles en una imprecisa sucesión de acero y cobre. Martin volvió a prestar atención a su libro y se embebió tanto en su lectura que no advirtió que la puerta se abría y se cerraba hasta que una mujer a la

que nunca había visto se sentó frente a él y se aclaró la garganta.

—Discúlpeme —dijo levantando la mirada—. ¿Está segura de que este es su compartimiento?

Ella asintió.

—Muy segura, gracias. No pedí uno individual. ¿Usted sí? Creía que… —buscó a tientas el carné en su chaqueta—. Ah. Ya veo. —Maldijo en silencio al conserje, apagó el AP y miró a la mujer—. Creía que tenía un compartimiento individual. Veo que estaba equivocado. Le ruego que acepte mis disculpas.

La mujer asintió con elegancia. Llevaba el largo cabello negro recogido en un moño, tenía pómulos altos y ojos castaños. Su vestido azul marino parecía caro y a la vez sencillo para los gustos de aquella sociedad. Probablemente es un ama de casa de clase media, pensó, aunque su habilidad para juzgar el estatus social en la Nueva República seguía siendo un poco errática. Ni siquiera fue capaz de hacer una hipótesis sobre su edad: el maquillaje y el corpiño ajustado, la falda de vuelo y las mangas abollonadas del vestido formaban un disfraz sumamente eficiente.

—¿Va usted muy lejos? —le preguntó la mujer con voz animada.

—Hasta Klamovka, y a partir de allí a la base naval —respondió, un poco sorprendido por aquel interrogatorio tan franco.

—Qué coincidencia. Allí es donde voy yo también. Le ruego disculpe mi curiosidad pero no es usted un nativo de la zona, ¿verdad?

Parecía interesada, hasta un grado que a Martin se le antojaba irritantemente indiscreto. Se encogió de hombros.

—No, no lo soy.

Volvió a abrir el AP y trató de enterrar la nariz en él pero parecía que su inesperada compañera de viaje tenía ideas diferentes.

—Deduzco por su acento que tampoco es nativo de este planeta. Y se dirige a las instalaciones del Almirantazgo. ¿Me permite que le pregunte qué asuntos le llevan allí?

—No —dijo él con voz seca y, obstinadamente, dirigió la mirada a su AP. Al principio no se había dado cuenta de lo directa que se estaba mostrando la mujer, al menos para ser alguien de su clase social, pero ahora estaba empezando a crisparle los nervios y a hacer que en su interior saltaran todas las alarmas. Había algo en ella que no terminaba de encajar. ¿Una agente tratando de conseguir que me traicione?, se preguntó. No tenía la intención de dar a la policía secreta más excusas para encerrarlo. Quería que

pensaran que había aprendido la lección y que estaba decidido a reformarse.

—Hmm. Pero cuando he entrado estaba usted leyendo un tratado sobre algoritmos de corrección relativística aplicados a la arquitectura de los compensadores de los motores de las astronaves modernas. De modo que es usted un ingeniero, contratado por el Almirantazgo para trabajar en el mantenimiento de las naves de la flota. —Sonrió y su expresión inquietó a Martin: dientes blancos, labios rojos y algo en sus modales que le recordó a su hogar, donde las mujeres no eran solo ornamentos bien cultivados para los árboles genealógicos—. ¿Me equivoco?

—No puedo hablar de ello. —Martin cerró el AP y fulminó a la mujer con la mirada—. ¿Quién es usted y qué demonios quiere?

La programación social que había absorbido durante el viaje a la Nueva República prohibía un comportamiento tan vulgar en presencia de una dama, pero lo que estaba claro era que si ella era una dama, él era un ciudadano de la República.

—Me llamo Rachel Mansour y me dirijo a los astilleros de la Armada por asuntos que podrían interesarle perfectamente. O mucho me equivoco, en cuyo caso le ruego que acepte mis más humildes disculpas, o es usted Martin Springfield, contratado por el Almirantazgo Republicano

para realizar labores de modernización en los circuitos de control de vuelo del crucero pesado de clase Svejk Lord Vanek y retenido por ese contrato. La nave recibió su nombre por Lord Ernst Vanek, fundador de la Armada de la Nueva República. ¿Estoy en lo cierto?

Martin devolvió el AP a su bolsillo y miró por la ventana mientras trataba de reprimir una súbita oleada de miedo frío.

—Sí. ¿Y cuáles son esos asuntos de los que ha hablado?

—Puede que le interese saber que hace cuatro horas, tiempo absoluto del consenso, las Nuevas Fuerzas Aéreas, a cuyo servicio está usted tácitamente adscrito, invocaron la cláusula del Escatón en todas las garantías estratégicas contraídas por la República. Al mismo tiempo, alguien filtró al Comité Permanente de la ONU para el Desarme Interestelar Multilateral que la Nueva República se está preparando para una guerra en defensa de una colonia exterior que está siendo atacada. Usted no paga la prima especial del seguro contra castigo divino, ¿verdad? De modo que en este momento lo único que le cubren son los gastos médicos y el robo.

Martin volvió la mirada hacia ella.

—¿Me está acusando de ser un espía? —Ella no apartó la mirada. Tenía ojos oscuros, inteligentes y reservados:

cerrados a todo examen—. ¿Y quién demonios es usted, por cierto?

La mujer sacó una tarjeta de su manga y la abrió en dirección a él. Una cabeza, la suya indudablemente, a pesar de que tenía el pelo más corto, apareció flotando en una miniatura holográfica, recortada contra un telón de fondo que él conocía. La cosa fue tan inesperada que lo dejó estupefacto. Un escalofrío recorrió su columna vertebral de arriba abajo mientras sus implantes trataban de reprimir la reacción de pánico instintivo que emanaba de sus glándulas adrenales.

—Inteligencia diplomática de la ONU, grupo de operaciones especiales. Estoy aquí para averiguar cuál es la situación actual y eso incluye investigar las modificaciones de última hora que el Almirantazgo está realizando en las naves que compondrán la fuerza expedicionaria. Va a cooperar, ¿no?

Volvió a sonreír, de manera más crispante todavía, con una expresión que a Martin le recordó a un hurón hambriento.

—Hum. —¿Qué demonios está haciendo aquí la Inteligencia Diplomática? ¡Este no es el plan de la misión!—. Va a ser un viaje de esos, ¿no? —Se frotó la frente y volvió a mirarla: seguía esperando una respuesta. ¡Mierda, improvisa, maldita sea, antes de que sospeche algo!—. Mire, ¿sabe lo que le hacen aquí a los espías?

La mujer asintió. Ya no sonreía.

—Sí. Pero lo más importante es que nos encontramos ante una situación de conflicto armado inminente. Mi trabajo consiste en vigilarla: no podemos permitir que esto afecte a la Tierra. A nadie le gusta que lo ahorquen pero comenzar una guerra interestelar o atraer la atención del Escatón es mucho peor, al menos para los planetas llenos de testigos inocentes que seguramente se vean incluidos entre los daños colaterales. Esa es mi preocupación principal.

Lo miró con aterradora intensidad y la tarjeta desapareció entre dos dedos cubiertos por un guante de encaje.

—Tenemos que reunirnos y hablar, Martin. Una vez que esté en los muelles y se haya instalado, me pondré en contacto con usted. Me da igual con qué está de acuerdo o en desacuerdo, pero mañana mantendremos una charla. Y tengo la intención de sacarle el cerebro, asegurarme de que es solo un espectador inocente y decirles a sus aseguradores que es usted una apuesta segura. ¿Comprende?

—Uh… sí. La miró y trató de dar la impresión de que acababa de darse cuenta de que ella era en realidad un demonio al que le había vendido el alma.

Confiaba en que lo creyera —el ingenuo ingeniero, sacado de repente de su cueva, frente a un agente de una Autoridad Superior— pero tuvo la inquietante sensación de que si no

se lo tragaba, podía estar metido en auténticos líos. Herman y la Inteligencia Diplomática no es que se llevasen precisamente bien…

—Excelente. —Introdujo la mano en el bolso y sacó un AP de aspecto usado y color metálico—. Hablando. Enviar: conejo verde. Ack.

El PA respondió:

—Ack. Mensaje enviado.

Martin tardó un instante en percatarse de que la voz era la suya.

La mujer guardó la caja y se levantó para marcharse.

—Ya ve —dijo desde el umbral de la puerta, mientras una sonrisa peculiar se colgaba de sus labios—. La vida aquí no es necesariamente tan aburrida como creía. Nos veremos luego…

PREPARATIVOS DE PARTIDA

Su Majestad Imperial el Emperador Ivan Hasek III, protector por la Gracia de Dios del pueblo de la Nueva República, emitió un gruñido de exasperación.

—Saca al Almirante de la cama y que se ponga presentable. Hay una reunión del gabinete a mediodía y tengo que hablar con él ahora mismo.

—¡Sí, señor! Os ruego humildemente disculpas y solicito vuestro permiso para excusarme e ir a cumplir las órdenes de Vuestra Majestad.

El mayordomo se inclinó virtualmente y se apartó reptando del teléfono.

—¿Qué quiere decir ese implícito «o si no»? —inquirió con voz seca el Duque Michael, hermano del Emperador—. ¿Acaso vas a cargarlo de grilletes?

—En absoluto. —El emperador bufó y respondió con la sonrisa más risueña que le permitía su dignidad—. Tiene más de ochenta años. Supongo que tiene derecho a estar en cama de vez en cuando. Pero si está tan enfermo que no puede ni siquiera levantarse para presentarse ante su Emperador en tiempos de guerra, supongo que tendré que obligarlo a retirarse. Y entonces habrá un escándalo en el Almirantazgo. Ni te imaginas el escándalo que se produciría si empezáramos a obligar a los almirantes a retirarse. —Sorbió por la nariz—. ¡Hasta puede que tengamos que pensar en darles pensiones a todos ellos! Sería algo así como haberle sugerido a Padre que abdicara.

El Duque Michael tosió con delicadeza.

—Tal vez alguien hubiera debido hacerlo. Después del segundo ataque…

—Sí, sí.

—Sigo pensando que darle el mando de la flota no es sensato.

—Si crees que eso es poco sensato, no creo que quieras discutir la probable reacción de sus navales señorías si no se la doy.

El teléfono de emergencia volvió a sonar antes de que su hermano tuviera tiempo de responder al atinado comentario. Un sirviente de librea ofreció el auricular de marfil y platino a Su Majestad. El Duque cogió el otro que había en el cuarto para poder escuchar la llamada.

—¿Sire? Mi Señor el Almirante Kurtz está preparado para hablar con vos. Me pide que os extienda sus más profundas disculpas…

—Basta. Que se ponga sin más, es un buen tipo. —Los dedos de Ivan tamborilearon sobre el brazo de su silla, una monstruosidad gótica de madera que no se diferenciaba demasiado de un instrumento de tortura—. Ah, Almirante. ¡El hombre al que andaba buscando! Espléndido, me alegro de hablar con usted. ¿Cómo nos encontramos hoy?

—¿Ho-hoy? —repitió una voz gangosa e insegura desde el otro lado del hilo de cobre—. Ah-hum, sí, hoy. En efecto, sí. Estoy muy bien, señora mía. ¿Habéis visto algún camaleón?

—No, Almirante, no hay camaleones en palacio —afirmó el emperador con solemne pero resignada persistencia—. ¿Sabe con quién está hablando?

En el momentáneo silencio que siguió, casi pudo oír cómo pestañeaba el anciano, embargado por la confusión.

—Ah-hum. ¿Su Majestad? Ah, ¿Ivan, muchacho? ¿Ya eres Emperador? ¡Hay que ver cómo pasa el tiempo!

—Sí, Tío. Te he llamado porque… —Una idea se le ocurrió al Emperador—. ¿Estás levantado?

—Sí, ahuhuhum. Estoy… ah… en mi silla de baño. Son mis viejas piernas, ¿sabes? Son horriblemente frágiles. Tengo que envolverlas en montones de toallas por si se rompen. Ya no son las mismas que cuando era joven. Pero ya he salido de la cama.

—Oh, bien. Verás, um… —El cerebro del Emperador empezó a dar vueltas mientras consideraba y reconsideraba sus opciones. Por supuesto estaba enterado de la indisposición del Almirante pero hasta ahora no había tenido constancia directa de ella. Supuso que podría defender la decisión de prescindir de sus servicios. El hombre estaba patentemente enfermo. Cargar sobre sus hombros aquella responsabilidad sería injusto y, lo que era más importante, no redundaría en beneficio del estado.

Pero seguía siendo el decano de los almirantes, un héroe de guerra de la Nueva República, defensor del imperio, martillo de infieles, conquistador de no menos de tres mundos coloniales bucólicos y bastante atrasados… y, aunque no quisiera subrayarlo demasiado, tío del Emperador por parte de la segunda amante de su abuelo. Por culpa de una antigua tradición según la cual los almirantes no se retiraban, nadie había pensado jamás en prever la concesión de pensiones a los viejos guerreros. Normalmente morían mucho antes de que la cuestión

supusiera un problema. Despedirlo era algo impensable, pero esperar que dirigiera una expedición naval… Ivan luchó con su conciencia, mientras esperaba, al menos en parte, que el anciano renunciara. No supondría ningún deshonor —nadie podía pedirle a un octogenario que muriera por la madre patria— y entretanto ellos podrían buscar a algún mequetrefe de cabeza dura para llevar la flota al campo de batalla.

Tras tomar una decisión, el Emperador respiró hondo.

—Tenemos un problema. Ha ocurrido algo abominable y el Planeta de Rochard está bajo asedio. Voy a enviar la flota. ¿Estás demasiado enfermo como para dirigirla?

Le guiñó un ojo a su hermano el Duque, esperando…

—¡Guerra! —El bramido del anciano estuvo a punto de dejarlo sordo—. ¡Victoria a las eternamente vigilantes fuerzas de la justicia en su incesante conflicto contra los enemigos de los Nuevos Conservadores! ¡Muerte a quienes defienden el cambio! ¡Un millar de torturas para los detractores del Emperador! ¿Dónde están esos bastardos? ¡Déjamelos a mí!

El estrépito que se oía de fondo podía ser el ruido de un bastón arrojado a un lado.

El Duque Michael dirigió una sonrisa triste, casi una mueca, a su hermano.

—Bueno, supongo que esto responde a una pregunta —dijo en voz baja—. No diré que ya te lo había dicho, pero ¿a quién vamos a enviar para empujar su silla de ruedas?

Nueva Praga se encontraba solo mil kilómetros al norte del ecuador (para ser un planeta acuoso terraformado, era notablemente frío) y el tren llegó a Klamovka poco después de la hora del almuerzo. Martin desembarcó y tomó un coche al depósito naval que había al pie de la base, sin prestar la menor atención a Rachel… si es que se llamaba así. Que siguiera su propio camino. En aquel momento era una complicación inesperada y potencialmente desastrosa en su vida.

La base se levantaba sobre el depósito militar como una presencia ominosa, como un asta de bandera perfecta: cuatro conos de polímeros diamantinos terminados en punta que se extendían hasta la órbita geoestacionaria y un poco más allá, una excepción radical a las limitaciones impuestas en la Nueva República a la tecnología. Los ascensores de bronce y con forma de obús que ascendían y descendían por los cables tardaban una noche entera en hacer el viaje. Allí se prescindía de la ambientación fin de siécle: solo había tosca funcionalidad, cápsulas de sueño manufacturadas según un diseño concebido en su momento para los antiguos jornaleros de Kobe, y un riguroso límite de peso (la modificación de la gravedad, aunque disponible, era otra de las tecnologías prohibidas por la Nueva República… al menos con fines no militares). Martin se apresuró a subir

a la primera cápsula disponible y, con gran alivio, no vio ni rastro de Rachel.

Al llegar, desembarcó en el sector militar de la estación espacial, se presentó al oficial de servicio en el control y lo sometieron a una serie de toscos exámenes de seguridad que seguramente excedieron de una sola vez la dosis saludable de rayos-X que podía recibirse en un año entero. Pasó un mal momento cuando un sargento mayor le pidió que entregara su AP, pero la explicación —que era un ayudante personal, que guardaba allí todos sus archivos de trabajo y que no podría trabajar sin él— fue aceptada. Después de lo cual pasó media hora de brazos cruzados en un espartano cuarto de guardia pintado del verde institucional.

Finalmente vino un marinero a buscarlo.

—¿Eres el tío de los motores? —le dijo—. Te hemos estado esperando.

Martin suspiró con tristeza.

—Yo también he estado esperando. —Se puso en pie—. Llévame con tu oficial superior.

La Nueva República había contratado a Mikoyan-Gurevich-Kvaerner en la Luna para que le diseñara un crucero pesado al que poner el nombre del fundador de su Armada: un crucero pesado que tuviera el aspecto de una nave de

guerra, no que pareciera la encarnación plasmada por un pintor cubista de un híbrido entre un virus de la rabia y una lata de refresco (como le ocurría a la mayoría de las naves de guerra de verdad). El estilo imponía restricciones a su funcionalidad, a pesar de lo cual, era todavía merecedora de un cierto grado de respeto: sus barrocas baterías de misiles y sus desfasados láseres podían matarte tan bien como cualquier arma más moderna. Además, era muy bonita, lo que le había permitido a MiG colocársela a gobiernos crédulos en todos sitios y anotarse un bombazo en ventas, y al mismo tiempo había demostrado la importancia de llamarse Ernesto, tal como lo había expresado el departamento de marketing.

En opinión de Martin, la Lord Vanek era un elemento más de la misma comedia pomposa y absurda que dominaba el resto de la Nueva República… una comedia que no resultaba tan divertida una vez que te tenía atrapado entre sus fauces. Los ceremoniales, las banderolas y los emblemas imperiales que se desparramaban por todas las superficies disponibles, los oficiales de extravagantes uniformes y la intrincada pirámide de la etiqueta militar, todo ello sugería a Martin que aceptar aquel trabajo no había sido una buena idea. Los cadáveres hinchados de los disidentes que colgaban de los aleros del Basilisco eran la prueba palpable de ello. Ahora mismo, hubiera devuelto con gusto hasta el último centavo recibido con tal de que le dejaran volver a casa… de no ser por la llamada del deber.

Después de un confuso tour por las instalaciones de atraque de la estación y los corredores de tránsito de la nave, se encontró en el umbral de un espacio octogonal abarrotado de gente e iluminado por luces rojas en el que una relajación puntual de las leyes de la física permitía el mantenimiento de una gravedad cero. Un ingeniero bajito y calvo le estaba cantando las cuarenta a un adolescente de aspecto aterrorizado delante de un panel de acceso abierto.

—¡Es la última puta vez que tocas nada sin preguntárselo primero al Jefe Otcenasek o a mí, estúpido manazas! ¿Ves ese panel? Es el bus principal de reserva para el intercambio arbitrario. Y eso —señaló otro panel cerrado— es la caja principal de reserva de los circuitos principales, que es lo que el jefe te pidió que revisaras. El interruptor que estabas a punto de pulsar…

Martin vio dónde estaba señalando el dedo del oficial y se encogió. Si algún recluta estúpido le hubiera hecho algo así a él, pensó, probablemente no hubiera parado hasta estrangularlo con sus propios intestinos. Aunque si el idiota había estado jugando con el BPIA, estrangularlo sería perder el tiempo. Normalmente no servía de mucho en un cadáver chamuscado.

—¿Comandante Ingeniero Krupkin? —preguntó.

—¿Sí? ¿Quién…? Oh. Usted debe de ser el mecánico de los astilleros. —Krupkin se volvió hacia él y el pobre marinero aprovechó la ocasión para ir a esconderse—. Llega tarde.

—La culpa es de la Oficina del Conservador —replicó Martin. En cuanto las palabras abandonaron sus labios, se arrepintió de ellas—. Lo siento. Ha sido una semana muy mala. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—La policía secreta, ¿hmmm? Por aquí no vemos muchos de ellos —gruñó Krupkin, en un gesto abruptamente conciliador—. ¿Y sabe usted algo sobre este juguete?

—MiG los vende. Usted los mantiene en funcionamiento. Otros los rompen. Yo los arreglo. ¿Es lo que quería saber?

—Es un buen comienzo. —Krupkin sonrió de improviso—. Así que vamos a probar con otra pregunta. ¿Qué sabe usted sobre compensadores referenciales de deriva del marco de referencia? Específicamente, este modelo K-340 tal como está configurado ahora. Dígame todo lo que vea sobre su disposición.

Martin pasó la siguiente hora explicándole todos los aspectos en los que su alineación estaba desfasada. Después de todo, Krupkin le estaba enseñando un K-340 de verdad, no un mero artículo de prueba. Y a continuación vino un almuerzo de trabajo que Krupkin pasó devanándose los sesos y luego una larga tarde de trabajo para averiguar

dónde iba todo y repasando los cambios para asegurarse de que todo estaba donde decía la documentación. Y luego vuelta a la base para pasar la noche.

Rachel Mansour se encontraba, de pie y desnuda, en mitad de la alfombra tejida a mano que cubría el suelo de la habitación de hotel que había alquilado dos horas antes, en el puerto de Klamovka. Aunque era una suite muy cara, olía a humedad y podredumbre, a jabón fénico y leña. Rachel respiraba con lentitud y regularidad mientras extendía los brazos y las piernas en una secuencia casi ritual para desentumecerlos. Las cortinas estaban bajadas, la puerta cerrada con llave y sus sensores montaban guardia en el exterior para avisarla de la presencia de cualquier intruso: porque no tenía ganas de explicarle su estado a ningún miembro del personal del hotel que pudiera verla por accidente.

Había muchas cosas que Rachel no tenía ganas de explicar a la gente entre la que se movía. La Nueva República provocaba en ella una rabia amarga y desesperanzada, una rabia que podía comprender, que sabía que era un pobre reflejo de su profesionalismo pero de la que, a pesar de ello, no era capaz de librarse. El vasto desperdicio de potencial humano que era la raison d´etre de la Nueva República ofendía tanto su sensibilidad como una quema pública de libros o una masacre de inocentes.

La Nueva República tenía 250 años de antigüedad y se encontraba a 250 años luz de la Tierra. Cuando el Escatón había trasladado a nueve décimas partes de la población de la Tierra utilizando un agujero de gusano —por razones que todavía no se había dignado a explicar—, había reunido a algunos de ellos basándose en afinidades étnicas, sociales o sicológicas. La Nueva República había recibido a un cóctel de tecnófobos y realistas del este de Europa que suspiraban con nostalgia por las confortables certezas de siglos pasados.

Los fundadores de la Nueva República habían sufrido mucho por culpa del impersonal cambio tecnológico. En las democracias orientadas al mercado de la Tierra anterior a la Singularidad, habían visto cómo se arrojaban los pueblos por millones al vertedero de la Historia. Cuando se les había entregado un mundo nuevo que domar y las herramientas necesarias para hacerlo, habían establecido inmediatamente un orden social de corte conservador. Una generación más tarde, había estallado una terrible guerra civil entre aquellos que querían seguir utilizando sus máquinas cornucopias —factorías autorreplicantes de nanoensambladores capaces de manufacturar cualquier bien físico— y aquellos que preferían regresar a un modo de vida más sencillo en el que todo el mundo conocía su lugar y había un lugar para todo el mundo. Perdieron los progresistas, y así permaneció la Nueva República durante un siglo, creciendo hasta adoptar su forma natural: Europa tal como podría haber sido en el siglo XX de haberse detenido la física y la química en 1890.

Las oficinas de patentes se cerraron: allí no había lugar para soñadores relativistas.

Desnuda en medio de la alfombra podía olvidarlo por un rato. Podía ignorar el mundo mientras sus implantes llevaban a cabo la habitual secuencia de autodefensa. Comenzaba con ejercicios de respiración, seguía con la contracción isométrica de grupos de músculos bajo la dirección de su sistema de control de batalla y derivaba finalmente en una confusión rapidísima de movimientos realizados mientras los controladores de la red neural se hacían con el mando y sacudían su cuerpo como si fuera una marioneta en una serie de ejercicios de artes marciales. Un ciclo de diez minutos realizado dos veces por semana la mantenía tan preparada para defenderse físicamente como un adepto sin modificaciones corporales que entrenara una hora al día o más.

Dando vueltas y sacudiéndose al otro extremo de cuerdas invisibles lanzaba al suelo y desmembraba demonios intangibles. Proyectar sobre ellos sus frustraciones no le costaba gran esfuerzo. Esta por el mendigo ciego con el que se había cruzado en la calle, cuya minusvalía no habría sido irreversible en una cultura que no prohibiera las técnicas médicas más avanzadas. Esta por los campesinos encadenados a la tierra que labraban por una ley que los consideraba parte de la tierra en lugar de seres humanos. Esta por las mujeres condenadas a morir dando a luz hijos que no deseaban. Esta por los sacerdotes que difundían los

prejuicios de la elite dirigente y ofrecían al pueblo el consuelo del más allá, cuando la mayoría de los horrores que los atormentaban habían sido exiliados hacía tiempo de los mundos civilizados. Y esta y esta y esta por tratarla como una ciudadana de tercera clase. Su rabia exigía muchas kata.

No amo este mundo. No me gusta este mundo. No necesito este mundo. No necesito sentir simpatía por este mundo o sus habitantes. Si no me necesitaran…

Había un pequeño baño en la habitación contigua: un extra carísimo en aquella sociedad. Lo utilizó para asearse con la máxima eficacia posible. El agua se llevó el sudor y la porquería como si fueran recuerdos. Y parte de su pesimismo se fue con ellos. Las cosas van a mejorar, se recordó. Para eso estoy aquí.

Después de secarse, regresó al dormitorio y se sentó en el borde de la cama. A continuación levantó su viejo AP.

—Ponme con el Embajador de las Naciones Unidas —ordenó. Solo había un embajador de la ONU en la Nueva República: George Cho, representante permanente del Consejo de Seguridad, ante quien ella respondía en última instancia.

(La Nueva República se negaba insistentemente a reconocer ninguna de las más sutiles instituciones políticas que existían en la Tierra).

—Procesando. Beep. Rachel, lo siento, pero en este momento no puedo atenderte. Estoy esperando a recibir información sobre el incidente del Planeta de Rochard. Si quieres, deja un mensaje después de la señal… Beep.

—Hola, George. Soy Rachel. Te llamo desde Klamovka. Llámame cuando puedas. Creo que debería salir del anonimato y necesito respaldo diplomático. Tenemos que hablar. Fin del mensaje.

Cerró el AP y volvió a guardarlo. Dirigió una mirada malhumorada hacia el armario. Su vestido (aún le costaba pensar en él como ropa normal a pesar de que llevaba meses utilizándolo a diario) estaba tirado encima de la mesa. Todavía tenía que hacer algunas visitas y observar algunas costumbres antes de poder actuar abiertamente. Que le den por culo a este jueguecito de soldados, pensó. La vida según las costumbres de la Nueva República había perdido rápidamente todo su atractivo. Necesito compañía civilizada si no quiero volverme loca. Hablando de lo cual, tenía que llamar a cierto ingeniero. Un poco estirado y no demasiado cooperativo, pero antes se pudriría que permitir que se librara de ella. Probablemente podría sacarle más en una hora en la mesa de un restaurante que a un oficial del Almirantazgo en un mes entero de cócteles diplomáticos y memorandos formales.

Volvió a sacar el AP.

—AP, envía un mensaje vocal en mi nombre al ingeniero Springfield. Solo voz. Tengo un mensaje para él. Inicio del mensaje…

George Cho, Embajador Plenipotenciario del Consejo de Seguridad de las naciones Unidas ante la corte de Su Majestad Imperial el Emperador Ivan Hasek III (por la Gracia de Dios, et cetera) estaba sudando a mares por culpa del cuello alto, a pesar de lo cual asintió educadamente.

—Sí, Vuestra Excelencia, entiendo vuestra postura. Sin embargo, a pesar de que el territorio en disputa está bajo la soberanía de la Nueva República, debo afirmar de nuevo que creemos que la situación nos compete, aunque solo sea porque no se trata de un asunto meramente doméstico (a menos que esa Festival sea una peculiar tradición suya de la que no hemos tenido noticias hasta el momento) y, en consecuencia, el feo asunto de la Cláusula Diecinueve vuelve a asomar la cabeza.

Su Excelencia el Archiduque Michael Hasek sacudió la cabeza.

—Eso no podemos aceptarlo —afirmó. Sus ojos acuosos pero de un azul penetrante observaron a Cho. Malditos entrometidos extranjeros, pensó. No es que Cho fuera un mal tipo, al menos para ser un degenerado anarquista tecnófilo de la Tierra. A Michael le recordaba a un sabueso: con bolsas en los ojos, las quijadas caídas, acompañado de

un perpetuo aire de tristeza y una mente que era como una trampa para ratones.

George Cho suspiró y se reclinó en su asiento. Dirigió la mirada al retrato del padre del Archiduque que colgaba de la pared, detrás de este. Emperador a los cuarenta, fallecido de muerte natural a los sesenta, el Emperador Hasek II: una especie de prodigio, un defensor del progreso en un medio tan conservador que rozaba la demencia. El hombre había conseguido que la Nueva República saliera lo bastante de su cascaron para adquirir una flota de guerra y colonizar tres o cuatro mundos olvidados y completamente atrasados. Un buen estudiante de la Historia. Peligroso.

—Veo que está mirando a mi padre. Era un hombre muy severo. Ese es un rasgo familiar —observó Michael con tono irónico—. No nos gusta que los extranjeros metan las narices en nuestros asuntos. Puede que sea un ejercicio de miopía por nuestra parte, pero…

Se encogió de hombros.

—Ah. —Cho volvió a dirigir la mirada al Duque—. Sí, por supuesto. Sin embargo, lo que me estoy preguntando es si no he dejado suficientemente claras las ventajas que supondría una implicación de la ONU. Creo que tenemos mucho que ofrecer. Ni se me ocurriría abordarles con esta propuesta si no pensara que pueden beneficiarse de ella.

—Hay beneficios y hay efectos secundarios. ¿Está pensando en algo específico? —Michael se inclinó hacia delante.

—De hecho… sí. Tiene que ver con la Cláusula Diecinueve: el interdicto contra el uso de armas que violan la causalidad. «Todo aquel por cuya causa se despliegue un arma capaz de alterar la etcétera será culpable de crímenes contra la humanidad y habrá de someterse a las penas que la legislación internacional prevé al efecto». Sabemos perfectamente que a ustedes no se les ocurriría jamás utilizar esta clase de armas contra uno de sus propios mundos. Pero no tenemos evidencias suficientes sobre las intenciones del… eh… bando agresor, ese Festival. Hay una notable falta de información sobre ellos, lo que ya de por sí resulta preocupante. Lo que estoy sugiriendo es que podrían ustedes beneficiarse de contar con observadores imparciales de la ONU en su expedición, para poder rebatir cualquier acusación de que la Nueva República está cometiendo crímenes contra la humanidad y para actuar como testigos en el caso de que sus fuerzas sean atacadas de esta manera.

—Aja. —Michael apretó los dientes y sonrió al embajador—. ¿Y qué le hace pensar que hay una expedición en marcha?

Esta vez fue Cho el que sonrió: con aire fatigado, porque llevaba despierto casi cuarenta y ocho horas, dedicadas a cotejar informes de inteligencia, prestar atención a los

medios de comunicación y tratar de elaborar una imagen de conjunto sin apenas ayuda. La Nueva República había limitado estrictamente el número de miembros de su personal diplomático.

—Vamos, Su Excelencia, ¿quiere que creamos que la Nueva República permitirá que semejante insulto a su honor, por no hablar del atentado a su integridad territorial, quede sin respuesta? Es inevitable algún tipo de reacción. Y, habida cuenta de la escasa presencia de su Armada en la zona y el incremento del estado de alerta y de la actividad de los ingenieros en las bases de Klamovka, Libau y V-1, una expedición naval parece lo más probable. ¿O acaso pretenden que sus soldados lleguen allí juntando los talones tres veces y diciendo, «no hay nada como el hogar»?

Michael se rascó el puente de la nariz para tratar de disimular la expresión disgustada que había provocado el comentario.

—No puedo confirmar ni negar que en este momento estemos considerando la posibilidad de emprender acciones navales.

Cho asintió.

—Por supuesto.

—No obstante, ¿saben algo sobre ese Festival? ¿O sobre lo que ha ocurrido en el Planeta de Rochard?

—Sorprendentemente poco. Han mantenido ustedes un completo silencio sobre lo que está ocurriendo… de forma muy poco sutil, me temo. Los mensajes sobre la desesperada defensa de la capital llevada a cabo por la Cuarta División de la Guardia serían más convincentes si el traslado de la Cuarta División de Nueva Praga a Baikal Cuatro no se hubiera mencionado en varios mensajes hace un mes. Pero no son los únicos que están tratando de ocultarlo. Mi gente ha sido incapaz de encontrar información alguna sobre ese Festival en ninguna parte, lo que resulta muy preocupante. Hasta enviamos una petición de ayuda al Escatón pero lo único que recibimos como respuesta fue un criptograma que decía «P.T. Barnum tenía razón» (un criptograma que había sido codificado con una clave de un solo uso extraída de los archivos de un diplomático de la ONU y cuya filtración provocó un ataque de pánico en los servicios de seguridad).

—Me pregunto quién será ese T.P. Barney —comentó el Duque Michael—. Da igual. La presencia del Festival ha tenido un… eh… efecto catastrófico sobre el Planeta de Rochard. Su economía está en ruinas, reina el desorden civil y hay una rebelión armada. De hecho… —De repente clavó la mirada en el embajador—. ¿Comprende usted lo que esto significa para los principios rectores de nuestra civilización?

—Estoy aquí estrictamente en calidad de embajador, para representar los intereses de todos los miembros de la ONU en la Nueva República —afirmó Cho con tono neutro—. No

para hacer juicios de valor sobre ustedes. Eso sería una presunción.

—Hmm. —Michael dirigió la mirada al secante de su mesa—. Es cierto que estamos considerando el envío de una expedición —dijo al fin. Cho trató de disimular su sorpresa—. Pero sería una acción complicada —continuó—. El enemigo está ya bien atrincherado en el sistema. No sabemos de dónde viene. Y si enviamos una flota directamente, podría sufrir el mismo destino que el escuadrón naval estacionado allí. Por tanto estamos considerando una estratagema un tanto… ah… desesperada.

Cho se inclinó hacia él.

—Señor, si están pensando en llevar a cabo una violación de la causalidad, debo advertirle de que…

El Archiduque levantó una mano.

—Le aseguro, señor embajador, que no tendrá lugar ninguna violación de la causalidad global como consecuencia de las acciones de la Armada de la Nueva República. No tenemos la menor intención de violar la Cláusula Diecinueve. —Hizo una mueca—. Sin embargo, en ocasiones se permiten violaciones localizadas de la causalidad en situaciones tácticas confinadas al cono de luz inmediato de una batalla, ¿no es así? Creo que… hmmm, sí. Un observador de la ONU

podría garantizar a todas las partes que nuestra conducta se ajustaba a la legalidad y era correcta, ¿verdad?

—Un observador de la ONU dirá escrupulosamente la verdad —afirmó Cho mientras empezaba a sudar un poco.

—Bien. En tal caso, creo que podremos acceder a sus peticiones, si finalmente se toma la decisión de preparar una flota. Un inspector tan solo, con credenciales diplomáticas, podrá acompañar a la nave insignia. Su objetivo será vigilar el uso de las armas capaces de modificar la realidad y asegurar a los mundos civilizados que la Nueva República no realiza un uso gratuito del viaje en el tiempo como arma de destrucción masiva.

Cho asintió.

—Creo que eso sería aceptable. Se lo notificaré al Inspector Mansour, que en este momento se encuentra en Klamovka.

Michael esbozó una sonrisa fugaz.

—Envíe una nota a mi secretaria. Se la haré llegar al cuartel general del Almirante Kurtz. Creo que puedo garantizar que cooperará con ustedes hasta el límite de su capacidad.

El Procurador Subalterno Vassily Muller, de la Oficina del Conservador, estaba de pie frente a la gran ventana panorámica que ocupaba la pared delantera del Observatorio Cuatro, contemplando un abismo de años luz

de distancia. Las estrellas pasaban girando como joyas desperdigadas sobre un mostrador rotatorio. La columna vertebral de la enorme estación creaba una semblanza de gravedad confortablemente baja, aproximadamente el ochenta por ciento de la normal. Al otro lado del doble muro de diamante sintético se encontraba el astillero, donde la gran mole cilíndrica de una nave de guerra se recortaba contra un telón de fondo de belleza cósmica.

Caían sobre el cilindro gris sombras que eran como la hoja de la eternidad, afiladas con la antinatural claridad del vacío. En diversos puntos a lo largo del casco de la nave había compuertas de inspección abiertas. Sus intestinos estaban perturbadoramente desparramados por el exterior, abiertos a los apéndices manipuladores controlados por control remoto que se unían a ella con miembros múltiples. Parecía una ballena muerta y putrefacta devorada por un enjambre de cangrejos del barro de color verde. Pero Vassily sabía que no estaba muerta: solo estaba siendo sometida a una operación de cirugía.

La nave era como un corredor de maratón, reformado por cirujanos con la esperanza de convertirla en una especie de cyborg prodigioso para poder tomar parte en el acontecimiento deportivo definitivo, la culminación de todos los anteriores. La analogía con su propia cabeza, que todavía le escocía un poco, no se le escapaba a Vassily. Pensó que para el conflicto que se avecinaba eran esenciales los preparativos más radicales. Ya era capaz de sentir las nuevas

conexiones, como el fantasma de un miembro aún indefinido, cobrando solidez en algún punto situado más allá de sus percepciones. Dentro de otros tres días, le había asegurado el médico por la mañana, sería capaz de empezar a entrenar a su conector craneal. Le habían dado un maletín lleno de instrucciones, una pequeña y completamente ilegal (por no mencionar horriblemente cara) caja de herramientas, y un pase de la máxima prioridad para viajar a la estación orbital en una lanzadera de la Defensa Aérea sin tener que recurrir al lento ascensor.

—El procurador Muller, supongo. —Se volvió. Un sujeto de aspecto aseado con el uniforme verde de la Armada de Su Majestad y con anillos de teniente en los galones. Saludó—. Descanse. Soy el Teniente Segundo Sauer, oficial de seguridad de a bordo de la Lord Vanek. ¿Es su primera visita?

Vassily asintió, demasiado impresionado para articular una respuesta. Sauer se volvió hacia la ventana.

—Es impresionante, ¿no?

—¡Sí! —La visión de la gran nave provocó una oleada de orgullo en su corazón: su pueblo poseía y gobernaba naves como aquella—. Mi hermanastro sirve en una de ellas, una nave de la flota: la Skvosty.

—Oh, muy bien, muy bien. ¿Lleva mucho tiempo a bordo?

—Tres… tres años. Es el segundo oficial de control de fuego. Un teniente, como usted.

—Ah. —Sauer ladeó la cabeza y dirigió una mirada brillante y concentrada a Vassily—. Excelente. Pero, dígame, ¿piensa que es una buena nave? ¿Cree que es poderosa?

Vassily movió la cabeza, aturdido todavía por la primera visión de la nave de guerra.

—¡No soy capaz de imaginar algo más grande que una nave como esa! ¿Cómo podría nadie construir algo mejor?

Sus palabras parecieron divertir a Sauer.

—Es usted un detective, no un cosmonauta —dijo—. Si hubiera ido a la academia naval, estaría al tanto de algunas de las posibilidades. Por el momento bastará con decir que no le habrían puesto el nombre del viejo Cabeza de Hierro si no fuera la mejor nave que tenemos… pero no todo el mundo juega con las mismas reglas que nosotros. Supongo que es justo, en tal caso, que juguemos a algo diferente… que es precisamente la razón por la que se encuentra usted aquí y estamos manteniendo esta conversación. Quiere proteger esa nave y la República, ¿verdad?

Vassily asintió con entusiasmo.

—Sí. ¿Le ha informado mi oficial superior de la razón de mi presencia?

—Me han dado un informe completo. Nos tomamos con la máxima seriedad cualquier cosa susceptible de comprometer la seguridad a bordo de la nave. No podrá acceder a las zonas restringidas, pero aparte de eso, por lo que a mí se refiere, puede usted ir a cualquier lugar que no esté controlado. Estoy seguro de que podremos ayudarlo a mantener vigilado a su amiguito. A decir verdad, es una suerte que esté usted aquí. Ya tenemos problemas más que de sobra para encima tener que andar acechando a trabajadores extranjeros de servicio en la nave. Y además, mientras el problema se resuelva satisfactoriamente, ¿qué más da de quién sea la casa, eh?

En este momento, Vassily comprendió que pasaba algo raro, pero a causa de su inexperiencia no se le ocurrió lo que podía ser. Además, tampoco quería presionar a Sauer, al menos no ahora que acababan de conocerse.

—¿Puede mostrarme dónde trabaja Springfield?

—Desgraciadamente —Sauer extendió los brazos— Springfield no se encuentra a bordo en este preciso momento. Sabe que está trabajando en el sistema de propulsión interestelar, ¿no?

—Oh. —Los labios de Vassily dibujaron una «O» muy redonda—. ¿Quiere decir que tendré que subir a bordo?

—Quiero decir que no puede subir a bordo. Al menos hasta que haya recibido la autorización médica, la de seguridad, acudido a tres charlas orientativas y el viejo haya aprobado su presencia, cosa que no ocurrirá hasta mañana, como pronto. De modo que, por el momento, creo que será mejor que lo acompañe a la sala de oficiales en tránsito. Mientras esté en casa del Almirantazgo, cuenta con los privilegios de un suboficial.

—Estupendo —asintió Vassily con entusiasmo—. Si es tan amable…

Mientras tanto, el primer Crítico del séquito del Festival estaba entrando en la órbita del Mundo de Rochard.

Antaño parte de una civilización humana que había transmigrado a su propia red informática, el Festival era una embajada viajera, un nexo para el intercambio de información cultural entre las estrellas. Le interesaban principalmente otras culturas de características similares a las suyas, pero en última instancia cualquiera servía a sus propósitos. Había avanzado en zigzag por la esfera de mundos habitados durante un millar de años-t, a partir de su cuna, situada en la periferia, y en todo ese tiempo solo le había pedido una cosa a sus complacientes u hostiles anfitriones: ¡Diviértenos!

El Festival estaba fuertemente restringido por la densidad de información que podía contenerse en las diminutas

astrosondas que lo arrastraban a lo largo de los abismos interestelares. A diferencia de otras civilizaciones cargadas, el Festival no era capaz de manufacturar su propia realidad con la verosimilitud necesaria para evitar los peligros consustanciales a la vida en un universo virtual. Era como una planta en el desierto, que existía en estado de semilla latente durante los años que se extendían entre frenéticos episodios de crecimiento, cuando se daban las condiciones apropiadas.

Como la mayoría de las caravanas, el Festival acumulaba en su seno autostopistas, parásitos y una hueste de seguidores en general. Había sitio para millones de pasajeros en los congelados corazones-mente de las astrosondas, pero no para que pensaran entre las estaciones. Las mentes verdaderas hibernaban durante los periplos de décadas que las llevaban entre las civilizaciones planetarias. Sencillos supervisores subinteligentes protegían a las astrosondas durante los viajes y administraban los sistemas automáticos. Al llegar, los servidores construían la infraestructura necesaria para deshelar y cargar las mentes verdaderas. Una vez que se había hecho contacto y que se había decidido un curso de acción, toda capacidad residual se ponía a disposición de los demás pasajeros, incluidos los Críticos.

Una espuma de diamante estaba creciendo en la órbita de Sputnik, el más lejano de los satélites del Planeta de Rochard. En el interior de algunas de las burbujas se agitaban extrañas emulsiones, un hirviente caldo de reacciones

químicas catalizadas por nanomáquinas. Otras burbujas se habían vuelto completamente negras y empezaron a absorber la luz del sol con eficiencia casi total. Una procesión continuada de tanques flotaba en dirección a la espuma siguiendo órbitas caóticas, enviada por las plantas mineras del sistema exterior. Dentro de las burbujas se coagulaba la vida encarnada, células ensambladas por máquinas en lugar de por el ciclo natural de la mitosis y la diferenciación. Pasaron miles de segundos, un eon para los ensambladores productivos: aparecieron esqueletos, primero como imprecisos perfiles y luego como afloramientos coralinos de aspecto barroco que flotaban en las burbujas placentarias centrales. La sangre, los tejidos, los dientes y los órganos empezaron a cobrar formas definidas a medida que los nanoensambladores bombeaban enzimas sintéticas, ADN, ribosomas y demás maquinaria celular a las vesículas lípidas que habrían de convertirse en células vivas.

Entonces, los cuerpos de los Críticos empezaron a agitarse.

EL HORIZONTE PARECIDO AL ESPACIO

La puerta del estudio se abrió y entró un soldado de uniforme.

—El comodoro Bauer para ver al almirante —anunció.

—¡Qué p… pase!

El comodoro Bauer entró en el estudio del Almirante y saludó. Sentado tras una imponente mesa de gruesa madera en el centro de la enorme estancia (forrada de madera dura importada a precio de oro, cortinas de seda cruda y una cantidad no desdeñable de pan de oro en las cornisas), el almirante parecía diminuto: una marchita tortuga con bigotes de morsa, vagando a la deriva en el mar que era la alfombra azul y plateada. No obstante, aquel día se

encontraba en buenas condiciones, ataviado con su uniforme, resplandeciente de condecoraciones y cintas y sentado en una silla regia.

—Comandante. Bienvenido. Por favor, tome asiento.

El comodoro Bauer se acercó a la mesa y se sentó en la silla que se le indicaba.

—¿Cómo se encuentra su padre últimamente? Ha… ha pasado algún tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Se encuentra muy bien.

Al menos lo mejor que podría esperarse teniendo en cuenta que hace cuatro años que murió. Bauer miró a su superior con tristeza. En el pasado el más afilado sable de la armería de la Nueva República, el Almirante Kurtz estaba oxidándose a una velocidad pasmosa: ya debían de estar planeando su funeral. Todavía tenía períodos de lucidez, en ocasiones bastante prolongados, pero obligarlo a encabezar aquella expedición —y ningún oficial que rehusara obedecer una orden imperial podía tener esperanzas de mantener el puesto— era una verdadera crueldad. Seguramente Su Majestad estaba al corriente de su estado.

—¿Puedo preguntar por qué me ha hecho llamar, señor?

—Ah… ah… ah, sí. —El Almirante se estremeció como si alguien acabara de administrarle una descarga eléctrica. De

repente su expresión se puso tensa—. Debo pedirle disculpas, comodoro. Tengo demasiados momentos de despiste. Quería discutir la flisposición… quiero decir, la disposición de la flota. Evidentemente, el mando cotidiano de la flota estará en sus manos, así como el mando táctico una vez que lleguemos al Planeta de Rochard. Sin embargo, en la cuestión de la planificación sí que creo poder hacer alguna aportación. —Una sonrisa fugaz recorrió sus facciones—. ¿Está de acuerdo con esto?

—Ah, sí, señor —asintió Bauer, ligeramente aliviado. Puede que el viejo estuviera cayendo en la senilidad, pero todavía conservaba la agudeza de una navaja en sus buenos momentos: si estaba dispuesto a sentarse y permitir que Bauer se encargase de la mayor parte del trabajo, puede que las cosas funcionaran (siempre que recordara quién era Bauer, se dijo el comodoro). Ya habían trabajado juntos en el pasado: Bauer había sido teniente subalterno a las órdenes del capitán Kurtz durante la invasión de Thermidor y sentía un gran respeto por su intelecto, por no mencionar su testaruda negativa a retirarse aún en los casos en los que se enfrentaba a gran oposición—. Tengo la impresión de que el Cuartel General tiene algunos planes poco habituales para levantar este asedio: ¿es eso lo que tienen en mente?

—Sí. —El Almirante Kurtz señaló una carpeta de cuero rojo que descansaba sobre su mesa—. Contingencia Omega. Tuve algo que ver en su elaboración, hace diez años, pero me

temo que tendrán que refinarlo mentes más jóvenes para convertirlo en un plan de ataque.

—Contingencia Omega. —Bauer hizo una pausa—. ¿No se había archivado por… eh… cuestiones legales?

—Sí —asintió Kurtz—. Pero solo como plan de ataque total. No se nos permite recorrer sendas temporales cerradas: utilizar el viaje más rápido que la luz para llegar antes del estallido de la guerra. Provoca toda clase de problemas. Algunos dicen que a Dios no le gusta. Si quiere saber mi opinión, es una completa estupidez. Pero ya hemos sido atacados. Ellos nos atacaron. Así que podemos ir al pasado, solo que después del comienzo del ataque. Debo confesar que creo que es una excusa patética, pero así están las cosas. La Contingencia Omega.

—Oh. —Bauer extendió la mano hacia la carpeta—. ¿Me permite?

—Desde… desde luego.

El comodoro empezó a leer.

Acelerar hasta alcanzar velocidades superiores a la de la luz era, por supuesto, imposible. La teoría de la relatividad general lo había dejado bien claro allá por el siglo XX. Sin embargo, desde entonces se habían inventado varias formas para burlar el límite de velocidad. En aquel momento,

existían al menos seis métodos diferentes de mover masa o información de A a B sin necesidad de pasar por C.

Un par de estas técnicas se basaban en trucos cuánticos, extraños cortes que implicaban que los condensados de Bose-Einstein intercambiaran bits en cuantos separados por años luz. Al igual que ocurría con el canal causal, los cuantos interrelacionados tenían que separarse a velocidades inferiores a la de la luz, lo que hacía que el método fuera apto para la transmisión de información pero no para el transporte de cuerpos. Algunos de ellos —como los agujeros de gusano del Escatón— eran inexplicables y se basaban en principios que ningún físico humano había descubierto aún. Pero dos de ellos eran sistemas de propulsión viables para naves espaciales: el recíproco de expansión Linde-Alcubirre y el motor de salto. El primero establecía una oleada de expansión y contracción en el espacio situado delante y detrás de la nave: era un ejercicio de elegancia cuando no había testigos, y peligroso en no poca medida. Una nave espacial que tratara de navegar por el denso colector de espacio-tiempo corría el riesgo de ser reducida a pedazos por una mota de polvo extraviada.

El motor de salto era, como mínimo, mucho más fiable si se hacía caso omiso de ciertas particularidades. Una astronave equipada con él aceleraría para salir del pozo gravitatorio de la estrella más próxima. Tras identificar un punto de espacio-tiempo equipotencial en la estrella objetivo, la nave encendería el generador de campo del

motor y toda ella podría atravesar el túnel para moverse entre los dos puntos sin haber estado nunca entre ellos (asumiendo, claro está, que la estrella a la que se dirigía seguía más o menos en el mismo lugar y en el mismo estado en los que parecía encontrarse antes de la maniobra. De lo contrario, nadie volvería a ver la nave).

Pero el motor de salto tenía grandes inconvenientes para su uso militar. Para empezar, solo funcionaba en espacio-tiempo llano, es decir, a gran distancia de estrellas o planetas, lo que significaba que al llegar a tu destino te encontrabas en un punto desde el que tu enemigo tenía tiempo de sobra para verte llegar. Además, su alcance no era demasiado grande. Cuanto más lejos tratabas de saltar, mayores eran las probabilidades de que las condiciones en el punto de destino no fueran las esperadas, lo que suponía más trabajo para los compensadores de fugas. Y, lo que era más serio, creaba un túnel entre puntos equipotenciales del espacio-tiempo. Si cometías un error de cálculo en un salto, podías encontrarte en el pasado absoluto, tanto con relación al punto de partida como al de llegada. Puede que no te dieras cuenta de ello hasta que volvieras a casa, pero acababas de violar la causalidad. Y la gente que hacía eso, tenía serios problemas con el Escatón.

Por esta razón, Contingencia Omega era uno de los documentos más peliagudos de la biblioteca de planes de batalla de la Armada de la Nueva República. Contingencia Omega discutía posibles medios y modos de utilizar la

violación de causalidad —el viaje en el tiempo dentro del marco de referencia corriente— para obtener ventajas estratégicas. El Planeta de Rochard se encontraba a cuarenta años luz de Nueva Austria. Normalmente eso significaba entre cinco y ocho saltos, una travesía bastante seria que duraba tres o cuatro semanas. Ahora, en tiempos de guerra, era presumible que las vías de aproximación principales desde Nueva Austria estuvieran custodiadas. Cualquier flota atacante tendría que salvar a saltos la Nebulosa de la Cabeza de la Reina, una nube imposible de atravesar en cuyo interior estaban formándose tres o cuatro objetos protoestelares. Y para ejecutar Contingencia Omega —equilibrando de manera delicada el momento de su llegada con la recepción de las primeras señales de alarma enviadas desde el Planeta de Rochard, de modo que no se produjera ninguna violación de la causalidad absoluta pero su aparición les permitiera coger a sus enemigos por sorpresa—, bueno, harían falta más saltos aún, que los llevarían muy lejos en el cono de luz de su propio futuro antes de regresar describiendo un bucle al pasado, en la frontera interior misma del horizonte de sucesos.

Iba a ser, comprendió Bauer, la operación militar de mayor alcance de toda la historia de la Nueva República. Y —que Dios lo ayudara— su trabajo consistía en asegurarse de que funcionaba.

Burya Rubenstein dio un buen golpe a la basta mesa de madera con una bota gastada.

—¡Silencio! —exclamó. Nadie le hizo el menor caso. Disgustado, sacó la compacta pistola que la máquina había fabricado para él y disparó al techo. No emitió más que un tenue zumbido pero la lluvia de polvo de yeso resultante atrajo la atención de todos los presentes. En medio de las toses y los carraspeos, gritó—. ¡El comité guardará silencio!

—¿Por qué? —exigió un espontáneo desde el fondo de la abarrotada cervecería.

—Porque si no cerráis la boca y dejáis que hable, tendréis que responder ante Politovsky y sus dragones. Lo peor que yo haría es dispararos. ¡Pero si os coge el Duque, puede que tengáis que trabajar para vivir! —Carcajadas—. Para que él viva. Lo que tenemos aquí es una oportunidad sin precedentes de sacudirnos los grilletes de la esclavitud económica que nos encadenan a la tierra y a la fábrica, y provocar el advenimiento de una era iluminada de movilidad social en la que seamos libres para mejorar nuestras vidas, contribuir al bien común y aprender a trabajar mejor y vivir más deprisa. Pero, camaradas, las fuerzas de la reacción son implacables y vigilantes: en este mismo momento, una lanzadera de la Armada está llevando soldados a Chelm Exterior, que planean tomar y convertir en un baluarte contra nosotros.

Oleg Timoshevski se puso en pie con un impresionante despliegue de zumbidos y sonidos metálicos.

—¡No hay de qué preocuparse! ¡Los aplastaremos!

Movió el brazo izquierdo en el aire y su puño adoptó la forma inconfundible de un lanzagranadas. Tras haberse sumergido en la piscina de las técnicas de mejora personal con el entusiasmo de un cyborg de nacimiento, hubiera podido posar como modelo para un cartel del Frente Transhumanista o incluso del Partido del Espacio y la Libertad.

—Ya es suficiente, Oleg. —Burya lo fulminó con la mirada y a continuación volvió a dirigirse a la audiencia—. No podemos permitirnos vencer utilizando la violencia —subrayó—. Puede que a corto plazo sea tentador, pero solo servirá para desacreditarnos delante de las masas y la tradición nos dice que sin las masas de nuestro lado, no hay revolución posible. Tenemos que demostrar que las fuerzas de la reacción se disuelven frente al pacifismo de las nuestras por medio del progreso y la capacidad de iniciativa, sin necesidad de represión… o en última instancia, lo único que conseguiremos será suplantar a estas fuerzas y al hacerlo nos volveremos idénticos a ellas. ¿Es eso lo que queréis?

—¡No! ¡Sí! ¡NO!

El furor que se extendió por la gran sala hizo que se encogiera. Los delegados estaban sucumbiendo al entusiasmo, inflamados por el sentido de su propio e irresistible destino y un terrible exceso de cerveza de

centeno y vodka (puede que fueran bebidas sintéticas, pero resultaba imposible distinguirlas de las verdaderas).

—¡Camaradas! —Un hombre rubicundo, de mediana edad y tez cetrina, se encontraba junto a la puerta principal del salón—. ¡Prestadme atención, por favor! ¡Destacamentos reaccionarios de la junta imperialista están maniobrando para rodear el Campo de Desfiles del Norte! ¡El mercado libre está en peligro!

—Oh, mierda —musitó Marcus Wolff.

—Ve a ver qué pasa, ¿quieres? —le pidió Burya—. Llévate a Oleg, quítamelo de delante y yo defenderé el fuerte aquí. Y trata de encontrar algo que Jaroslav pueda hacer mientras tanto. Podría empezar a hacer juegos malabares o disparar con su pistola de agua a los guardias o quién sabe qué. No puedo trabajar mientras él sigue metiéndose en líos.

—De acuerdo jefe. ¿Dices en serio lo de… eh… no reventar cabezas?

—¿Qué si hablo en serio? —Rubenstein se encogió de hombros—. Prefiero que no tengamos que recurrir a las armas nucleares, pero haz lo que creas necesario para ganarles por la mano… siempre que sigamos conservando la ventaja moral. Si es posible. No necesitamos una batalla en este momento. Es demasiado pronto. Si aguantamos una semana, los guardias empezarán a desertar como las ratas

que abandonan un barco que se hunde. Por ahora basta con que trates de desviar su atención. Tengo previsto emitir un comunicado que será como soltar al gato entre las palomas para los lacayos de las clases gobernantes.

Wolff se puso en pie y se acercó a la mesa de Timoshevski.

—Oleg, ven conmigo. Tenemos un trabajo que hacer. —Burya apenas les prestó atención: tenía la nariz enterrada en el manual de un procesador de palabras que el cuerno de la abundancia había soltado en su regazo. Tras haber pasado una vida entera escribiendo a mano o con una laboriosa máquina de escribir manual, aquello se le antojaba demasiado parecido a magia negra, pensó. Con solo averiguar cómo hacer que calculara el número de palabras que contenía un párrafo, se hubiera sentido feliz. Pero si no podía hacerlo, ¿cómo iba a saber cuántos tipos de plomo iba a necesitar para rellenar una columna como es debido?

El congreso revolucionario llevaba ya tres días encerrado en el viejo Mercado de Grano. En el tejado habían florecido insólitas excrecencias parecidas a helechos de metal negro que convertían la luz del sol y la polución de la atmósfera en electricidad y herramientas de plástico de brillantes colores. Godunov, quien supuestamente se encontraba al cargo de la comida, se había quejado amargamente de la falta de vajilla (como si a un verdadero revolucionario debieran preocuparle semejantes trivialidades) hasta que Misha, quien había llegado mucho más lejos en las interfaces

cerebrales directas que el propio Oleg, había arrugado la nariz y le había pedido a las cosas del tejado que empezaran a producir herramientas. Luego se había marchado a encargarse de algo y nadie había conseguido que la fábrica dejara de producir. Por suerte no parecía haber carencias de comida, de municiones ni, en realidad, de ninguna otra cosa: parecía que el farol de Burya había convencido al Duque de que el soviet democrático contaba realmente con armas nucleares y por el momento los dragones se cuidaban mucho de acercarse al edificio de ladrillos amarillos situado al final de la Plaza de la Libertad.

—¡Burya! ¡Ven rápido! ¡Hay problemas en las puertas!

Rubenstein levantó la mirada de su proclama.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¡Habla claro!

El camarada (Petrov era su nombre, ¿no?) se detuvo bruscamente delante de su mesa.

—¡Soldados! —dijo con voz jadeante.

—Aja. —Burya se levantó—. ¿No están disparando todavía? ¿No? Entonces hablaré con ellos. —Se estiró, tratando de aliviar la rigidez de sus músculos y parpadeó varias veces para librarse del agotamiento—. Llévame hasta allí.

Una pequeña multitud estaba reuniéndose alrededor de las puertas del Mercado de Grano. Campesinas con pañuelos en la cabeza, trabajadores de las acerías del otro extremo de la ciudad —inútiles, dado que todas sus factorías habían sido reemplazadas por un complejo robótico milagroso, casi orgánico, que a esas horas todavía seguía extendiéndose—, incluso unos pocos y enjutos reos de cabeza afeitada, salidos de los campos correccionales que había detrás del castillo: todos ellos agolpándose alrededor de un pequeño puñado de soldados de aspecto aterrorizado.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió Rubenstein.

—Estos hombres, dicen…

—Deja que hablen por sí mismos. —Burya señaló al que estaba más cerca de las puertas—. Tú. No nos estáis disparando, así que, ¿para qué estáis aquí, camarada?

—Yo… eh…

El soldado hizo una pausa. Parecía confundido.

—Estamos hartos de que los aristócratas anden dando órdenes, eso es lo que pasa —dijo el que había a su lado, un hombre alto como un espárrago, de tez cetrina y con un gorro alto de piel que casi con toda seguridad no correspondía al uniforme reglamentario—. Esos parásitos realistas, encerrados en su palacio, bebiendo champaña y ordenándonos que muramos para que ellos sigan a salvo.

Mientras aquí fuera todo el mundo se lo está pasando en grande y parece que es el fin del régimen. O sea, ¿qué es lo que pasa? ¿Ha llegado ya la verdadera libertad?

—¡Bienvenidos, camaradas! —Burya abrió los brazos hacia el soldado—. ¡Sí, es cierto! ¡Con la ayuda de nuestros aliados del Festival, el puño de hierro de la junta reaccionaria está a punto de ser derribado para siempre! La nueva economía está naciendo. El coste marginal de la producción se ha abolido y de ahora en adelante, si cualquier objeto se produce una sola vez, podrá replicarse indefinidamente. ¡Para cada uno de acuerdo a su imaginación, para cada uno de acuerdo a sus necesidades! Uníos a nosotros. ¡O, mejor aún, id a buscar a vuestros hermanos soldados o trabajadores para que se unan a nosotros!

Hubo un agudo estrépito procedente del tejado del Mercado de Grano, justo en el momento álgido de este discurso improvisado; todas las cabezas se volvieron hacia allí, alarmadas. Algo se había roto dentro de la fábrica de instrumentos y una lluvia de herramientas de plástico de los colores del arco iris salía despedida como el chorro de una fuente hacia el cielo y caía con gran escándalo al suelo, en todas direcciones, como el heraldo de la sociedad posindustrial que se avecinaba. Los obreros y los campesinos contemplaron boquiabiertos y entre asombrados y asustados aquel despliegue de productividad y a continuación se arrodillaron en el barro para escarbar en busca de las herramientas de brillantes colores que les

regalaba la revolución. Sonó una descarga de detonaciones y Burya alzó las manos, con una sonrisa salvaje en los labios, para aceptar el saludo de los soldados de la guarnición de la Colina del Cráneo.

—… boletín de noticias de la noche. Y ahora veamos los titulares para hoy. Continúa la crisis provocada por la invasión del Planeta de Rochard por parte del llamado Festival. Todos los intentos de mediación diplomática han fracasado y parece que una acción militar es inevitable. Los testimonios directos desde el territorio ocupado escasean pero hasta donde hemos podido saber, la guarnición al mando del Duque Politovsky continúa luchando valerosamente en defensa de la bandera imperial. El embajador Al-Haq de Turku ha afirmado en este mismo programa que la política expansionista del llamado Festival representa una intolerable amenaza para la paz.

»Se ha descubierto que la mujer que se encadenó a la verja de la residencia imperial la mañana de ayer, exigiendo el derecho de voto y a la propiedad para las mujeres posee un largo historial de desórdenes mentales caracterizados por crisis de histeria paranoica. Hoy mismo, las líderes de la Unión de Madres han negado estar al corriente de sus propósitos y la han tachado de “poco femenina”. Se espera que la mujer sea acusada por perturbar el orden público a finales de esta misma semana.

»Los rumores sin base que circulan por la Vieja Tierra sobre los supuestos planes del Almirantazgo para llevar a cabo un serio plan de modernización de nuestras naves han provocado que numerosas compañías inversoras interplanetarias vendieran sus acciones, lo que ha provocado una caída en picado del índice de negocios y la retirada de la bolsa de la Nueva República de varias compañías de seguros. Hasta el momento no se ha producido ningún anuncio por parte del presidente del Banco Real, pero los funcionarios de la cámara de comercio están preparando en este mismo momento la presentación de cargos contra aquellas compañías que hayan participado en la estampida, acusándolas de calumnia y conspiración para establecer un cártel mercantil utilizando como pretexto la actual alerta de defensa.

—Los cuatro anarquistas que fueron ahorcados hoy en la Prisión de Krummhopf fueron atendidos por…

Clic.

—Odio este puto planeta —susurró Martin mientras se metía un poco más en la bañera de porcelana. Era el único elemento favorable del pequeño y estrecho apartamento de dos habitaciones, situado junto a los muelles, en el que lo habían metido (las características negativas incluían, por supuesto, la casi segura presencia de micrófonos). Dirigió la mirada al techo, dos metros por encima de él, tratando de ignorar las noticias que daba la radio.

Sonó el teléfono.

Maldiciendo, Martin salió de la bañera y entró, dando saltos y chorreando, en el salón.

—¿Sí? —preguntó con cierto exceso de energía.

—¿Ha tenido un buen día? —Una voz de mujer. Tardó un segundo en ubicarla.

—Asqueroso —dijo con toda sinceridad. Y el hecho de que me llame no lo mejora, pensó. La idea de verse arrastrado a una especie de estafa diplomática no lo seducía en absoluto. Pero las ganas de quejarse se impusieron a las irritaciones menores—. La lista de tecnologías sometidas a embargo incluye los interfaces craneales. Lo hacen todo a base de viejos guantes de inmersión de RV y teclados. Ahora, todo lo que miro está cubierto de motas de color púrpura y me escuecen los dedos.

—Bueno, parece que ha tenido un día realmente bueno comparado con el mío. ¿Ha comido ya?

—Aún no. —De repente Martin se dio cuenta de que estaba hambriento, además de aburrido—. ¿Por qué?

—Esto le va a gustar —dijo ella con voz alegre—. Conozco un restaurante decente en la cubierta C, dos cubiertas por encima y a tres corredores de distancia de la entrada a la zona de seguridad cinco. ¿Quiere que lo invite a cenar?

Martin lo pensó un momento. En condiciones normales hubiera rehusado y hubiera tratado de dar con el modo de evitar a la bruja de la ONU. Pero estaba hambriento. Y no solo de comida. La despreocupada invitación le recordó a su hogar, un lugar en el que la gente todavía podía hablar con libertad. La tentación de la compañía lo impulsó a aceptar y después de vestirse, siguió las indicaciones que ella le había dado mientras trataba de no pensarlo demasiado.

Los aposentos de los oficiales visitantes se encontraban más allá de la zona de seguridad de la base, pero a pesar de ello había que atravesar un control antes de llegar a la escotilla que daba a la sección civil de la estación. Tras cruzar el control, entró en un pasillo principal. Se curvaba suavemente a la izquierda, siguiendo el contorno interior de la circunferencia de la estación. A partir de él se abrían más corredores, así como numerosas puertas. Dobló una esquina y salió a la calle…

—¡Martin! —La mujer lo cogió del brazo—. ¡Qué alegría verte!

Se había puesto un vestido verde de corpiño ajustado y guantes largos y negros. Sus hombros y sus antebrazos estaban a la vista, pero se cubría el cuello con una cinta, cosa que le pareció rara. Había algo en su atuendo que le resultaba extraño aunque no sabía el qué.

—Finge que estás encantado de verme —siseó—. Para las cámaras. Me vas a llevar a cenar. Y llámame Ludmilla en público.

—Desde luego. —Se obligó a esbozar una sonrisa—. ¡Querida mía! ¡Cuánto me alegro de verte! —Cogió su brazo y trató de seguirle el juego—. ¿Por dónde? —murmuró.

—Lo estás haciendo muy bien para ser un aficionado. Tercer establecimiento a la derecha. Hay una mesa a tu nombre. Esta noche soy tu acompañante. Siento toda esta parafernalia de novela de espías, pero los servicios de seguridad de la base te están vigilando y si yo me encontrara aquí oficialmente con mi propia identidad, empezarían a hacerte preguntas. Es mucho más conveniente que crean que soy una mujer de virtud relajada.

Martin se ruborizó.

—Ya veo —dijo. Por fin comprendió lo que le había escamado. En aquella cultura puritana, una mujer que mostrara la piel por debajo de la garganta se consideraba, en el mejor de los casos, un poco atrevida. Lo que significaba, ahora que lo pensaba, que su hotel estaba lleno de…

—¿No has utilizado los servicios del hotel desde que llegaste? —preguntó ella con una ceja enarcada.

Martin sacudió la cabeza.

—No me gusta que me arresten en jurisdicción extranjera —musitó para disimular su incomodidad—. Y las costumbres locales son muy confusas ¿Qué piensas tú de ellos?

Ella le apretó el brazo.

—Sin comentarios —dijo con voz alegre—. Se supone que en este sitio las mujeres no dicen tacos. —Se recogió la falda mientras él le abría la puerta—. No obstante, dudo que este orden social dure muchos años. Han tenido que invertir muchísima energía para mantener intacto el status quo durante tanto tiempo.

—Hablas como si estuvieras deseando que se derrumbara.

Le entregó su tarjeta a un camarero de librea, quien hizo una reverencia y entró en el restaurante.

—Lo estoy. ¿Tú no?

Martin suspiró silenciosamente.

—Ahora que lo mencionas, no derramaría ninguna lágrima si eso pasara. Pero en este momento, lo único que quiero es terminar este trabajo y regresar a casa.

—Ojalá mi vida fuera tan sencilla. No puedo permitirme el lujo de enfurecerme. Se supone que debo contribuir a proteger a esta civilización de las consecuencias de su propia

estupidez. Es difícil resolver las injusticias sociales cuando toda la gente a la que estás tratando de ayudar está muerta.

—Su mesa, señor —dijo el camarero, que acababa de reaparecer, con una profunda reverencia. Rachel emitió una risilla tonta. Martin acompañó al camarero seguido por ella.

La chica siguió manteniendo la pose de alocada cabeza de chorlito hasta que estuvieron sentados en un reservado y hubieron pedido el menú del día. En cuanto el camarero se marchó, la abandonó.

—Quieres saber qué está pasando, quién soy y de qué va todo esto —dijo en voz baja—. También quieres saber por qué deberías cooperar y qué sacarás si lo haces. ¿Verdad?

Martin asintió. No deseaba abrir la boca hasta descubrir cuánto sabía ella sobre su auténtico oficio.

—Bien. —Lo miró sin pestañear—. Deduzco que ya has decidido no entregarme a la seguridad de la base. Sería un grave error, Martin. Aunque no lo fuera para ti, lo sería para mucha gente.

Martin bajó la mirada y la dirigió a la mesa puesta frente a ella. Cubertería de plata, servilletas de lino, un mantel almidonado que se derramaba como una cascada por todos lados. Y los senos de Rachel. Con aquel vestido eran imposibles de ignorar, aunque uno tratara de no mirarlos.

Una mujer de virtud relajada, en efecto. Se decidió a no apartar la mirada de su cara.

—Aquí está pasando algo que no comprendo —dijo—. ¿Qué es?

—Ahora te lo explico. Lo primero que voy a decir es que, una vez que hayas oído lo que tengo que contarte, eres libre de levantarte y marcharte a menos que decidas implicarte en el asunto. Lo digo en serio. La verdad es que antes me he excedido un poco, pero prefiero que no participes si no lo haces voluntariamente. Por el momento, piensan que no eres más que un ingeniero bocazas. Si me prestan demasiada atención a mí… —Hizo una pausa. Frunció ligeramente los labios—. Soy mujer. Recibiré muy poca piedad si me descubren, pero la verdad es que no creen que una mujer pueda ser un agente secreto, y mucho menos un especialista en inteligencia. Además, mañana a esta misma hora ya debería de tener mis credenciales diplomáticas y entonces podré salir a la luz. Pero, vamos, sobre lo que está pasando. ¿Vas a levantarte y marcharte o quieres participar?

Martin lo pensó un momento. ¿Qué debería hacer? La solución parecía obvia.

—Me quedaré hasta haber recibido algunas respuestas. Y haber cenado. Lo que sea antes que seguir encerrado en esa cloaca de base.

—Muy bien. —Se reclinó en su asiento—. Primero —levantó un dedo enguantado—. ¿Qué está pasando? Es un poco peliagudo. La ONU no tiene jurisdicción aquí, pero sí que tiene la influencia suficiente para arruinar los acuerdos comerciales de la Nueva República con la mitad de sus vecinos si se descubriera que, por ejemplo, están rompiendo las convenciones sobre guerra o sobre el uso de tecnologías prohibidas.

Martin bufó.

—¿Tecnologías prohibidas? ¿Ellos?

—¿De verdad crees que dejarían pasar la oportunidad de aprovechar un invento robado? Me refiero a la familia real, claro.

—Hmm. —Martin se rascó la barbilla con aire pensativo—. Muy bien, así que son tecnófobos pragmáticos. ¿Es eso lo que quieres decir?

—En resumidas cuentas, sí. —Se encogió de hombros. Contra lo que le dictaba el sentido común, Martin se descubrió a sí mismo mirando por debajo de la barbilla de la chica. Se forzó a levantar la mirada—. Nuestras limitaciones sobre armamento no se aplican aquí, pero las cosas son diferentes más cerca de casa y gran parte del comercio de la Nueva República fluye en esa dirección. Gozamos de cierto reconocimiento. Una vez que tenga mi acreditación

diplomática, gozaré de inmunidad diplomática, si me cogen y vivo lo suficiente para hacerla efectiva. Dos. —Levantó otro dedo—. Los controles de limitación de armas existen para impedir que la gente provoque la intervención del Escatón. Y funcionan en ambos sentidos. Mientras la gente se limite a utilizar tonterías como misiles relativísticos capaces de destruir planetas, gas nervioso y cosas parecidas, el gran E no se meterá. Pero en cuanto alguien empiece a trastear con lo prohibido… ¡Papá le regaló por su puesta de largo una esmeralda de este tamaño!

Empezó a hacer pucheros y Martin la miró, perplejo. A continuación esbozó una sonrisa rígida mientras el camarero depositaba un cuenco de sopa delante de él.

El camarero se apartó un paso, sirvió más vino y desapareció. Rachel hizo una mueca.

—Eh… ¿dónde estaba? Te sorprendería lo deprisa que se vuelve aburrida esta rutina. Tener que actuar constantemente como una retrasada de diez años… Ah, sí, el gran E. Al gran E no le gusta nada la gente que desarrolla armas autónomas capaces de replicarse a sí mismas, o aparatos de violación de la causalidad o un largo etcétera de herramientas prohibidas de destrucción masiva. Bacterias: prohibidas. Limo gris: prohibido. Cualquier cosa que huela a software de mando con capacidad de modificarse a sí mismo: fuera. Todas ellas son armas prohibidas de categoría dos. Si una civilización planetaria empieza a jugar con ellas,

más tarde o más temprano aparece el gran E y entonces se convierte en una ex-civilización planetaria.

Martin asintió tratando de hacer ver que todo aquello era nuevo para él. Tuvo que morderse la lengua para resistir la tentación de corregir su última afirmación. Su entusiasmo por la cuestión era contagioso y tenía que contenerse para no contribuir con su propio conocimiento de la materia.

Rachel tomó una cucharada de sopa.

—El gran E puede ser extremadamente brutal. Está confirmada la aparición de al menos una supernova atípica en un radio de quinientos años luz de nuestro cono de luz, el de la Tierra me refiero. Es la respuesta más lógica si uno quiere librarse de una amenaza potencial que se propaga a un ritmo exponencial, así que suponemos que fue obra del Escatón. En cualquier caso, ¿estás de acuerdo conmigo en que es un error permitir que el niño del vecino juegue con armas nucleares estratégicas?

—Sí —asintió Martin. Tomó un poco de sopa—. Algo así podría impedir que reclamaras tu complemento de puntualidad.

Rachel entornó la mirada antes de asentir.

—Sarcasmo, vaya. ¿Cómo es que no te has metido en líos en todo este tiempo?

—Sí que lo he hecho. —Dejó la cuchara en el plato—. Por eso precisamente, si me permites que te lo diga, me preocupó tu forma de abordarme. Puedo vivir sin acabar encerrado en prisión.

Rachel suspiró.

—Lo siento —dijo—. No sé si llegarían tan lejos contigo pero… lo siento de veras. Sin embargo, querría plantear las cosas con perspectiva. La Nueva República se encuentra solo a 250 años luz de la Tierra. Si el Gran E decidiera eliminar la estrella primaria de este sistema, habría que evacuar otros cincuenta. —Parecía incómoda—. De eso va todo esto. Por eso tenía que abordarte.

Bajó la mirada y se concentró en la sopa con implacable determinación. Martin la miró fijamente. Había perdido el apetito. Ella se había encargado de conseguirlo recordándole por qué estaba allí. No es que sus padres lo preocuparan demasiado, pero tenía una hermana en Marte a la que le tenía mucho cariño y demasiados amigos y recuerdos como para querer seguir hablando de todo aquello. Era más sencillo observar cómo comía la mujer, admirar el impecable rubor de la piel de sus brazos y su décolletage… Parpadeó, cogió la copa de vino y la apuró de un trago. Ella levantó la mirada, vio que la estaba observando, esbozó una gran sonrisa —teatral, incluso— y se pasó lentamente la lengua por los labios. El efecto fue demasiado. Martin apartó la vista.

—¡Mierda y corrupción, tío, se supone que debe parecer que me estás invitando a cenar para poder llevarme a casa y follarme hasta caer rendido! —dijo ella en voz baja—. ¿No puedes al menos fingir un poco de interés?

—Lo siento —respondió Martin, desconcertado—. No soy actor. ¿Es eso lo que se supone que estamos haciendo?

Ella levantó la copa. Estaba vacía.

—Llénamela, por favor. —Le dirigió una mirada peculiar. Se puso muy erguido con un movimiento brusco y a continuación alargó el brazo, tomó la botella de vino y vertió parte de su contenido en la copa de su acompañante—. No quiero quitarte el apetito. Además, eres la única compañía civilizada que hay en varios miles de kilómetros a la redonda.

—Soy ingeniero de motores de salto —dijo él mientras se devanaba los sesos tratando de encontrar algo más que decir ¿En qué me estoy metiendo?, se preguntó con desesperación. Hacía un par de horas se estaba volviendo loco de aburrimiento y soledad. Ahora, una mujer inteligente y atractiva, que encima resultaba ser una espía, lo había sacado a cenar. Algo tenía que ir mal, ¿no?—. Me gusta trabajar con máquinas. Me gustan las naves. No… —se aclaró la garganta—. No se me dan tan bien las personas.

—¿Y eso es un problema?

—Sí —asintió, y a continuación la miró con sorpresa. Su expresión revelaba simpatía—. Estoy constantemente malinterpretando a la gente de aquí. Cosa que no es buena. Así que me encerré en mi cuarto y decidí quitarme de en medio.

—Y ahora, déjame que lo adivine, te estás volviendo loco de aburrimiento.

—Después de pasar cuatro meses igual, supongo que puede decirse que sí. —Tomó un poco de vino—. ¿Y tú?

Rachel aspiró hondo.

—No es lo mismo pero casi. Yo tengo un trabajo que hacer. Se supone que no debo meterme en líos. Parte del trabajo consiste en mezclarte con la gente pero al cabo de algún tiempo empieza a ser horrible. En serio, estos cara a cara no se recomiendan para nada en los manuales, ¿lo sabías? Sería más seguro dejarte un pequeño receptor para enviarte un mensaje.

—Así que —dijo Martin—, estás loca de nostalgia.

—Sí. —Sonrió—. ¿Tú también?

—¿Alguien te espera en casa? —preguntó—. Perdona. Lo que quería decir es, ¿hay alguien con quien quieras regresar? ¿O alguien con quien puedas desahogarte? Con cartas o lo que sea.

—Bah. —Frunció el ceño y luego lo miró—. En esta profesión no puedes estar casada más que con tu trabajo, Martin. Como en la tuya, más o menos. Si estuvieras casado, ¿traerías a tu familia a un sitio como la Nueva República?

—No. No quería decirlo así…

—Ya lo sé. —Su expresión ceñuda dio paso a otra reflexiva—. Pero de vez en cuando da gusto poder hablar con libertad.

Martin jugueteó con su copa de vino.

—Estoy de acuerdo —dijo con convicción—. La semana pasada tuve un pequeño percance por culpa de eso.

Dejó de hablar. Ella lo estaba mirando de una manera extraña, con el rostro contraído en algo que hubiera tomado por una sonrisa de no haber podido ver sus ojos. Que parecían preocupados.

—Sonríeme. Sí, eso está mejor. Ahora sigue haciéndolo. No dejes de sonreír. Nos están vigilando en este preciso momento. No te preocupes por el micrófono, ya me he ocupado de eso. Pero hay un agente humano observándonos desde el otro lado del restaurante. Trata de hacer que parezca que quieres llevarme a casa y follarme. De lo contrario, va a empezar a preguntarse qué estamos haciendo aquí. —Le dirigió una mirada bovina, con una gran sonrisa en los labios—. ¿Te parezco guapa? —su sonrisa boba

era una máscara. La verdadera Rchel lo observaba desde detrás.

—Sí. —La miró, tratando de parecer convenientemente encaprichado—. Creo que eres muy guapa. —De un modo que solo una buena dieta y tratamientos médicos modernos podían conseguir. Trató de sonreír más aún—. Ah… En realidad… Hermosa y decidida te hace más justicia.

La expresión de Rachel adquirió un leve tinte vidrioso. En algún momento de aquel duelo de sonrisas, llegó el camarero, les quitó los cuencos y los reemplazó con el plato principal.

—Oh, qué buena pinta. —Se relajó un poco al levantar el cuchillo y el tenedor—. Hmmm. No mires, pero nuestro amigo está apartando la mirada. ¿Sabes una cosa? Eres demasiado caballeroso. La mayoría de los hombres de este garito ya habrían tratado de conquistarme a estas alturas. Va con el territorio.

—Después de cincuenta o sesenta años, a la mayoría de los hombres deja de parecerles que si algo no lo cogen con ambas manos se les va a escapar. Pero aquí, como no tienen tratamientos contra el envejecimiento…

Puso cara de incomodidad.

—Sí, y yo lo aprecio. —Volvió a sonreír—. ¿Te han dicho alguna vez que estás muy guapo cuando sonríes? He pasado

tanto tiempo en este basurero que había olvidado el aspecto que tiene una sonrisa honesta. Por no mencionar el gusto que da poder hablar como una persona adulta. En todo caso… —empezó a decir. Su pie acababa de acariciar el interior de la pierna izquierda de Martin—. Creo que me gustas —dijo en voz baja.

Martin guardó silencio un momento y a continuación añadió con tono sobrio:

—Puedes darme por conquistado.

—¿De veras? —Sonrió y subió el pie un poco más. Él se quedó sin aliento.

—¡No! ¡Vas a provocar un escándalo! —Miró a su alrededor conexpresión de fingido espanto—. Confío en que nadie esté mirando.

—Imposible. Para eso está el mantel. —Se echó a reír por lo bajo y, al cabo de unos instantes, él la imitó. Entonces continuó hablando en voz baja—. Para terminar con el asunto, a fin de que podamos disfrutar de la cena, mañana subirás a bordo de la Lord Vanek y probablemente te pregunten si quieres ganar un poco de dinero extra a cambio de una extensión de tu contrato. Si quieres llenarte el bolsillo y, con un poco de suerte, contribuir a salvar varios millones de vidas, les dirás que sí. Da la casualidad de que sé que el

estado mayor del almirante va a utilizar la Lord Vanek como buque insignia y yo también estaré a bordo…

—¿Qué tú qué? ¿Cómo vas a hacerlo?

—En calidad de observador diplomático. Mi trabajo consiste en asegurarme de que el Festival no viola seis tratados diferentes. Ojalá supiera algo más sobre ellos. Entre nosotros, también tengo que vigilar a la Nueva República. En este asunto hay más en juego de lo que todo el mundo admite… No, muchísimo más. Pero no queremos que eso nos arruine la cena, ¿verdad? Si te parece bien, puedes venir a mi casa. Es un refugio seguro y allí podré contarte el resto mientras la Stasi local piensa que estás haciendo lo que cualquier otro ingeniero soltero en viaje de negocios. Vas a volver a casa con un estupendo cheque, más una buena bonificación a cuenta del Servicio de Inteligencia de la Defensa. Todo va a salir estupendamente. Y ahora, ¿te parece que olvidemos los negocios y cenemos antes de que la comida se enfríe?

—Por mí perfecto. —Martin se inclinó hacia ella—. Hablando de nuestra tapadera para la Stasi local…

—¿Sí? —Cogió el tenedor.

—¿Incluye comprar una botella de vino de camino a tu casa? ¿Y relajarse un poco después?

—Bueno. Supongo que… —Lo miró. Él reparó en que tenía las pupilas dilatadas.

—Necesitas alguien con quien hablar —dijo Martin con lentitud.

—No solo yo. —Dejó el tenedor. Por debajo de la mesa, sin que nadie la viera, volvió a acariciar su tobillo. Martin sentía los latidos de su corazón, sentía cómo se ruborizaba. Toda su atención estaba concentrada en él.

—¿Cuánto hace? —preguntó en voz baja.

—Más de cuatro meses. —Su pie se apartó bruscamente.

—Entonces será mejor que comas —dijo—. Si quieres que nuestra tapadera resulte creíble.

—Canal directo con Herman, AP.

—Canal directo pendiente… conectado. Hola, Martin. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Tengo un problema?

—¿Grande?

—Del tamaño de una hembra humana. Concretamente de la Tierra, preciosa y… eh… espía para el Servicio de Inteligencia de la Defensa de la ONU. Especializada en armas

de violación de causalidad, infracciones de tratados de armamento y cosas de esas.

—Parece interesante. Cuéntame más.

—Se llama Rachel Mansour. Tiene lo que parece ser una auténtica identificación de inspectora de armas de la ONU y es imposible que sea una nativa o una agente provocadora… a menos que estén enviando a sus agentes femeninos fuera del planeta para recibir una educación completa. Dice que Nueva Praga está preparando una expedición naval para recobrar una de sus colonias, que al parecer está bajo asedio, y que cree que mañana van a tratar de reclutarme para que trabaje en los motores de las naves durante la crisis. Lo que me ha pedido que haga… bueno, básicamente, es que mantenga los ojos abiertos por si hacen algo extraño o ilegal. Supongo que se refiere a violaciones con armas estratégicas. Así están las cosas para empezar. La cuestión…

—Nada de análisis de futuribles, por favor. ¿Sabes si hay algún otro inspector de la ONU en la zona?

—Creo que no, pero ella ha mencionado que cuenta con cierto respaldo local y credenciales diplomáticas. Dice que va a acompañar a la expedición. Supongo que habrá un equipo entero de operaciones encubiertas con ella, esperando la ocasión para sembrar un poco de disensión. Y no digo que la Nueva República no la haya estado pidiendo a gritos desde que empezó el programa de rearme naval. Estoy casi seguro

de que me ha contado la verdad sobre los objetivos de su misión, pero solo en parte.

—Bien. ¿En qué términos os habéis separado?

—He accedido a hacer lo que me pedía. —Martin hizo una pausa y censuró inconscientemente su testimonio. Luego continuó—. Creo que lo más aconsejable es que acepte cualquier oferta que se me haga con bonificaciones por riesgo. Luego haré lo que ella me ha pedido: mantener los ojos abiertos por si se produce alguna actividad ilegal. ¿Tienes alguna objeción? ¿Crees que la situación es grave?

—Es mucho peor de lo que piensas.

Martin no daba crédito a sus oídos.

—¿Qué?

—Conozco a Rachel Mansour. Espera, por favor. —Su AP guardó silencio durante casi un minuto mientras él permanecía sentado en la oscuridad de su habitación de hotel y esperaba, lleno de ansiedad. Herman nunca guardaba silencio. Como si fuera una máquina, constante en su funcionamiento, sus emolientes informes hacían que Martin se sintiera como si estuviera hablando solo. Podía haber respuestas o podía no haberlas, pero nunca silencio…

—Martin, por favor, escucha. Tengo una confirmación independiente de que en efecto la ONU está llevando a cabo

una misión secreta en la Nueva República. El agente al mando es Rachel Mansour, lo que significa que prevén problemas. Es un peso pesado y lleva fuera más de un año, lo que implica que ha pasado la mayor parte de ese tiempo en la Nueva República. En este tiempo, los representantes de la agencia en la Luna han accedido a tu ficha y han estado hablando con la dirección de MiG sobre la posibilidad de contratarte. Por lo demás, su análisis es sustancialmente correcto. La Nueva República se está preparando para enviar una flota entera al Planeta de Rochard, dando un gran rodeo, y una vez allí tienen la intención de atacar al Festival. Es una idea pésima. Es evidente que no comprenden al Festival. El problema es que los preparativos parecen estar demasiado avanzados como para llevar a cabo una maniobra de distracción.

»También es muy posible que te pongas en grave peligro si das la impresión de haber sucumbido al pánico. Teniendo en cuenta el nivel de vigilancia al que estás sometido, cualquier intento de tratar de escapar y coger un carguero civil se consideraría una traición y recibiría la respuesta inmediata del aparato de seguridad del Conservador. Y es poco probable que Mansour pueda protegerte, aun en el caso de que quiera hacerlo. Me temo que la Nueva República ha emprendido el camino hacia la guerra y tratar de abandonarla ahora sería complicado.

—Oh, mierda.

—La situación no es irremediable. Quiero que cooperes en todo con Mansour. Haz tu trabajo y sal en silencio. Trataré de arreglar un desembarco seguro para ti en cuanto la flota llegue a su destino. Recuerda, corres más peligro si tratas de escapar que si te escabulles sigilosamente.

Martin sintió que una tensión de la que apenas había sido consciente hasta entonces empezaba a abandonarlo.

—Muy bien. ¿Hay algún plan de emergencia por si la ONU lo fastidia? ¿Alguna idea de lo que puedo hacer para escapar de una pieza? ¿Información sobre ese Festival, sea lo que sea?

Herman guardó silencio un momento.

—Ten muy presente que esta no es una situación que requiera acciones directas. —Martin reprimió un escalofrío y se enderezó en su asiento—. Quiero que estés allí por si las cosas, utilizando tu propia terminología, se salen de madre. Hay millones de vidas en juego. Además, algunas cuestiones políticas están empezando a aclararse. Si la Nueva República se encuentra con el Festival, es muy posible que las inestabilidades resultantes provoquen una revolución interna. Por razones obvias, los miembros de la ONU, tanto los gubernamentales como los no gubernamentales, tienen gran interés en que esto suceda. Por el momento no puedo decirte más sobre el Festival porque te incriminarías si demostrases algún conocimiento al respecto. Pero se puede

decir sin miedo a equivocarse que la República representa un mayor peligro para sí misma que para el Festival. Sin embargo, a la vista de la naturaleza de la situación, estoy dispuesto a ofrecerte el doble de lo que te haya ofrecido la ONU si permaneces en tu puesto después de haber concluido su misión y haces lo que te pida.

Martin tenía la garganta seca.

—Muy bien. Pero si la cosa se pone fea, quiero una bonificación triple. Y, en caso de muerte, que se le pague a mi pariente más cercano. Silencio. Entonces:

—Acepto. Corto y cierro.

Rachel estaba tendida en la cama, mirando el techo mientras trataba de desgranar sus pensamientos. Era muy temprano: Martin se había marchado hacía algún tiempo. Lo ocurrido le daba mala espina, a pesar de que todo parecía estar marchando bien. Había algo que la escamaba por debajo del nivel de la percepción consciente. Rodó de costado, volvió a apoyar la cabeza sobre la enorme almohada que había a su lado, y levantó las rodillas.

Hubiera debido de haber sido un sencillo encuentro de captación: reunirse con un contacto útil y encomendarle una tarea sencilla. Limpio y objetivo. Por el contrario, se había encontrado compartiendo una cena con un hombre callado pero en esencia decente que no había intentado

conquistarla, no la había tratado como si fuera un mueble, había escuchado con expresión seria y había mantenido una conversación interesante: la clase de hombre al que, en circunstancias normales, hubiera considerado una cita agradable. Había perdido un poco la cabeza al sentir que caminaba por el filo de la navaja de la irresponsabilidad. Y también había sentido nostalgia. Y ahora estaba preocupada por él… lo que no figuraba en el plan original.

La situación había llegado a su punto crítico en la mesa de la cocina, después de que terminaran de hablar de negocios. Él había levantado la mirada hacia ella con esperanza y curiosidad en los ojos. Ella había cruzado las piernas y había dejado que un pie asomara por debajo de la falda. La había estudiado detenidamente.

—¿Eso es todo? —le había preguntado—. ¿Quieres que mantenga los ojos abiertos por si veo algún plan de variación temporal, que haga mi trabajo y te lo notifique si veo algo que se parece a una MVC? ¿Eso es todo?

—Sí —respondió ella, mirándolo—. Esencialmente, eso es todo.

—Es… eh… —la miró con recelo—. Pensaba que había algo más.

—Puede que sí. —Cruzó las manos sobre el regazo—. Pero solo si tú quieres.

—Oh, bueno —respondió, mientras absorbía la información—. ¿Qué más incluye el trabajo?

—Nada. —Ladeó la cabeza, recibió su mirada de soslayo y se preparó—. Ya hemos terminado con los negocios. ¿Recuerdas lo que te he dicho antes, en el restaurante?

—Sobre… —Asintió. Entonces apartó la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Oh nada. —Suspiró.

—Y una mierda. —Se puso en pie—. Ven. Hablemos. —Le cogió la mano y le dio un leve apretón.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza—. Lo que pasa…

—Vamos. —Tiró de él un poco más fuerte—. Al salón. Ven.

—Bueno.

Se puso en pie. No era más alto que ella y parecía estar esquivando su mirada. Como si estuviera realmente incómodo.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntarle.

Él se rió sin ganas: una risilla sin alegría.

—Eres la primera persona que conozco desde hace cuatro meses —dijo en voz baja—. Solo estaba acostumbrándome a hablar.

Lo miró directamente.

—No tienes que parar —dijo.

—No…

Volvió a quedarse callado. ¿Por qué lo hace?, se preguntó ella.

—Di algo —le dijo.

—No… —Se detuvo de nuevo y ella temió que fuera a callarse. Pero entonces todo brotó en tropel—. No quiero parar. Este lugar me obliga a refugiarme en mi propia cabeza. ¡Es como estar en prisión! Lo único que todos quieren de mí es mi trabajo…

Rachel se le acercó.

—Calla —dijo en voz baja. Él se calló—. Eso está mejor. —Daba gusto, decidió, estar pegada a él. Lo rodeó con los brazos. Al cabo de un momento, él le devolvió el abrazo—. Olvídate del trabajo. Sí, ya me has oído. Olvídate de la Nueva República. ¿Crees que podrás hacerlo durante unas pocas horas?

—Yo… —Sintió la trepidación de su aliento—. Lo intentaré.

—Bien —dijo con entusiasmo. Y sí que daba gusto: ahí tenía a alguien de quien podía estar segura. Alguien que parecía sentirse como ella con respecto a aquel aborto claustrofóbico al que llamaban cultura. Lo abrazó con fuerza y sintió que sus manos recorrían su espalda de arriba abajo, explorando la estrechez de su talle—. Al salón. Vamos. Es la habitación de al lado.

Martin la había mirado de nuevo.

—¿Estás segura de que quieres? —le había preguntado. Eso formaba parte de su encanto.

—¿Por qué estás tan inseguro? —Lo besó con fuerza y exploró sus labios con la lengua. Se sentía como si estuviera a punto de emerger de la ropa con una explosión. Él la acercó con suavidad y dejó que hundiera la barbilla en la base de su cuello. Sintió la barba incipiente en sus mejillas—. Ha pasado tanto tiempo, joder —susurró.

—Igual que yo. —Sostuvo parte de su peso en sus brazos—. ¿Has estado sola?

Ella soltó una carcajada áspera.

—No te haces una idea. Llevo aquí una eternidad. Tanto tiempo que me siento como una pervertida porque hablo con hombres desconocidos y hago otras cosas aparte de

cuidar niños. La forma de pensar de este lugar está clavando sus garras en mí.

—¿Qué? ¿Un agente del gobierno grande y fuerte como tú está permitiendo que esto le afecte? —dijo con tono de suave burla.

—Tienes mucha razón —murmuró ella junto a su hombro mientras sentía que una mano insegura empezaba a explorar el territorio situado por debajo de su cintura.

—Lo siento. Solo… ¿Seis meses en este vertedero, teniendo que fingir constantemente? Yo me habría vuelto loco —dijo con voz reflexiva.

—Han sido más de seis meses —dijo ella mientras examinaba un lado de su cabeza. Tiene unos bonitos lóbulos, advirtió vagamente al acercarse más.

—Vamos a buscar esa botella —sugirió él con delicadeza—. Creo que vas un poco deprisa.

—Lo siento —dijo ella automáticamente—. Lo siento. —Se puso un poco tensa—. No, deja las manos ahí. Vamos a andar. De alguna manera lograron llegar al salón —sillones hipertrofiados y una vitrina llena de platos— sin soltarse.

—Al principio pensaba que eras una especie de agente doble —dijo él—, pero en vez de eso eres el primer ser humano real que conozco en este sitio.

Dejó que la afirmación flotara entre los dos.

—Si solo necesitara carne, hay marineros de sobra en este puerto —dijo ella, y volvió a pegarse a su cuerpo—. No es eso lo que me pica.

—¿Estás segura de que este trabajo es para ti? Si eres tan…

—¿Ibas a decir vulnerable?

—Puede. No exactamente.

Ella lo condujo al sofá.

—Quería compañía. No solo un polvo rápido —le explicó, tratando de justificarse ante sus propios ojos.

—Los dos lo queríamos. —La levantó con suavidad y le dio la vuelta para mirarle los ojos—. Así que, ¿qué quieres que sea esto?

—Cállate ya.

Se inclinó hacia él con los ojos cerrados y buscó su boca. Luego los acontecimientos se desbocaron.

La primera vez habían hecho el amor con urgencia desesperada, Rachel tendida en el suelo del salón con la falda arrugada alrededor de la cintura y Martin con los pantalones a la altura de los tobillos. Luego habían emigrado de alguna manera al dormitorio y se habían desnudado

furiosamente antes de hacerlo de nuevo, esta vez con lentitud y delicadeza. Martin se comportaba de forma considerada y reflexiva: cuando habían estado hablando después, había mencionado un divorcio, algunos años atrás. Habían hablado durante horas, casi hasta la llegada del amanecer artificial, previsto a la misma hora que el amanecer del planeta. Y habían hecho el amor hasta que los dos habían estado escocidos y doloridos.

Ahora, tendida en la cama, despierta, la cabeza le daba vueltas. Trató de justificarlo racionalmente: el aislamiento y el nerviosismo consiguen que uno haga alguna locura de vez en cuando. Sin embargo, estaba nerviosa. Martin no era un amante ocasional y aquello no era solo un polvo rápido. La mera idea de verlo de nuevo hacía que sintiera una excitación esperanzada e inquieta, templada por la sensación de contrariedad provocada por la constatación de que mezclar los negocios con el placer era una estupidez.

Se dio la vuelta y cerró los ojos: el reloj del interior de su párpado izquierdo le informó de que acababan de pasar las 0700. Dentro de otras dos horas tendría que recibir la confirmación de su estatus diplomático, vestirse y salir a patear algunos culos de la Nueva República. Dos horas más tarde, Martin estaría a bordo de la Lord Vanek. Todo habría terminado hacia las 2200. Suspiró y trató de echar una cabezadita durante al menos una hora, pero le fue imposible conciliar el sueño.

Casi sin darse cuenta, se encontró a sí misma divagando, buscando recuerdos placenteros. A fin de cuentas, no había mucho más que hacer.

Tenía grandes probabilidades de acabar muerta si sus especulaciones sobre los propósitos de la Nueva República estaban equivocadas. ¿No sería un modo estupendo de poner fin a 150 años? Tan joven físicamente como una veinteañera, conservada en ese estado gracias a los tratamientos médicos avanzados de su planeta natal, raramente sentía el peso de las décadas. La melancolía solo hacía su aparición cuando pensaba qué pocas personas de las que había conocido y amado seguían con vida. Recordó a su hija, de niña, su olor… ¿Qué podía devolverle esto? No a su hija, la matriarca política y líder de una dinastía. Tampoco el funeral de la octogenaria tras el accidente. Y ni siquiera podía recordar la cara de Johan, a pesar de que habían estado casados durante quince años. Martin, mucho más reciente, parecía solaparse a su imagen en el ojo de su mente. Parpadeó, enfurecida, y se incorporó.

Chica estúpida, se dijo con sarcasmo. Cualquiera diría que tienes menos de un siglo de vida. Anda que enamorarse de un par de nalgas prietas. Sin embargo, no pudo dejar de sentirse impaciente al pensar que vería a Martin al día siguiente. La excitación esperanzada e inquieta le estaba ganando la partida a la edad y el cinismo, a pesar de que ya era lo bastante mayor para saber lo que eso significaba: complicaciones…

La lanzadera orbital se separó del muelle de carga y se escoró para dirigirse hacia la base naval. Encendió los cohetes de gas frío y se alejó del resto de las naves que circulaban por la congestionada zona. Diez minutos después de haber salido, recibió permiso del control de tráfico para encender el motor principal. Los tres paneles situados detrás de las compuertas de carga traseras despidieron una brillante estela naranja de mercurio ardiente y la nave empezó a acelerar. Los motores de iones eran conocidos por su lentitud pero también por su eficiencia. Al cabo de mil segundos, la nave estaba alejándose de la estación espacial a unos dos mil kilómetros por hora, y llegó el momento de empezar a decelerar de nuevo para encontrarse con la nave que esperaba a casi sesenta kilómetros de la estación.

En términos orbitales, sesenta kilómetros no eran nada. La Lord Vanek se encontraba en el umbral mismo de la base naval. Pero su posición le proporcionaba una ventaja significativa. La nave estaba preparada para moverse y para hacerlo deprisa. En cuanto el ingeniero hubiera terminado de actualizar los compensadores del núcleo del motor, estaría preparada para entrar en acción.

El capitán Mirsky estaba observando cómo se alineaba el morro de la lanzadera con las compuertas de atraque delanteras en uno de los paneles de vídeo de su despacho. Se encontraba solo en sus aposentos, revisando incansablemente las directivas y memorandos relacionados con la actual situación. Las cosas se habían vuelto muy

caóticas desde la llegada de las órdenes y él era completamente consciente de los muchos preparativos que todavía tenían que llevar a cabo.

De mediana edad, fornido y con una pulcra barba entrecana a juego con su cabello, el capitán Mirsky era la viva imagen del perfecto capitán de marina de la Nueva República. Sin embargo, tras aquella máscara de confianza, se escondía un hombre mucho menos seguro. Llevaba una semana viendo cómo se desarrollaban los preparativos y, por mucho que tratara de racionalizarlo, no podía quitarse de encima la sensación de que algo había descarrilado entre el ministerio de asuntos exteriores y la residencia imperial.

Lanzó una mirada malhumorada a la última directiva que había llegado a su mesa. La seguridad estaba aumentando y tenía que ponerse en alerta de guerra en cuando los últimos trabajadores e ingenieros estuvieran a bordo y el casco estuviera sellado. Entretanto, se le ordenaba que prestara toda su colaboración al Procurador Muller, de la Oficina del Conservador, que se encontraba a bordo para encargarse en persona de la protección del ingeniero extranjero contratado para realizar reparaciones de emergencia en el sistema de propulsión de la Lord Vanek. Irritado, fulminó con la mirada el memorando y cogió el comunicador.

—Tráiganme a Ilya.

—¿Al comandante Murametz, señor? ¡Ahora mismo, señor!

Una llamada contenida en su puerta. Mirsky exclamó:

—¡Apertura! —y la puerta se abrió. El comandante Murametz, su oficial ejecutivo, saludó—. Pase, Ilya, pase.

—Gracias, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

—En esto… —Mirsky señaló la pantalla—. Un pomposo Ciudadano Conservador quiere que uno de sus sicarios ande sin control por mi nave. ¿Sabe usted algo de esto?

Murametz se acercó un poco más.

—Humildemente, señor. Sí.

Su bigote temblaba. Mirsky no sabía qué emoción era la causante.

—Ajá. Explíquese.

—Es algo relacionado con el ingeniero de la Tierra que está modernizando el motor del Bloque B. Es irremplazable, al menos hasta dentro de tres meses, pero parece que es un poco bocazas y de algún modo ha logrado llamar la atención de esos paranoicos profesionales del Basilisco. Así que nos han calzado un policía de la secreta para que lo vigile. Se lo

he entregado al teniente Sauer, con la orden demantenerlo alejado de nuestros cogotes.

—¿Qué dice Sauer de ello?

Murametz bufó.

—Ese poli está tan verde como el más joven de los marineros. No hay problema.

El capitán suspiró.

—Asegúrese de que es así.

—Sí, señor. ¿Algo más?

Minsky señaló una silla.

—Siéntese, siéntese. ¿Ha notado algo raro en todo lo que está pasando?

Murametz lanzó una mirada a la puerta.

—Los rumores vuelan como balas, señor. Hago lo que puedo para contenerlos, pero hasta que no haya una declaración oficial…

—No va a haberla. Al menos hasta dentro de dieciséis horas.

—Si se me permite preguntarlo, ¿qué hacemos entonces?

—Entonces… —El capitán hizo una pausa—. Me… me han informado de que ya se me dirá y que entonces usted, y con usted todos los demás oficiales, sabrán lo que está pasando. Entretanto, creo que lo más sensato sería mantener a todo el mundo ocupado. Tan ocupado que nadie pueda dedicarse a propagar rumores. Ah, y asegúrese de que el camarote principal está ordenado y limpio y de que la nave puede albergar a un estado mayor completo.

—Ah —asintió Murametz—. Muy bien, señor. Situación operacional, hmm. ¿Aumento de la seguridad, más inspecciones, mayor grado de alerta en todos los puestos? ¿Cosas así? ¿Algunos latigazos para subir la moral? ¿Unos ejercicios de simulación para los equipos tácticos?

El capitán Mirsky asintió.

—Todo ello. Pero ocúpese primero del camarote principal. Que esté preparado para una inspección formal mañana mismo. Eso es todo.

—Sí, señor.

—Puede retirarse.

Murametz se marchó y Mirsky volvió a quedarse solo con sus sombríos pensamientos. Solo para meditar sobre las órdenes que tenía prohibido revelar a nadie hasta dentro de dieciséis horas. Solo con la fría y absoluta certeza de que se avecinaba una guerra.

EL HOMBRE DEL ALMIRANTE

El crucero pesado de Su Majestad Lord Vanek descansaba a sesenta kilómetros de la base naval de Klamovka. Parpadeantes luces rojas y azules recorrían de un lado a otro sus flancos. El emblema con el águila bicéfala del almirante parpadeaba en color verde por encima de la plataforma principal de misiles. Kurtz había subido a bordo dos horas antes. La nave no tardaría en estar preparada para partir.

Rachel Mansour estaba teniendo que esforzarse mucho para reprimir la traicionera sonrisa de satisfacción que amenazaba constantemente con desbordarse en sus labios. La reacción que había provocado en los gorilas de seguridad en la entrada de la base casi compensaba los pasados meses de aislamiento y paranoia. Acababan de detenerla cuando una llamada a la embajada desde su teléfono llevó hasta allí a un atribulado, congestionado y vacilante teniente. Cuando

había empezado a interrogarla sobre sus intenciones, ella había respondido metiéndole sus credenciales hasta el fondo de la garganta. La había escoltado directamente hasta la lanzadera junto con su equipaje, temblando ligeramente y sin dejar de mirar en todas direcciones. (Evidentemente, los baúles autopropulsados eran otra de las tecnologías que la Nueva República prohibía).

Ludmilla Jindrisek, la falsa identidad que había utilizado durante los últimos meses, se había disuelto bajo la ducha de la mañana. Rachel Mansour, Agente Especial del Comité Permanente de la ONU para el Desarme Interestelar Multilateral, había salido del baño. Ludmilla Jindrisek era afectada, vestía a la moda y se mostraba sumisa con los hombres. La agente Mansour había empezado su carrera en los artificieros (desactivando bombas nucleares y desensambladores terroristas), se había graduado con la idea de participar en asaltos navales contra las potencias recalcitrantes que rompieran los tratados de desarme y vestía un uniforme negro paramilitar diseñado especialmente para impresionar a los militares de mundos con costumbres diferentes a las del suyo. Era interesante observar el efecto que el cambio de ropa provocaba en las personas, especialmente porque el rango teórico que ostentaba no se lo debía al servicio activo en las fuerzas armadas sino a la equivalencia con el servicio civil. Mientras pensaba todo esto observaba a los demás pasajeros que

esperaban bajo la mirada de ojillos brillantes del suboficial jefe Moronici.

Finalmente la escotilla se abrió.

—¡Atención! —exclamó el suboficial jefe. Los marineros que esperaban en el muelle se pusieron firmes al instante. Un oficial pasó por la escotilla y enderezó la espalda: Moronici saludó y el oficial, ignorando por completo a Rachel, le devolvió el gesto.

—Muy bien —dijo el oficial—. Suboficial Moronici, lleve a estos niños a bordo. No se moleste en esperarme. Yo tengo asuntos que atender aquí hasta el siguiente turno. —Lanzó una mirada a Rachel—. Usted. ¿Qué está haciendo aquí?

Rachel le mostró su pase.

—Cuerpo diplomático. Me han adjuntado al estado mayor del Almirante por orden especial del Archiduque Michael, teniente.

El teniente se quedó boquiabierto.

—Pero si es usted una…

—… coronel de las fuerzas armadas combinadas del consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de la Tierra, teniente. ¿Qué parte de «por orden del Archiduque

Michael» es la que no ha comprendido? ¿Va a quedarse ahí como un pasmarote o va a invitarme a subir a bordo?

—Urgh. Um, sí. —El teniente desapareció en la cubierta de vuelo de la lanzadera. Reapareció un minuto después—. Um. Coronel… eh… ¿Mansour? Por favor, suba a bordo.

Rachel asintió y pasó a su lado. Con una expresión cuidadosamente impasible, tomó asiento justo detrás de la puerta de la cubierta de vuelo, en la zona de los oficiales. Y escuchó.

El suboficial estaba instruyendo a los nuevos marineros.

—Tranquilos, muchachos —gruñó—. Buscaos un asiento. Primera fila, mirando hacia atrás. ¡Eso es! Ahora abrochaos los cinturones. Los seis anclajes, muy bien. En el asiento que tenéis delante hay una bolsa para los vómitos. Bienvenidos al cometa de los vómitos. Esta nave es demasiado pequeña para tener emuladores de gravedad y vuela un poco más deprisa que un tetrapléjico en una carretilla, de modo que si os ponéis enfermos en ingravidez, más os valdrá vomitar en esas bolsas. El que lo haga sobre el mobiliario o las instalaciones pasará la próxima semana limpiándolo. ¿Está claro?

Todo el mundo asintió. Rachel sentía un optimismo cauto. Parecía que todos los que estaban allí, a excepción del suboficial Moronici, eran recién llegados. Lo que significaba

que posiblemente su información fuera correcta: estaban aumentando la movilización hasta los niveles de tiempos de guerra y la partida no se demoraría demasiado.

La puerta deslizante del compartimiento de los pasajeros se cerró. Hubo un ruido estruendoso procedente del suelo cuando las paletas automáticas salieron rodando del muelle de embarque. Moronici dio unos golpes a la puerta delantera y la atravesó en cuanto se abrió. Reapareció un minuto después.

—Lanzamiento en dos minutos —anunció—. ¡Agarraos fuerte!

Los dos minutos pasaron a paso de tortuga. Dos estruendos metálicos repetitivos procedentes del exterior anunciaron que las tuberías de repostaje de combustible y abastecimiento de energía habían sido desconectadas. A continuación se produjeron sendas sacudidas, seguidas por un ruidoso siseo que se extinguió en cuanto el sello de la escotilla se cerró tras ellos.

—Sois todos novatos —le dijo Moronici a los reclutas—. No me sorprende, puesto que estamos renovando la tripulación. Una nueva quinta. ¡Yo —se señaló el pecho con un dedo carnoso— no soy ningún recluta! Vivo en la nave a la que nos dirigimos. Y quiero vivir lo suficiente para llegar a cobrar mi pensión. Lo que significa que no pienso permitir que ni vosotros ni nadie haga nada que ponga en peligro a

mi hogar o a mí. La primera regla de los viajes espaciales —todos se ladearon con una sacudida, como si estuvieran borrachos, y al mismo tiempo se produjo un traqueteo desconcertantemente ruidoso bajo sus pies— es que los errores son fatales. El espacio no es acogedor. Te mata. Y nunca te da una segunda oportunidad.

Y como si quisiera subrayar estas palabras, Rachel sintió de repente que el suelo se hundía bajo sus pies. Por un momento fue como si una enorme mano de goma estuviera tratando de destrozarla… y entonces empezó a flotar. Todos los marineros parecían igualmente sorprendidos, mientras que el suboficial Moronici sonreía con suficiencia.

—El motor principal se encenderá dentro de unos cinco minutos —les anunció. Pequeños ruidos metálicos sonaron por todo el habitáculo mientras la nave viraba con suavidad hacia la izquierda. Los impulsores estaban ocupados alejando la nave del muelle—. Como estaba diciendo, aquí los errores suelen provocar muertes. Y no tengo intención de permitir que me costéis la vida. Razón por la cual, pequeña escoria, mientras estéis a bordo del Lord Vanek, haréis exactamente lo que yo mismo o cualquier otro suboficial, o cualquier oficial, os diga que hagáis. Y lo haréis con una sonrisa de gilipollas, u os separaré tanto la cabeza del culo que podréis haceros una tonsilectomía con los dientes. ¿Estamos?

Seguía ignorando a Rachel, lo que implícitamente significaba que sabía que estaba fuera de su alcance.

Los marineros asintieron. Uno de ellos, casi verde, tragó saliva y Moronici sacó rápidamente una bolsa del respaldo de un asiento contiguo y se la puso delante de la cara. Rachel comprendió lo que estaba tratando de hacer. El discursito para los reclutas pretendía por encima de todo distraerlos para que no repararan en la ingravidez.

Cerró los ojos y respiró hondo… y a continuación se arrepintió de ello: en la lanzadera reinaba una peste a sudor viejo, por encima de un tenue rastro de ozono y del olor asquerosamente dulzón de la acetona. Llevaba mucho tiempo sin rezar por nada pero ahora lo hizo con todas sus fuerzas para pedir que el viaje en aquella lata de sardinas tuviera un buen fin. Era la lanzadera con peor aspecto que había visto desde hacía décadas, un viejo trasto que parecía sacado de un drama histórico. El viaje pareció prolongarse indefinidamente. Hasta que, por supuesto, con una sacudida y un estruendo metálico, se detuvo al llegar al adaptador estabilizado de atraque de la Lord Vanek. A continuación hubo un crujido ensordecedor mientras los levantaba y los ponía boca arriba y un siseo provocado por el estabilizado de la presión.

—Eh… ¿Coronel? Abrió los ojos. Era el suboficial Moronici. Parecía un poco confuso, como si no supiera cómo tratar con ella.

—No pasa nada, suboficial. No es la primera vez que estoy a bordo de una nave de otra potencia. —Se incorporó—. ¿Hay alguien esperándome?

—Sí. Estaba mirando hacia delante, muy tenso, como si estuviera completamente avergonzado.

—Estupendo. —Se desabrochó el cinturón y se puso en pie mientras sopesaba la desigual gravedad de la columna vertebral del crucero pesado—. Lléveme con ellos.

La escotilla se abrió.

—¡Presenten… armas!

Salió al muelle de atraque y sintió las miradas incrédulas que recaían sobre ella desde todas direcciones. Un oficial de alta graduación, un comandante a juzgar por su insignia, la estaba esperando, con el rostro completamente rígido para disimular su inevitable sorpresa.

—Coronel Mansour, Inspección de Desarme de la ONU —dijo—. Hola, comandante…

—Murametz. —Parpadeó, perplejo—. Eh… ¿me permite la documentación? El teniente Menvik me ha dicho que la han agregado al alto mando del Almirante. Pero ellos no nos dijeron que la esperaban…

—Es perfectamente comprensible. —Señaló en dirección al pasillo que conducía al núcleo de la nave—. Aún no saben que vengo. A menos que el Archiduque Michael se lo advirtiera. Lléveme a presencia del Almirante y todo se aclarará.

Su equipaje apareció rodando silenciosamente tras ella, sobre una miríada de rodamientos de bolas de brillantes colores.

El almirante no estaba teniendo una buena mañana. Su falso embarazo estaba causándole problemas otra vez.

—Me siento muy mal —murmuró con un hilo de voz—. ¿Tengo… tengo que levantarme?

—Sería conveniente, señor. —Su ordenanza, Robard, pasó delicadamente un brazo alrededor de sus hombros para ayudarlo a incorporarse—. Partimos dentro de cuatro horas. La reunión de su estado mayor está prevista para dos horas más tarde y antes de eso tiene una reunión con el comodoro Bauer. Ah, y también ha llegado un comunicado de Su Alteza Real con el sello de máxima urgencia.

—Bueno, pues tra… tra… tráelo entonces —dijo el almirante—. Malditos mareos matutinos…

En ese momento, el anunciador de la habitación contigua emitió un suave zumbido.

—Iré a ver quién es, señor —dijo Robard. Y luego—. Alguien que viene a verlo, señor. Sin una cita. Ah… ¿Qué es qué? Un… oh, ya veo. Muy bien. Estará preparado dentro de un minuto. —Volvió a entrar en el cuarto y se aclaró la garganta—. Señor, ¿está preparado? Ah, sí. Ajém. Tiene visita, señor. Un diplomático que ha sido asignado a su estado mayor por órdenes del Archiduque Michael. Una especie de observador extranjero.

—Oh. —Kurtz frunció el ceño—. No había nada de eso en Lamprea Dos. En realidad fue una suerte. Solo había montones de morenos. Esos morenos son gente muy poco deportiva. No se estaban quietos cuando les disparábamos. Malditos extranjeros. ¡Qué pase ese sujeto!

Robard evaluó el aspecto de su señor con mirada crítica. Sentado en la cama con la chaqueta alrededor de los hombros parecía una tortuga convaleciente… aunque casi presentable. Mientras no empezara a explayarse con los detalles de sus achaques, posiblemente pudiera pasar por un ataque de gota.

—Sí, señor.

La puerta se abrió y Robard se quedó patidifuso. Delante de él había un desconocido con un uniforme desconocido. Llevaba un maletín debajo de uno de sus brazos y tras él había un comandante de mirada confusa. Había en el hombre algo que apestaba a rareza y de pronto Robard se

dio cuenta. La repugnancia le arrugó la boca mientras musitaba para sí, «invertido».

Entonces el extraño empezó a hablar… con una voz clara y aguda.

—Naciones Unidas de la Tierra, Comité Permanente para el Desarme Interestelar Multilateral. Soy el coronel Mansour, agente especial y agregado militar de la embajada, adscrito a esta misión como observador al servicio de las potencias centrales. Aquí tiene mis credenciales.

¡Esa voz…! si no supiera que es imposible, juraría que es una mujer, pensó Robard.

—Gracias. Si es tan amable de seguirme, mi señor está indispuesto pero lo recibirá en sus aposentos. —Robard se inclinó y volvió a entrar en el dormitorio del almirante, donde, para su consternación, el anciano estaba tendido de nuevo sobre los almohadones, con la boca abierta y roncando suavemente.

—¡Ahem, señor! ¡Su Señoría! —Un ojo cansado se abrió—. Permitaque le presente al coronel… ah…

—Rachel Mansour.

—… Rachel Mansour —gimió— de la Tierra, agregado militar de la embajada. Sus… eh… credenciales. La coronel levantó la mirada, con una tenue sonrisa en los labios,

mientras el atribulado ordenanza le entregaba la carpeta al almirante.

—Qué nombre más gracioso para un coronel, coronel —murmuró el almirante—. ¿Está seguro de que no es usted una… una…? Estornudó violentamente y a continuación se incorporó.

—Malditos sean estos almohadones de pluma de ganso —se quejó con amargura—. Y maldita sea la gota. No fue así en Lamprea Uno.

—No, en efecto —señaló Rachel con voz seca—. Según recuerdo allí había mucha arena.

—¡En efecto, hombre! Montones de arena, sí, montones de arena. El sol cayendo sobre nuestras cabezas, harapientos disparándonos desde todas direcciones y nada lo suficientemente grande para bombardearlo con armas nucleares desde la órbita. ¿En qué unidad sirvió usted?

—De hecho, yo formaba parte del tribunal de crímenes de guerra. Estaba reuniendo trozos de cuerpos momificados para utilizarlos como pruebas.

Robard se puso gris, convencido de que el almirante iba a explotar, pero el anciano se limitó a reírse a mandíbula batiente.

—¡Robard! Ayúdame a incorporarme. Aquí tenemos a un buen tipo. La… la verdad, no esperaba encontrarme aquí con un viejo camarada. Vamos a mi mesa. Debo inspeccionar sus credenciales.

De alguna manera lograron atravesar los aproximadamente quince metros que los separaban del estudio sin que el almirante se quejara amargamente del coste de la ropa de premamá o inspeccionara cautelosamente sus piernas para asegurarse de que no se habían convertido en cristal durante la noche —una de sus pesadillas habituales— y el afeminado coronel tomó asiento discretamente en una de las sillas para las visitas. Robard lo miró. Nombre de mujer, voz aguda. Si no hubiera sabido que era imposible, casi hubiera creído que…

—El Duque Michael ha accedido a mi presencia aquí por dos razones —dijo Mansour—. Para empezar, debe usted tener presente que, como agente de la ONU, es mi deber informar imparcialmente sobre cualquier, y lo subrayo, cualquier violación de los tratados suscritos por su gobierno. Pero, lo que es más importante, hay una gran carencia de información sobre la entidad que ha atacado su colonia. Estoy aquí también para ejercer como testigo en el caso de que utilice armas prohibidas o criminales. También tengo autorización para ejercer como parte neutral en caso de que sea necesario un arbitrio o parlamento, para organizar los posibles intercambios de prisioneros y treguas y para

garantizar que, en la medida en que tal cosa sea posible, esta guerra se lleve a cabo de la manera más civilizada posible.

—Bueno, me alegro muchísimo de saber todo eso, señor, y le doy la bienvenida a mi alto mando —dijo el almirante mientras se incorporaba en su silla de baño—. ¡Le doy permiso para dirigirse a mí siempre que quiera! Es usted un buen hombre y me alegro de saber que hay en la flota otro veterano de Lamprea Uno. —Durante un instante pareció alarmado—. Oh, vaya. Otra vez me está dando patadas.

Mansour lo miró con expresión perpleja. Robard abrió la boca pero la coronel logró hablar antes de que pudiera cambiar de tema.

—¿Dando patadas?

—El bebé —le confió Kurtz con aire miserable—. Es un elefante. No sé qué hacer con él. Si su padre…

Se detuvo. Su expresión de alarma era aterradora.

—Ahem. Creo que es conveniente que se retire, señor —dijo Robard con una mirada fría dirigida a Rachel—. Es la hora de la medicina de Su Señoría. En el futuro, creo que sería conveniente que avisara con antelación antes de presentarse. De vez en cuando sufre algunos ataques, ¿sabe?

Rachel sacudió la cabeza.

—Lo recordaré. —Se puso en pie—. Buenas noches, señor.

Dio media vuelta y se marchó. Mientras ayudaba al almirante a levantarse, Robard creyó oír una voz de soprano procedente del exterior:

—¡No sabía que tuvieran elefantes!

Desesperado, sacudió la cabeza. Mujeres a bordo del buque insignia imperial, almirantes que creían estar embarazados y una flota que iba a embarcarse en el mayor viaje de la historia de la navegación para enfrentarse a un enemigo desconocido. ¿Dónde iban a ir a parar?

El Ciudadano Conservador no estaba contento.

—Bien. En resumidas cuentas, que los chicos de la Armada le dieron largas pero ahora le han permitido subir a bordo de su precioso crucero pesado. En el ínterin, perdió usted el contacto con el sujeto durante un día laborable completo. Dice que anoche no hizo nada extraño, pero reconoce que no pudo vigilarlo más que a ratos. ¿Qué más? ¿Cómo ha pasado esta mañana?

—No comprendo, señor —dijo Vassily con voz tensa—. ¿A qué se refiere?

El Ciudadano frunció el ceño. A pesar de encontrarse a cuarenta mil kilómetros de distancia, su imagen en la pantalla bastó para hacer que Vassily se encogiera.

—Su informe dice —dijo el Ciudadano con marcado énfasis— que el sujeto salió de su apartamento, estuvo perdido varios minutos y la siguiente vez que se le vio estaba cenando en un establecimiento público en compañía de una actriz. En cuyo apartamento pasó varias horas antes de regresar a la base. ¿No la ha investigado?

Vassily enrojeció hasta la punta de las orejas.

—Yo pensé…

—¿Había hecho alguna vez algo parecido? ¿Mientras estaba en Nueva Praga, por ejemplo? Creo que no. Según dice su ficha, ha llevado la vida de un monje desde que llegó a la República. Ni una sola vez, ni una sola vez en los casi dos meses que han pasado desde que llegó al Hotel de la Corona Gloriosa, ha mostrado el menor interés por ninguna de las chicas que trabajan allí. Y sin embargo, en cuanto llega allí y empieza a trabajar, ¿qué es lo primero que hace?

—No lo había pensado.

—Ya me he dado cuenta. —El Ciudadano Conservador guardó silencio un momento pero su expresión fue suficientemente elocuente. Vassily se encogió al verla—. No volveré a pensar por usted pero puede que sea tan amable de decirme qué piensa hacer a continuación.

—Uh… —Vassily parpadeó—. Llevar a cabo una investigación del perfil de esa mujer. Si está limpia, hacerle algunas preguntas. Mantenerla vigilada en el futuro…

—Muy bien. —El Ciudadano esbozó una gran sonrisa—. ¿Y qué ha aprendido usted de este fiasco?

—A vigilar el comportamiento del sujeto y a estar alerta ante posibles cambios —dijo Vassily sin la menor entonación en la voz—. Tanto en las cosas que no hace como en las que hace.

Era un mensaje básico, que todos los reclutas aprendían de memoria a lo largo de su instrucción y se merecía una buena patada por haberlo olvidado. ¿Cómo podía haber pasado por alto algo tan evidente?

—Está bien. —El Ciudadano se reclinó en su asiento y se alejó de la cámara del teléfono—. Una habilidad muy elemental, Muller. Sin embargo, siempre se aprende más de los errores. Encárguese de aprender de este, ¿de acuerdo? No me importa si tiene que seguir a nuestro hombre hasta el Planeta de Rochard y de regreso desde allí mientras mantenga los ojos abiertos y esté presente cuando él se decida a actuar. Y piense en todas las demás cosas que se le han enseñado. Le diré algo gratis: ha olvidado otra cosa y vivirá más feliz si se percata antes de que tenga que recordársela.

—Sí, señor.

—Adiós.

El enlace videofónico se convirtió en un montón de bloques desorganizados y a continuación se puso negro. Mientras salía del cubículo, Vassily trató de imaginar a qué se referiría el Ciudadano con su última advertencia. Cuanto antes resolviera el asunto, demostrando que Springfield era o no era un espía, tanto mejor. No estaba hecho para la vida a bordo de una nave. Puede que fuera una buena idea empezar entrevistándose con el jefe de ingeniería con el que Springfield estaba trabajando. Lo más probable era que a eso se refiriera el Ciudadano. Podía dejar para después lo de seguir a la puta (la idea hizo que lo embargara una incómoda sensación de desconcierto).

En cuanto asomó la nariz en el pasillo, un grupo de marineros que empujaba un carrito cargado de equipo pesado estuvo a punto de llevárselo por delante. En su segundo intento tomó la precaución de mirar en ambas direcciones antes de aventurarse a salir: no había obstáculos. Caminó por el estrecho pasillo pintado de azul siguiendo la curva del interior del casco. La Lord Vanek, parada en medio del espacio, utilizaba su propio generador de espacio curvo para producir algo parecido a un campo gravitatorio. Vassily buscó un pasillo radial y a continuación bajó en ascensor a la zona de ingeniería, localizada en el corazón de la nave y extendida a lo largo de su tercio inferior.

Había gente por todas partes: algunos en los corredores, otros en cámaras que se abrían al final de los corredores, y otros en las habitaciones que había a ambos lados. Mientras avanzaba detectó un buen número de miradas recelosas, pero nadie lo estorbó. La mayoría de la gente preferiría desviarse para apartarse del camino de un oficial de la Oficina del Conservador. Tardó un buen rato en encontrar la zona de ingeniería pero finalmente llegó a una cámara poco iluminada y muy amplia, llena de extrañas máquinas y de gente atareada. Curiosamente, se sintió muy liviano mientras esperaba en la entrada de la sala. No había ni rastro de Springfield pero, por supuesto, eso no era muy sorprendente. Las zonas de ingeniería de una nave de guerra eran lo bastante grandes para ocultar cualquier número de pecados.

—¿Es esta la cubierta de ingeniería del motor principal? —preguntó a un técnico que pasaba a su lado.

—¿Y qué va a ser? ¿El timón? —dijo el hombre sin detenerse. Irritado, Vassily se encogió de hombros y dio un paso adelante… y adelante… y adelante…

—¿Qué está haciendo usted aquí? —Alguien lo cogió del codo—. ¡Eh, cuidado!

Impotente, empezó a sacudir los brazos, pero entonces, al comprender lo que estaba pasando, dejó de moverse. El

techo estaba muy cerca y el suelo se encontraba a gran distancia, y estaba acercándose a la pared opuesta…

—Socorro —dijo con voz entrecortada.

—Agárrese fuerte. —La mano que había en su codo subió hasta su antebrazo y tiró con fuerza. Un estante de equipo de grandes dimensiones cayó al suelo, rebotó, volvió a acercarse y en ese momento el hombre se sujetó a él.

—Gracias. ¿Es esta la cubierta de ingeniería? Estoy buscando al jefe de ingeniería del motor —dijo. Le costaba hablar con el frenético ritmo de los latidos de su corazón.

—Soy yo. —Vassily se quedó mirando a su salvador—. ¿Le importaría dejar de doblar los relojes de una vez? Ya se doblan lo suficiente sin necesidad de su ayuda. ¿Qué quiere?

—Es… —Vassily se detuvo—. Lo siento. ¿Podríamos hablar en privado?

El oficial ingeniero —su mono tenía bordado el nombre KRUPKIN— frunció el ceño.

—Podríamos pero estoy muy ocupado. Salimos dentro de media hora. ¿Es importante?

—Sí. No terminará antes, pero si me ayuda ahora, más tarde ahorrará tiempo.

—Aja. En ese caso, adelante. —Se volvió y señaló al otro extremo del espacio abierto—. ¿Ve ese cubículo-oficina? Nos veremos allí dentro de diez minutos.

Sin esperar a una respuesta, se volvió, se impulsó con las piernas y desapareció en el oscuro caos de cuerpos en movimiento que rodeaban el gran cubo de color azul que ocupaba el centro de la sala de ingeniería.

—¡Santo Dios! —Vassily cobró consciencia de su situación. Abandonado a la deriva, aferrado a una caja de relojes de fusión y separado de su destino por una cámara abarrotada sumida en completa ingravidez. Ya empezaba a sentir cómo se le subía el desayuno a la garganta en protesta ante la idea de cruzar la sala.

Completamente decidido a no ponerse en evidencia, fue bajando centímetro a centímetro hasta el suelo de la sala. Había agujeros para meter los pies en las baldosas y ahora que las miraba se daba cuenta de que en aquel momento estaban ancladas al suelo pero estaban diseñadas para quitarse frecuentemente. Si imaginaba que el suelo era un muro, entonces la puerta de la oficina se encontraba a diez metros sobre él y había asideros de sobra por el camino.

Aspiró hondo, rodeó el estante de los relojes y se impulsó con todas sus fuerzas apoyando los pies en su base. Los resultados fueron gratificantes: salió despedido en dirección a la oficina. La pared se le echó encima y pudo asirse a un

dron de reparación que estaba pasando a su lado para modificar su trayectoria y dirigirse a la puerta. Cuando estaba entrando, la gravedad empezó a volver. Se deslizó por la cubierta y fue a detenerse de espaldas y sin demasiada dignidad en el interior del cuarto. La oficina era pequeña pero contenía una mesa, una consola y un par de sillas. Un recluta estaba haciendo algo en la consola.

—Tú —le dijo—. Sal, por favor.

—Sí, señor.

El joven recluta cerró apresuradamente una especie de caja que había conectado a la consola y a continuación saludó y regresó a la zona ingrávida. Trastornado, Vassily se sentó en la silla que había al otro lado de la mesa y esperó a que el Comandante Ingeniero Krupkin llegara. Eran ya las 1100 y, ¿qué había averiguado hasta el momento? Nada, salvo que el lema de la Armada parecía ser, «Date prisa y espera». El Ciudadano no estaría contento.

Mientras tanto, en el puente, se estaba llevando a cabo la cuenta atrás para la activación del motor principal de la Lord Vanek.

Como buque insignia de la expedición, la Lord Vanek encabezaría el primer escuadrón, junto con tres cruceros pesados de clase Glorioso, más antiguos, y los dos acorazados de clase Victoria (tristemente obsoletos,

reliquias que habían conocido días mejores), el Kamchakta y el Regina. El Segundo Escuadrón estaría formado por un contingente mixto de cruceros ligeros, destructores y lanzamisiles, y se pondría en marcha seis horas después que el Primero. Finalmente, el contingente de abastecimiento, formado por siete cargueros pesados y la nave de línea Sueño de Sikorsky (equipada como nave hospital) partiría ocho horas más tarde.

La Lord Vanek era, en términos estelares, un pez pequeño: noventa mil toneladas de nave de guerra y una tripulación de un millar, en órbita alrededor de un agujero negro del tamaño de un electrón y con la masa de una cordillera. El agujero —el corazón del motor— giraba a tal velocidad que su horizonte de sucesos era permeable. El motor lo utilizaba para mover la nave manipulando delicadamente la singularidad. A velocidades no relativísticas, la Lord Vanek maniobraba arrojando masa al núcleo. Las complejas interacciones cuánticas —trampas en el interior de la ergosfera— la transformaban en impulso puro. A velocidades superiores podía utilizarse la energía bombeada al núcleo para generar un campo de salto, colapsando el pozo cuántico situado entre la nave y un punto situado a cierta distancia.

El núcleo también tenía otros usos. Era una fuente barata de electricidad y radioisótopos y, exprimiendo un poco el motor estelar, era posible utilizarlo para producir un campo gravitatorio local. Como último recurso, podía incluso

utilizarse como arma arrojadiza. Pero si había una palabra que no acertaba a describirlo, esa era «maniobrable». Una masa de ocho mil millones de toneladas concentrada en un punto no describe giros en ángulo recto.

El comandante Krupkin saludó mientras un marinero le abría la puerta.

—¡Comandante de Ingeniería informando sobre el estado de la maquinaria, señor!

—Muy bien. —El capitán Minsky asintió desde el sillón de mando, situado al final de la sala—. Pase. ¿Qué tiene para mí?

Krupkin se relajó un poco.

—Todos los sistemas operacionales y revisados, señor —anunció formalmente—. Estamos preparados para ponernos en marcha en cualquier momento. Nuestro estatus es de… —Pasó rápidamente revista a todas las revisiones que le habían sido encomendadas. Finalmente, dijo—. Las modificaciones del sistema de control del motor que ordenó, señor… nunca habíamos trabajado con algo así. Parecen estar bien y los análisis internos dicen que todo va bien, pero no puedo decir nada aparte de eso sin abrir los sellos de las cajas negras.

Mirsky asintió.

—Todo irá bien. —Krupkin hubiera deseado sentirse tan confiado como parecía el capitán. Las cajas negras, traídas a bordo hacía solo una semana y conectadas al bucle de control del motor de salto principal, no lo llenaban de confianza. De hecho, de no haber sido tan evidente que las órdenes de integrarlas provenían de las máximas alturas y se aplicaban a todas las naves de la flota, habría obstaculizado las cosas tanto como se lo permitiera el protocolo militar. ¡Su trabajo era mantener el motor en funcionamiento y, maldición, hubiera debido saberlo todo sobre su funcionamiento! Podía haber cualquier cosa en aquellas cajas, desde alta tecnología avanzada (cuidado, ilegal) hasta duendes, y si no funcionaba, el responsable sería él.

Un hombre barbudo que había al otro lado del puente se puso en pie.

—Humildemente solicito permiso para informar, señor.

—Permiso concedido —dijo Mirsky.

—He terminado de descargar los elementos de navegación del control de tráfico del sistema. Estoy introduciéndolos en el piloto automático. Estaremos preparados para virar y ponernos en marcha dentro de diez minutos.

—Muy bien, teniente. Ah… Comunicaciones, envíe mis saludos al almirante y al comodoro e infórmeles de que estamos preparándonos para partir dentro de diez minutos.

Teniente Helsingus, proceda de acuerdo al plan de salida del control de tráfico. Tiene usted el timón.

—Sí, señor, tengo el timón. Partida dentro de diez minutos. —Helsingus se inclinó sobre el tubo de comunicación. A su alrededor, los marineros empezaron a girar manivelas de cobre y mover palancas con calmada parsimonia. De este modo enviaron impulsos por las ramificaciones nerviosas de acero que convertían la nave en un organismo casi vivo. (Aunque era posible que la nanoelectrónica fuera indispensable en la sala de máquinas, el Almirantazgo de la Nueva República era de la opinión de que en el puente de un barco manejado por los heroicos hombres del Imperio no había sitio para semejante basura moderna.)

—Bien, comandante. —Mirsky se dirigió al ingeniero con un gesto de cabeza—. ¿Cómo se siente ahora que vamos a ponernos por fin en marcha?

Krupkin se encogió de hombros.

—Estaré más contento cuando estemos en el espacio profundo. Están corriendo rumores. Por un momento, la sonrisa del capitán lo traicionó.

—Lo sé. Por esa razón todos los hombres serán estacionados en sus puestos de combate hasta la partida y permanecerán allí hasta el primer salto. Nunca se sabe, y el

comodoro quiere estar seguro de que ningún espía o batería de misiles enemiga nos está esperando.

—Una precaución muy sensata, señor. ¿Permiso para volver a mi puesto?

—Permiso concedido. Vaya con Dios, comandante. Krupkin saludó y se dirigió a la sala de control de ingeniería lo más deprisa que le permitieron sus cortas piernas. Le esperaba, pensó, un período de mucho trabajo, a pesar de contar con un colega ingeniero tan discreto y competente como Martin para ayudarlo a mantener el humo mágico en las cajas de control del motor.

La colonia de Críticos se retorcía y excavaba túneles en su nido de diamante, entregada a un proceso de incubación de una devastadora exhaustividad. Una especie joven y llena de energía, descendiente de una de las floraciones posteriores a la Singularidad que habían seguido las huellas de la Diáspora tres mil años atrás, contenía escasísimos residuos del genoma humano en los cuerpos escamosos y de sangre fría de sus miembros. A pesar de su origen terrícola, solo sus cerebros los vinculaban a la rama de los sapiens, pues no todos los exiliados de la Tierra eran humanos.

Como polizones que eran, los Críticos no tenían acceso directo a la constelación de satélites de transmisiones del Festival ni a la inmensa red de sensores visuales y auditivos que se habían desperdigado por la superficie del planeta. (La

mayoría de los sentidos del Festival pendían de las alas de diminutos robots insectoides con los que habían saturado la biosfera. Habían enviado un millón por cada teléfono que había llovido desde la órbita). En cambio, los Críticos tenían que arreglárselas con sus propios recursos. Una torpe red de ojos-espía en órbita de baja altura, drones alados de vigilancia y precarios micrófonos plantados en los alféizares de las ventanas y los bordes de las chimeneas de las estructuras más significativas.

Los Críticos estaban observando, con su peculiar mezcla de perplejidad y mórbido cinismo, mientras los soldados de los regimientos Cuarto y Primero abatían a tiros a sus oficiales y desertaban en masse para unirse a la bandera negra del ahora abierto Frente Revolucionario Extropiano Tradicional de Burya Rubenstein (muchos soldados quemaron sus uniformes y arrojaron las armas. Otros adoptaron insignias nuevas y cambiaron sus armas por extraños artefactos plateados vomitados por la granja de replicación del comité). Los Críticos siguieron observando mientras, llenos de avidez, los granjeros exigían al Festival cerdos, cabras y, en un caso, un ganso que diera huevos de oro. Sus mujeres pidieron discretamente curas medicinales, cuberterías metálicas y tejidos. En el castillo, se oyeron disparos cuando los criados sacrificaron las fieras del zoológico para comérselas. Una lluvia de rublos de oro solicitada por un saboteador económico cayó copiosamente por las calles de Novy Petrograd y fue ignorada por completo: hasta tal punto era

completo el colapso económico provocado por el advenimiento del Festival.

—Son realmente patéticos —comentó Aquella Que Observa Primera. Entrechocó los colmillos sobre un banco somático que mostraba una escena que estaba teniendo lugar en la superficie: uno de los pocos granaderos todavía leales arrastrando a un aterrorizado zapatero hacia las puertas del castillo, seguido por su suplicante familia—. Instintos desbocados, incapaces de asimilar la realidad, carentes de perspectiva.

—Mastica raíces. Cava hondo —masculló con voz lúgubre Hombre Guardia Quinto, en una demostración de su acostumbrado nivel de perspicacia (la inteligencia no era un rasgo particularmente útil para unos guerreros que recorrían túneles)—. Sabe a sangre y a suelo.

—A los guerreros todo les sabe a suelo —bufó Aquella que Observa—. Come tubérculos, hermano, mientras tus hermanas discuten cuestiones que exceden a tu entendimiento. —Rodó de lado y fue a toparse con Hermana de Estratagemas Séptima, que le mordisqueó suavemente el flanco—. Pariente-cría-par. ¿Fluye la incertidumbre?

—Un tiempo de cambios exponenciales se les viene encima. —Hermana Séptima era muy propensa a pronunciarse con aforismos de tan subterráneo significado, acaso con la ingenua esperanza de labrarse una reputación

por su visión (y, en última instancia, obtener apoyos cuando presentara su candidatura para ocupar el trono de la reina)—. Puede que sean rastreros moradores de la superficie, criaturas que se aferran a tallos, pero hay cierta grandeza en su lucha. Un nivel de sinceridad que raras veces alcanzan los seres primitivos.

—Primitivos son. Una completa ausencia de intertextualidad mutila su discurso interno. Me embarga el asombro de ver que el Festival desperdicia su atención con ellos.

—No es raro. Son la antítesis del Festival, ¿no lo sientes en tus pelos? —Hermana Séptima parpadeó rojos destellos a Aquella Que Observa, mientras una de sus zarpas asía el árbol de control del banco somático—. Aquí tenemos un nido de drones. —La escena se adentró en un espacio más reducido, siguiendo al zapatero secuestrado tras los muros del castillo—. La dispersión fenotípica conduce a la especialización extendida, como siempre, con el grado habitual de libre albedrío que se encuentra en las civilizaciones humanas. Pero esta ha sido estructurada para prevenir el avance rápido de la información, ¿no lo ves?

—¿Avance de la información? ¿Prevenido? ¡La vida es información! Hermana Séptima se pedorreó con suficiencia.

—He estado observando al Festival. ¡Ninguno de los indignos le ha pedido información! Artefactos, sí. Comida, sí.

Máquinas, hasta replicadores, sí. ¿Pero filosofía? ¿Arte? ¿Matemáticas? ¿Ontología? Es posible que estemos contemplando la primera civilización de zombis.

El de los zombis era un tópico que fascinaba a Hermana Séptima. Hipótesis ancestral de la ur-civilización original anterior a la Singularidad, un zombi era una entidad no consciente que actuaba igual que una consciente: se reía, lloraba, comía, hablaba y en general se comportaba como una persona real, y si la interrogaban al respecto, aseguraría que era consciente. Pero tras su comportamiento superficial, no había nada, ningún modelo interiorizado del universo en el que vivía.

Los filósofos habían elaborado la hipótesis de que semejantes criaturas no existían en realidad y cualquiera que reclamase la condición humana era en realidad un ser humano. Hermana Séptima no estaba tan convencida. Los seres humanos —aquellos rugosos y homeotérmicos antropoides con sus incisivos ridículamente pequeños y sus organizaciones sociales anárquicas— no le parecían demasiado reales. Así que estaba en perpetua búsqueda de la evidencia de que no eran gente.

Aquella Que Observa era de la opinión de que su compañera de camada había estado masticando de nuevo las raíces de la felicidad pero es que, claro, a diferencia de Hermana Séptima, ella no era una Crítica práctica: era una observadora.

—Creo que es necesario que resolvamos la cuestión de los zombis antes de pasar a los otros problemas.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —preguntó Aquella Que Observa—. Nos encontramos de nuevo con el problema de la subjetividad. Te digo que el único modelo analítico viable es la postura intencional. Si algo afirma ser consciente, acepta su palabra y trátalo como si sus intenciones fueran conscientes.

—Ah, pero es muy fácil programar a un meerkat para que diga, «pienso luego existo». No, hermana, necesitamos un túnel más próximo a la superficie para encontrar las raíces de la sapiencia. Hace falta un test, uno en el que un zombi se quede atascado pero que un actor sea capaz de superar.

—¿Has ideado algún test así?

Hermana Séptima movió las zarpas en el aire y entrechocó los enormes y amarillos colmillos.

—Sí, creo que puedo construirlo. La característica esencial de los seres conscientes es que adoptan la postura intencional: esto es, que modelan las intenciones de otras criaturas para poder anticiparse a su comportamiento. Cuando aplican un modelo así a los demás, adquieren la capacidad de responder a sus intenciones antes de que se hagan evidentes. Cuando la aplican a sí mismos, se vuelven

autoconscientes, porque adquieren una comprensión de sus propias motivaciones y la capacidad de modificarlas.

»Pero hasta el momento, no he visto prueba alguna de que sus motivaciones sean automodificables ni, ya que estamos, otra cosa que reflejos condicionados. Quiero ponerlos a prueba, introducirlos en una situación en la que la imagen que tienen de sí mismos se contradiga con su comportamiento. Si son capaces de adaptar esta imagen a las nuevas circunstancias, sabremos que estamos tratando con seres sapientes. Lo que, en último caso, influirá en la naturaleza de nuestra revisión.

—Eso parece peligroso o difícil, hermana. Tendré que pensar en ello antes de proponérselo a Madre.

Séptima emitió una risa burbujeante y se dejó caer sobre el vientre.

—¡Oh, pariente! ¿Qué creías que había ideado?

—No lo sé. Pero algo parecido a tu habitual…

Aquella Que Observa se detuvo al ver el brillo de triunfo en el ojo de su hermana.

—Simplemente propongo Criticar a un puñado de ellos con un poco más de severidad de lo habitual —dijo Hermana Séptima—. Y cuando haya acabado, cualquiera que viva sabrá que ha sido Criticado. He aquí mi metodología…

* * *

El Comandante Krupkin tardó casi dos horas en ir a ver a Vassily Muller. No fue un retraso intencionado. Casi en el mismo momento en que el campo del motor principal estuvo en marcha y la nave se alejó flotando suavemente de la base naval de Klamovka, su busca empezó a pitar:

QUE TODOS LOS OFICIALES ACUDAN

DE INMEDIATO A LA SALA DE REUNIONES D

—Mierda y corrupción —musitó. Al pasar junto a Pavel Grubor le dijo—. El viejo quiere verme precisamente ahora. ¿Puedes encargarte del técnico de los astilleros y averiguar cuánto va a tardar en cerrar las instalaciones del compensador de punto de referencia?

A Mikhail Krupkin le gustaba su trabajo y ni esperaba ni deseaba especialmente un nuevo ascenso. Llevaba en los sistemas de la nave desde hacía catorce años y pretendía acabar allí su carrera, para a continuación disfrutar de un largo y feliz retiro trabajando para alguna línea espacial comercial. Sin embargo, los mensajes como aquel destruían por completo su serenidad. Significaban que la gente iba a hacerle preguntas sobre la disponibilidad de los sistemas y, ahora que la Lord Vanek tenía aquellas cajas negras en la sala de máquinas, puede que fuera móvil, pero honestamente no podía asegurar con certeza que fuera cien por cien sólida.

No sabía lo que había en aquellas cajas pero estaba seguro de que había una razón para que el Almirantazgo estuviera gastando varios millones de coronas en una modernización de los motores. Y, en cualquier caso, se habían mostrado extremadamente reservados con respecto al software de control adicional. Unas cajas, conectadas al motor, que a su vez estaba conectado por medio de un nuevo enlace de banda ancha a la red táctica: algo olía muy mal.

Todas estas cosas y muchas otras estaban en sus pensamientos cuando cogió el ascensor a la sala de reuniones, situada en la zona de oficiales. La puerta de la Sala D estaba abierta, esperándolo. La mayoría de los oficiales de alto rango se encontraba ya allí. Ilya Murametz, jefe ejecutivo de la nave, el teniente Helsingus, de control de tiro, el equipo de operaciones tácticas de costumbre, Vulpis de Relativística… Parecía que había llegado el último, a excepción del capitán, pero también era el que venía de más lejos.

—Ilya, ¿qué pasa aquí?

Ilya lo miró.

—El capitán está reunido con el almirante. Cuando llegue hará un anuncio —dijo—. No sé una palabra sobre el asunto, salvo que no se trata de nada específico.

Krupkin exhaló un suspiro silencioso de alivio. «Nada específico» quería decir que no tenía que ver con el funcionamiento de la nave. Aquel día no iban a arrojar a nadie a las fieras. No es que el capitán Mirsky fuera un tirano, sobre todo comparado con lo que se estilaba en la Armada de la Nueva República, pero podía ser implacable si descubría a alguien que se había quedado dormido en su puesto o no hacía su trabajo correctamente.

De repente se produjo un cambio en la atmósfera de la habitación: todos se volvieron hacia la puerta. Las conversaciones cesaron y los oficiales se pusieron firmes. El capitán Mirsky permaneció allí un momento, pasando revista a su estado mayor. Era evidente que lo que veía lo agradaba. Cuando empezó a hablar, sus primeras palabras fueron:

—Caballeros, tomen asiento, por favor.

Se acercó a la cabecera de la mesa y dejó una abultada carpeta delante de su asiento.

—En este momento son las 1130. La puerta de esta habitación está cerrada, y permanecerá cerrada, salvando casos de emergencia, hasta las 1200. Estoy autorizado a revelarles que a partir de este momento nos encontramos en alerta de batalla. No estoy al tanto del trasfondo político de nuestras órdenes, pero el estado mayor del almirante Kurtz me ha informado de que en la presente crisis no parece

probable otra resolución que una guerra. Por consiguiente, se nos ha ordenado dirigirnos como Primer Escuadrón al Planeta de Rochard, formando parte del plan de batalla Horizonte Verde Omega. —Dicho esto, apartó la silla y se sentó—. ¿Alguna pregunta sobre el escenario general antes de que pase a detallar nuestras órdenes? —preguntó.

El teniente Marek levantó una mano.

—Señor, ¿se sabe algo sobre los agresores? Tengo la impresión de que la oficina del censor ha sido aún más diligente que de costumbre.

La mejilla del capitán Mirsky se arrugó.

—Una buena pregunta. —Krupkin miró de soslayo al teniente. Un joven y fogoso oficial de Operaciones Tácticas que se había unido a la tripulación menos de seis meses atrás—. Una buena pregunta merece una buena respuesta. Desgraciadamente, no puedo dársela porque nadie ha creído pertinente dármela a mí. Así que, teniente, ¿cómo cree que pueden comportarse nuestras fuerzas armadas en la peor de las situaciones posibles?

El teniente Marek tragó saliva. No llevaba en la nave el tiempo suficiente para conocer el estilo socrático que utilizaba el capitán para poner a prueba los conocimientos de sus subordinados, heredado de los dos años que había

pasado como profesor en la Academia de Oficiales de la Armada.

—¿Contra quién, señor? Si se tratara solo de reprimir una sublevación local, no habría el menor problema. Pero en el Planeta de Rochard hay un contingente estacionado formado por un destructor y defensas estáticas, tan eficaces como nosotros para tareas represivas. Así que no nos enviarían si bastara con eso para resolver la situación. Debe de haber un enemigo activo que ha impedido que interviniera el escuadrón de defensa local.

—Una descripción de la situación muy precisa. —El capitán Mirsky sonrió sin alegría—. Y que responde a la verdad, sea quien sea el enemigo. Por desgracia, ahora mismo saben ustedes tanto como yo, a excepción de una cosa: el destructor Sakhalin fue devorado. Ignoro si es una metáfora o una verdad literal, pero parece que nadie sabe lo que es ese Festival ni de lo que es capaz ni si el destructor les provocó una indigestión. No podemos olvidar nuestro juramento de lealtad con el Emperador y la República. Sean cuales sean sus decisiones, nuestro deber es ser su mano derecha. Si deciden golpear al enemigo, bien, golpearemos con fuerza. Mientras tanto, debemos asumir lo peor. ¿Y si el enemigo cuenta con máquinas cornucopias?

Sus palabras parecieron desconcertar a Marek.

—¿No podría tener el efecto contrario? Por un lado, cuentan con herramientas que les permiten construir montones de armas con rapidez sin mancharse las manos. Pero por otro, si no están acostumbrados a trabajar, ¿no es muy posible que sean unos degenerados morales? La capacidad de manufactura no confiere necesariamente la victoria, si aquellos que la poseen están debilitados y corrompidos por un decadente estilo de vida en el que son los robots los que se encargan de todo. ¿Cómo podrían tener las tradiciones y el ésprit de un ejército honorable?

—Eso aún está por verse —dijo el capitán con aire críptico—. Por el momento, prefiero asumir lo peor. Y lo peor es que el enemigo cuenta con máquinas cornucopias y no es decadente ni cobarde.

Marek sacudió levemente la cabeza.

—¿Tiene alguna pregunta? —dijo Mirsky.

—Eh… Yo creía que… —Marcus parecía preocupado—. ¿Es eso posible?

—Todo es posible —dijo el capitán con tono grave—. Y si hacemos planes para lo peor, con un poco de suerte todas las sorpresas serán agradables. —Apartó la mirada del ingenuo teniente—. El siguiente.

Krupkin, que como ingeniero tenía una opinión formada sobre la conveniencia de prohibir el uso de determinadas

tecnologías por razones sociales, asintió para sí. Aunque Mirsky nunca lo reconocería en público, tenía una idea bastante aproximada de lo que estaba pensando el capitán: llevar una vida decadente con la asistencia de robots no es necesariamente incompatible con la existencia de una tradición militar sólida. De hecho, podría proporcionarles tiempo para concentrarse en lo esencial. El capitán siguió interrogando a sus oficiales sobre el estado de preparación de las diferentes secciones.

—… estatus de ingeniería. ¿Comandante Krupkin?

Krupkin reprimió un gruñido de hastío.

—El ingeniero enviado por los astilleros sigue aplicando los parches de modernización a los compensadores de punto de referencia de la nave. Estoy esperando una estimación precisa, pero a día de hoy nuestros cálculos hablan de unos tres turnos para completar las modificaciones y otro más para probarlas. No tengo quejas sobre su eficiencia. Es tan bueno como el que más, un auténtico virtuoso. Aparte de eso, el segundo juego de compensadores, que no se está modernizado, es completamente operacional. En este momento nos movemos a velocidad de crucero, pero no tendremos redundancia completa ni las modificaciones preparadas hasta dentro de cuatro o cinco días… como mínimo.

—Ya veo. —El capitán escribió algo. Volvió a mirar al ingeniero: una mirada de penetrantes ojos azules que hubiera reducido a un oficial menos experimentado a una ruina temblorosa—. ¿Es posible acelerar las modificaciones? Entraremos en espacio-tiempo extranjero dentro de dos días. Por consiguiente, debemos anticiparnos a la presencia de minadores y naves de guerra enemigas en el trayecto.

—Hum… probablemente, señor. Por desgracia, las modificaciones no están lo bastante claras para el personal de ingeniería de rutina. Springfield es el especialista y se está empleando al máximo. En mi opinión, es posible acelerar las cosas, pero a riesgo de que se produzcan errores inadvertidos a causa de la fatiga. Si se me permite hacer una analogía, es como un cirujano que realiza una operación. Las manos adicionales no hacen más que estorbar y uno no puede pedirle a un cirujano que trabaje días y días y esperar que su trabajo siga siendo intachable. Creo que podríamos recortar uno o dos días a la estimación de cuatro o cinco, pero no más.

—Ya veo. —El capitán Mirsky lanzó de soslayo una significativa mirada a Murametz—. Pero aún podemos movernos y luchar y el nuevo sistema de cajas negras está ya integrado. —Asintió—. Helsingus, ¿en qué condiciones está Operaciones Tácticas?

—He estado realizando ejercicios diarios de simulación con un perfil estándar de flota agresora durante la pasada

semana, señor, utilizando los modelos que nos envió el Almirantazgo. No nos vendría mal un poco más de tiempo pero en general creo que los muchachos han cogido la idea. Salvando sorpresas importantes en la doctrina táctica enemiga, estamos preparados para enfrentarnos a ellos, sean quienes sean, en condiciones de igualdad.

—Bien. —Mirsky reflexionó durante un minuto entero—. Tengo que decirles que ayer tarde mantuve una reunión en persona con el comodoro Bauer y por videoconferencia con los demás capitanes. Deben tener muy presente que, a partir de este momento, esta nave se encuentra en estado de alerta. Deben estar preparados para emprender acciones de combate en el futuro inmediato. Mientras tanto, espero recibir informes diarios sobre el estado de preparación del motor y las armas.

»Eso también se aplica al resto de ustedes. Quiero informes diarios del estado de la tripulación y sus secciones. Este mes hemos perdido mucho tiempo reclutando marineros y quiero que estemos al noventa y cinco por ciento de operatividad lo antes posible. Mañana recibiremos un cargamento entero de combustible y suministros de la nave de aprovisionamiento Aurora y en cuanto nos dispongamos a realizar el primer salto, quiero a todo el mundo en los puestos de combate. De modo que tienen unas treinta y seis horas para prepararse para entrar en acción. ¿Alguna pregunta, caballeros?

Helsingus levantó la mano.

—¿Sí?

—Señor, ¿minadores? ¿A qué sitio vamos que pueda estar minado?

Mirsky asintió.

—Buena pregunta, comandante. Nuestro salto inicial será corto y nos llevará al Depósito Lobo Cinco. Sé que no es una trayectoria directa hacia el Planeta de Rochard pero si vamos allí en línea recta… bueno, supongo que nuestros enemigos también serán capaces de planearlo. Lo que ignoramos es lo que ellos saben sobre nosotros. Confío en saber algo más esta tarde. —Se levantó—. Si lanzan un ataque sorpresa, estén preparados para responder. Dios está de nuestro lado. Todos los indicios sugieren que ese Festival es una degeneración pagana, así que lo único que necesitamos es tener el corazón limpio y manejar nuestros cañones con entusiasmo. ¿Alguna otra pregunta? —Miró a su alrededor. Nadie levantó la mano—. Muy bien. Ahora voy a reunirme con el comodoro. Descansen.

El capitán abandonó la sala en silencio. Pero en cuanto la puerta se cerró tras él, estalló un griterío.

Martin estaba de mal humor. Krupkin le había dado la noticia varias horas atrás.

—Lo siento, pero las cosas están así —le había dicho—. Turnos dobles. Estamos en pie de guerra. Usted, especialmente, no podrá dormir hasta que el trabajo de modernización esté terminado. Órdenes del capitán, que no está de humor para réplicas. Cuando haya acabado, puede desaparecer el tiempo que quiera, pero tenemos que tenerlo preparado antes de entrar en combate.

—Van a ser dieciséis horas, como mínimo, pase lo que pase —le dijo Martin tratando de no perder los estribos—. Los parches estarán instalados y activados antes de que termine este turno, pero no puedo entregarles el control del sistema hasta que haya sido probado por completo. Las pruebas de regresión son totalmente automáticas y tardan veinte mil segundos en completarse. Luego están las pruebas de maniobra, que normalmente se prolongarían durante toda la semana si el casco fuera nuevo. Finalmente, está el período de rodaje del motor, que en el caso de un sistema nuevo y sin probar como el que ha adquirido su Almirantazgo, es de tres meses. ¿Qué posibilidades cree que hay de que vayan a esperar ese tiempo?

—Prescinda de él —dijo Krupkin con voz enérgica—. Mañana empezaremos con las maniobras. ¿Puede iniciar hoy la fase de caja blanca?

—Joder. —Martin volvió a ponerse las gafas y los guantes—. Ya hablaremos luego, ¿de acuerdo? Estoy ocupado. Tendrá

sus putas modificaciones. Usted limítese a llevarme hasta un jergón esta noche.

Volvió a sumergirse en la inmensa interfaz, ignorando por completo al comandante, quien se lo tomó sorprendentemente bien.

Lo cual fue, en realidad, una suerte. A Martin le estaba costando no perder los estribos pero por debajo del frágil exterior, estaba preocupado. El asunto de Rachel lo había dejado inquieto. Ahora estaba muy nervioso, y no solo a causa de la volatilidad de la situación. Su aparición lo había sorprendido con la guardia baja y vulnerable y las consecuencias potenciales oscilaban entre lo impredecible y lo catastrófico.

Durante el resto del día, trabajó furiosamente, vigilando el proceso automático de extensión de las conexiones que unían los circuitos de control del nuevo motor con las redes neurales ya existentes. Atajó varios problemas potenciales en el perfil de actuación de los sensores de control de feedback, ajustó los compensadores de punto de referencia para aumentar su precisión y añadió varios parches más a los bucles de control interno que supervisaban y manejaban el agujero negro. Pero no tocó las trampas de extensión de vida media. E instaló el circuito especial que Herman le había pedido que añadiera.

Siguió trabajando durante el turno de noche y a continuación puso en marcha los exámenes de regresión: una serie de rutinas automáticas, controladas por software, que pondrían a prueba todos los aspectos de la modernización del motor y emitirían un informe al respecto. Instalar y probar el módulo no fue difícil. Al día siguiente tendría que empezar a probar cómo interactuaba con el núcleo, una experiencia mucho más crispante y agotadora. Así que al llegar las 2500 bostezó, se estiró, se quitó las gafas y los sensores de feedback y se puso en pie.

—Aargh. —Se estiró un poco más. Sus articulaciones crujieron con el esfuerzo. Estaba mareado, cansado y se sentía un poco enfermo. Parpadeó. Después de varias horas inmerso en los controles 3D de color falso, todo le parecía neutro y monocromático. ¿Y por qué, aquel día y en aquella era, olían las naves de guerra a repollo en vinagre y sudor viejo con un tenue aroma a desechos de alcantarilla? Llegó tambaleándose hasta la puerta. Un marinero que pasaba por allí lo miró con curiosidad—. Tengo que encontrar un jergón —le explicó.

—Por favor, espere aquí, señor. —Lo hizo. Más o menos un minuto más tarde, uno de los subalternos de Krupkin apareció ante sus ojos, con las dos manos pegadas a la pared como si fuera una mosca humana.

—¿Su litera? Ah, sí, señor. Cubierta D, compartimiento 24. Hay una habitación en la zona de oficiales esperándolo. El

toque para el desayuno es a las 0700. Paulus, por favor, acompaña al caballero a su cuarto.

—Por aquí, señor. —Silenciosa y eficientemente, el tripulante guió a Martin por la nave, hasta un pasillo de color verde pálido jalonado de escotillas como las de un hotel de cápsulas—. Ahí está.

Martin parpadeó un segundo mientras observaba la puerta que le estaban señalando y a continuación la abrió y entró.

Era como una habitación de hotel de cápsulas o el compartimiento de un tren transcontinental, solo que con dos literas. La inferior podía girarse para convertirse en una mesa cuando no se estaba utilizando. Era totalmente estéril, estaba totalmente limpia, con sábanas almidonadas y una fina manta sobre la litera de abajo, y olía a aceite de máquinas, almidón y noches de insomnio. Alguien había dejado allí un mono limpio y sin insignias. Martin lo observó con desconfianza y decidió seguir con su ropa de civil hasta que estuviera tan sucia que resultara intolerable. Rendirse al uniforme de la Nueva República le parecía un acto simbólico. Si dejaba que lo reclamaran como uno más de los suyos, sería como si hubiera cometido una pequeña traición.

Bajó la intensidad de la luz, se quitó los calcetines y los zapatos y a continuación se tendió en la litera inferior. Al cabo de un rato, la luz se apagó y Martin empezó a relajarse. Todavía estaba mareado, cansado y hambriento, pero al

menos no había ocurrido lo peor: no había sentido unos golpecitos en el hombro y no lo habían escoltado al calabozo. Nadie sabía para quién trabajaba en realidad. En este negocio nunca se podía estar seguro y Martin tenía una extraña sensación que subía y bajaba por su columna vertebral. La situación era completamente insólita y la petición de Herman de que se metiera de cabeza en ella era contraria a su modo de proceder habitual. Cerró los ojos y trató de desterrar las visiones de bloques giratorios de color amarillo que bailaban en el interior de su cabeza.

La puerta se abrió y se cerró.

—Martin —dijo una voz apagada junto a su almohada—, habla bajo. ¿Cómo van las cosas?

Se incorporó como un resorte y estuvo a punto de golpearse la cabeza contra la parte inferior de la litera de arriba.

—¿Qué…? —Hizo una pausa—. ¿Qué estás…?

—¿Haciendo aquí? —Una risa callada e irónica—. Estoy haciendo lo mismo que tú: sentirme muy cansada y preguntarme qué demonios hago en esta casa de locos.

Se relajó un poco, aliviado.

—No te esperaba.

—Estar aquí es mi trabajo. He sido adjuntada al estado mayor del Almirante como representante diplomática. Mira, no puedo quedarme mucho. Sería una idea muy mala para todos que me encontraran en tu cuarto. En el mejor de los casos, asumirían lo peor, y en el peor, podrían llegar a pensar que eras un espía o algo así…

—Pero es que soy un espía —balbuceó en un momento de debilidad—. Al menos, tú querías que…

—Sí, vale, y tengo tu anillo decodificador de agente secreto aquí mismo. Mira, quiero hablar, pero los negocios van primero. ¿Se han terminado las mejoras del motor?

Los ojos de Martin se adaptaron a la oscuridad. Podía ver el contorno de su cara. El pelo corto y las sombras hacían que tuviera un aspecto muy diferente, más duro y más determinado. Pero algo que había en su expresión mientras lo observaba le hacía parecer un poco insegura. Los negocios van primero, había dicho.

—Las mejoras van a tardar algún tiempo —dijo—. Dicen que están preparados para empezar con las pruebas mañana mismo, pero es una proposición arriesgada. Yo pasaré la semana que viene depurando errores de los relojes de alta precisión. —Hizo una pausa—. ¿Estás segura de que no corremos peligro? ¿Cómo me has encontrado?

—No ha sido difícil. Dale las gracias a MiG por los planos de los sistemas de seguridad. Soporte Vital y Seguridad piensan que estás aquí solo. Pensé que era más seguro venir en persona que tratar de llamarte.

Martin caminó unos pasos por la habitación y se sentó, le hizo sitio y ella se sentó a su lado. Reparó por primera vez en que llevaba uniforme, y no de la Nueva República.

—¿Vas a estar aquí todo el viaje?

Ella soltó una risilla.

—Para que podamos conocernos mejor. Relájate. Si quieres hablar con tu representante diplomático local, ese soy yo. Además, me necesitan, o a alguien como yo. ¿Quién si no va a negociar un alto el fuego en su nombre?

—Aja. —Martin guardó silencio. Era consciente de que se encontraba junto a él, tan consciente que casi resultaba doloroso—. Estás corriendo un riesgo —dijo después de un rato—. No van a darte las gracias por…

—Calla. —Se inclinó hacia él. Martin sintió su aliento en la mejilla—. Las mejoras de los motores que estás instalando forman parte de un sistema de armas ilegal, Martin. Estoy segura de ello. Ignoro qué clase de ilegalidad están considerando, pero estoy segura de que tiene que ver con una violación de la causalidad. Si empiezan a realizar maniobras, tendré la ocasión de averiguar para qué

pretenden utilizar las mejoras. Por eso necesito estar aquí. Y por eso necesito tu ayuda. Normalmente no te cargaría el muerto, pero es que realmente necesito tu ayuda, ayuda activa, para averiguar lo que está pasando. ¿Comprendes?

—Comprendo muy pocas cosas —dijo Martin con nerviosismo, al tiempo que daba prioridad a su sistema de sobrecarga automática para mantener la respiración bajo control y no revelar su mentira. Se sentía absurdamente culpable por estar ocultándole la verdad. Rachel parecía la última persona que podía poner en peligro su misión… y además le gustaba, quería poder relajarse en su presencia, sin preocupaciones. Pero la prudencia y la experiencia conspiraron para sellar sus labios—. Solo estoy a bordo para dar un paseo —añadió. Sencillamente, no podía hablarle de Herman. Sin saber cómo reaccionaría, las consecuencias podían ser desastrosas. Podían. Y era un riesgo que no se atrevía a correr.

—Ten esto presente —dijo ella en voz baja—. Hay muchas vidas en juego. No solo la mía o la tuya o las de la tripulación de esta nave, sino las de todo el mundo en un radio de treinta años luz desde aquí. Eso es un montón de gente.

—¿Por qué crees que esto va a atraer al gran E? —repuso. Estaba mortalmente cansado y no quería tener que mentirle. ¿Puedo hacer que siga hablando?, se preguntó. Si no lo hacía, temía acabar contándole demasiado. Lo que sería un gran error.

Ella le tocó el brazo.

—Al Escatón le interesará por una sencilla razón: se opone completamente a las violaciones de la causalidad. Por favor, Martin, no finjas ser tan ingenuo. He visto tu informe. Sé dónde has estado y lo que has hecho. No eres ningún idiota y sabes lo que un motor de torsión bien afinado es capaz de hacer en manos de un experto. En términos de relatividad especial, la capacidad de viajar a mayor velocidad que la luz equivale en la práctica al viaje en el tiempo… al menos desde la perspectiva de observadores situados en marcos de referencia distintos. Ven la luz de tu llegada, que está próxima a ellos, mucho antes de la luz de tu partida, que está muy lejos. Como estás corriendo más deprisa que la luz, parece que las cosas ocurren cuando no les corresponde. ¿Vale? Lo mismo ocurre con un enlace causal, un comunicador instantáneo de fibra cuántica. No significa que el viaje en el tiempo se produzca en realidad, o que se puedan crear paradojas temporales, pero poder manipular el orden en el que un observador distante presencia los acontecimientos es un regalo para un estratega militar.

»Al Escatón le traen sin cuidado estas clases tan triviales de viaje temporal, pero reacciona violentamente contra el de verdad. Cualquier manifestación que pudiera poner en peligro su propia historia. El gran Escatón no quiere que nadie haga un movimiento de caballo en ella, que viaje al pasado y vuelva hacia delante para arruinar su origen. ¿Qué alguien trata de construir un comunicador instantáneo? No

hay problema. ¿Qué quieren construir un portal lógico que transmite su propia salida de datos a su propio pasado, donde se conecta a la entrada? Esa es la base de la lógica no-causal y proporciona la primera herramienta que se necesita para construir una inteligencia artificial trascendente. Puf, el planeta es bombardeado desde la órbita con lemmings caníbales o destruido con asteroides asesinos o algo por el estilo.

»En cualquier caso, a mí me da igual lo que la Nueva República le haga al Festival. Quiero decir, puede que me preocupe lo que le pasa a los individuos de la Nueva República y puede que esos tíos del Planeta de Rochard sean gente realmente estupenda, pero esa no es la cuestión. Lo que sí me importa es si lo que van a hacer piensan hacerlo dentro de los límites del cono de luz de la Tierra. Si implica una violación de la causalidad a gran escala, el E podría destruir toda la zona contaminada. Y sabemos que estableció colonias hasta a tres mil años luz de distancia. Aun asumiendo que quiera preservar la raza humana, podría permitirse el lujo de arrasar un par de centenares de planetas.

Martin tuvo que morderse la lengua para no corregirla. Rachel se quedó callada. Esperó a que continuara, pero no lo hizo. Parecía deprimida.

—Tú tienes mucha influencia. ¿Les has dicho lo que has deducido? ¿O se lo has dicho a alguien más?

Rachel se echó a reír, una risa peculiarmente amarga.

—Si lo hiciera, ¿cuánto crees que tardarían en echarme por la borda, con o sin traje espacial? Ya están bastante paranoicos tal como andan las cosas. Creen que hay un espía a bordo y temen encontrarse con campos de minas o saboteadores durante el viaje.

—¿Un espía? —Se incorporó, asustado—. Saben que hay un…

—Habla más bajo. Sí, un espía. No uno de nosotros. Un idiota de la Oficina del Ciudadano al que han enviado para vigilarte. Que hables más bajo, te digo. Solo es un muchacho, un poli novato. Trata de relajarte cuando esté presente. Por lo que a nosotros se refiere, se te permite hablar conmigo. Soy la representante de tu gobierno más próxima.

—¿Cuándo vamos a salir de la nave? —preguntó con voz tensa.

—Probablemente cuando lleguemos. —Le cogió la mano y apretó—. Haz tu trabajo y mantén la cabeza baja —dijo con voz calmada—. Y, hagas lo que hagas, no actúes como si fueras culpable ni te confieses con nadie. Confía en mí, Martin. Como ya te he dicho antes, estamos en el mismo equipo en esta misión.

Martin se le acercó. Estaba tensa, muy tensa.

—Esto es una locura —dijo muy lenta y cuidadosamente al tiempo que pasaba un brazo alrededor de sus hombros—. Lo más probable es que esta absurda expedición consiga que nos maten a ambos.

—Puede ser. —Sintió que ella le apretaba la mano—. Espero que no —dijo con un hilo de voz—. Todavía no he tenido ocasión de conocerte.

—Ni yo a ti. —Su mano se relajó un poco—. ¿Eso te gustaría? ¿De verdad?

—Bueno. —Apoyó la espalda en la pared que había junto al camastro—. No he pensado mucho en ello —musitó— pero llevo solo mucho tiempo. Mucho. Antes de este trabajo. Necesito… —Cerró los ojos—. Mierda. Lo que quiero decir es que necesito alejarme de este trabajo por algún tiempo. Quiero tomarme un año sabático o dos, para ordenar mi vida y volver a descubrir quién soy. Un cambio y un descanso. Y si tú también estás pensando en algo parecido, puede que…

—Hablas como un tío que ha trabajado demasiado. —Se estremeció—. Alguien acaba de caminar sobre mi tumba. Estamos los dos igual, Martin, los dos igual. Hay algo en la Nueva República que te desgasta, ¿verdad? Escucha, tengo unos dos años de permisos acumulados, esperándome para cuando vuelva a casa. Si quieres que vayamos juntos a alguna parte, para librarnos de toda esta…

—Suena bien —dijo él en voz baja—. Pero ahora mismo…

Su voz se apagó mientras lanzaba una mirada a la puerta del camarote.

Hubo un momento de gélido silencio.

—No te abandonaré —susurró ella. Lo abrazó un momento, y entonces lo soltó y se puso en pie—. Tienes razón. La verdad es que no debería estar aquí. Tengo un cuarto propio y si me están vigilando… bueno.

Cogió la gorra de la litera de arriba, se la puso cuidadosamente en la cabeza y abrió la puerta. Volvió la mirada hacia él y, por un momento, Martin pensó en pedirle que se quedara, en contárselo todo, pero entonces ella salió a los corredores iluminados de rojo de la dormida nave y se marchó.

—Maldición —masculló mientras se quedaba mirando la puerta, embargado por una sensación de incredulidad—. Demasiado tarde, demasiado tarde. Maldita sea…

INCIDENTE EN EL DEPÓSITO LOBO

Todo empezó con un telegrama.

Dispuesta en formación dispersa con otras seis naves de guerra, la Lord Vanek avanzaba hacia la heliopausa, donde los vientos solares se encontraban con el duro vacío del espacio interestelar. El Depósito Lobo se encontraba cinco años luz más adelante, y casi cinco años hacia el futuro, porque el plan era que la flota siguiera una senda temporal casi cerrada, se sumergiera en el futuro (permaneciendo en un radio de un cono de luz y con el ápice apuntado hacia Nueva Praga al primer signo de ataque) y a continuación utilizara las cajas negras adosadas a los módulos de su motor para regresar al pasado. Sin quebrantar la letra de la ley del Escatón —No violarás globalmente la causalidad—, la flota llegaría a la órbita del Planeta de Rochard justo después de la aparición del Festival, mucho más deprisa de lo que una

fuerza de semejantes dimensiones hubiera podido salvar los ocho saltos que la separaba de su colonia. En el proceso, esquivaría a cualquier contingente enviado por el enemigo para interceptar un contraataque directo… y recogería una cápsula temporal con análisis de la batalla realizados por historiadores del futuro para contribuir a la planificación del Almirante.

Al menos, esto era lo que dictaba la teoría. Llegar allí a una velocidad imposible, con más potencia de fuego de la que esperarían los atacantes y con información de antemano sobre el orden de batalla y las intenciones defensivas del enemigo. ¿Qué podía salir mal?

En la sala de operaciones reinaba una atmósfera de completa concentración mientras los oficiales del equipo oro —el contingente de la tripulación que estaría de guardia cuando se llevara a cabo el primer salto, el que llevaría la nave al futuro, así como a las profundidades del espacio— realizaba la secuencia de comprobaciones.

El capitán Mirsky se encontraba en un extremo de la sala, junto a la pesada escotilla estanca, observando a los oficiales en sus puestos: un análisis de telemetría en curso, enviado por los sistemas de gestión de batalla de la nave, ocupaba la pantalla-pared principal. La atmósfera estaba tan tensa que podía cortarse con un cuchillo. Era la primera vez que una nave de guerra de la Nueva República se enfrentaba a un enemigo tecnológicamente avanzado. Y nadie, hasta donde

sabía el estado mayor del comodoro Bauer, había tratado nunca de llevar a cabo un procedimiento táctico como aquel. Podía haber cualquier cosa al otro lado. Cinco años en el futuro era lo más lejos que se atrevían a llegar de un solo salto. En teoría, debía de haber una baliza de navegación esperándolos, pero si algo iba terriblemente mal, podía ser el enemigo el que estuviera allí. Mirsky esbozó una pequeña sonrisa. Razón de más para poner el máximo cuidado, pensó. Si lo estropeamos, no habrá segunda oportunidad.

La attaché militar enviada por la Tierra se había presentado sin ser invitada en mitad de las operaciones y probablemente enviaría un informe detallado a sus jefes. No es que eso fuera a suponer diferencia alguna a estas alturas, pero al sentido del orden de Mirsky le ofendía tener una turista a bordo, y más aún una turista cuya lealtad era cuestionable. Decidió ignorarla. O, si eso resultaba imposible, expulsarla inmediatamente.

—Primer punto límite en cinco cero segundos —informó el ingeniero de vuelo—. Buffers de compensación de marco preferencial definidos como maestros. Distancia al punto de salto, seis cero segundos. —Siguió desgranando la jerga técnica con voz tensa y pausada. En la rutina propia de cualquier nave de guerra, cada frase venía definida por un procedimiento del manual.

Artillería uno:

—Recibido. Preparados para activar la red de láseres. —Un gran sistema de láseres, más de un millón de células diminutas distribuidas sobre la piel de la nave, capaces de operar como una sola batería láser, llevó a cabo todas las comprobaciones de rutina e informó sobre su estado. La nave estaba acercándose al punto de salto. Mientras lo hacía, absorbía energía del inestable y energizado vacío que tenía delante y lo almacenaba haciendo girar el núcleo de su motor, el diminuto y eléctricamente cargado agujero negro acunado en el corazón de la esfera de contención de la sala de máquinas.

Ingeniería:

—Suspensión principal de propulsión a menos dos segundos. Tres cero segundos para el salto.

La nave flotaba hacia el punto de transición. El espacio ondulado que tenía delante empezó a allanarse y, con una hemorragia de energía, empezó a regresar al estado de vacío fundamental. Otras seis enormes naves de guerra venían tras ella, a intervalos de cinco minutos. El Escuadrón Dos, la cobertura de naves más ligeras que había partido después que la Lord Vanek, los había adelantado el día antes y había saltado hacía seis horas.

Comunicaciones:

—Telegrama de la cubierta de comandancia, señor.

—Léalo —dijo Mirsky.

—Telegrama del almirante Kurtz, abierto, dirigido a la oficialidad. Comienza: asuma presencia naves enemigas en destino. Stop. Abra fuego al contacto con fuerzas hostiles. Stop. Por la gloria del imperio. Termina. Enviado a todas las naves de la flota vía canal causal.

Los canales causales entre las naves quedarían arruinados, y sus contenidos estropeados sin esperanza de reparación, en el instante mismo en que la nave llevara a cabo su primer salto entre puntos equipotenciales: el enlace cuántico era un fenómeno frágil y no sobrevivía a las transiciones superlumínicas.

Mirsky asintió.

—Recibido. Todos los puestos de combate en estado de alerta.

Empezaron a sonar lastimeras alarmas por toda la nave.

—Trampa de marco de referencia ejecutada. —Relativística—. Campo de salto preparado. Tenemos una caja blanca en el grupo B, repito, caja blanca en el grupo B.

Tener un marco de referencia cautivo significaba que la nave había cartografiado con toda precisión el emplazamiento concreto en el espacio y el tiempo de su origen. Utilizando los nuevos controladores del motor, la

Lord Vanek podría regresar al mismo punto desde una localización futura, siguiendo un bucle temporal cerrado.

Mirsky se aclaró la garganta.

—Salto a discreción.

Las luces no menguaron, no hubo sensación de movimiento y, virtualmente, no ocurrió nada… salvo que un chorro de partículas exóticas fue bombeado a la ergosfera del agujero negro del motor de la nave. No obstante, sin el menor alboroto, la disposición de las estrellas alrededor de la nave cambió.

—Salto confirmado. —Casi todos los presentes exhalaron un suspiro de alivio.

—Exploración, veamos dónde nos encontramos. —Mirsky no dio la menor muestra de inquietud, a pesar de que su nave acababa de dar un salto de cinco años a su propio futuro y se había adentrado un pársec y medio en lo desconocido.

—Sí, señor: red de láseres conectándose. —Unos dos gigavatios de potencia, la suficiente para cubrir las necesidades de una ciudad pequeña, se derramaron por la epidermis de la nave: si había algo que le sobraba a una nave como la Lord Vanek, era electricidad de consumo. La nave se encendió como un púlsar y emitió un chorro de luz ultravioleta coherente lo bastante potente para freír a

cualquiera que se encontrase en un radio de hasta doce kilómetros. Se estabilizó y empezó a explorar rápidamente el espacio con un haz concentrado que diseccionó el espacio que tenía delante. Al cabo de un minuto volvió a apagarse.

Radar:

—No hay obstáculos. Estamos solos.

Que era lo que cabía esperar. Allí fuera, a una distancia de la estrella primaria de entre quince y cincuenta unidades astronómicas, uno podía viajar 100 millones de kilómetros en cualquier dirección sin encontrar nada mayor que una bola de nieve. El intenso impulso de luz ultravioleta se propagaría durante minutos, y luego horas, antes de devolver la débil señal de una superficie sólida.

—Muy bien. Conn, pongámonos en marcha. Un g, delta total de uno cero k.p.s. —Mirsky se irguió mientras el oficial del timón realizaba la maniobra. Diez k.p.s no era demasiada velocidad pero permitiría a la Lord Vanek alejarse a buen ritmo de su punto de salida sin emitir demasiado ruido de motores y dejando espacio para el resto de la flotilla que lo seguía. En las profundidades del halo, un impulso lidar solo podía significar la presencia de una nave de guerra, y sería extremadamente peligroso permanecer demasiado cerca de su punto de origen. En la nube Oort de un sistema industrializado, hasta las bolas de nieve podían morder.

—¡Señal a nueve dos seis cuatro! —graznó Radar Dos—. Distancia cuatro punto nueve M-clics, orientación uno por siete cinco por tres tres dos. Montones de gammas calientes de uno punto cuatro Me-V… ¡Están cocinando con antimateria!

—¿Aceleración? —preguntó Mirsky.

—Rastreando… uno punto tres g, confirmado. Sin cambios. Uh, espere…

—Comunicaciones, parte de la Kamchatka, señor.

—Ábralo, Comunicaciones.

—El mensaje reza, cito, atacados por lanzamisiles enemigos, stop. Situación grave, stop. Dónde están los acorazados, stop. A todas las unidades, respondan, stop.

Mirsky parpadeó. ¿Naves enemigas? ¿Tan pronto? Pero si el Depósito Lobo, un sistema minero explotado por el rico y densamente industrializado Septagon Central, se encontraba en el umbral mismo de la puerta de la Nueva República. ¿Qué coño estaban haciendo, permitiendo que naves enemigas alienígenas…?

—Segunda andanada a nueve seis cuatro —llamó Radar Uno—. El mismo perfil de emisión. ¡Parece que hemos despertado un enjambre!

—Espere —dijo Mirsky con voz chirriante. Se estremeció, visiblemente sorprendido por las noticias—. ¡Espere, maldición! Quiero ver qué más hay ahí afuera. Comunicaciones, no respondan bajo ninguna circunstancia a las señales de la Kamchatka o de ninguna de las naves que nos han precedido sin mi autorización. Si hay naves enemigas, no sabemos si nuestras señales se han visto comprometidas.

—Sí, sí, señor. Silencio de señales en todos los elementos enmascaradores.

—Y ahora —inclinó la cabeza y escudriñó la pantalla que tenía delante—, si esto es una emboscada…

Las trazas de rayos gamma iluminaban la pantalla principal, marcadas con iconos que indicaban su posición y su vector con relación al sistema más próximo. Uno punto tres g no era una gran aceleración, pero sí la suficiente para provocar escalofríos en la columna vertebral de Mirsky: significaba sistemas de propulsión de gran potencia, inducción gravitatoria por fusión, antimateria o cuántica, no los débiles motores de iones de un sistema robótico. Eso podía significar varias cosas: bombarderos relativísticos sublumínicos, sistemas de misiles, interceptores intrasistema o cualquier otra cosa. La Lord Vanek tendría que pasar sobre ellos para llegar a la zona del siguiente salto. Lo que podría proporcionarles una oportunidad de abrir fuego a unos 1000 k.p.s.… una velocidad a la que haría falta muy poco, tal vez

no más que un granito de arena, para acabar con una nave. Si era una emboscada, probablemente significara el fin de la flotilla entera.

—Radar —dijo—. Quiero un segundo impulso lidar, tres cero segundos. A continuación planeen un vector intersecado con esas señales, compensación uno cero kiloclics en la distancia mínima, aceleración uno cero g, salva de dos SEM-20 a uno cero cero kiloclics.

—Sí, señor.

—Misiles armados, lanzamiento menos uno cero segundos. —Era el comandante Helsingus, estacionado en Artillería Uno.

—Quiero que puedan echar un buen vistazo a nuestro perfil de ataque —murmuró el capitán—. Desde cerca. —Ilya Murametz lo miró de soslayo—. Que los chicos sigan en sus puestos —añadió Mirsky mientras giraba la cabeza hacia él. Ilya asintió.

—¡Emisión Gamma! —informó Radar Dos—. Ráfaga a uno cuatro siete uno. Distancia uno uno punto dos M-clics, orientación uno por siete cinco por tres tres dos. ¡Parece que están disparando, señor!

—Comprendido. —Mirsky juntó las manos de una palmada. Murametz se encogió mientras hacía crujir sus

nudillos—. Atentos y esperen. Timón: ¿Cuál es la trayectoria del ataque?

—La estamos calculando ahora mismo, señor.

—Lidar delantero. Parece que estamos en medio de un enfrentamiento. Y a estas alturas ya saben que estamos aquí. Así que vamos a echarles un buen vistazo.

Comunicaciones: —Señor, un nuevo mensaje enviado supuestamente por la Kamchatka. Y otro de la Aurora.

—Léalos. Mirsky señaló con un gesto de cabeza el puesto de comunicaciones, donde el suboficial responsable empezó a leer de una cinta perforada que salía de la boca de bronce de una cabeza de perro:

—La Kamchatka dice, cito, trabado combate con lanzamisiles enemigos stop estamos devolviendo el fuego stop proa de nave enemiga nos apunta con sistemas de designación de objetivos stop situación desesperada dónde están. Fin del mensaje. La Aurora dice, cito, sin contactos enemigos stop Kamchatka ha salido de trayectoria aguarda corrección de elementos orbitales stop por qué estamos disparando. Fin del mensaje.

—Oh, demonios del infierno. —Murametz se puso rojo—. En efecto —dijo Mirsky con sequedad—. La cuestión es, ¿el de quién? Táctica, ¿cuál es nuestro estatus?

—Objetivo designado, señor. La distancia ha disminuido a cuatro punto ocho M-clics. Velocidad a nuestro paso, uno cero cero k.p.s.. Encuentro proyectado en menos de dos punto cuatro kilosegundos.

—Tenemos un margen de… tres cero cero segundos —dijo Mirsky tras consultar el reloj—. Debería de bastar. Podemos echar un vistazo al más próximo sin acercarnos tanto que su base pueda dispararnos si es un sistema de misiles. ¿Está todo el mundo preparado? Artillería: quiero estimaciones sobre esos pájaros en tiempo real. Veamos cómo se comportan. Radar, ¿pueden utilizar un espectroscopio con el objetivo?

—¿A tres K-clics por segundo y desde uno cero K-clics de distancia? Creo que sí, señor, pero necesitaremos una baliza muy grande para hacer contraste.

—La tendrán. —Murametz esbozó una amplia sonrisa—. Artillería: preparen esos pájaros con punto un kilotón antes de dispararlos. Cabezas estándar MP-3.

—Sí, señor.

—Bien. Preparados.

En la parte trasera del puente, Rachel trató de no encogerse. Con su casco del servicio de inspección de armas, estaba demasiado familiarizada con los efectos de las bombas de americio: armas nucleares hechas de un isótopo

más denso y más frágil que el plutonio y más estable que el californio. No eran más que bombas de fisión a la antigua, cargadas con una cabeza explosiva de alta potencia y una capa de agujas de cobre pre-fragmentadas: metralla que, en una batalla librada en el vacío, saldría disparada desde la zona de la detonación nuclear en un cono direccional muy estrecho y a velocidades casi próximas a la de la luz.

Los treinta minutos siguientes transcurrieron en un tenso silencio, interrumpido tan solo por las tensas observaciones de Radar Uno y Dos. Ningún objetivo más salió de su escondite. Puede que hubiera otros en el cinturón de Kuiper, pero ninguno de ellos estaba lo bastante próximo como para ver los intensos impulsos lidar de la nave de guerra o ser visto por ellos. En ese tiempo, los sensores pasivos captaron dos detonaciones nucleares a una distancia de media hora luz. Definitivamente, alguien estaba disparando. Y detrás de ellos, las características perturbaciones provocadas por seis naves de grandes dimensiones emergieron del salto y, acto seguido, conectaron sus lidar de combate y se pusieron en movimiento.

—Punto de lanzamiento en seis cero segundos —dijo Helsingus—. Dos SEM-20 preparados para disparar.

—Disparen según lo planeado —dijo Mirsky, enderezando la espalda y mirando directamente la pantalla. La flecha verde que marcaba el vector de la Lord Vanek había crecido y ahora empezaba a mostrar el tono púrpura de la distorsión

relativística que rodeaba su sensible punta extrapolativa: la nave estaba acercándose ya a un cero coma cinco por ciento de la velocidad de la luz, una velocidad peligrosa. Si la velocidad era demasiado alta, no sería capaz de seguir con eficacia a sus objetivos. Y lo que era peor, no sería capaz de esquivar ni cambiar su vector con rapidez ni saltar de forma segura.

—Tres cero segundos. Armando los pájaros. Los pájaros ya tienen luz verde, señor.

—Estoy recibiendo emisiones del objetivo —dijo Radar Dos—. Montones de ellas… ¡Parecen sistemas de interferencia, señor!

—Red láser. Iluminen el objetivo —dijo Mirsky—. Artillería, pasen a modo pasivo.

—Sí, señor. —Con el sistema de guiado pasivo, los misiles adquirirían el objetivo iluminado por la batería láser de la Lord Vanek y harían blanco en su reflejo.

—El objetivo sigue acelerando lentamente —dijo radar Uno—. Parece un lanzamisiles. —Uno cero segundos. Lanzaderas cargadas.

—Tiene permiso para abrir fuego a discreción, comandante —dijo el capitán.

—Sí, señor. Ocho segundos. Navegación actualizada. Plataformas inerciales preparadas. Pájaros cargados, cabezas… luz verde. Cinco segundos. Comienza el lanzamiento del pájaro uno. Allá va. —La cubierta se estremeció un instante: diez toneladas de misil atravesaron la nave en toda su longitud, impelidas por un cañón magnético, y salieron despedidas por la proa a más de un kilómetro por segundo—. Lidar centrado en objetivo. Motor energizado. Ignición del motor del pájaro uno confirmada. Pájaro dos cargado y con luz verde… lanzamiento. Allá va. Motor energizado.

—Bingo —dijo Ilya en voz baja.

Unas flechas rojas que marcaban el progreso de los misiles aparecieron en la pantalla principal. No contaban con sistemas propios de potencia y dirección. Nadie en su sano juicio se atrevería a convertir un agujero negro cuántico y su sistema de apoyo en un robot suicida. En su lugar, los láseres de la nave los bañaban en un mar de energía que hacía hervir y supercalentaba la masa reactiva que llevaban hasta que salían disparados a una velocidad superior a la de la nave. Estrictamente hablando, los misiles eran armas de corto alcance y velocidad limitada y, por consiguiente, estaban obsoletos. Su único cometido era colocar un arma nuclear en el vector de intercepción apropiado, como el «bus» de los viejos MIRV del siglo XX. Se quedarían sin combustible al cabo de solo treinta segundos pero para entonces las cabezas estarían reduciendo la distancia que separaba la

trayectoria prevista de la Lord Vanek y la nave enemiga. Poco después, los misiles harían blanco… y darían el golpe de gracia.

—Radar Uno. ¿Dónde están? —preguntó Mirsky en voz baja.

—Siguen como antes —informó el oficial—. Mantienen curso y vector. Y están emitiendo gran cantidad de ruido.

—Pájaro uno, impacto estimado en uno cero segundos —dijo Helsingus—. Están tratando de lanzar interferencias, señor. Sin resultado. —Lo dijo con grave satisfacción, como si el conocimiento de que las anónimas víctimas del ataque estaban ofreciendo una cierta resistencia simbólica confirmase que no estaba, de hecho, a punto de masacrarlos sin justificación. Hasta los oficiales más leales encontraban a veces difíciles de digerir los métodos aplicados de tres siglos de guerra nuclear.

Comunicaciones Dos, con la voz temblorosa de tensión:

—¡Las interferencias han cesado, señor! Estoy recibiendo una emisión de socorro. Dos… ¡No, tres! Repito, tres llamadas de socorro. Es como si estuvieran aullando antes de recibir el golpe.

—Demasiado tarde —dijo Helsingus—. Los alcanzaremos en tres dos segundos. Estarán dentro del radio de detonación.

Rachel se estremeció. De repente, una posibilidad horrible empezó a emerger a la superficie de su mente.

Mirsky volvió a hacer crujir los nudillos, y a continuación juntó las manos.

—Artillería. Quiero que se cargue un programa de evasión de emergencia, con capacidad de activación a menos uno cero segundos del punto de máxima proximidad si seguimos aquí.

—Sí, señor —dijo Helsingus con gravedad—. ¿Apoyo de la red de láseres?

—Todo el que quiera. —Mirsky hizo un ademán magnánimo—. Si seguimos aquí para disfrutar del espectáculo de luces.

Helsingus empezó a apretar interruptores como un poseso. En la pantalla, los misiles en vuelo cruzaron los puntos sin retorno y entraron en trayectorias balísticas. Empezaron a aparecer más misiles enemigos, como siniestros dedos azules extendiéndose desde el objetivo.

—Capitán —dijo Rachel con lentitud.

—… uno cero segundos. Han incrementado sus interferencias, señor, pero nuestros pájaros siguen activos.

—¿Y si la Kamchatka se equivoca? ¿Y si se trata de naves mineras civiles?

El capitán Mirsky la ignoró.

—¡Cinco segundos! Pájaro uno preparado para impactar: distancia inferior a uno cero K. Tres. Pulso electromagnético preparado. Cambio de voltaje de sensor MAG seis preparado, sistemas ópticos escudados… Detonación. Señor, confirmo que el pájaro uno ha detonado. Detonación. El pájaro dos ha desaparecido.

—Radar. ¿Qué ve? —preguntó Mirsky.

—Estamos esperando a que se disipe la niebla… Ah, volvemos a tener sensores en funcionamiento, señor. Los misiles siguen acercándose. Los restos y las explosiones están confundiendo el radar, el lidar funciona mejor. Eh… el espectroscopio de impacto se ha conectado, señor, tenemos un impacto confirmado en el objetivo alfa. Emisiones de oxígeno, nitrógeno y carbonitrilo. Creo que le hemos dado, señor.

—Le hemos dado… —Mirsky se detuvo. Se volvió y dirigió la mirada hacia Rachel—. ¿Qué ha dicho? —exigió saber.

—¿Y si se trata de civiles? Solo tenemos la palabra de la Kamchatka de que están siendo atacados. No hay ninguna evidencia directa salvo las bombas… que podrían ser suyas.

—Es absurdo. —Mirsky soltó un bufido—. ¡Ninguna nave nuestra podría cometer semejante error!

—Nadie nos está atacando con misiles todavía. El informe pre-salto advertía a todos de que estuvieran alerta ante la presencia de lanzamisiles enemigos. ¿No podría ser que la Kamchatka haya topado con una nave minera civil por accidente y se haya puesto un poco nerviosa y que lo que está usted viendo como un ataque sea en realidad la escolta del crucero disparando en la oscuridad a todo lo que se mueve?

Un silencio total. Los hombres y los oficiales lanzaron miradas de desaprobación a Rachel: ¡Nadie le hablaba así al capitán! Entonces, desde detrás de ella:

—Deyecciones de fragmentación en el radar, señor. El objetivo está partiéndose. Eh… humildemente informando, capitán, recibimos señales de socorro. Son civiles…

La Lord Vanek marchaba demasiado deprisa para detenerse y, como nave almirante y elemento principal del escuadrón, su deber era no hacerlo. No obstante, informaron de lo ocurrido al escuadrón y, tras ella, uno de los viejos acorazados se separó de la columna para recoger a los posibles supervivientes del desastroso ataque.

La imagen de conjunto, cuando finalmente cristalizó unas ocho horas más tarde, era realmente desoladora. Los

«lanzamisiles» eran en realidad refinerías que operaban con las factorías robóticas migratorias que recorrían lentamente los cuerpos celestes del cinturón de Kuiper extrayendo Helio 3 de la nieve. Su repentino aumento de velocidad tenía una explicación muy sencilla: al ver aparecer naves alienígenas, les había entrado el pánico y habían soltado los contenedores de carga para poder abandonar el área a máxima aceleración. Una de las lejanas explosiones había sido causada por la Kamchatka, al lanzar una salva que había fallado por poco a uno de los «acorazados enemigos»: el crucero India. (El ataque había causado daños menores en el casco y habían tenido que evacuar un par de compartimientos. Por desgracia, el capellán del crucero se encontraba en aquel momento en uno de los compartimientos y había ido a reunirse con su hacedor).

—Le… les está bien empleado por estar en medio, maldita sea —dijo el almirante Kurtz con voz gangosa cuando el comodoro Bauer fue a llevarle la noticia en persona—. ¿Qu-qué se creen que es esto? —Hizo ademán de ponerse en pie, olvidadas momentáneamente sus piernas de cristal—. ¡Simple y llanamente, una asombrosa estupidez!

—Ah, creo que seguimos teniendo un problema —señaló Bauer mientras Robard trataba de conseguir que su señor volviera a sentarse—. Este sistema pertenece a Septagon y… ah… hemos recibido unas señales hace media hora que indican que tienen una nave de guerra en la zona y que se

dirige hacia nosotros siguiendo una trayectoria de intercepción.

El almirante soltó un bufido.

—¿Y qué va a ha-hacer una sola nave?

Rachel, que había conseguido que le permitieran estar presente en la reunión del estado mayor con la excusa de que, como observador neutral, era su deber actuar como intermediario en situaciones como aquella, asistió con morboso interés a los balbuceos de Bauer. ¿De verdad es tan necio?, se preguntó mientras observaba al almirante, encorvado en su silla como un loro calvo, y con los ojos resplandeciendo con una expresión de demencia.

—Señor, según nuestros más recientes informes, la nave que… ah… nos está haciendo señales es uno de sus portaaviones de ataque de clase Apolo. Según dice el radar, viene acompañado por señales adicionales que indican la presencia de un grupo de ataque completo. Los superamos en número, pero…

Rachel se aclaró la garganta.

—Se los van a comer para desayunar.

Bauer giró la cabeza hacia ella.

—¿Cómo dice?

La oficial dio unos golpecitos a su AP, que había dejado sobre la mesa.

—Las estimaciones de inteligencia de la ONU sugieren que la política de Septagon de construir portaviones en lugar de las plataformas de láseres y misiles utilizadas por su marina proporciona una considerable ventaja a su capacidad de cubrir sistemas estelares completos. Por expresarlo de forma sencilla, aunque adolecen de falta de potencia de fuego a corta distancia, pueden lanzar un enjambre de interceptores que los machacarán desde lejos mucho antes de que ustedes estén a distancia de tiro. Además, son aterradoramente buenos y a menos que esté muy equivocada, ese portaviones, por sí solo, es superior a su flota entera. No quiero que parezca que pienso que no tienen ninguna posibilidad pero si están pensando en luchar contra ellos, ¿les importaría decírmelo de antemano? Es que me gustaría poder coger una cápsula de supervivencia antes de que eso pase.

—Bueno, no podemos rebatir las estimaciones de defensa de la Tierra, ¿verdad, comandante? —Bauer hizo un significativo gesto de cabeza dirigido a su oficial ejecutivo.

—Ah, no señor. El coronel está en lo cierto. —El joven y un poco aturdido teniente evitó la mirada de Rachel. Fue un pequeño insulto que ella estaba empezando a acostumbrarse a ignorar.

—Malditas invenciones modernas —musitó Kurtz entre dientes—. Malditos poliaristados que no quieren que triunfemos… ¡Pérfidos tecnófilos! —Y en voz más alta—. ¡Debemos seguir adelante!

—Absolutamente de acuerdo. —El comodoro Bauer asintió con aire de sabiduría—. Si continuamos hacia el Punto Dos de nuestra ruta, dejando que se encargue la embajada de las menudencias diplomáticas… hablando de lo cual… Teniente Kossov. ¿Qué noticias hay de la baliza? ¿Qué sabemos de ese Festival, de su orden de batalla y sus motivaciones? ¿Qué hemos averiguado?

—Ah… —El teniente Kossov se quitó sus quevedos y les sacó brillo nerviosamente—. Bueno, hay un problema con eso. El envío del Almirantazgo no parece haber llegado. Se suponía que una baliza militar debía de estar esperándonos, pero a pesar de que hemos rastreado la órbita prevista, no hemos encontrado nada. O bien se retrasan… o nunca la colocaron.

—Esa baliza orbital… —Rachel se inclinó hacia delante—. Es una boya estándar, ¿no? Con una valija diplomática que contiene todo lo que los servicios de inteligencia de la República han aprendido en estos cinco años sobre el Festival.

Kossov lanzó una mirada cautelosa al comodoro, quien asintió.

—Sí, coronel. ¿Y qué?

—Bueno, si no está aquí, eso puede implicar tres cosas, ¿no? O bien estaba aquí pero alguien la ha robado o la ha inutilizado. O bien…

—¡Pérfidos septagones! —Robard se inclinó apresuradamente sobre su señor y a continuación levantó la mirada y se encogió de hombros en un gesto bastante elocuente.

—En efecto, Almirante. O bien, como estaba diciendo, la segunda alternativa es que no la han colocado todavía: un error de cálculo, o no han podido encontrar ninguna información de utilidad sobre el enemigo, o se han olvidado de nosotros, o algo por el estilo.

Los ronquidos de Kurtz interrumpieron su exposición. Todos los ojos se volvieron hacia el almirante. Robard enderezó la espalda.

—Me temo que las piernas del almirante han estado causándole muchos problemas últimamente y la medicación le ha provocado una merma a su lucidez. Puede que duerma varias horas.

—Bueno, en tal caso —Bauer pasó la mirada por toda la mesa de conferencias—. Creo que si es tan amable de llevar a Su Excelencia a su camarote, continuaré yo en su nombre y prepararé un informe minucioso de esta reunión para que

más tarde pueda revisarlo, cuando se encuentre mejor. A menos que alguien tenga algún comentario que requiera específicamente de su atención. —Nadie dijo nada—. Muy bien. Haremos un receso de cinco minutos.

Entre Robard y un marinero se llevaron con cuidado la silla de ruedas del almirante. Tras salir de la sala utilizando el ascensor, desaparecieron con él en dirección a sus aposentos. Todo el mundo se levantó y saludó mientras el anciano oficial, que seguía roncando, abandonaba la sala. Rachel se mantuvo impasible, tratando de disimular la repugnancia y lástima que le inspiraba la imagen. Es lo bastante joven para ser mi nieto. ¿Cómo pueden hacerse esto a sí mismos?

Pasados unos momentos, Bauer, tras asumir la posición del almirante a la cabecera de la mesa, dio unos golpecitos en la campanilla de bronce.

—La reunión se reanudará. El agregado militar de la Tierra tiene la palabra. ¿Qué estaba diciendo?

—La tercera posibilidad es que la Nueva República haya dejado de existir —dijo Rachel sin rodeos. Continuó, ignorando los jadeos de incredulidad que se levantaban por toda la mesa—. Se enfrentan ustedes a un enemigo de cuyas capacidades reales apenas saben nada. Me temo que tengo que decir que la ONU no sabe mucho más. Como ya he dicho, existen tres posibles razones que explicarían por qué la

Nueva República no se ha puesto todavía en contacto con ustedes y aunque su derrota total en la crisis actual es solo una de ellas, no sería sensato ignorarla. Ahora mismo nos encontramos en la extensión de un bucle temporal cerrado, que terminará por desaparecer de la línea de realidad de este universo si logran regresar a nuestro pasado relativo, que es el futuro inmediato absoluto para la Nueva República, y cogen a los intrusos por sorpresa. Esto tiene ciertas implicaciones extrañas. Por un lado, la historia que nos alcance mientras continuemos en este bucle podría no tener ninguna relación con el desenlace eventual que buscamos. Por otro… —Se encogió de hombros—. Si me hubieran consultado antes de esta expedición, habría recomendado encarecidamente que se cancelara. Aunque técnicamente no es una violación de la Cláusula Diecinueve, se acerca peligrosamente a la clase de actividad que en el pasado ha provocado la intervención del Escatón. Lo cierto es que al Escatón no le gusta nada el viaje en el tiempo, en ninguna de sus formas, presumiblemente porque si permitiera que las cosas llegaran demasiado lejos, alguien podría borrarlo de la existencia. Así que existe la posibilidad de que no se estén enfrentando ustedes contra el Festival, sino contra un poder superior.

—Gracias, coronel. —Bauer asintió diplomáticamente pero su rostro era una máscara de desaprobación—. Creo que, por el momento, será mejor descartar esa posibilidad. Si el Escatón decide implicarse, no hay nada que podamos hacer

para impedirlo, así que debemos proceder asumiendo que no lo hará. Y en ese caso, solo somos nosotros contra el Festival. Kossov. ¿Qué se sabía sobre él antes de partir?

—Ah… um… bien, es decir… —Kossov miró a su alrededor, hojeó los documentos que tenía en el registro y suspiró—. Ah, bien, sí. El Festival…

—Ya sé cómo se llama, teniente —dijo el comodoro con tono de reprobación—. ¿Qué es y qué quiere?

—Nadie lo sabe. —Kossov miraba al segundo de su comandante como un conejo paralizado por los faros cegadores de un tren expreso lanzado a toda velocidad hacia él.

—Vaya, oficial… —Bauer inclinó la cabeza a un lado y examinó a Rachel con la determinación analítica e imperiosa de un raptor—. ¿Y qué puede decirnos el estimado cuerpo de coordinación de los gobiernos de la Tierra sobre el Festival? —preguntó, con tono casi burlón.

—Eh… —Rachel sacudió la cabeza. Claro que el pobre muchacho había hecho todo lo que había podido. Nadie allí sabía gran cosa sobre el Festival. Ni siquiera ella. Era un enorme abismo negro.

—¿Y bien? —la desafió Bauer. Rachel suspiró.

—Esto es muy provisional. Nadie en la Tierra ha tenido contactos directos con la organización conocida como el Festival hasta ahora y nuestra información es, por consiguiente, indirecta e imposible de verificar. Y, para serles franca, increíble. Parece ser que el Festival no es un gobierno ni una organización, tal como nosotros entendemos estos términos. De hecho, puede que ni siquiera sea humano. Lo único que sabemos es que algo con ese nombre aparece en sistemas colonizados muy lejanos, nunca a menos de mil años luz hasta ahora, y… bueno el término que se utiliza una y otra vez para describir lo que ocurre a continuación es «Jubileo», si esto tiene algún sentido para ustedes. Todo… se detiene. Y el Festival se hace cargo de la gestión diaria del sistema mientras se encuentra allí. —Miró a Bauer—. ¿Es esto lo que quería saber?

Bauer sacudió la cabeza. Parecía decepcionado.

—No, no lo es —dijo—. Lo que me interesan es su poder.

Rachel se encogió de hombros.

—No lo sabemos —respondió sin rodeos—. Como ya les he dicho, nunca lo habíamos visto de cerca.

Bauer frunció el ceño.

—Entonces esta será la primera vez para usted, ¿no? Lo que nos lleva al siguiente asunto, los cambios para el plan de navegación Delta…

Pocas horas más tarde, Rachel estaba tumbada boca abajo en su camastro, tratando de sacar el mundo de su cabeza. No era fácil. Gran parte del mundo la había seguido a casa a lo largo de los años, gritando para captar su atención.

Seguía viva. Sabía, de alguna manera, que debía sentirse aliviada por ello pero lo que había visto en la sala de reuniones la había inquietado más de lo que se atrevía a admitir. El almirante era un senil vacío en el corazón de la empresa. Los miembros del equipo de inteligencia eran personas bienintencionadas pero completamente ignorantes: eran tan inflexibles que no podían hacer bien su trabajo. Había tratado de explicarles cómo funcionaban las civilizaciones avanzadas hasta desgañitarse y ellos habían seguido sin comprender. Habían asentido educadamente porque era una dama —aunque fuera un poco escandalosa, una dama embajadora— y de inmediato habían olvidado o ignorado sus consejos.

Uno no responde a un ataque de infoguerra con misiles y láseres, del mismo modo que no ataca la locomotora de un tren con lanzas y hachas de piedra. No se combate un replicador lanzando energía y materia contra unas máquinas que se limitarán a utilizarlas como combustible. Habían asentido con aire de aprobación y habían seguido contrastando las virtudes de las contramedidas activas frente a los sistemas sigilosos. Y seguían sin comprender. Era como si la mera idea de algo como el Festival, o incluso el Sistema Septagon, ocupara un punto ciego mental ubicuo en

su civilización. Podían aceptar a una mujer con pantalones, o hasta uniformada y con galones de coronel, más fácilmente que la idea de una singularidad tecnológica.

En la Tierra, años atrás, había asistido a un seminario. Había sido una reunión de expertos que se había prolongado una semana: ingenieros hermenéuticos que habían enloquecido tratando de estudiar los arcanos desechos de la Singularidad, demógrafos que seguían tratando de desentrañar la distribución de los mundos coloniales, un par de comandantes de mercenarios y consultores de inteligencia, de aspecto adusto y que estaban elaborando previsiones de futuro para un posible regreso del Escatón. Todos ellos habían sido reunidos y mezclados con un grupo de expertos de la oficina de Defensa y diplomáticos de la ONU. La anfitriona había sido la Organización de las Naciones Unidas que, como única isla de estabilidad en medio de un mar de políticas de bolsillo, era el único cuerpo capaz de organizar semejante acontecimiento.

Durante el seminario, había asistido a un cóctel celebrado en una balconada de hormigón blanco, emplazada en un saliente de un enorme hotel, en la ciudad de la ONU, Ginebra. Había acudido de uniforme, pues por entonces trabajaba como auditor para la comisión de desarme nuclear. Traje negro, guantes blancos, unas gafas de sol que enviaban las últimas noticias y lecturas de radiación a sus cansados y enrojecidos ojos. Bombardeada por un cóctel de inhibidores del alcohol, tomó una copa de una amarga (e

ineficaz) ginebra con un educado cosmólogo belga. La mutua incomprensión mezclada con la aprensión derivó en una conversación que fue una especie de incómodo partido de pingpong.

—Hay tantas cosas que ignoramos sobre el Escatón —había insistido el cosmólogo—. En especial su relación con el nacimiento del universo. El big bang. —Levantó las cejas en un gesto sugestivo.

—El big bang. ¿Por casualidad no será una excursión con una fisión crítica no programada al final? —Lo dijo sin expresión alguna, tratando de responder con sentido del humor.

—Imposible. No había cuerpos diferenciados en aquellos tiempos, al comienzo del espacio-tiempo, antes de la era de la expansión y la primera aparición de la masa y la energía, una billonésima de billonésima de millonésima de segundo después del nacimiento del universo.

—Pero el Escatón no puede ser responsable de eso. Es un fenómeno moderno, ¿no?

—Puede que responsable no —dijo él, escogiendo las palabras con mucho cuidado—. Pero puede que de las circunstancias que se dieron entonces derivaran los necesarios requisitos para la existencia del Escatón, o la existencia de algo relacionado con el Escatón pero situado

más allá de este. Existe toda una escuela de cosmología constituida alrededor del principio antrópico débil, según el cual, el universo es como es porque, si fuera de otro modo, no existiríamos para observarlo. Hay un campo… menos popular, basado en el principio antrópico fuerte, según el cual el universo existe para dar vida a determinados tipos de entidades. No creo que lleguemos nunca a comprender al Escatón hasta que comprendamos por qué existe el universo.

Ella esbozó una sonrisa con toda la dentadura y se dejó rescatar por un diplomático prusiano, que acudió en su ayuda con una educada reverencia y la oferta de explicarle la caída de Varsovia en el transcurso de las últimas crisis bálticas. Más o menos un año después, el educado cosmólogo había sido asesinado por unos fundamentalistas religiosos argelinos que consideraban que su visión del universo era una blasfemia contra las palabras del profeta Yusuf Smith tal como estaban inscritas en sus dos tablas de oro. Pero eso era típico de Europa, medio vacía y pasto para aquello en lo que el mundo islámico se había convertido.

En algún momento, también ella había cambiado. Había pasado varias décadas —la mayor parte de los principios del siglo XXII— luchando contra el peligro de la proliferación nuclear. Había empezado como una activista defensora de la acción directa, una de esas que se encadenaban a las vallas, cómoda en esa creencia propia de la ingenua juventud de que nada malo podía pasarle. Más tarde, había llegado a la

conclusión de que el mejor modo de salirse con la suya era ponerse un traje caro y contar con el respaldo de soldados mercenarios y la amenaza de una cancelación de los seguros. Todavía quisquillosa y directa, pero ya no tanto una de esas inconformistas estiradas, había aprendido a trabajar dentro del sistema para obtener el máximo efecto. La hidra parecía casi medio controlada y la frecuencia de las detonaciones se había reducido a una cada dos años cuando Bertil la había llamado a Ginebra y le había ofrecido un nuevo trabajo. Entonces pensó que ojalá le hubiera prestado más atención a aquel cosmólogo, porque los Santos Argelinos del Último Día se habían vuelto muy exhaustivos en su supresión de la herejía Tiplerista, pero para entonces ya era demasiado tarde y en cualquier caso, los detalles de las investigaciones del Comité Permanente sobre guerra cronológica y probabilística ocupaban toda su atención.

En algún momento de este proceso, la idealista se había dado de cabezazos con la pragmática y la pragmática había salido ganando. Puede que la semilla se hubiera plantado durante su primer matrimonio. Puede que llegara más tarde. Recibir un tiro en la espalda y pasar los siguientes seis meses recuperándose en un hospital de Calcuta la había cambiado. También ella había participado en el intercambio de disparos, o al menos había dirigido la maquinaria de venganza preventiva, acabando con más de una célula de fanáticos armados con bombas atómicas: luchadores por la libertad del Asia central, mercenarios con demasiadas

bombas en el sótano o, en una notable ocasión, radicales antiabortistas capaces de llegar hasta donde hiciera falta para defender los derechos de los recién nacidos. El idealismo no podía coexistir con los diferentes ideales de otros, tantos otros, y era traicionado en su ejecución por las herramientas que éstos habían elegido. Había recorrido Manchester tres días después del último acto de la Plataforma Inter-Ciudad, antes de que la lluvia se hubiera llevado las tristes montañas de cenizas y huesos de las calles arrasadas. Se había vuelto tan cínica que solo un completo cambio de planes y objetivos, una visión amplia de las perspectivas de la humanidad podía conseguir que conservara el respeto por sí misma.

Y así había sido enviada a la Nueva República. Una fosa séptica de atraso, en su opinión. Necesitada de una remodelación a cualquier precio, no fuera a contaminar a los más avanzados principados vecinos, como Malacia o Turku. Pero los nativos seguían siendo personas y por mucho que jugaran con armas de destrucción masiva, ignorando aparentemente su poder, se merecían algo mejor de lo que recibirían de un Escatón despertado y enfurecido. Se merecían algo mejor que ser abandonados a su suerte con algo que no comprendían, como el Festival, fuera lo que fuese. Si no podían comprenderlo, puede que tuviera que pensar lo impensable por ellos, ayudarlos a alcanzar alguna especie de acuerdo con él… si era posible. El aspecto más alarmante de lo que la ONU sabía sobre el Festival —lo único

que no le había revelado a Bauer— era que las colonias tecnófobas con las que entraba en contacto desaparecían, y solo quedaban ruinas cuando el Festival seguía su camino. Las razones de este hecho las ignoraba, pero no auguraban nada bueno para el futuro.

Nada concentra tanto la mente de un hombre como la certeza de que van a colgarlo dentro de cuatro semanas. Salvo quizá el conocimiento de que ha saboteado la misma nave en la que viaja y —junto con todos los demás que viajan en ella— lo colgarán dentro de tres meses. Pues aunque puede que la ejecución esté más lejos en el tiempo, las esperanzas de escape son infinitamente más bajas.

Martin Springfield estaba sentado en una sala de oficiales casi desierta, con un vaso de té en la mano, observando con mirada ausente las vigas del techo. La habitación estaba decorada con motivos náuticos. Viejos paneles de madera de roble cubrían las paredes y habían frotado las planchas de madera del suelo con arena blanca para sacarles brillo. Había un samovar de plata que despedía un poco de vapor sobre un viejo cofre ennegrecido por la edad debajo de un retrato al óleo del caballero al que debía la nave su nombre, colgado de una pared. Lord Vanek dirigiendo la carga de caballería en la supresión de la Rebelión de los Robots, 160 años antes, destruyendo las aspiraciones de aquellos ciudadanos que habían soñado con una vida que no estuviera consagrada a trabajar al servicio de los aristócratas. Martin se estremeció

ligeramente, mientras trataba de lidiar con sus demonios personales.

Es culpa mía, pensó. Y no tengo a nadie a quien contárselo.

Destino sin consuelo. Tomó un sorbito y paladeó el acre y dulce mordisco del ron por debajo del amargor del té. Era demasiado tarde para cambiar las cosas. Demasiado tarde para confesar, incluso a Rachel, para tratar de sacarla de aquella trampa. Debería habérselo contado justo al principio, antes de que subiera a bordo. Apartarla del camino de la venganza del Escatón. Ahora, aun en el caso de que lo confesara todo, o de que lo hubiera hecho antes de trucar el parche que había introducido en los controladores del núcleo del motor, solo conseguiría un billete de ida a la silla eléctrica. Y aunque el sabotaje era esencial, y aunque no mataría a nadie directamente…

Martin se estremeció, apuró el vaso y lo dejó junto a su silla. Inconscientemente, se encorvó hacia delante, inclinó el cuello bajo el peso de una conciencia culpable. Al menos he hecho lo que debía, trató de decirse. Ninguno de nosotros va a regresar a casa, pero al menos las casas que teníamos seguirán allí cuando nos hayamos ido. Incluido el apartamento en el que Rachel no vivía. Se encogió. Era casi imposible sentirse culpable por una flota, pero saber que ella estaba a bordo de la nave lo había mantenido despierto toda la noche.

Las quejumbrosas gaitas habían puesto a todo el mundo en estado de alarma hacía casi una hora. Algo relacionado con el contingente del portaviones septagón que se acercaba en formación cerrada, como un enjambre de abejorros enfurecidos, en respuesta al fiasco de las naves mineras. A Martin le daba igual. En alguna parte de la red de control del motor, un reloj atómico estaba corriendo lentamente, impulsado por un pliegue de espacio-tiempo del núcleo del motor. Era solo un pequeño error, por supuesto, pero la violación de la causalidad amplificaría sus proporciones cuando la nave empezara su viaje de regreso por el espacio-tiempo. Lo había hecho deliberadamente, para prevenir un desastre catastrófico e irrevocable. Puede que la Marina de la Nueva República pensara que un pequeño bucle temporal cerrado fuera solo una insignificante maniobra táctica, pero en realidad se trataba de la punta del iceberg. Un iceberg que, según había dicho Herman, había que mantener a raya. Había hecho un pacto con una agencia más siniestra y desconocida que la de Rachel. Desde su punto de vista, los hombres de la Agencia de Inteligencia Diplomática de la ONU no hacían más que imitar las acciones de su jefe a pequeña escala, con la esperanza de prevenirlas.

Adiós, Belinda, pensó, mientras en su mente relegaba a su hermana al olvido. Adiós, Londres. El polvo del tiempo devoró la metrópolis, redujo sus torres a polvo. Hola, Herman, dijo al constante tic-tac del reloj de péndulo de la pared. Como nave almiranta, la Lord Vanek proporcionaba el

tiempo de referencia a las demás naves de la flota. No solo eso: les proporcionaba también un marco de referencia inercial ajustado a las coordenadas de espacio-tiempo de su primer salto. Al introducir una demora muy leve en el reloj, Martin se había asegurado de que su maniobra de regreso en el tiempo se frustrara muy levemente.

La flota avanzaría en el cono de luz, cuatro mil años como máximo. Luego rebobinaría, casi la misma distancia, pero no hasta el mismo momento del que había salido. Su llegada al Planeta de Rochard se demoraría casi dos semanas y sería casi como si el Almirantazgo no hubiera ideado nunca aquella chapuza. Y el Festival… bueno, lo que el Festival le hiciera a la flota era cosa del Festival. Lo único que Martin sabía era que él mismo y todos los demás pagarían el precio.

Y además, ¿a quién se creían que estaban engañando? ¡Decir nada menos que iban a usar la maniobra solo para reducir la duración del viaje! Hasta un imbécil vería que detrás de un subterfugio tan obvio se encontraban las órdenes de verdad, que esperaban en la caja fuerte del almirante. No puedes engañar al Escatón engañándote a ti mismo. Puede que Herman, o más bien el ser que se escondía detrás de ese nombre, estuviera esperando. Puede que Martin fuera capaz de escapar de aquella nave condenada, o puede que Rachel, o puede que gracias a un giro del destino, la Armada de la Nueva República fuera capaz de derrotar al Festival en una lucha frente a frente. Y

también puede que él fuera capaz de enseñar a cantar a un caballo…

Al ponerse en pie sintió un poco de vértigo y llevó su vaso hasta el samovar. Lo llenó hasta la mitad y a continuación terminó de llenarlo con la jarra de cristal hasta que el llamativo olor dulzón empezó a flotar sobre el vapor. Se sentó en su silla sin demasiada delicadeza. Las yemas de los dedos y los labios, insensibilizados, amenazaban con traicionarlo. Sin otra cosa que hacer que evitar el sentimiento de culpa bebiendo hasta sumirse en un estupor paralítico, Martin estaba tomando el camino más fácil.

Al cabo de un rato, sus pensamientos volvieron flotando a recuerdos más tolerables. Dieciocho años antes, cuando estaba recién casado y trabajaba como ingeniero de campos, un hombre tan gris que parecía una cifra lo había abordado en un bar situado en la órbita del Mundo de Wollstonecroft.

—¿Puedo invitarlo a un trago? —le preguntó el hombre, que por su atuendo parecía un híbrido entre un abogado y un contable. Martin había asentido—. Es usted Martin Springfield —había dicho el hombre—. En la actualidad trabaja para Nucleares Nakamichi, donde está ganando relativamente poco dinero y trabaja en exceso. Mis patrocinadores me han pedido que le haga una oferta de trabajo.

—La respuesta es no —había dicho Martin automáticamente. Algún tiempo atrás había decidido que la experiencia que estaba obteniendo en NN era más útil que unos cuantos miles de euros más al año. Y además, la compañía para la que trabajaba era lo bastante paranoica con respecto a algunos de sus empleados como para sondearlos con ofertas falsas.

—No hay conflicto de intereses con sus actuales jefes, señor Springfield. El trabajo que le ofrecemos no exige dedicación exclusiva y no se hará efectivo hasta que se haga usted autónomo o entre en otro kombinat.

—¿Qué clase de trabajo es? —Martin enarcó una ceja.

—¿Alguna vez se ha preguntado por qué existe?

—No sea… —Martin se había detenido a mitad de frase—. ¿Es esto alguna tontería religiosa? —preguntó.

—No. —El hombre de gris lo había mirado fijamente—. Es exactamente lo contrario. En este universo no existe todavía ningún dios. Sin embargo, mis patronos quieren salvaguardar los requisitos necesarios para la aparición de Dios. Y para ello, necesitan brazos y piernas humanos. No están equipados con ellos, por decirlo así.

El estallido de su vaso al chocar contra el suelo había devuelto la lucidez a Martin.

—Su patrón…

—Cree que usted puede tener un papel que desempeñar en la defensa de la seguridad del cosmos, Martin. Nada de nombres. —El hombre de gris se inclinó hacia él—. Es una larga historia. ¿Le gustaría escucharla?

Martin había asentido porque eso parecía la única cosa razonable que hacer en una situación completamente irracional, y de hecho casi surrealista. Y al hacerlo había dado el primer paso que lo había llevado hasta allí, dieciocho años más tarde, hasta una borrachera solitaria en el sala de oficiales de una astronave condenada, a la que solo le quedaban semanas de vida al servicio de la Armada de la Nueva República. O minutos, en el peor de los casos.

Cuando ocurriera, informarían de que había desaparecido junto con toda la tripulación de la Lord Vanek. La noticia se notificaría a sus parientes, quienes derramarían lágrimas frente al telón de fondo de una guerra trágica e innecesaria. Pero eso no sería de su incumbencia. Porque —tan pronto como se terminara aquella copa— iba a ponerse en pie y dirigirse como pudiera a su camarote, donde se echaría a dormir. Y luego esperaría a lo que quiera que hubiera de suceder durante los tres meses siguientes, hasta que las fauces de la trampa se cerraran sobre él.

La habitación de Rachel estaba mal ventilada y en ella hacía calor, a pesar del zumbido constante del sistema de

ventilación y el ocasional goteo del desagüe que había tras el panel, junto a su cabeza. Dormir no era una opción, así como tampoco la relajación. Se encontró deseando tener alguien con quien hablar, alguien que estuviera al tanto de lo que estaba sucediendo. Rodó sobre su espalda.

—AP —dijo, sucumbiendo a un deseo que llevaba algún tiempo conteniendo—. ¿Dónde está Martin Springfield?

—Localización. Sala de oficiales de la nave, cubierta D.

—¿Hay alguien con él?

—Negativo. Se incorporó. La tripulación estaba en sus puestos. ¿Qué demonios estaba haciendo Martin allí solo?

—Voy a ir allí. Cláusula de puerta trasera: por lo que a la nave se refiere, sigo en mi camarote. Confirmación de capacidad.

—Afirmativo. Sobrecarga del sistema maestro de seguimiento confirmada. —Puede que hubieran reconstruido los sistemas de control de tiro y de propulsión de la nave, pero habían dejado intacta la vieja red de seguimiento del personal por placas e insignias, en desuso probablemente porque reducía la utilidad de los tiránicos suboficiales. Rachel se calzó las botas y a continuación se levantó y recogió la chaqueta de la litera superior. Tardaría un minuto en ponerse presentable y luego iría a ver a Martin. Era una irresponsable por abandonar su camarote estanco

cuando la nave estaba en alerta de combate, pero lo mismo podía decirle de él. ¿En qué estaría pensando?

Se dirigió a buen paso a la sala de oficiales. En las zonas de acceso de la nave reinaba un silencio espeluznante ahora que la tripulación estaba toda encerrada en compartimientos estancos y estaciones de control de daños. Solo el zumbido de los sistemas de ventilación interrumpía el silencio. Eso, y el tic-tac del reloj de la sala de oficiales cuando abrió la puerta.

El único ocupante de la sala era Martin y tenía un aspecto horrible, sentado en un sillón como una muñeca de trapo que hubiera perdido el relleno. Un vaso de té con soporte de plata descansaba sobre la mesa que tenía delante, medio lleno de un líquido de color pardo que, si Rachel tenía algún criterio, no era té. Cuando ella entró en el cuarto abrió los ojos para observarla, pero no dijo una palabra.

—Deberías estar en tu camarote —señaló Rachel—. Las salas de oficiales no son seguras en caso de descompresión, ya lo sabes.

—¿Qué más da? —Hizo un movimiento brusco con un hombro, como si un encogimiento completo fuera un esfuerzo excesivo para él—. La verdad es que no le veo el sentido.

—Yo sí. —Se le acercó y se detuvo delante de él—. Puedes ir a tu camarote o venir al mío, pero dentro de cinco minutos vas a estar en un camarote.

—No recuerdo haber firmado un contrato… contigo —musitó.

—No, no lo has hecho —dijo ella con voz animosa—. Pero no hago esto en calidad de jefa, lo hago en calidad de gobernante.

—Uoa… —Rachel tiró de él para levantarlo—. Pero si yo no tengo gobierno… —A trancas y barrancas y con una expresión dolorida en el rostro, Martin se puso en pie.

—La Nueva República parece creer que sí y yo soy lo mejor que vas a encontrar por aquí. A menos que prefieras la otra alternativa…

Martin hizo una mueca.

—Para nada. —Se tambaleó—. Creo que me queda un poco de 4-3-1 en el bolsillo izquierdo. Me parece que lo necesito. —Volvió a tambalearse mientras tanteaba el bolsillo en busca del pequeño paquete de ampollas de inhibidores del alcohol—. No hace falta ponerse borde.

—No me estaba poniendo borde. Solo te estaba proporcionando un marco inercial de referencia, por tu propio bien. Y no estaría haciendo mi trabajo si no te sacara

de aquí y te llevara a un camarote antes de que alguien se dé cuenta. La embriaguez es un delito castigado con latigazos, ¿lo sabías? —Rachel lo asió por un codo y empezó a llevarlo con delicadeza hacia la puerta. Las piernas de Martin estaban ya lo bastante temblorosas como para hacer de ello una experiencia interesante. Era una mujer alta y contaba para casos así con potenciadores en los músculos esqueléticos, pero él contaba con la triple ventaja de la masa, el momento y un centro de gravedad bajo. Entre los dos, describieron un corto y sinuoso paseo antes de que Martin lograra ponerse el parche con los fármacos en la palma de una mano y Rachel lograra sacarlo al corredor.

Cuando por fin regresaron al camarote de Rachel, él tenía la respiración entrecortada y estaba muy pálido.

—Entra —le ordenó.

—Me siento como una mierda —murmuró Martin—. ¿Tienes agua potable?

—Sí. —Cerró la escotilla tras ellos y la selló con la manivela—. La pila está aquí. Estoy segura de que ya has visto alguna.

—Gracias, creo. —Abrió los grifos, se echó agua en la cara y a continuación utilizó una taza de porcelana para beber a grandes tragos—. Maldita deshidratación por alcohol. —

Enderezó la espalda—. ¿Piensas que debería ser más sensato y no hacer cosas así?

—La idea se me ha pasado por la mente —respondió ella con vozseca. Cruzó los brazos y lo miró. Él se sacudió como una rata de agua miserable y se dejó caer pesadamente sobre el pulcro camastro de Rachel.

—Necesitaba desesperadamente olvidar algunas cosas —dijo con voz apesadumbrada—. Puede que demasiado desesperadamente. No me pasa muy a menudo pero, vaya, verse encerrado sin otra compañía que mi propia cabeza es algo que no me gusta demasiado. Lo único que veo estos días son cables y diagramas de cambios, además de algunos jóvenes e ingenuos marineros a la hora del almuerzo. Ese jovenzuelo de la Oficina del Conservador está todo el rato merodeando a mi alrededor, vigilándome y escuchando todo lo que digo. Es como estar en una puta prisión.

Rachel sacó la silla plegable y se sentó en ella.

—O sea, que nunca has estado en prisión. Puedes considerarte afortunado.

Martin arrugó los labios.

—¿Y tú sí? ¿La servidora pública?

—Sí. Pasé ocho meses encerrada, una vez, condenada por espionaje industrial contra un cártel agrícola. Amnistía

Multinacional me declaró prisionera comercial e inició un embargo: así consiguieron que me sacaran muy deprisa.

Se encogió al volver a ver los recuerdos, sombras grises de la violenta furia de sus carceleros que el tiempo había difuminado. No era el período más largo que había pasado en la cárcel, pero todavía no tenía la intención de contárselo.

Él sacudió la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—Lo que pasa es que la Nueva República es como una prisión para todos, ¿no?

—Hmmm. —Su mirada pasó sobre él y se clavó en la pared que había a su espalda—. Ahora que lo dices, creo que estás llevando las cosas un poco lejos.

—Bueno, al menos coincidirás conmigo en que son prisioneros de su ideología, ¿no? Doscientos años de represión violenta no les han dejado demasiada libertad para distanciarse de su cultura y mirar a su alrededor. De ahí este embrollo. —Se reclinó y apoyó la cabeza en la pared—. Perdóname; estoy cansado. He pasado dos turnos trabajando sin descanso en la calibración del motor y luego cuatro horas más en el Glorioso, reparando su sistema lógico de cambio de oxidantes RCS.

—Estás perdonado. —Rachel se desabrochó la chaqueta y a continuación se inclinó y se quitó las botas—. Au.

—¿Pies irritados?

—Jodida Armada, siempre a pie a todos sitios. Pero da mala imagen estar parado.

Martin bostezó.

—Cambiando de tema, ¿tú qué crees que van a hacer las fuerzas de Septagon?

Rachel se encogió de hombros.

—Lo más probable es que nos sigan para echarnos de aquí a punta de pistola mientras presionan a la Nueva República para conseguir una compensación. Son un pueblo pragmático, ajeno a todas esas tonterías sobre el honor nacional, las virtudes del coraje y la masculinidad y demás.

Martin se incorporó.

—Ya que vas a quitarte las botas, si no te importa…

Ella lo invitó con un ademán.

—Por favor, eres mi invitado.

—Pensaba que se suponía que era tu súbdito leal.

Esto hizo que se riera entre dientes.

—¡No te excedas en tu condición! En serio, malditos monárquicos… Comprendo la idea en sentido abstracto pero ¿cómo lo soportan? Yo me volvería loca, te lo juro. En menos de una década.

—Hmm. —Se inclinó hacia delante y empezó a quitarse los zapatos—. Míralo de otro modo. En casa la mayoría de la gente pasa el tiempo con la familia y los amigos y lleva una vida tranquila, dedicándose a dos o tres cosas al mismo tiempo: jardinería, diseño de escarabajos comerciales, pintura paisajística, criar niños y cosas por el estilo. Los entomólogos recogen pequeñas criaturas vivas para ver qué mecanismos motores impulsan sus patas. ¿Por qué demonios no estamos nosotros haciendo esas cosas?

—Yo antes sí las hacía. —Al oírlo levantó la mirada hacia ella, lleno de curiosidad, pero ahora estaba en otra parte, recordando—. Pasé treinta años como ama de casa, ¿puedes creerlo? Comportándome como una buena persona temerosa de Dios. Mi maridito ganaba el pan de la familia, tenía dos hijas maravillosas a las que cuidar y proporcionar una dote y un jardín en los suburbios. Iba a la iglesia los domingos y no permitía que nada, nada, entorpeciera aquella existencia de conformidad.

—Ah, ya supuse que eras mayor de lo que aparentas. ¿La crisis de los sesenta?

—¿Qué sesenta? —Sacudió la cabeza antes de responder a su propia pregunta retórica—. Doscientos sesenta. Nací en el cuarenta y cinco. Me crié en una familia baptista, en un pueblo baptista. Es una religión apacible… se hundió sobre sí misma después del Escatón. Supongo que todos estábamos desesperadamente asustados. Fue hace mucho tiempo: me cuesta recordarlo. Un día yo tenía cuarenta y ocho años y los niños estaban en el colegio y de pronto me di cuenta de que no creía una sola palabra de todo aquello. Para entonces los tratamientos de extensión eran una realidad y el pastor había dejado de decir que eran obra del demonio y contrarios a la voluntad de Dios. Fue después de que su propio abuelo le ganara en un partido de squash. De repente me di cuenta de que había pasado un día vacío y de que tal vez me esperara un millón de días como aquel y de que había muchísimas cosas que no había hecho ni podría hacer nunca si me quedaba así. Y lo cierto es que ni siquiera creía: la religión era cosa de mi marido, yo me limitaba a seguirlo. Así que me marché. Me sometí al tratamiento, perdí veinte años en seis meses. Sufrí la típica regresión de Sterling, me cambié de nombre, me cambié de vida, lo cambié todo lo que se refería a mí. Me uní a una comuna anarquista, aprendí a hacer juegos malabares, empecé a militar en el activismo radical antiviolencia. Harry… no, Harold, no pudo soportarlo.

—Segunda infancia. Como una especie de edad del pavo del siglo XX.

—Sí, exactamente… —Lo miró fijamente—. ¿Y qué hay de ti?

Martin se encogió de hombros.

—Soy más joven que tú. Pero más viejo que casi todos los participantes en esta estúpida cruzada de los niños. Salvo puede que el almirante. —Durante un instante, solo un instante, pareció atormentado—. No deberías estar aquí. Yo no debería estar aquí.

Se lo quedó mirando.

—Sí que te lo has tomado mal…

—Estamos… —Se contuvo, le dirigió una mirada extrañamente cautelosa y a continuación volvió a empezar—. Este viaje está condenado. Supongo que ya lo sabes.

—Sí. —Bajó la vista hacia el suelo—. Lo sé —dijo con calma—. Si no consigo organizar una especie de alto el fuego o los persuado para que no utilicen sus armas causales, el Escatón intervendrá. Lo más probable es que les arroje un cometa de antimateria o algo por el estilo. —Lo miró—. ¿Tú qué crees?

—Creo… —Volvió a callarse y apartó la mirada, con un cierto aire evasivo—. Si el Escatón interviene, estaremos en el lugar equivocado.

—Aja. Qué alegría saberlo. —Se obligó a sonreír—. ¿Y de dónde vienes? Vamos, yo te he contado mi vida…

Martin estiró los brazos y se reclinó.

—Crecí en una aldea agrícola de las colinas de Yorkshire, con cabras y gorros de lana y siniestras fábricas satánicas llenas de Dios-sabe-qué. Oh, sí, y la obligatoria ceremonia del hurón en las piernas, llevada a cabo todos los martes por la noche en el pub para los turistas con dinero.

—¿El hurón en las piernas? —Rachel le lanzó una mirada incrédula.

—Sí. Como probablemente sabes, jamás verás el cadáver de un hombre de Yorkshire llevando nada por debajo de la falda. Bueno, pues te atas el kilt alrededor de las rodillas con cinta aislante y coges a un hurón por el pelaje del cuello. Un hurón es como… ah… un poco como un visón. Solo que menos amistoso. Es un rito de iniciación para los jóvenes. Te metes el hurón allí donde no llega el sol y empiezas a bailar al son de una balalaica. El último hombre que aguanta en pie y todo eso. Es como la antigua competición de besos aardvark entre los Boers. —Martin se estremeció con aire dramático—. Odio a los hurones. Las malditas criaturas muerden con la fuerza de un whisky de malta de veinte años, solo que sin los agradables efectos secundarios.

—Así que eso es lo que hacéis los martes —dijo Rachel mientras una sonrisa se dibujaba lentamente en sus labios—. Cuéntame más cosas. ¿Qué hacéis los miércoles?

—Oh, los miércoles nos quedamos en casa y vemos reposiciones de Coronation Road. Vuelven a mezclar las antiguas cintas de vídeo para darles una resolución casi realista y las subtitulan, claro, para que podamos comprender lo que están diciendo. Luego todos levantamos una pinta de té de Tetley y brindamos a la salud de la caída de la Casa de Lancaster. En Yorkshire somos gente muy tradicional. Recuerdo el milésimo aniversario de las celebraciones de la victoria… Pero ya basta de hablar de mí. ¿Qué hacías tú los miércoles?

Rachel pestañeó.

—Nada en particular. Desactivar bombas atómicas terroristas, recibir algún disparo de los separatistas mormones argelinos. Uh… eso fue después de que me sometiera al tratamiento la primera vez. Antes de eso, creo que solía llevar los niños al fútbol, aunque no recuerdo qué día. —Se volvió un momento y registró el baúl que había debajo de su cama—. Ah, aquí está. —Sacó una cajita estrecha y la abrió—. ¿Sabes una cosa? Quizá no deberías haber utilizado ese parche contra la embriaguez. La botella brillaba como el oro bajo las luces antisépticas del camarote.

—Habría sido una pésima compañía. Me estaba emborrachando y deprimiendo solo y tú tenías que interrumpirme y sacarme de allí.

—Bueno, a lo mejor lo que tendrías que haber hecho era buscar a alguien para emborracharte en lugar de hacerlo solo. —Aparecieron dos vasitos. Se le acercó—. ¿Lo quieres con agua?

Martin examinó la botella con ojo crítico. Speyside de malta de cincuenta años, réplica de un producto madurado en barrica y embotellado. De no haber sido una nanoimitación del original, habría valido su peso en platino.

—Lo tomaré solo y mañana iré a la enfermería a pedir una nueva garganta. —Martin emitió un silbido apreciativo mientras ella servía una generosa cantidad—. ¿Cómo lo sabías?

—¿Qué te gusta? —Se encogió de hombros—. No lo sabía. Lo que pasa es que me crié con licor de maíz. No probé lo bueno de verdad hasta que hice un trabajo en Syrtis… —Su rostro se ensombreció—. Larga vida y felicidad.

—Beberé por eso —asintió él al cabo de un momento. Permanecieron sentados en silencio durante un minuto, paladeando el regusto del whisky—. Sin embargo, ahora mismo sería más feliz si supiera lo que está pasando.

—Yo no me preocuparía demasiado. O bien no es nada o bien estaremos muertos antes de darnos cuenta. Lo más probable es que el portaviones de Septagon se limite a hacer una pasada rápida para asegurarse de que no pensamos seguir sembrando el caos y luego nos escoltará hasta el siguiente punto de salto mientras los diplomáticos discuten sobre quién paga la cuenta. Ahora mismo, tengo a la gente de comunicaciones tomando mi nombre en vano, por si sirve de algo. Con suerte, bastará para convencerlos de que no nos ataquen sin hacer algunas preguntas primero.

—Me sentiría mejor si supiera que hay algún modo de escapar de la nave.

—Relájate. Bébete el whisky. —Sacudió la cabeza—. No lo hay. De modo que deja de preocuparte por eso. Y además, si nos atacan, ¿prefieres morir felizmente saboreando un buen whisky de malta sin hielo o chillando de terror?

—¿Alguna vez te han dicho que eres una mujer de sangre fría? No, lo retiro. ¿Alguna vez te han dicho que tienes una piel como la de un tanque?

—A menudo. —Sumergió la mirada en el vaso con aire meditabundo—. Es algo que tengo asumido. Reza para no tener que averiguarlo por ti mismo.

—¿Quieres decir que tuviste que hacerlo?

—Sí. Era indispensable para mi trabajo. El último, quiero decir.

—¿De qué se trataba? —le preguntó con voz suave.

—No estaba hablando en broma cuando he dicho lo de terroristas con bombas atómicas. De hecho, las bombas eran la parte fácil. Lo complicado fue encontrar a los capullos que las habían puesto. Encuentras al capullo, encuentras la bomba, desactivas la bomba, terminas con el vertedero del que sacaron el plutonio. Normalmente por ese orden, salvo que tengas la mala suerte de tener que lidiar con una crisis imprevista sin que alguien te haya enviado primero una advertencia. Luego, si encuentras al capullo, lo más complicado es impedir que la turba lo linche antes de haber descubierto de dónde han sacado el material explosivo.

—¿Alguna vez perdiste? —preguntó él, en voz más baja.

—¿Quieres decir si alguna vez la fastidié y maté a varios miles de personas? —preguntó—. Sí…

—No, no me refería a eso. —Alargó la mano y cogió delicadamente la de ella—. Yo sé lo que has pasado. Los trabajos que hago… si no salen bien, alguien lo paga. Posiblemente cientos o miles. Ese es el precio de la buena ingeniería: cuando haces bien tu trabajo, nadie se entera.

—Pero nadie trata de impedir que lo hagas —lo desafió ella.

—Oh, te sorprenderías…

La tensión en los hombros de Rachel menguó.

—Estoy segura de que también tienes una buena historia que contar sobre eso. ¿Sabes?, para ser alguien a quien no se le da bien tratar con la gente, no eres malo como paño de lágrimas.

Él respondió con un bufido.

—Y para alguien que es un fracaso en su trabajo, te estás comportado sorprendentemente bien hasta la fecha. —Le soltó la mano y le frotó la nuca—. Pero creo que no te vendría mal un masaje. Estás muy tensa. ¿Tienes jaqueca?

—No —respondió ella, ligeramente reacia. Luego tomó otro sorbo de whisky. El vaso estaba ya casi vacío—. Pero estoy abierta a la persuasión.

—Conozco tres maneras de morir feliz. Por desgracia, nunca las he probado. ¿Quieres acompañarme?

—¿Dónde te han hablado sobre ellas?

—En una sesión de espiritismo. Fue una buena sesión de espiritismo. En serio. El doctor Springfield prescribe otra dosis de agua de vida y luego tumbarse y un buen masaje en el cuello. Así, aunque los poliaristados decidan venir a disparar, la mitad de nosotros morirá feliz. ¿Qué tal te suena?

—Muy bien. —Esbozó una sonrisa fatigada y alargó la mano hacia la botella, preparada para llenarse el vaso—. Pero ¿sabes una cosa? Tenías razón sobre lo de no saber. Te puedes acostumbrar a ello, pero eso no lo hace más fácil. Ojalá supiera lo que están pensando…

Sonaron campanas de bronce en el puente del portaviones de ataque Loto de Neón. El incienso humeaba en los pebeteros dispuestos sobre las entradas de los conductos de aire. Más allá de los vistosos pilares recubiertos de oro que marcaban los límites de la sala, las brillantes joyas que eran los glifos de seguimiento pasaron como rayos delante de un fondo consistente en una oscuridad infinita. La Coordinadora de Instalaciones de a Bordo, Ariadne Eldrich, se reclinó en su asiento y contempló la negrura del espacio. Observó cuidadosamente el racimo de glifos que intersecaban su vector cerca del centro de la pared.

—Necios incultos. ¿Pero qué pensaban que estaban haciendo?

—No creo que pensar tenga mucho que ver con lo que ha pasado —señaló con voz seca el Director de Interdicción Marcus Bismarck—. Nuestros vecinos republicanos parecen creer que eso pudre el cerebro.

Eldrich bufó.

—Qué razón tiene. —Una nube aún más pequeña de diademas estaba trazando una trayectoria convergente en el vacío tras el escuadrón de batalla de la Nueva República: un ala de interceptores con motores de antimateria, situados a seis horas del portaviones y acelerando sobre un resplandor de radiación gamma a casi mil g. Sus tripulaciones, cuerpos vitrificados, mentes cargadas en las matrices de sus ordenadores, observaban a los intrusos, fríamente alerta ante cualquier señal de contramedidas, el preludio de un ataque—. ¿Pero a quién creían que estaban disparando?

Una nueva voz dijo:

—No estoy segura pero ellos dicen que están en guerra. —El suave tono de soprano pertenecía a Chu Melinda, enlace de a bordo con la Organización de Inteligencia Pública—. Dicen que han confundido a los remolcadores mineros con interceptores enemigos. Aunque no sé qué enemigo esperaban encontrar en nuestro espacio…

—Pensaba que se negaban a hablar directamente con nosotros —dijo Bismarck.

—Y así es, pero llevan a bordo un sistema experto diplomático con una pizca de sensatez. Dice que es un observador de la ONU y cuenta con una acreditación como… eh, observador de la ONU. Pide disculpas por su incompetencia, así que a menos que la Capital quiera acusar a la ONU de mentir, será mejor que actuemos como si fuera

verdad. En todo caso, la tasa de confianza es de punto ocho más.

—¿Por qué iban a darle acceso a la red de comunicaciones de su nave?

—Solo el Escatón lo sabe. Aparte, he advertido con interés que todas sus naves menos una han sido construidas en un astillero de Sol.

—No puedo decir que eso me complazca. —Eldrich contempló la pantalla, malhumorada. La nave sintió parte de su enfado: un cursor de selección de objetivos pasó fugazmente sobre los glifos enemigos y apuntó los grásers sobre los conos de luz proyectados por la distante flotilla enemiga—. Sin embargo, mientras podamos impedir que causen más daño… ¿Algún cambio en su trayectoria de salto?

—Aún no —respondió Chu—. Siguen dirigiéndose a SPD-47. ¿Pero por qué querría nadie dirigirse allí? Ni siquiera está de camino a una de sus colonias.

—Hmm. Y han aparecido de la nada. ¿Eso le sugiere algo?

—O bien se han vuelto locos o bien el inspector de la ONU está allí por alguna razón —musitó Bismarck—. Si están tratando de hacer un desvío temporal para caer sobre algún enemigo… —Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Qué ocurre? —inquirió Ariadne.

—¡El Festival! —exclamó—. ¿Lo recuerda? Hace cinco años. ¡Van a atacar al Festival!

—¿Qué van a atacar? —balbuceó Ariadne Eldrich—. ¿Al Festival? ¿Para qué?

Una mirada vidriosa cruzó brevemente el rostro de Chu, mientras entraba en comunión con un depósito de memes distribuidas mucho mayor y más poderoso que cualquier red informática de la Tierra antes de la Singularidad.

—Tiene razón —dijo—. Esos tecnófobos van a atacar al Festival como si fuera un invasor imperialista.

Ariadne Eldrich, Coordinadora de Instalaciones de a Bordo y con más potencia de fuego a su disposición de la que toda la Armada de la Nueva República podría soñar alguna vez con poseer, se rindió al impulso de reír como una maníaca.

—¡Deben de estar locos!

TELEGRAMAS DE LOS MUERTOS

Antes de la Singularidad, los seres humanos que habitaban en la Tierra habían mirado a las estrellas y se habían consolado en su aislamiento con la reconfortante creencia de que al universo no le importaban.

Por desgracia, estaban equivocados.

Saliendo del cielo azul, un día de verano, en el siglo XXI, algo sin precedentes se insertó en el abarrotado hormiguero de la civilización terrestre y lo sacudió con un palo. Lo que era —una manifestación de una inteligencia poderosamente sobrehumana, tan lejos de un cerebro humano mejorado como una mente humana lo está de la de una rana— no estaba en cuestión. De dónde venía, por no hablar de cuándo venia, era otra cosa.

Antes de la Singularidad, los desarrollos en la lógica cuántica habían sido recibidos como la apertura de una puerta a avances revolucionarios y esotéricos en el campo de la inteligencia artificial computacional. También se había estado trabajando en el envío de información al pasado: acaso como ruta alternativa al movimiento de masas a velocidades superlumínicas, aunque esto se consideraba menos importante que sus aplicaciones informáticas. La relatividad general había dejado patente, allá por el siglo XX, que tanto el viaje a velocidades superlumínicas como el viaje en el tiempo requerían una violación de la causalidad, la ley que indica que cada efecto debe tener una causa antecedente en el tiempo. Se propusieron y descartaron varios mecanismos de defensa y varias leyes de censura cósmica para explicar por qué la violación de la causalidad no conducía a una inestabilidad generalizada en el universo… y todos los modelos resultaron fallidos durante la Singularidad.

Unos nueve mil millones de seres humanos desaparecieron sencillamente en un abrir y cerrar de ojos, borrados del universo observable sin dejar ni el menor rastro que indicara adónde habían ido. Extraños objetos impenetrables —tetraedros casi todos ellos pero también otros sólidos platónicos, plateados y carentes de masa— aparecieron en la superficie de los planetas del sistema solar. Las redes de información se desplomaron. En medio del

estanque saturado de información del discurso humano, cristalizó un mensaje:

Soy el Escatón. No soy vuestro dios.

Desciendo de vosotros y existo en vuestro futuro.

No violaréis la causalidad dentro de mi cono de luz histórico. O de lo contrario

Los estupefactos supervivientes tardaron veinte años en salir arrastrándose del desastre, con nueve décimas partes de la mano de obra desaparecida y los intrincados sistemas económicos desplomándose como junglas desfoliadas. Tardaron otros cincuenta años en volver a industrializar el sistema solar interior. Pasaron diez años más y empezaron a hacer intentos de aplicar el descubrimiento ya viejo de los saltos al viaje interestelar.

A mediados del siglo XXII, una nave de exploración llegó a la estrella de Barnard. Unas tenues señales de radio provenientes del pequeño segundo planeta de la órbita se descodificaron. La tripulación de la nave laboratorio averiguó por fin qué había sido de la gente que el Escatón se había llevado. Dispersos por todo el cono de luz de la Tierra, habían sido convertidos en colonos involuntarios en miles de mundos: exportados por agujeros de gusano que se adentraban en el tiempo así como en el espacio, con unas infraestructuras mínimas de soporte a base de fábricas

robotizadas y en un medio con aire respirable. Algunos de los mundos habitados, los más próximos a la Tierra, contaban con una historia corta, pero en los más lejanos habían pasado siglos.

El asombro por el descubrimiento se extendió como un eco por los horizontes expandidos de la civilización humana durante un millar de años, pero todos los mundos habitados tenían una cosa en común: en todos ellos había un monumento que proclamaba la ley contra las violaciones de la causalidad. Según parecía, había fuerzas más allá de la comprensión del hombre que estaban interesadas en sus asuntos y que querían que todo el mundo lo supiera. Pero siempre que algo está estrictamente prohibido, inevitablemente habrá quien quiera intentarlo. Y el Escatón no dio muestras de tener indulgencia alguna para con el lado oscuro de la naturaleza humana…

* * *

El crucero pesado estaba parado, bañado en el resplandor púrpura del resto de una estrella. Cada hora en punto, su red láser se encendía y enviaba al vacío un pulso de luz ultravioleta. Una pequeña constelación de plataformas de interferometría flotaba en las proximidades, conectada por medio de enlaces láser de gran amplitud de banda. Fuera, el espacio estaba caliente: aunque no brillaban estrellas en el centro del núcleo pupilar, había algo allí que estaba escupiendo una lluvia de partículas cargadas.

Los elementos que conformaban la flota de guerra se disponían alrededor de la Lord Vanek, aunque no tan cerca unos de otros como para percibirse a simple vista. Llevaban tres semanas esperando allí mientras los retrasados salían de la transición de salto y se acercaban cautelosamente para unirse a la formación. Durante las seis semanas anteriores, la nave había hecho un salto detrás de otro, entre los dos componentes de un envejecido sistema binario que había expulsado mucho tiempo atrás sus planetas al espacio profundo y se había acomodado para pasar una vejez solitaria. Cada salto se internaba más en el futuro, hasta que finalmente las naves estuvieron salvando abismos de milenios hacia lo desconocido.

La atmósfera en la sala de oficiales era anormalmente tensa. A bordo de una nave en trayecto, el hastío es una presencia constante: después de casi siete semanas, hasta los oficiales más imperturbables empiezan a volverse irritables. La noticia de que el último destructor había llegado al punto de encuentro se había extendido como un incendio pocas horas atrás. Había un pequeño grupo de oficiales reunido en una esquina, compartiendo una botella de schnapps cubierta de escarcha y charlando para matar las pocas horas que duraba la noche de a bordo, tratando desesperadamente de relajarse porque al día siguiente la flota emprendería el viaje de regreso y volvería serpenteando alrededor de su propia línea temporal hasta llegar a escasa distancia de su punto de entrada al sistema y

convertirse en una intrusión en el tejido de hebras sueltas de la propia historia.

—Yo solo me uní a la Armada para poder ver las golfas de Malacia —señaló Grubor—. Si pasas demasiado tiempo ocupándote de la granja de procesado de residuos de la nave, antes de que te des cuenta, la tripulación del puente empieza a tratarte como si fueras un flotador sin amarras en gravedad cero. Cada vez que llegamos a un puerto, ellos van a recepciones y fiestas y cosas de esas, pero lo único que me cae a mí es la oportunidad de limpiar con agua los tanques de silaje y estudiar para los exámenes de ingeniería.

—¡Golfas! —Boursy soltó un bufido—. Pavel, te tomas demasiado en serio tus ilusiones. En Malacia no hay golfas a las que se nos permita acercarnos. En casi todas partes no podrías ni respirar sin que Bauer tuviera que señalar lo bien que te has sacado brillo a las amígdalas. Y luego el sitio apesta, o está lleno de bichos asquerosos, o los nativos son poco amistosos por motivos políticos. O son extraños. O están deformados y se entregan a perversiones sexuales asquerosas y antinaturales. Lo que prefieras.

—Me da igual. —Gobor estudió su bebida—. Me hubiera gustado llegar a ver al menos una perversión sexual asquerosa y antinatural.

Kravchuk destapó la botella y la apuntó en dirección a sus vasos. Grubor sacudió la cabeza; Boursy extendió el vaso para que se lo llenara.

—Lo que a mí me gustaría saber es cómo vamos a regresar —murmuró Kravchuk—. No entiendo cómo podemos hacerlo. El tiempo solo va en una dirección, ¿no? Es de sentido común.

—Piensa un poco, borrico. —Grubor tomó un trago de licor—. No tiene por qué ser así. No solo porque tú quieras. —Miró a su alrededor—. Que esto quede entre nosotros, ¿eh? Escuchad, creo que estamos de mierda hasta el cuello. Por un lado está ese cambio del motor que han comprado Dios sabe dónde y que nos permite hacer cosas raras con el tiempo en nuestros saltos. Solo hemos venido a este maldito agujero espacial para minimizar las posibilidades de que nos encuentren… o de que los saltos vayan mal. Están buscando una especie de cápsula temporal enviada desde casa en la que se les diga lo que debemos hacer a partir de ahora. Luego podremos regresar por una ruta diferente, y llegar adonde nos dirigíamos antes de haber partido. ¿Me seguís hasta ahora? Pero el problema de verdad es Dios. Pretenden romper el Tercer Mandamiento.

Boursy se persignó y puso cara de perplejidad.

—¿Cómo, faltándole al respeto al padre y a la madre? Mi familia…

—No, ese no. El que dice que no andarás jodiendo con la historia o de lo contrario, firmado, Afectuosamente Suyo, Dios. Ese Tercer Mandamiento, el que está gravado en la Roca de Acción de Gracias en letras de dos metros de profundidad y diez metros de altura, ¿vale?

Boursy no parecía convencido.

—Podría haber sido un bromista en órbita con un cañón láser…

—En aquellos tiempos eso no existía. A veces me desesperas, en serio. Mirad, la cosa es que no sabemos qué demonios nos está esperando en el Planeta de Rochard. Así que vamos a llegar sigilosamente por detrás, como el campesino de la historia esa que va a cazar elefantes con un espejo porque nunca ha visto uno y tiene tanto miedo que…
—Por el rabillo del ojo, Grubor vio que Bauer, el comisario político no oficial de la nave, abría la puerta.

—¿A quién estás llamando campesino cobarde? —bramó Boursy mientras miraba también a la puerta—. ¡Conozco al capitán desde hace ochenta y siete años y es un buen hombre! Y al almirante. ¿O es que estás llamando cobarde al almirante?

—No, solo estoy tratando de señalar que todos tenemos miedo de una cosa o de otra —Grubor gesticuló en la dirección equivocada.

—¿Me estás llamando marica? —rugió Boursy.

—¡No, nada de eso! —respondió Grubor con un grito. Un aplauso espontáneo estalló por toda la sala y uno de los cadetes de último año empezó a interpretar una animada marcha en la pianola. Por desgracia, su interpretación destacaba más por su entusiasmo que por su armonía melódica y la sala de oficiales no tardó en degenerar en una batalla de interrupciones entre los defensores del cadete (que eran pocos) y todos los demás.

—Nada va a salir mal —dijo Boursy con suficiencia—. Llegaremos al sistema Rochard, izaremos la bandera y esos degenerados alienígenas saldrán con el rabo entre las piernas. Ya lo verás. Nada ha salido mal ni va a salir mal.

—Yo no estoy tan seguro. —Kravchuk, que normalmente era taciturno hasta el extremo del autismo, se permitía el lujo de relajarse un poco cuando bebía en privado con sus compañeros de la oficialidad—. La zorra extranjera, esa espía o embajadora o lo que sea. Se supone que tiene que vigilarnos, ¿no? No entiendo por qué lo tolera el capitán. Si fuera por mí, la arrojaría por la escotilla lateral, y que dejara de aprovecharse de nuestro aire.

—Ella también está en esto —dijo Boursy—. Te apuesto lo que quieras a que prefiere que ganemos… Si no lo hacemos parecerá una estúpida, ¿no? Además, la mujer tiene estatus

diplomático o no sé qué. Si quiere tiene permiso para meter la nariz en todas partes.

—Ah. Bueno, pues espero que esa zorra mantenga la nariz lejos de mis lanzamisiles si no quiere que le enseñe qué aspecto tienen por dentro.

Grubor estiró las piernas.

—Igual que el perro de Helsingus, ¿eh?

—¿Helsingus tiene un perro? —De repente, Boursy era todo oídos.

—Tenía un perro. En pasado. Un schnauzer de este largo. —Con lo poco que Grubor separó las manos, era imposible que su historia fuera cierta—. Una alimaña diminuta y descerebrada. Mala como un demonio. Ladraba como un contramaestre con resaca y solía mearse en el pasillo para marcar el territorio. Y nadie decía nada… nadie podía decir nada.

—¿Qué pasó? —preguntó Boursy.

—Oh, un día se equivocó de puerta al ir a cagar. El viejo llegó con prisas y entró antes de que el recluta al que yo había enviado a seguir al bicho tuviera tiempo de limpiar. A mí me lo han contado, porque nunca volví a ver al animal. Creo que lo envió de regreso a casa. Y Helsingus estuvo furioso durante semanas, créeme.

—Curry de perro en la sala de oficiales —dijo Kravchuk—. Tuve que sacarme pelos de la dentadura durante días.

Boursy no daba crédito a lo que acababa de oír. Entonces, con un titubeo, se echó a reír sin demasiado convencimiento. Tras apurar el schnapps de su vaso para disimular su confusión, preguntó:

—¿Por qué lo aguantó el capitán tanto tiempo?

—¿Quién sabe? Y hablando de eso, ¿quién demonio sabe por qué el Almirantazgo ha tolerado a esa espía extrajera? —Grubor clavó la mirada en el interior de su vaso y suspiró—. Puede que el almirante quiera que esté a bordo. Y, claro, también es posible que se haya olvidado de ella…

—Permiso para informar, señor. He captado algo —dijo el operador de sensores del crucero ligero Integridad. Señaló excitadamente su pantalla.

El teniente Kokesova levantó la mirada ojerosa.

—¿Qué ocurre ahora, Menger? —inquirió. Las seis horas que llevaban en aquella interminable vigilancia estaban empezando a pasarle factura. Se frotó los ojos inyectados en sangre y trató de enfocar la mirada en su subordinado.

—Una señal en la pantalla, señor. Parece un… hmm, sí. Es un retorno bien definido de la primera señal que enviamos a nuestro sector. Seis punto dos tres horas luz. Eh… sí. Una

cosilla diminuta. Procesando… parece una especie de objeto metálico, orbitando a unos dos punto siete mil millones de kilómetros de la… uh… estrella primaria, casi en el punto opuesto a nosotros. Eso explica la demora.

—¿Puede determinar su tamaño y sus componentes orbitales? —preguntó el teniente mientras se inclinaba hacia delante.

—Aún no, pero pronto podré, señor. Hemos estado enviando señales cada hora. Eso debería bastar para refinar el análisis con varios elementos muy pronto… digamos cuando llegue la próxima respuesta. Pero está muy lejos, a unas cuatro cero unidades astronómicas. Um, los análisis preliminares dicen que tiene unos cinco cero metros de diámetro, orden de magnitud arriba o abajo. Si tiene superficies reflectoras, es posible que sea mucho más pequeño.

—Hmmm. —Kokesova volvió a sentarse—. Navegación, ¿hay algo en este sistema que se ajuste a esa descripción?

—No, señor.

Kokesova levantó la mirada hacia la pantalla delantera. El enorme ojo de contorno rojizo que era la estrella primaria se la devolvió con furia. El oficial se estremeció e hizo un ademán para alejar el mal de ojo.

—Entonces es posible que hayamos encontrado nuestra cápsula temporal. Menger. ¿Hay más objetos en el halo? ¿Cualquier otra cosa?

—No, señor. —Menger sacudió la cabeza—. El sistema interior está tan limpio como una patena. Si quiere saber mi opinión, es algo antinatural. Ahí fuera no hay nada más que ese objeto.

Kokesova volvió a levantarse y se acercó al puesto de sensores.

—Uno de estos días va a tener que aprender a completar las frases, Menger —dijo con voz cansada.

—Sí, señor. Me disculpo humildemente por mi mala gramática.

La sala de operaciones estuvo durante diez minutos en silencio, quebrado solo por el garabateo del estilo de Menger en su estación de entrada de datos y el ruido de los diales que giraban dedos habilidosos. Entonces se oyó un silbido grave.

—¿Qué es eso?

—Tengo confirmación, señor. Humildemente informo de que creo que debe ver esto.

—Páselo a la pantalla principal en tal caso.

—Sí. —Menger pulsó botones, giró diales y escribió un poco más. La pantalla delantera, hasta entonces centrada en el espeluznante ojo rojo, se disolvió en un mar de limo rosa. Un solitario punto amarillo nadaba en él. Cerca de una esquina, un triángulo señalaba la posición de la nave—. Es un mapa lidar simple de lo que tenemos delante. Siento que sea tan impreciso pero la escala es enorme. Nuestro sistema cabría entero en un cuadrante y hemos tardado una semana en recopilar estos datos. En cualquier caso, esto es lo que ocurre cuando paso un filtro de período orbital por el plano de la eclíptica.

Pulsó un botón. Una línea de color verde dio una vuelta por el limo, como la manecilla de las horas de un reloj y a continuación desapareció.

—Creí que había dicho que había encontrado algo. —Kokesova parecía ligeramente enojado.

—Er… sí, señor. Solo un momento. Ahí no hay nada, como puede ver. Pero luego he vuelto a pasar el filtro para una órbita circular inclinada. —Un disco verde apareció junto al margen de la neblina y se inclinó ligeramente. Cerca del punto central apareció un punto violeta y luego desapareció—. Ahí está. Realmente pequeño, con una órbita inclinada casi nueve cero grados con respecto al plano de la eclíptica. Por eso hemos tardado tanto en encontrarlo.

—Ah. —Kokesova se quedó mirando la pantalla un momento mientras sentía cómo recorría su cuerpo un cálido fulgor de satisfacción—. Bueno, bueno, bueno. —Observó el punto violeta un largo rato antes de coger el intercomunicador manual—. Comunicaciones, póngame con el capitán. Sí, sé que está a bordo de la Lord Vanek. He encontrado algo que creo que querrá saber…

El procurador Vassily Muller se detuvo al otro lado de la puerta del camarote y aspiró profundamente. Llamó a la puerta una, dos veces: al ver que no había respuesta trató de girar el picaporte. Se negó a moverse. Exhaló una vez y a continuación sacó un fino alambre de su manga derecha y lo introdujo en la ranura de identificación. Fue como en la escuela de instrucción: un destello momentáneo y el picaporte giró con libertad. Instintivamente se puso tenso, como consecuencia de su condicionamiento (que se había perfeccionado en operaciones de búsqueda y captura y abducciones nocturnas en una húmeda ciudad de piedra donde las únicas constantes eran el miedo y la disidencia).

El camarote estaba ordenado. No tanto como el de un marinero, atormentado por oficiales de lengua viperina, pero sí lo suficiente. Su ocupante, un ser de costumbres, estaba almorzando y no regresaría hasta dentro de al menos quince minutos. No había señales evidentes de alambres o pelos pegados al marco de la puerta: entró y cerró la puerta.

Martin Springfield había llevado pocas posesiones a bordo de la Lord Vanek: un síntoma de su tardía contratación. Lo que tenía estuvo a punto de conseguir que Vassily se pusiera celoso: su presencia allí se había decidido casi con menos antelación y había tenido tiempo de sobra para lamentarse amargamente por malinterpretar la socrática advertencia del Ciudadano. ¿Qué se le ha olvidado? (¡A un hombre que estaba registrando una nave a punto de partir!). Sin embargo, tenía un trabajo que hacer y el suficiente profesionalismo residual como para hacerlo bien. No tardó demasiado en agotar las posibilidades: lo único que llamó su atención fue el desgastado estuche gris del AP, que descansaba a solas en el diminuto escritorio que había bajo la estación de trabajo del camarote.

Dio vueltas cuidadosamente el artefacto entre sus manos, buscando grietas y aberturas. Parecía un libro encuadernado en cartoné: en cada página había microcápsulas que cambiaban de color en función de la información que se cargara en cada momento. Pero ningún libro respondía a la voz de su dueño ni podía recalibrar el núcleo del motor de una nave. El lomo… apretó y, tras un momento de resistencia, se deslizó hacia arriba y expuso a la vista un compartimiento con algunos nichos en su interior. Uno de ellos estaba ocupado.

Un cartucho de extensión no estándar, comprendió. Sin pensarlo dos veces, lo apretó. El artefacto salió de su alojamiento y se lo guardó en el bolsillo. Ya habría ocasiones

de sobra para devolverlo a su lugar si no contenía más que información inocente. La presencia de Springfield en la nave suponía una constante crispación para sus nervios: ¡El hombre tenía que estar preparando algo! La Armada contaba con ingenieros competentes de sobra: ¿para qué iban a querer a un extranjero a bordo? Tras lo ocurrido en las últimas dos semanas, Vassily no podía aceptar que la causa fuera otra que el sabotaje. Como todo policía secreto sabe, las coincidencias no existen. El estado tiene demasiados enemigos.

No se demoró más en el camarote del ingeniero pero se detuvo un momento para colocar una diminuta cuenta de aspecto inocente bajo la litera inferior. La cuenta eclosionaría más o menos un día después y tejería una telaraña de receptores. Una herramienta cara y muy rara cuya posesión convertía a Vassily en un privilegiado.

La puerta se cerró a sus espaldas. Amnésica, no informaría a su propietario de su visita.

Una vez de regreso en su camarote, Vassily cerró con llave la puerta y se sentó en su propia cama. Se soltó el cuello y a continuación metió la mano en el bolsillo del pecho para buscar el pequeño aparato que había encontrado. Le dio vueltas entre sus dedos mientras reflexionaba. Podía ser cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. Tras sacar un pequeño pero poderoso aparato de su inventario de herramientas —un aparato prohibido a cualquier ciudadano

de la República salvo aquellos que contaran con una dispensa Imperial para salvar al estado de sí mismo— lo registró en busca de actividad. No había nada evidente: no emitía radiación, no olía a componentes explosivos o bioactivos y tenía una interfaz estándar.

—Que me aspen: un cartucho de expansión desconocido en el equipaje de un ingeniero. Me pregunto de qué se trata —dijo en voz alta. A continuación introdujo el cartucho en su propia interfaz y empezó a pasarle los programas de diagnósticos. Un minuto más tarde, maldijo entre dientes. El módulo estaba completamente codificado. Evidencia de alguna fechoría, de eso no cabía duda. Pero ¿qué clase de fechoría?

Burya Rubenstein estaba sentado en el palacio ducal, requisado ahora como cuartel general por el Soviet de Extropianos y Cyborgs, bebiendo té y firmando proclamas con el corazón apesadumbrado.

Al otro lado de la gruesa puerta de roble de su oficina, un escuadrón de matones esperaba pacientemente, con los ojos oscuros y las armas de aspecto amenazante en estado de alerta para responder a cualquier intruso. El teléfono medio fundido que había prendido la mecha de la revolución descansaba, abandonado, sobre la mesa que había frente a él, mientras el montón de documentos que había junto a su codo izquierdo crecía y el montón de documentos pendientes de firma que había junto a su codo derecho

menguaba. No era la parte del trabajo que más le gustaba —todo lo contrario, en realidad— pero parecía indispensable. Aquí había un soldado convicto de violación y saqueo de una granja al que era necesario castigar. Allá, un profesor que había denunciado los procesos históricos del Trashumanismo Democrático como un engaño tecnófilo y que alentaba a sus jóvenes pupilos a entonar cánticos para celebrar el cumpleaños del Emperador. Escoria, todo ello escoria… y la revolución no tenía tiempo de cribar la escoria para sacar oro, rehabilitando y reeducando a los descarriados: había pasado un mes desde la llegada del Festival y muy pronto las grandes naves de acero del Emperador se cernirían sobre ellos.

Si Burya tenía algo que decir al respecto, no encontrarían a nadie dispuesto a colaborar en el sojuzgamiento de la población civil, que en aquel momento se encontraba sumida por completo en un proceso de singularidad económica a gran escala. Una singularidad —una cúspide histórica en la que la tasa de cambio aumenta exponencialmente y tiende con rapidez al infinito— es una cosa terrible de experimentar. La aparición del Festival en la órbita de una colonia preindustrial había provocado una singularidad económica; los bienes físicos se habían convertido en algo parecido a átomos, creados por máquinas que no necesitaban intervención ni mantenimiento humanos. Una singularidad brusca desgarraba los sistemas sociales, las economías y las formas de pensar como un

bombardeo masivo de artillería. Solo la vanguardia social —la clandestinidad de los disidentes Extropianos, hombres duros como Burya Rubenstein— estaba preparada para impulsar sus proyectos sobre el tejido repentinamente fundido de una sociedad que tenía demasiado cerca el soplete del progreso.

Pero el cambio y el control acarreaban un precio que para Rubenstein resultaba cada vez más difícil de digerir. No es que viese alternativas, pero la gente estaba acostumbrada a ser dirigida como un rebaño por la madre iglesia y la dictadura benigna del padrecito, el Duque Politovsky. Los hábitos de una docena de generaciones no podían destruirse de la noche a la mañana y para hacer una tortilla era necesario romper primero algunos huevos.

Burya tenía un grave defecto: no era un hombre violento. Detestaba las circunstancias que le obligaban a firmar órdenes de registros y de arresto obligatorios. La revolución que tanto tiempo había pasado imaginando era una cosa gloriosa, ajena a la fuerza bruta y la violencia, y el mundo real —con sus recalcitrantes monárquicos y sus tercos sacerdotes— estaba resultando una gran decepción para él. Cuanto más obligado se veía a corromper sus ideales, más le dolía por dentro, y cuanto más se lamentaba, más odiaba a la gente que le obligaba a actuar de manera tan horripilante, sangrienta y extrema… hasta que ellos, a su vez, se convertían en lubricante de la maquinaria de la revolución y, posteriormente, en un afilador para las hojas del escalpelo

que sondeaba su conciencia y lo mantenía despierto hasta altas horas de la noche, planeando la siguiente oleada de purgas y arrestos forzados.

Estaba absorto en su trabajo, ajeno al mundo exterior, cada vez más deprimido por tener que llevar a cabo un trabajo que siempre había deseado pero que nunca había supuesto tan espantoso, cuando una voz le habló.

—Burya Rubenstein.

—¡Qué! —Levantó la mirada, de forma casi culpable, como un niño pequeño sorprendido saltándose una clase por un profesor especialmente severo.

—Debemos. Hablar. —La criatura que se sentaba en la silla frente a él era tan parecida al producto de una pesadilla que tuvo que pestañear varias veces antes de que sus ojos la enfocaran. Carecía de vello corporal, era de talla superior a un ser humano, tenía patas alargadas y finas, zarpas y pequeños ojos de color rosa… y cuatro enormes y amarillentos colmillos, como los incisivos de una rata del tamaño de un elefante. Los ojos lo miraban con inquietante inteligencia mientras manipulaba una extraña bolsa moldeada del cinturón que era su único atuendo—. Habla tú. A mí.

Burya se ajustó los quevedos y observó a la criatura con los ojos entornados.

—¿Quién eres y cómo has entrado aquí? —preguntó. No he dormido lo suficiente, balbuceó su mente en silencio; sabía que las pastillas de cafeína acabarían por hacer esto…

—Soy. Hermana de Estratagemas. Séptima. Soy del enjambre de los Críticos. Ahora. Habla conmigo.

Una mirada de extremada confusión se dibujó en el rostro anguloso de Rubenstein.

—¿No ordené que te ejecutaran la semana pasada?

—Mucho lo dudo. —Un aliento cálido que apestaba a repollo, corrupción y tierra sopló sobre el rostro de Burya.

—Oh, bien. —Se recostó en su silla, un poco mareado—. No me gustaría nada pensar que me estoy volviendo loco. ¿Cómo has podido pasar entre mis guardias sin que te vean?

La criatura de la silla lo miró en silencio. Era una sensación inquietante, como si una salchicha con dientes de sable y devoradora de hombres te probara el nudo corredizo de una horca en el cuello.

—Tus guardias. No sapientes. Sin postura intencional. Primero, aprendes lección de no confiar en guardias no sapientes para reconocer amenazas. Me convertí en no amenaza en su… careces de palabra para esto.

—Ya veo. —Burya se frotó la frente sin darse cuenta.

—No. —Hermana Séptima sonrió a Rubenstein, y este se encogió al ver sus colmillos excavadores, de veinte centímetros, de un color entre amarillo y marrón y tan duros como para partir el hormigón—. No hagas preguntas, humano. Yo pregunto, ¿eres sapiente? La evidencia es ambigua. Solo los sapientes crean arte, pero tu obra no es distintiva.

—No creo… —Se calló—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Una pregunta. —La criatura siguió sonriendo—. Has hecho. Una pregunta. —Se balanceaba de lado a lado y Rubenstein empezó a tantear cautelosamente el interior de la mesa, en busca del botón del pánico que haría saltar todas las alarmas en la sala de guardia—. Buena pregunta. Un Crítico soy. Los Críticos siguen al Festival durante muchas vidas. Venimos a Criticar. Primero quiero yo saber, ¿Estoy Criticando sapientes? ¿O es solo espectáculo de marionetas en la pared de la caverna de realidad? ¿Zombis o zimbos? ¿Sombra o mente? ¿Divertimento para el Escatón?

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Burya.

—Yo creo que soy sapiente —dijo con cautela—. Pero claro, diría eso mismo aunque no lo fuera, ¿verdad? Tu pregunta es imposible de responder. De modo que, ¿por qué hacerla?

Hermana Séptima se inclinó hacia delante.

—Los tuyos no preguntan nada —siseó—. Comida, sí. Armas, sí. ¿Sabiduría? No. Empiezo que no sois conscientes de vosotros a pensar, no preguntáis nada.

—¿Qué hay que preguntar? —Burya se encogió de hombros—. Sabemos lo que somos y lo que estamos haciendo. ¿Para qué íbamos a querer… filosofías alienígenas?

—Alienígenas quieren vuestra filosofía —señaló Hermana Séptima—. La dais. No pedís. Esto es un insulto para el Festival. ¿Por qué? ¡Interrogante primario!

—No estoy seguro de comprenderlo. ¿Te estás quejando de que no hagamos demandas?

Hermana Séptima dio un bocado a la silla e hizo entrechocar los colmillos.

—¡Ack! Cita, la viabilidad de una economía de la escasez postsingularidad se indica por la transición desde una economía de interdicción basada en capas y que utiliza los marcadores de intercambios de bienes y servicios a una economía en estructura arbórea caracterizada por la distribución óptima de los sistemas de productividad de acuerdo al dilema del prisionero iterado de trueque. El dinero es un síntoma de pobreza e ineficiencia. Fin de cita, el manifiesto Marxista-Gilderista. Capítulo dos. ¿Por qué no lleváis a cabo?

—Porque la mayoría de los nuestros no están preparados para eso —dijo Burya sin rodeos. La tensión de su espalda empezó a remitir. Si aquel Crítico monstruoso quería debatir sobre dialéctica revolucionaria, por supuesto él se prestaría gustoso—. Cuando alcancemos la utopía postecnológica, las cosas serán tal como has dicho. Pero por ahora, necesitamos la vanguardia de un partido para conducir al pueblo a la comprensión completa de los principios de la corrección ideológica y la optimización posteconómica.

—Pero el Marxismo-Gilderismo y el Extropianismo Democrático son visiones anarquistas. ¿Para qué partido en vanguardia? ¿Para qué un comité? ¿Para qué una revolución?

—¡Porque es la tradición, maldita sea! —explotó Rubenstein—. Llevamos más de dos siglos esperando esta revolución concreta. Antes de eso, doscientos años más hasta la primera revolución, y así han ido las cosas. ¡Y de este modo funciona! Así que, ¿por qué no íbamos a hacerlo así?

—Habla tú de la tradición en medio de una singularidad. —Hermana Séptima giró la cabeza para mirar la llovizna tardía que estaba cayendo al otro lado de la ventana—. Maximiza mi perplejidad. ¿No comprendéis que la singularidad es la discontinuidad con toda tradición? La revolución es necesaria. Deconstruir lo nuevo, construir lo nuevo. Antes cuestionaba tu sapiencia. Ahora, tu cordura es cuestionable:

la sapiencia no. ¡Solo un organismo sapiente podría exhibir irracionalidad superlativa!

—Puede que eso sea cierto. —Rubenstein apretó suavemente el timbre que había debajo de su mesa por tercera vez. ¿Por qué no funciona?, se preguntó—. Pero ¿qué has venido a buscar aquí, de mí?

Hermana Séptima mostró los dientes en una sonrisa.

—He venido a traer Criticismo. —Unos ojos llorosos y de color rubí lo enfocaron mientras la criatura, con un movimiento sinuoso de los músculos que escondía la piel parda y limosa, se ponía repentinamente en pie. Una mata de pelo rojizo se puso erecta en la cabeza del Crítico—. Tus guardias no responden. Yo Critico. Ven: ¡ahora!

La sala de operaciones de la Lord Vanek estaba en calma, casi relajada en comparación con el acceso de pánico que se había vivido en el Depósito Lobo. Sin embargo, nadie hubiera podido pensar que se trataba de unas maniobras realizadas en su espacio aéreo. No con Ilya Murametz de pie al fondo, observándolo todo con suma atención. No con la presencia del viejo dos veces al día, como mínimo, que aunque se limitase a asentir desde el umbral de la puerta, siempre les hacía saber que se encontraba allí. No con la presencia ocasional del almirante, ceñudo y silencioso en su silla de ruedas como un recuerdo de otros tiempos.

—Posible maniobra final dentro de una hora —anunció el supervisor del timón.

—Continúe de acuerdo a lo ordenado.

—Continúo de acuerdo a lo ordenado. ¿Reconocimiento? Su turno.

—Preparado y esperando. —El teniente Marek hizo girar su silla y lanzó a Ilya una mirada inquisitiva—. ¿Quiere inspeccionar el dron, señor?

—No. Si no funciona, ya sé a quién tengo que echarle la culpa. —Ilya sonrió, tratando de quitar un poco de hierro a sus palabras. Pero cuando sus labios se apartaron de sus dientes, el gesto solo consiguió hacer que pareciera un lobo acorralado—. ¿Perfil de lanzamiento?

—Detenido a menos diez minutos, señor.

—Muy bien. Vuelva a pasar la secuencia de autoexamen. Mal no hará. —Todos estaban intranquilos, deseando saber si el reflector metálico que habían recogido era la cápsula del tiempo enviada desde casa. Pero cuanto más esperaban, más cundía la impaciencia. Puede que el dron se lo dijera o puede que no, y cuanto más intranquilos estuvieran, más probabilidades habría de que se cometieran fallos.

—Parece estar bien. Capacidad sin utilizar del motor en torno al uno por ciento, tanques de combustible llenos, riel

de lanzamiento y desconectores umbilicales preparados, batería de instrumentos sonando alto y claro en todos los canales. Estoy preparado para iniciar la cuenta atrás de lanzamiento cuando usted lo ordene, señor.

—Muy bien. —Ilya inhaló profundamente—. Dé la orden a quienquiera que esté vigilándolo. Manos a la obra.

Cerca de la parte trasera de la nave, muy por debajo del compartimiento del motor y de los almacenes, había una serie de escotillas.

Algunas de ellas eran muy pequeñas, diseñadas para permitir la entrada de tripulantes. Otras eran más grandes y se utilizaban con vehículos de servicio como la lanzadera de enlace con la estación. Un área de descarga, la mayor de ellas, contenía una pareja de drones de reconocimiento: robots de trescientas toneladas capaces de reconocer un sistema estelar o cartografiar las lunas de un gigante gaseoso. Los drones no podían equiparse con motores gravitatorios (ni tampoco ningún vehículo menor que un destructor, en realidad), pero eran capaces de alcanzar un respetable vigésimo de g impulsados por sus cohetes iónicos nuclear-eléctricos, y podían mantener esta aceleración durante mucho tiempo. Si era necesario, podían equiparse con cohetes de fisión con combustible de agua salada, como los de los torpedos de largo alcance de la Lord Vanek, que eran más rápidos, pero también muy sucios, relativamente

ineficientes e inapropiados para la sigilosa tarea de cartografiar un sistema planetario.

Cada uno de los drones contaba con una batería de instrumentos dotada de más sensores que cualquier sonda enviada desde la tierra en el siglo XX. Eran la justificación de la misión nominal de la Lord Vanek, el objetivo casi irónico inscrito en el certificado de botadura de la nave: llegar a donde nadie había ido antes, explorar nuevos sistemas estelares en misiones de larga duración y reclamarlos en nombre del Emperador. Si la dejaban en un sistema inhabitado, una sonda podía cartografiarlo en un par de años y estar preparada para emitir un informe completo cuando el crucero pesado regresara de su destino. De este modo, multiplicaban los esfuerzos de los cartógrafos coloniales, y permitían a una sola nave de reconocimiento explorar tres sistemas simultáneamente.

En las profundidades de las tripas de la Lord Vanek, la sonda uno estaba despertando de un letargo de dos años. Un equipo de reclutas trabajaba a toda prisa bajo la atenta mirada de dos suboficiales, desconectando las pesadas tuberías de combustible y cerrando las escotillas de inspección. En el interior de un cofre forrado de plomo, la sonda uno gorgoteaba y emitía pitidos agudos sobre un vientre lleno de masa reactiva y refrigerante liquido. El compacto motor de fusión emitía suaves zumbidos, mientras sus aceleradores arrojaban a presión una mezcla de electrones y piones sobre un chorro de iones de litio a una

velocidad ligeramente inferior a la de la luz. Los neutrones se despegaron y se vertieron en el revestimiento de tuberías de agua, calentándolas y enviando ondas de presión al interior del circuito cerrado de refrigeración. Los generadores solares secundarios, desmontados para la misión a causa de su irrelevancia, descansaban envueltos en plástico en un extremo del área de descarga.

—Cinco minutos para el lanzamiento. La zona de lanzamiento informa de que el compartimiento del reactor principal está cerrado. El personal ha limpiado las mangueras de alimentación de combustible e informa de que la presión de los tanques es estable. Sigo esperando el informe de telemetría.

—Adelante. —Ilya esperó pacientemente mientras el equipo de Marek controlaba los progresos del lanzamiento. Desvió fugazmente la mirada cuando se abrió la puerta de la sala de operaciones, pero no era al capitán ni el comodoro, solo la espía… no, la agente diplomática de la Tierra. Cuya presencia era un desperdicio de aire y espacio, opinaba el comandante, aunque era consciente de las razones por las que el almirante y su estado mayor no ponían impedimentos a que metiera la nariz por todas partes.

—¿Qué están lanzando? —preguntó al entrar.

—Un dron de reconocimiento.

—¿Qué están explorando? —Se volvió y la miró.

—No recuerdo haber sido informado de que tuviera autoridad para supervisar otra cosa que nuestras actividades militares —señaló. La inspectora se encogió de hombros, como si estuviera tratando de ignorar el insulto—. Quizá si me dijeran lo que están buscando, pudiera ayudarlos a encontrarlo —dijo.

—No lo creo. —Le dio la espalda—. ¿Estatus, teniente?

—Dos minutos para el lanzamiento. Tenemos el informe de la zona de telemetría. Ah, tenemos confirmación del control de a bordo. Está viva. Esperando comprobación de los amortiguadores de merma, preparación del riel de lanzamiento, despresurización del área de descarga en sesenta segundos.

—Es la cápsula con el mensaje —dijo la inspectora en voz baja—. ¿Esperan carta de casa, comandante?

—Me está usted incordiando —dijo Ilya, casi con despreocupación—. Y no se lo recomiendo. ¡Eh, ahí! ¡Sí, usted! ¡Estatus, por favor!

—Vaciado de las celdas de presión en marcha. Compuerta exterior de lanzamiento abriéndose… potencia del riel de lanzamiento conectada, sonda pasando a potencia interna, transición completada. Ahora está sola, señor. Lanzamiento en un minuto. Autoexamen final de vuelo en marcha.

—Hacer preguntas incómodas forma parte de mi trabajo, comandante. Y la pregunta más importante en este momento es…

—¡Cállese, por favor!

—… ¿fue su almirantazgo o el Festival quien colocó ahí el objeto que están a punto de traer?

—Lanzamiento en tres cero segundos —anunció el teniente Marek en medio de un silencio. Levantó la mirada—. ¿He dicho algo malo?

—¿De qué está usted hablando? —preguntó Ilya.

Rachel sacudió la cabeza. Tenía los brazos cruzados.

—Si no quiere escuchar, allá usted.

—Uno cero segundos para el lanzamiento. Válvulas de merma de presión abiertas. Reactor alcanzando punto crítico, rampa de flujo de muones nominal, acelerador preparado. Um, el aumento del flujo del reactor ha pasado del nivel de cancelación. Cinco segundos. ¡El riel de lanzamiento está preparado! ¡Bomba de calor principal a temperatura operativa! —La cubierta empezó a estremecerse, sacudida por una vibración que venía de muy abajo—. Dos segundos. Reactor a temperatura óptima. Separación umbilical. Cero. Tenemos separación completa. La sonda uno ha salido del área de lanzamiento. Puertas

cerrándose. Rotor en marcha, máxima presión de merma, tres segundos para ignición de motorprincipal. —La vibración se fue apagando—. Ángulo de desvío abierto. Ignición de motor principal. —En la sala de operaciones no se notó nada, pero a escasos metros de la nave, la cola de la sonda, parecida a un aguijón, escupió un chorro anaranjado y rojizo de iones metálicos pesados. Empezó a apartarse del crucero pesado: mientras lo hacía, dos enormes alas, los radiadores termales, empezaron a extenderse en sus costados.

Ilya tomó una decisión.

—Teniente Marek, tiene usted el control —dijo—. Coronel. Venga conmigo.

Abrió la puerta. Rachel lo siguió al pasillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Vamos a tener una pequeña charla —dijo. Se encaminó a buen paso a la sala de conferencias sin esperar a ver si ella lo seguía. Tras subir varias cubiertas en el ascensor y recorrer otro pasillo, entraron en una habitación con una mesa y varias sillas. Por fortuna, estaba vacía. El oficial esperó a que ella entrara y a continuación cerró la puerta.

—Siéntese —dijo.

La inspectora se sentó en el borde de una silla, se inclinó hacia delante y lo miró con expresión seria.

—Usted cree que voy a echarle un rapapolvo —empezó a decir él—. Y tiene razón. Pero por una razón distinta a la que cree.

Rachel levantó una mano.

—Deje que lo adivine. ¿Por plantear cuestiones políticas en un contexto operacional? —Le dirigió una mirada casi burlona—. Escuche, comandante. Hasta que llegué a la cubierta y vi lo que estaba haciendo, no sabía lo que estaba pasando, pero ahora creo que le interesa realmente oír lo que tengo que decir para contárselo luego al capitán. O al comodoro. O a ambos. Las cadenas de mando están muy bien, pero si va usted a retirar la anomalía orbital, creo que tenemos menos de seis horas antes de que se desate el infierno, y me gustaría que el mensaje llegase arriba. Así que, ¿podemos posponer el dramatismo hasta que nos sobre el tiempo y hacer lo que tenemos que…?

—Está usted actuando de forma temeraria —la acusó Ilya.

—Sí —asintió ella—. He hecho una carrera de ello. Asomo la cabeza por las esquinas y meto la nariz en los asuntos de los demás y encuentro respuestas que nadie sabía que estuvieran allí. Hasta el momento, he salvado ocho ciudades

y setenta millones de vidas. ¿Preferiría que fuera menos molesta?

—Dígame lo que sabe. Luego decidiré. —Pronunció las palabras muy cuidadosamente, como si estuviera haciendo una gran concesión frente a la indisciplinada resistencia de ella a mantenerse en su lugar.

Rachel se reclinó en la silla.

—Es una cuestión de deducción —dijo—. Aunque tener un poco de contexto ayuda. Para empezar, esta nave… esta flota no se ha embarcado accidentalmente en un viaje de cuatro mil años al futuro. Están ustedes intentando llevar a cabo una maniobra que casi viola, aunque sin llegar a hacerlo, gran cantidad de tratados y un par de leyes de la naturaleza respaldadas por una voluntad semidivina. No van a entrar en su propio cono de luz, pero van a llegar muy cerca de él: se sumergirán en el futuro para esquivar cualquier vigilancia, o cualquier devorador o campo de minas que el Festival podría haber interpuesto en su camino, saltar sobre ellos para llegar a su destino y a continuación tirar de las riendas para volver al pasado y, como por ensalmo, llegar justo después de la aparición del Festival. ¿Sabe lo que me sugiere eso? Me sugiere una extremada temeridad. La Regla Tres existe por una razón y si la ponen a prueba estarán aporreando la puerta del Escatón.

—Eso ya lo he oído hasta la saciedad —asintió Ilya—. ¿Y?

—Bueno, deberían preguntarse, ¿qué cabría esperar encontrarse aquí? Llegamos y buscamos una boya. Una cápsula temporal con detalladas notas enviadas desde nuestro propio cono de luz pasado: un oráculo, en la práctica, que nos revele un montón de cosas sobre el enemigo que no deberíamos saber porque en nuestra línea temporal no nos hemos cruzado todavía con ellos. Más argucias. Y sin embargo seguimos vivos.

—No comprendo. ¿Por qué no deberíamos estarlo?

—Porque… —se lo quedó mirando un momento—. ¿Sabe lo que le pasa a la gente que utiliza la violación de la causalidad como arma? —preguntó—. A ustedes les falta muy poco para hacerlo, lo que es ya de por sí una locura. ¡Y se salen con la suya! Lo que, sencillamente, no está en el guión, a menos que las leyes hayan cambiado.

—¿Leyes? ¿De qué está usted hablando?

—Leyes. —Puso los ojos en blanco—. Las leyes de la física son, en algunos casos, sospechosamente antropocéntricas. Empezando por el Principio de Heisenberg, según el cual la presencia de un observador influencia al objeto de su observación a nivel cuántico. Trabajando a partir de aquí podemos encontrar un montón de sorprendentes correlaciones en el universo. Considere, por ejemplo, la relación de magnitud entre la atracción nuclear fuerte y la atracción electromagnética. Si la variáramos un poco en un

sentido, los protones y neutrones no reaccionarían y la fusión no se produciría. Si la variáramos un poco en el otro, el ciclo de fusión estelar se detendría en el helio: no podría formarse ningún núcleo más pesado. Existen tantas correlaciones como esta que los cosmólogos tienen la teoría de que vivimos en un universo que existe específicamente para engendrar a nuestra forma de vida o a alguna otra descendiente de ella. Como el Escatón.

—¿Y?

—Que ustedes están quebrantando algunas de las más arcanas leyes cosmológicas. Las que afirman que cualquier universo en el que se produce una auténtica violación de la causalidad, un viaje en el tiempo, es de facto inestable. Pero la violación causal solo es posible cuando existe un agente causal, en este caso el observador, y los descendientes de ese observador pueden poner objeciones serias a la violación. Por decirlo de otra manera: se acepta como una ley de la cosmología porque el Escatón no tolera a los idiotas que tratan de quebrantarla. Por esa razón mi organización trata de educar a la gente para que no lo haga. No sé si alguien le ha contado a su Almirantazgo lo que pasó en lo que ahora es la Nebulosa del Cangrejo, pero basta con decir que hay allí un púlsar que no es natural y una especie extinta de potenciales conquistadores de la galaxia. Alguien trató de cambiar las reglas… y el Escatón se lo cargó.

Ilya se obligó a separar los dedos del brazo de su silla.

—¿Está usted diciéndome que la cápsula que estamos a punto de recoger es una bomba? Seguro que el Escatón ya habría tratado de matarnos a estas alturas, o al menos de capturarnos…

Rachel esbozó una sonrisa desprovista de alegría.

—Si no me cree, ese es su problema. Nosotros ya hemos visto una docena de incidentes parecidos en el pasado. Me refiero al Comité de Análisis sobre Armas Causales del Servicio de Inteligencia de Defensa de la ONU. Incidentes en los que algún intento por construir una máquina de violación de la causalidad acabó mal. Normalmente no son cosas tan toscas como su pequeña travesía de ida y vuelta en el tiempo, por cierto. Se trataba de verdaderas MVC. Editores de historia, censores de realidad, bombas de paradoja del abuelo, y un juguete realmente horrible llamado ablador espacial. Ahí fuera existe toda una ontología de armas de violación de causalidad, iguales a las bombas nucleares: bombas atómicas, bombas de fusión detonadas por fisión, implosionadores de fuerzas electrodébiles y así sucesivamente.

»Todos y cada uno de los lugares en los que se desplegaron MVC habían sido arrasados, exhaustiva y sistemáticamente, por agentes no identificados… pero atribuibles al Escatón. Nunca hemos detectado una de ellas en el proceso de ser destruida, porque en estos casos el gran E tiende al exceso: la herramienta de demolición de menor tamaño suele ser

algo así como un asteroide de quinientos kilómetros arrojado sobre la capital de la región a dos mil kilómetros por segundo.

»Así que supongo que lo más sorprendente es que sigamos con vida. —Dirigió la mirada a las sillas vacías que los rodeaban y la estación de trabajo apagada que había en la mesa—. Ah, y otra cosa. El Escatón siempre destruye las MVC justo antes de que se pongan en funcionamiento. Suponemos que sabe dónde encontrarlas porque tiene las suyas propias. Es algo así como preservar una hegemonía nuclear regional atacando a cualquiera que construya un reactor nuclear o una planta de enriquecimiento de uranio, ¿comprende? En cualquier caso, ustedes no han quebrantado la ley aún. La flota está reuniéndose, han localizado la cápsula temporal, pero todavía no han cerrado el bucle ni han utilizado el oráculo en un contexto prohibido. Todavía podrían salir con bien de esta si regresan al pasado pero no tratan de llegar ni un momento antes de su punto de partida. Pero yo tendría mucho cuidado al abrir esa cápsula temporal. Al menos, háganlo a una distancia notable de cualquiera de sus naves. No saben lo que podría contener.

Ilya asintió de mala gana.

—Creo que el capitán debe estar al corriente de esto.

—Y que lo diga. —Miró la consola—. Hay otra cuestión. Creo que necesitan todas las ventajas con las que puedan

contar en este momento y una de ellas es quedarse la mayor parte del tiempo en este camarote, de brazos cruzados. Puede que le convenga mantener una charla con Martin Springfield, el ingeniero de los astilleros. Es un hombre extraño y tendrán que hacer más concesiones de las normales a su manera de pensar, pero creo que sabe más de lo que dice… mucho más cuando se trata de sistemas de propulsión. MiG no le estaba pagando dos mil coronas a la semana por su cara bonita. Cuando MiG le vendió este pájaro a su Almirantazgo, lo hizo contando también con un contrato de mantenimiento y modernización a cincuenta años… que probablemente genere más ingresos que la venta inicial.

—¿Qué está tratando de decir? —Ilya parecía irritado—. Las cuestiones de ingeniería no son de mi competencia, ya debería saberlo. Y le agradeceré que no me diga cómo hacer mi…

—Cierre el pico. —Alargó la mano y lo cogió del brazo, no con fuerza, pero sí con la firmeza suficiente para sobresaltarlo—. Usted no comprende cómo funciona un cártel armamentístico, ¿verdad? Mire. MiG le vendió a su gobierno una nave con determinadas especificaciones de funcionamiento. Especificaciones que podrían satisfacer los requisitos con los que soñaba su Almirantazgo. Las especificaciones de funcionamiento para las que fue diseñada son otra cuestión… pero sin duda tenían la intención de cobrarles las modernizaciones durante toda su

vida útil. Y posiblemente tienen más experiencia en combate interestelar real que su Almirantazgo que, a menos que yo esté muy equivocada, jamás ha librado una guerra interestelar de verdad. Una guerra, digo, y no el envío de unas cuantas naves artilladas para intimidar a unos salvajes de la edad de piedra. Pórtese bien con Springfield y puede que él le dé una grata sorpresa. A fin de cuentas, su vida depende de que esta nave haga bien su trabajo.

Guardó silencio.

Ilya se la quedó mirando con expresión ilegible.

—Informaré al capitán —murmuró. A continuación se puso en pie—. Entretanto, le agradeceré que permanezca fuera de la sala de operaciones mientras yo esté al mando… o que limite sus comentarios en público. Y que no tenga contacto alguno con ningún oficial. ¿Me ha comprendido?

Rachel le aguantó la mirada. Si la expresión del teniente era ilegible, la de ella era totalmente elocuente.

—Comprendo perfectamente —dijo. Entonces se levantó y, tras cerrar la puerta con suavidad, salió de la sala sin decir nada más.

Ilya la siguió con la mirada y se estremeció. Furioso, sacudió la cabeza y a continuación cogió el teléfono y habló al operador.

—Póngame con el capitán —dijo—. Es importante.

Era una cápsula temporal, abollada y deslustrada tras cuatro mil años en el espacio. Y traía correo.

El dron de reconocimiento la manipuló delicadamente, mientras la sondeaba con los sensores de radar e infrarrojo. Cubierta de humedad, fría y silenciosa, la cápsula no daba señales de vida, salvo un poco de radiación residual en su extremo de popa. Se trataba de un cohete compacto de materia/antimateria que había recorrido a una penosa velocidad sublumínica los dieciocho años luz que la separaban de la Nueva República. El morro cónico estaba arañado y chamuscado y tenía en algunas zonas señales dejadas por su recorrido por el inhóspito medio interestelar. Pero detrás de este esperaba una esfera plateada de un metro de diámetro. La cápsula estaba hecha de diamante sintético industrial de cinco centímetros de grosor, una caja de caudales capaz de soportar cualquier cosa a excepción de un arma nuclear.

El correo venía empaquetado en discos, láminas de oro reflectante protegidas por obleas de diamante. Era una tecnología antigua pero extraordinariamente duradera. Utilizando brazos robóticos externos, los tripulantes que manejaban el dron de exploración desatornillaron la tapa que sellaba la cápsula temporal y extrajeron delicadamente los discos. A continuación, tras haberse asegurado de que no se trataba de explosivos, antimateria ni nada por el estilo, el

dron de exploración dio media vuelta y emprendió el camino de regreso al Lord Vanek y las demás naves del primer escuadrón de acorazados.

El descubrimiento del correo —y aparentemente la cantidad de discos era excesiva para tratarse solo de datos tácticos sobre el enemigo— sumió a la tripulación en un frenesí de impaciencia. A esas alturas llevaban ya dos meses confinados en la nave y la posibilidad de recibir mensajes de sus familiares y seres queridos provocó una oleada de ansiedad alternada, en algunos casos individuales, con una profunda depresión ante la mera idea de ser olvidados.

Rachel, sin embargo, no se sentía partícipe de la atmósfera reinante: las probabilidades de que el Almirantazgo hubiera permitido que sus jefes le enviaran un mensaje cifrado eran, según sus cálculos, inferiores a cero. Martin tampoco esperaba nada. Su hermana no le había escrito a Nueva Praga. ¿Por qué iba a hacerlo ahora? De su ex-esposa no quería ni oír hablar. En términos emocionales, la persona más próxima a él en la actualidad —por muy extraña que fuera la idea— era la propia Rachel. Así que, mientras los oficiales y la tripulación del Lord Vanek pasaban sus horas libres especulando sobre las posibles cartas de casa, Rachel y Martin dedicaban su tiempo a preocuparse por no ser vistos. Porque, como ella había señalado de forma delicada, él carecía de acreditación diplomática y, aun dejando a un lado las cuestiones de la moralidad pública en la Nueva

República, no sería conveniente que alguien creyera que podía utilizarlo contra ella.

—Lo más probable es que no sea buena idea que pasemos mucho tiempo juntos en privado, amor mío —había murmurado, apoyada en la parte trasera de su hombro mientras yacían juntos en el estrecho jergón del camarote de Martin—. Cuando todos los demás estén en sus puestos de combate, es poco probable que nos vean, pero el resto del tiempo…

Los hombros de Martin se pusieron tensos y ella supo que lo había comprendido.

—Tendremos que buscar una forma de vernos —dijo—. ¿Crees que es posible?

—Sí. —Había hecho una pausa para besarlo en el hombro—. Pero no si eso significa que vas a correr el riesgo de que un capullo estirado te encierre por conducta indecorosa o convenza al almirante de que soy una puta de a dos kopecs a la que se puede sobar o ignorar sin problemas, cosa que, por cierto no se aleja mucho de lo que algunos de ellos piensan de mí.

—¿Quiénes? —Martin rodó sobre el costado y la miró con expresión sombría—. Dime quiénes…

—Shh. —Entonces había llevado un dedo a sus labios y, por un instante, Martin había encontrado sobrecogedora su

expresión—. No necesito un protector. No me digas que sus ideas han empezado a afectarte.

—¡Espero que no!

—No, creo que no. —Se echó a reír en silencio y se apretó contra él.

Martin estaba sentado a solas en su camarote algunos días más tarde, acunando nostálgicos pensamientos sobre Rachel y saboreando una taza de café que se enfriaba con rapidez, cuando alguien aporreó la compuerta.

—¿Quién anda ahí? —exclamó.

—¡Correo para el ingeniero! ¡Recójalo en la oficina del comisario! —Unos pies se alejaron a toda prisa y siguió una cacofonía en el mismo corredor, a cierta distancia.

—¿Hmmm? —Martin se incorporó. ¿Correo? A primera vista, parecía improbable. Claro que, todo lo relacionado con aquel viaje era improbable. Sobresaltado en medio de sus ensoñaciones, se inclinó, buscó sus zapatos y a continuación fue en busca de la fuente de su interrupción.

No tuvo dificultades para encontrarla. La oficina era una caótica melé de hombres de uniforme que trataban de alcanzar sus cartas y las de cualquier otro al que conocieran. El correo se había impreso en papel y venía en pulcros sobres de color azul. Intrigado, Martin buscó al responsable.

—¿Sí? —El desesperado suboficial a cuyo cargo estaba el mostrador del correo levantó la mirada del montón que estaba tratando de juntar para transferirlo a la nave correo de Su Majestad, la Godot—. Oh, usted. Allí, en la sección de «otros».

Señaló una pequeña caja que contenía una selección de sobres: las cartas para los muertos, los locos y todos aquellos que no pertenecían a la marina.

Martin rebuscó en el montón con curiosidad hasta que encontró una carta con su nombre. Era un sobre bastante grueso. Qué raro, pensó. En lugar de abrirlo allí mismo, se lo llevó a su camarote.

Cuando lo abrió, estuvo a punto de tirarlo inmediatamente: empezaba con la temida frase, «Mi querido Marty». Solo una mujer lo llamaba así, y a pesar de que era la protagonista de algunos de sus recuerdos más queridos, también era capaz de inspirarle una especie de rabia amarga y angustiada que después hacía que se avergonzara de sus propias emociones. Morag y él se habían separado ocho años atrás y las recriminaciones y culpas habían dejado una trinchera de silencio entre ellos.

Pero ¿qué podía haberla impulsado a escribirle ahora? Había sido siempre una mujer muy verbal y sus mensajes por correo electrónico solían estar llenos de frases tensas y mal

construidas en lugar de los diluvios emocionales que reservaba para la comunicación cara a cara.

Desconcertado, Martin empezó a leer.

Mi querido Marty,

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te escribí. Confío en que me perdones. He estado muy ocupada, como suele decirse, porque también tengo que ocuparme de Sara. Últimamente se está poniendo muy alta y se parece mucho a su padre. Confío en que puedas venir a su dieciséis cumpleaños.

Dejó de leer. Tenía que ser un elaborado chiste. Su ex-mujer parecía estar hablando de una niña —su hija— que no existía. ¡Y aquel no era su estilo en absoluto! Era como si algún otro, escribiendo con un dossier de historia familiar, estuviera tratando de…

Empezó a leer de nuevo, solo que esta vez muy alerta ante los posibles mensajes ocultos.

Sarah está estudiando teología en el colegio estos días. Ya sabes lo estudiosa que ha sido siempre. Su nuevo profesor, Herman, parece haber conseguido que saliera del cascarón. Está trabajando en una disertación sobre Escatología. Ha insistido en que te envíe una copia (adjunta más adelante).

El resto de la carta era un compendio de banalidades sobre amigos ficticios, reminiscencias sobre recuerdos mutuos inventados y triviales y otros (presumiblemente bien documentados) verdaderos. Martin no encontró en ella más mensajes.

Pasó a la «disertación». Era bastante larga y no pudo por menos que admirar la astucia demostrada por Herman al enviarla. ¿Escribían los escolares de la Nueva República ensayos de ocho páginas sobre Dios? ¿Y sobre las motivaciones de Dios tal como se deducían del valor de la constante cosmológica? Estaba escrita en un estilo preciosista y un poco aburrido que rechinaba un poco, como el de un estudiante muy serio a la caza de buenas notas en lugar de una monografía de ensayo tratando de afirmar un punto de vista. Entonces su mirada se posó en las notas a pie de página:

1. Consideremos el caso hipotético de una fuerza que trata de crear una violación de la causalidad localizada que no produce un cono de luz en el que esté incluido su punto de origen (estamos asumiendo implícitamente una zona esférica perfecta de pecado que se expande a una velocidad C y con origen en el tiempo T0). Si el volumen esférico de pecado no se entrecruza con la trayectoria tetradimensional del emplazamiento inicial de la potencia, no nos encontramos ante un pecado original. Consecuentemente, no es de esperar que el Escatón condene a la civilización pecaminosa entera a la condenación o a una supernova de

Tipo II; es posible la redención. Sin embargo, se requiere la condenación de la fuerza pecaminosa que provocó la violación de la causalidad.

Pasó de página y empezó a subrayar frases y palabras significativas.

2. ¿El Escatón actúa siempre de forma destructiva? Probablemente la respuesta sea «no». Nosotros vemos las consecuencias de la intervención en términos del pecado original, pero por cada una de estas intervenciones hay posiblemente miles de actuaciones realizadas en nuestro mundo con sutileza y precisión. La agencia que lleva a cabo estas intervenciones debe permanecer en el anonimato para ser eficaz. Probablemente huya de la escena después de su acción y se esconda entre las masas. Es posible incluso que la agencia trabaje en concierto con nuestros propios esfuerzos como humanos temerosos del Escatón para asegurarse de que no existen tales violaciones. Es posible que algunas agencias gubernamentales Escatológicamente conscientes ayuden a los amigos secretos del Escatón si son conscientes de su presencia. Otros, agentes secretos de potencias pecaminosas, pueden tratar de identificarlos y arrestarlos.

Bueno, era todo sumamente instructivo. Por lo general, los canales esteganográficos, con su potencial para los malentendidos y los mensajes confusos, irritaban a Martin, pero en esta ocasión Herman estaba mostrándose muy

claro. Desconfía de la policía secreta de la Nueva República. Posible ayuda de otras agencias: ¿se refería con eso a Rachel? No habría castigo contra la propia Nueva República: eso le quitaba un gran peso de la conciencia, porque por mucho que despreciara a sus habitantes o lo desagradaran sus costumbres, no merecían morir por culpa de la incapacidad de sus líderes para enfrentarse a un problema sin precedentes. Sin embargo, la última nota a pie de página se resistió a todos sus esfuerzos, por mucho que tratara de comprenderla.

3. Por supuesto, poca gente contemplaría la posibilidad de quebrantar las leyes de la causalidad de no mediar al menos una amenaza aparente de gran magnitud. Una se pregunta qué podrían hacer los colaboradores invisibles del Escatón si se vieran ante la necesidad de prevenir una violación de la causalidad delante de una de estas amenazas. Llegados a este punto, podrían sufrir un conflicto de lealtades: por un lado, la defensa de las leyes del cosmos antropológico, y por otro, la remisión a abandonar a sus confundidos pero a pesar de ello humanos hermanos en las garras de un gran mal. En estas circunstancias, estoy segura de que el Escatón diría a sus agentes que protegieran los intereses de los humanos inmediatamente después de prevenir la fractura del espacio-tiempo. Puede que el Escatón no sea un Dios compasivo, pero es pragmático y no quiere que sus herramientas se rompan a su servicio. En este caso, el punto clave es determinar cuál de los bandos está menos equivocado. Esto

nos conduce al bosque de la ética, donde todo es un festival de ambigüedad. Lo único que podemos esperar es que los ayudantes secretos tomen las decisiones más correctas… o de lo contrario, las consecuencias de su criticismo podrían ser muy graves.

Martin se reclinó en su asiento y se rascó la cabeza.

—¿Y qué demonios significa esto? —musitó para sí.

UNA GUERRA SEMIÓTICA

El almirante estaba pasando un mal día.

—¡Malditos sean tus ojos, hombre, quítame las manos de encima! —graznó a su ayuda de cámara. Robard lo ignoró y terminó de levantarlo. El frágil cuerpo de Kurtz no fue capaz de resistirse mientras el criado incorporaba la espalda del anciano y le ponía los cojines detrás—. ¡Voy a hacer que te saquen de aquí y te fusilen!

—Desde luego, señor. ¿Eso será antes o después del desayuno?

El almirante gruñó en lo más profundo de la garganta y su gruñido se convirtió en un áspero jadeo.

—No me encuentro bien. No como antes. ¡Maldición, odio esto!

—Se está haciendo viejo, señor. Nos pasa a todos.

—Ese maldito agregado terrícola no, maldición. Él no envejece. Me acuerdo de haberlo visto en Lamprea. Tomó montones de daguerrotipos de mí junto al montículo de cráneos que levantamos en la plaza pública de Nueva Bujara. Había que hacer algo con los prisioneros rebeldes. Después de todo, no había un Jesús allí para multiplicar los panes del intendente, ja, ja. Dijo que me colgaría, pero el muy bastardo nunca lo logró. Era un tipejo frío y astuto. Hubiera jurado que era un travestido. ¿Tú qué piensas, Kurt? ¿Es un bujarrón?

Robard tosió y colocó frente al almirante una mesita de café con una taza de té suave y unos huevos escalfados.

—El inspector de la ONU es una dama, señor.

Los ojos acuosos de Kurtz parpadearon de asombro.

—Vaya, bendita sea mi alma… ¡Menuda sorpresa! —Extendió el brazo hacia la taza de té, pero su mano estaba temblando tanto que apenas pudo levantarla sin derramar el contenido—. Creo que lo sabía —dijo.

—Probablemente fuera así, señor. Se sentirá mejor cuando se haya tomado su medicina.

—Pero si es una chica y estuvo en Lamprea Uno, eso significa… —Kurtz puso cara de perplejidad—. ¿Crees en los ángeles, Robard? —preguntó con un hilo de voz.

—No, señor.

—Bueno, muy bien, en ese caso debe de ser un diablo. Ya sabes que puedo ocuparme de ellos. ¿Dónde está mi informe?

—Se lo traeré en cuanto desayune, señor. El comodoro Bauer me pidió que le dijera que se está ocupando de todo.

—Muy bien.

Kurtz se concentró en atacar su huevo. Al cabo de un rato, una vez aceptada su rendición, Robard quitó la mesa.

—Será mejor que se vista y se levante, señor. Hay reunión de estado mayor dentro de treinta minutos.

Treinta y cinco minutos más tarde, el almirante estaba preparado para reunirse con su estado mayor en la gran sala de conferencias que había junto a su aposento. Con el uniforme puesto y después de haberse tomado la medicación parecía que una década menos le pesaba sobre los hombros. Entró en la habitación arrastrando los pies pero sin ayuda, apoyándose pesadamente en los bastones, aunque Robard lo ayudó con discreción cuando trató de devolver el saludo a la oficialidad (y al hacerlo estuvo a punto de recibir la punta de un bastón en el ojo).

—Buenas tardes, caballeros —empezó a decir el almirante—. Tengo entendido que la valija de correo ha sido

ve… disculpen. Tengo entendido que la ra… valija de correo ha sido recibida. Teniente Kossov. ¿Qué noticias hay de nuestras órdenes?

—Er… —Kossov estaba verde—. Hay un problema, señor.

—¿Qué quiere decir con un problema? —exigió el almirante—. Se supone que no debemos tener problemas… ¡Crearlos es trabajo del enemigo!

—Había un total de veinte discos en la cápsula del tiempo…

—¡No quiero discos, quiero respuestas! ¿Qué noticias hay del enemigo?

El comodoro Bauer se inclinó hacia delante.

—Creo que lo que el teniente está tratando de decir —lo interrumpió— es que los despachos estaban dañados.

Kossov dirigió al comodoro una mirada de gratitud embarazosamente transparente.

—Eso es exactamente lo que quería decir, señor. El correo privado estaba intacto en su mayor parte, pero la cápsula temporal tenía daños en un costado, causados por el impacto de un micrometeorito, y tres de los discos estaban fragmentados. Hemos recuperado una copia parcial de la décima parte de nuestras órdenes en los fragmentos restantes, pero la mayoría de ellas son manifiestos de

suministro para los comisarios de intendencia y una sugerencia de menú para la Cena Conmemorativa del Cumpleaños del Emperador. No hemos encontrado ningún detalle sobre el enemigo, su orden de batalla, la disposición de sus fuerzas, análisis diplomáticos, inteligencia ni nada que nos sea ni remotamente útil.

—Ya veo. —El almirante parecía engañosamente en calma. Kossov se encogió—. Así que nuestra información sobre el enemigo no está. Ah, es-eso nos facilita mucho la vida. —Se volvió hacia Bauer—. En tal caso tendremos que proceder de acuerdo al Plan B para poder llevar a cabo un ataque con éxito. Que los hombres cumplan con su deber porque la justicia está de nuestro lado. Es-espero que hayan elaborado pla-planes de contingencia para tratar con los insurgentes de la superficie, ¿no? Bien, muy bien. ¡Saldremos al encuentro del Festival en órbita y, después de destruir sus naves, procederemos asumiendo que había planes para deponer a Su Majestad entre los rebeldes del planeta y sus aliados del bando enemigo! Comodoro. Supervisará usted nuestra aproximación al sistema objetivo. Coronel Von Ungern… ¿Stenberg? Si es tan amable, planes para la disposición de sus marines y la re-restauración del orden una vez que hayamos llegado. Capitán Mirsky, usted coordinará las… ah, la-la… maniobras de la flotilla e informará al oficial Bauer.

El almirante se puso en pie temblorosamente y no se resistió cuando Robard lo sostuvo por un brazo.

—¡Des-des-pedido! —le espetó y, tras dar media vuelta, salió cojeando de la habitación.

El procurador Muller estaba aburrido. Aburrido y, además, algo molesto. Aparte de la evidencia de mala conducta en un weissbier mientras todavía se encontraba en Nueva Praga, no había nada que pudiera colgarle al ingeniero. Solo el hecho de que era un extranjero que abrazaba doctrinas radicales propensas a alentar la molicie moral entre el lumpenproletariat… lo que lo situaba en la compañía del noventa por ciento del universo conocido. Sí, estaba lo del cartucho no estándar de su AP, pero eso no era nada definitivo. ¿O sí?

Había perdido casi dos meses de su vida para reunir esta información. La mayor parte del tiempo sentía un aburrimiento tan intenso que casi le entraban ganas de llorar. La tripulación y los oficiales no le hablaban —era uno de los hombres del Conservador, a quienes estaba encomendada la preservación de la sociedad y, como ocurría con todos los cargos policiales, esto provocaba un cierto grado de suspicacia— y había devorado hacía tiempo la pequeña biblioteca de la sala de oficiales. Sin nada más que hacer que seguir la pista a un sospechoso que sabía que estaba bajo sospecha, le quedaba muy poco con que ocupar el tiempo, salvo fantasías ociosas sobre el encuentro que le esperaba cuando llegara al Planeta de Rochard. Pero el número de palabras que podía imaginarse diciéndole a su

padre era finito… y decirlas en su imaginación suponía un magro consuelo.

Sin embargo, una tarde, se le ocurrió a Vassily que había otro camino que podía seguir en su investigación de los movimientos del sujeto. ¿No estaba pasando Springfield una cantidad de tiempo excesiva con la diplomática extranjera?

¡Eso sí que sería un asunto turbio! Las fosas nasales de Vassily temblaron cuando lo pensó. De no ser por su inmunidad diplomática, la habría llevado a la sala de interrogatorios en menos que canta un gallo. Puede que Springfield fuera un radical, pero la coronel Mansour llevaba pantalones. Solo eso bastaría para que fuera arrestada en las calles de la capital, con credenciales especiales o sin ellas. La mujer era una peligrosa degenerada: a todas luces de gustos depravados, una travestida, posiblemente una invertida, y capaz de corromper a cualquiera con el que entrase en contacto. ¡De hecho, su misma presencia en la nave era una amenaza para la higiene moral de la tripulación! Que el ingeniero pasaba gran parte de su tiempo con ella era evidente (Vassily lo había visto en las grabaciones de seguridad entrando y saliendo de puntillas de su camarote) y la cuestión de dónde se guardaban las pruebas incriminatorias parecía estar bastante clara. Springfield era un peligroso espía anarquista y ella debía de ser la depravada responsable de sus actos, una perversa maestra de las artes de la seducción diplomática, malvada, loca y peligrosa.

Razón por la cual estaba a punto de colarse en su camarote y registrar su equipaje.

Vassily había tardado casi dos semanas en tomar esta decisión, desde el momento en que había decidido que el extraño cartucho del AP de Martin era, por expresarlo de una forma vulgar, una mierda. Había transcurrido una semana y media desde que la flota emprendiera el viaje de regreso a casa, primero con un salto con el que había recorrido el sistema binario deshabitado llamado Terminal Beta y a continuación con una serie de saltos entre estrella y estrella que le habían permitido salvar más de cien años al día. Cuatro semanas más y llegarían a su destino. Sin embargo, Vassily se había tomado las cosas con calma. Tenía que ser muy cuidadoso, comprendió. Sin pruebas de traición, no podría actuar contra ninguno de ellos y era evidente que las pruebas se encontraban bajo llave y protegidas por la inmunidad diplomática de la agente. Ellos podían negar en última instancia todo lo que hiciera. Si lo cogían… vaya, hurgar en el equipaje de un diplomático era una de los peores delitos que podía cometer. Si alguien lo sorprendía, lo arrojarían a los lobos… Puede que no de una forma literal, pero ya podía prepararse para una larga carrera vigilando pingüinos en la estación polar meridional.

Escogió la primera hora de la tarde para su incursión. Martin se encontraba en la cámara de oficiales, bebiendo schnapps y jugando al dominó con el comandante ingeniero Krupkin. Vassily esperó en la sala de seguridad del teniente

Sauer a que la coronel Mansour abandonara su habitación. Sus monitores la siguieron hasta las dependencias de oficiales. Bien, estaría al menos diez minutos en el baño, si se ceñía a su horario habitual. Vassily salió de puntillas del cuartillo, se dirigió al ascensor y, desde allí, al pasillo que daba a la zona de oficiales.

Después cerrar la puerta del camarote de Rachel tras de sí, miró cautelosamente a su alrededor. En casi todos los aspectos, la habitación era idéntica a la de cualquier otro oficial. Construida a imitación de un compartimiento de un vagón de tren, contaba con dos literas: la primera de ellas estaba configurada como una cama y la seguida, girada sobre la estructura, servía como escritorio. Dos casilleros, una pequeña jofaina, un espejo y un teléfono completaban el mobiliario. La esquina de un gran baúl sobresalía por debajo de la mesa. La inspectora no viajaba tan ligera de equipaje como un oficial de marina, eso estaba claro.

Para empezar, Vassily pasó un minuto inspeccionando el baúl. No había signos de pelitos o alambres pegados sobre la tapa y la cerradura era muy sencilla. Se trataba tan solo de un viejo y desgastado baúl de cuero y madera. Trató de sacarlo de debajo de la cama pero al hacerlo se dio cuenta de que lo que contenía era increíblemente pesado. Así que quitó los cierres a la litera escritorio y la apoyó contra la pared del camarote. Expuesto a la luz, el baúl pareció esbozar una sonrisa horrible y sin cara.

Vassily arrugó la nariz y alargó la mano hacia su pistola ganzúa. Otra herramienta altamente ilegal de la Oficina del Conservador, la pistola ganzúa era un milagro de la ingeniería: dotada de sondas controladas por solenoides, sensores y transmisores electrónicos e incluso un traspondedor láser compacto, podía abrir cualquier cerradura en cuestión de segundos. Vassily se inclinó sobre el cofre. Al cabo de unos segundos confirmó que el equipaje de la diplomática de la ONU no era más inmune a la pistola ganzúa que una cerradura de muesca de ocho barrotes con un sistema de cifrado de claves y una fe inmerecida en los números primos altos. La tapa se abrió con un crujido.

La tapa contenía artículos de baño y un espejo. Tras una breve inspección, Vassily volvió su atención al interior y se encontró con una capa de tela. Tragó saliva. Un elenco de vulgaridades se burlaba de él: enaguas y sujetadores doblados y un par de anteojos de ópera. Los apartó cuidadosamente. Debajo de ellos había un vestido de seda amarilla. Vassily se ruborizó, profundamente avergonzado. Levantó el vestido, que se le desdobló al hacerlo. Confundido, se puso en pie y lo sacudió. Era, pensó, absolutamente hermoso y femenino, no lo que hubiera esperado de la corrupta y decadente agente terrícola. La expedición de registro no estaba saliendo como había imaginado. Sacudió la cabeza, dejó el vestido en la litera superior y volvió a inclinarse sobre el cofre del tesoro.

Debajo había un mono negro y una sombrerera octogonal. Trató de levantar la sombrerera y descubrió que no se movía. ¡Era sólida y tan pesada como el plomo! Más animado, cogió el mono y lo puso en una silla. Debajo de él encontró una superficie de plástico resbaladizo con luces brillantes. ¡El cofre solo tenía quince centímetros de profundidad! Toda la mitad inferior se encontraba bajo la superficie en la que descansaba la sombrerera falsa y sin duda estaba llena de artículos de contrabando y espionaje.

Vassily dio unos golpecitos en el panel de plástico. Le recordó a un teclado, pero sin las teclas de color marfil y negro, y sin ranura para introducir las cintas de papel. Era perturbadoramente extraño. Siguió toqueteando el panel y se encontró con una zona claramente elevada: con un parpadeo, aparecieron unas runas. ACCESO DENEGADO. PATRÓN GENÉTICO DESCONOCIDO.

Maldición.

Su cuello empezó a cubrirse de sudor mientras consideraba sus opciones. Entonces sus ojos se volvieron hacia los contenidos del baúl que había dejado a un lado. Así que quería una muestra de piel reconocible. Hmmm. Guantes. Los levantó. Guantes largos de mujer. Despedían un tenue olor a… sí. Vassily le dio la vuelta a uno de ellos y se lo puso en la mano derecha. Volvió a tocar el plinto elevado: PROCESANDO… AUTORIZADO. Un cuerpo humano pierde

cinco millones de partículas de piel por hora; Rachel había llevado aquellos mismos guantes. Por tanto…

Apareció un menú. Vassily lo activo a ciegas. La opción uno decía CATÁLOGO DE DISEÑOS DE LA FUNDACIÓN SEARS. Dios sabía lo que eso significaba. Debajo de ella, MODISTO DE LA FUNDACIÓN PARA EL HARDWARE LIBRE DE LA GNU 15.6; y luego, CATÁLOGO HISTÓRICO DE DIOR. Se rascó la cabeza. Nada de libros de claves secretas, ni armas escondidas, ni cámaras en miniatura. ¡Solo instrucciones incomprensibles de un motor analítico! Frustrado, apretó el plinto sin mirar.

Un profundo zumbido llenó la habitación. Vassily retrocedió de un salto y al hacerlo derribó la silla sin darse cuenta. Una ranura se abrió en la parte superior de la sombrerera. Un traqueteo demente de crujidos brotó de su interior y entonces algo salió despedido. Algo rojo que aterrizó sobre su cabeza: un jirón de encaje con dos agujeros para las piernas. ¡Escandaloso! Con un rechinante ruido metálico, la sombrerera regurgitó en cuestión de segundos un traje de noche de tul, un par de botines de tacón de aguja y unos pantalones cortos hechos de una tela áspera de color azul. Todas las prendas estaban calientes al contacto y despedían un tenue olor a productos químicos.

—¡Basta! —siseó—. ¡Basta!

Como respuesta, el baúl expelió un chorro de calcetines, un par de pantalones y un corsé que amenazaba con

provocar a quienquiera que lo llevara una lesión abdominal. Embargado por la frustración, Vassily empezó a apretar el panel de control y, gracias a Dios, el baúl dejó de manufacturar ropa. Lo miró, un poco mareado. ¿Para qué traer un baúl de ropa si se puede traer un baúl capaz de fabricar cualquier prenda que uno quiera ponerse?, comprendió. Entonces el baúl emitió un ruido ominoso y se lo quedó mirando con ontológico terror. ¡Es una cornucopia! Una de las prohibidas y mitológicas quimeras de la historia, la máquina que había provocado la extensión de la degradación, el paro y la catástrofe económica antes de que sus ancestros huyeran de la singularidad para establecerse y contribuir a la fundación de la Nueva República.

La cornucopia empezó a emitir gruñidos y zumbidos. A pesar de que estaba horrorizado, Vassily miró la puerta. Si Rachel estaba volviendo…

La tapa de la sombrerera se abrió. Algo negro y brillante emergió de su interior. Unas antenas emitieron zumbidos y empezaron a examinar la habitación. Unas garras articuladas brotaron de los costados de la caja y se flexionaron.

Vassily lanzó una mirada al monstruo y no pudo aguantarlo más. Dejó la puerta entreabierta tras de sí mientras huía por el pasillo, despeinado y con los ojos de un poseso, llevando en una mano un guante de ópera al revés.

Tras él, el recién creado robot espía terminó de inspeccionar la zona de inserción. Unos programas primitivos controlaban su cerebro: no había ninguna sobrecarga operativa presente, de modo que estableció un procedimiento estándar de exploración y se dispuso a llevar a cabo un reconocimiento. Cogió el objeto de camuflaje más cercano que no estuviera fijo y, tras extenderlo de manera protectora sobre su caparazón de cangrejo, se encaminó al conducto de ventilación. Mientras terminaba de quitar la rejilla, la sombrerera volvió a emitir un sonido metálico: el segundo espía robot acababa de nacer justo a tiempo de ver cómo desaparecía el vestido amarillo por el conducto del aire acondicionado. Y a continuación el equipaje volvió a emitir un ruido metálico, mientras se preparaba para dar a luz a otro…

Cuando Rachel regresó, su baúl estaba medio vacío… y casi toda la ropa que ya tenía preparada había escapado.

—Tú ven conmigo —le dijo Hermana Séptima a Burya—. Mira situación. Explica por qué es mala y comprende.

El viento susurraba al otro lado de la ventana abierta, arrastrando nubes grises sobre la ciudad mientras Novy Petrograd se consumía en un infierno de tecnología prohibida. Las casas se desplomaban y volvían a crecer, extrusiones que brotaban como setas del extraño suelo de los sueños de los hombres. Árboles de plata se alzaban en el barrio de los plateros, siguiendo con sus severas superficies

planares la trayectoria del sol amortajado de cúmulos. La alienígena se inclinó sobre el balcón y apuntó con los colmillos la feria que se extendía al otro lado de la ciudad.

—¡Eso no es obra del Festival!

Impotente, Burya la siguió al techo que se extendía sobre el salón de baile del Duque. Una peste de cloaca asaltó sus fosas nasales, el distante eco olfativo de los cadáveres que colgaban de las farolas en el patio. Politovsky había desaparecido, pero sus hombres no se habían ido en silencio y las tropas amotinadas, enfurecidas y ultrajadas, habían cometido atrocidades contra los oficiales y sus familias. Las represalias que habían seguido a aquello habían sido severas pero necesarias…

Jabalinas de luz asaetaban el manto de nubes que cubría sus cabezas. Pasados unos segundos, el trueno de la tormenta hizo vibrar el frío aire de la tarde. Sus ecos traquetearon y fueron devueltos por las pocas ventanas que aún quedaban en la ciudad.

—El Festival no comprende a los humanos —comentó con voz calmada Hermana Séptima—. Las motivaciones de las inteligencias carnales desprovistas están de consciencia en tiempo real no simulable. Por consiguiente, el Festival asume una estética altruista. Pregunto: ¿es esto una obra de arte?

Burya Rubenstein lanzó una mirada desolada a la ciudad.

—No. —Le costó reconocerlo—. Teníamos buenas intenciones. Pero la gente necesita liderazgo y mano dura. Sin esto, es el caos…

Hermana Séptima emitió un extraño sonido husmeante. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que estaba riéndose de él.

—¡Caos! ¡Libertad! ¡El fin de las cadenas! Estúpidos humanos. Estúpidos desorganizados humanos, no huelen su lugar entre la gente, necesitan oler su pis en el rincón de la madriguera y matan si no. Hacen música militar. Marchan y matan en grandes cantidades. Es comedia, ¿no?

—Lo controlaremos —insistió Burya obstinadamente—. Este caos… Este no es nuestro destino. ¡Nos encontramos en el umbral de la utopía! Una vez educada, la gente se comportará de forma racional. Lo que ves aquí es el resultado de la ignorancia, la ignominia y una docena de generaciones de represión… ¡Este es el desenlace de un experimento fallido, no el destino del hombre!

—Entonces, ¿por qué tú, un no escultor, cortas carne nueva a partir de la vieja? —Hermana Séptima se le acercó. La peste a repollo de su aliento le recordaba a un cachorro de cerdito de Guinea que sus padres le habían comprado cuando tenía siete años. (Luego hubo una hambruna y el animal acabó en la cazuela)—. ¿Por qué no construyes nuevas mentes para tu pueblo?

—Lo solucionaremos —subrayó Burya con énfasis. Tres diamantes de color esmeralda pasaron sobre ellos como una exhalación. Describieron trayectorias helicoidales los unos alrededor de los otros y a continuación se volvieron y se desviaron bruscamente en dirección al río, como estrellas fugaces dotadas de inteligencia. Cuando no sepas qué decir, cambia de tema—. ¿Cómo ha llegado tu pueblo hasta aquí?

—Somos los Críticos. El Festival cuenta con espacios mentales de sobra. Nos trajo, como al Margen y a otros polizontes. El Festival debe viajar y aprender. Nosotros viajamos y cambiamos. Descubrimos lo que está mal y Criticamos, ayudamos a que las cosas se reparen a sí mismas. Alcanzamos la colmenía oscura y cálida.

Algo alto y sombrío se deslizó por el patio detrás de Burya. Se volvió apresuradamente y se encontró con dos piernas de numerosas articulaciones, terminadas en sendas patas de pollo y coronadas por una masa de salvaje oscuridad. Las piernas se plegaron y el cuerpo descendió hasta que una abertura se abrió delante del balcón, tan oscura y poco atractiva como la cavidad nasal de un cráneo.

—Ven, cabalga conmigo. —Hermana de Estratagemas Séptima se encontraba tras Burya, entre su oficina y él. No era una oferta sino una orden—. ¡Te enseñaré mucho!

Hermana Séptima se inclinó hacia delante, tan pesada e irresistible como un terremoto. Lo levantó en volandas hacia

la cabaña andante, emitiendo de nuevo ese extraño sonido como de husmeo.

—Yo… yo… —las protestas de Burya cesaron. Se llevó una mano al cuello, buscó el collar que llevaba y tiró de él—. ¡Guardias!

A su espalda estallaron siseos y gritos furiosos, seguidos por un fuego errático mientras el primero de los guardias cruzaba la puerta del estudio. Rubenstein aterrizó en el suelo con doscientos kilos de topo tras de sí, sosteniéndolo. El suelo se estremeció y luego se alzó como un ascensor, volvió a caer y aceleró en una imitación pasable de una atracción de feria. Tosió tratando de respirar, pero antes de que pudiera asfixiarse, Hermana Séptima se irguió y tomó asiento en lo que parecía ser un nido hecho de ramitas secas. Le dirigió una sonrisa horrible, mostrando los colmillos, y a continuación sacó de alguna parte una raíz de grandes dimensiones y empezó a masticarla.

—¿Adónde me llevas? Exijo ser liberado…

—Plotsk —dijo el Crítico—. A aprender a comprender. ¿Quieres una zanahoria?

Vinieron a por Martin mientras estaba durmiendo. La puerta de su camarote se abrió de repente y entraron dos fornidos marineros. Se encendieron las luces.

—¿Qué pasa? —preguntó Martin, desconcertado.

—De pie. —Había un suboficial esperando en la entrada.

—¿Qué…?

—De pie. —Le quitaron la colcha sin miramientos. Martin se vio arrastrado de la cama antes de haber dejado de parpadear por la luz—. ¡Deprisa!

—¿Qué pasa?

—Cierra el pico —dijo uno de los marineros y, como si tal cosa, le dio un bofetón en plena cara. Martin cayó sobre la cama y el otro marinero lo cogió del brazo y le puso unas esposas en la muñeca. Mientras trataba de llevarse una mano a la boca, dolorida y caliente, pero no herida de gravedad, se las cerraron sobre la otra muñeca.

—Al calabozo. ¡Paso ligero! —Sacaron a Martin de allí, desnudo y esposado, y lo llevaron apresuradamente a la cubierta que había por debajo del nivel de ingeniería y el núcleo del motor. Todo ocurrió en medio de una imprecisa y dolorosa neblina de luz. Martin escupió y vio un salivazo sanguinolento en el suelo.

Se abrió una puerta. Lo empujaron al otro lado, cayó al suelo y entonces se cerró la puerta.

El asombro remitió al fin. Su cuerpo quedó fláccido en el suelo y rodó sobre su costado. Desde su inicio hasta su final, el asalto había durado menos de dos minutos.

Seguía tirado en el suelo cuando la puerta volvió a abrirse. Un par de botas entraron en su campo de visión.

Una voz sorda:

—Limpien este estropicio. —Y, más alta—. Tú: de pie.

Martin rodó sobre sí mismo y vio al teniente de Seguridad, Sauer, observándolo. El joven agente de la Oficina del Conservador estaba tras el, junto con un par de reclutas. Martin empezó a moverse.

—Fuera —dijo Sauer a los guardias. Obedecieron—. De pie —repitió.

Martin se incorporó y empezó a levantarse apoyando la espalda en una pared.

—Estás metido en un buen lío —dijo el teniente—. No, no digas nada. Estás en un lío. Puedes esconder la cabeza más aún o puedes cooperar. Quiero que lo pienses un poco. —Sacó una fina microplaqueta de color negro y se la mostró—. Ya sabemos lo que es esto. Ahora puedes hablarnos de ello, decirnos quién te lo dio, o puedes dejar que saquemos nuestras propias conclusiones. Esto no es un tribunal civil ni una investigación burocrática. Por si no te has dado cuenta, este es un asunto de la inteligencia militar. El modo en que te comportes con nosotros determinará el modo en que nosotros nos comportaremos contigo. ¿Comprendido?

Martin parpadeó.

—Nunca he visto eso —dijo con el pulso acelerado.

Sauer puso cara de enfado.

—No seas obtuso. Estaba en tu cacharro. Las regulaciones de la armada especifican que es un delito subir aparatos de comunicación no autorizados a bordo de una nave de guerra. Así que, ¿qué estaba haciendo esto ahí? ¿Olvidaste sacarlo? ¿Y de dónde ha salido, por cierto?

Martin balbució:

—Me dijeron en el astillero que lo llevara —dijo—. Cuando subí a bordo no sabía que estaría en la nave más de un turno. Ni que fuera un problema.

—Te dijeron en el astillero que lo llevaras. —Bauer puso cara de escepticismo—. ¡Es un canal causal muerto, hombre! ¿Tienes idea de cuánto vale eso?

Martin asintió de forma temblorosa.

—¿Tiene usted idea de cuánto vale esta nave? —preguntó—. MiG la fabricó. MiG espera ganar un montón de dinero vendiendo copias: y mucho más si obtiene una hoja de servicios distinguida. ¿Se les ha ocurrido la posibilidad de que mis jefes, la gente a la que ustedes alquilaron mis

servicios, pudieran tener un interés legítimo en conocer los cambios que le han hecho a la nave que les vendieron?

Sauer dejó el cartucho en el jergón de Martin.

—Plausible. Hasta el momento lo está haciendo bien. No dejes que se le suba a la cabeza. —Se volvió y llamó a la puerta—. Si esa es tu historia definitiva, informaré al capitán. Si tienes algo más que decirme, informa de ello al supervisor cuando te traiga la comida.

—¿Eso es todo? —preguntó Martin mientras se abría la puerta.

—¿Qué si eso es todo? —Bauer sacudió la cabeza—. ¿Confiesas un delito capital y preguntas si eso es todo? —Se detuvo en el umbral y observó a Martin, impasible—. Sí, eso es todo. Fin de la grabación.

Y salió.

Vassily había acudido al teniente Sauer inmediatamente después del fracasado registro del equipaje de Rachel: asustado de muerte, necesitado de consejo. Lo había soltado todo frente al oficial de Seguridad, quien había asentido tratando de tranquilizarlo y lo había calmado antes de explicarle lo que iban a hacer.

—Están juntos, hijo, eso está muy claro. Pero deberías habérmelo consultado primero. Veamos este aparato que le

confiscaste. —Vassily le había entregado la microplaqueta que había encontrado en el AP de Martin. Sauer le había echado un vistazo y había asentido para sí—. Nunca había visto una de estas, ¿y tú? Bueno, no te preocupes, es la excusa que necesitamos. —Dio unos golpecitos al gastado canal causal—. No sé por qué ha traído esto a bordo, pero ha sido una estupidez increíble, un quebrantamiento evidente de las leyes de Su Majestad. Tendrías que habérmelo traído inmediatamente, sin hacer preguntas, en lugar de registrar el equipaje de la mujer. Cosa que, por supuesto, no has hecho. ¿Verdad?

—Eh… no, señor.

—Buen chico. —Sauer volvió a asentir, ensimismado—. Porque si lo hubieras hecho, tendría que arrestarte, por supuesto. Pero supongo que si dejara la puerta abierta y un recluta tratara de echar un vistazo a su guardarropa, bueno, podríamos investigarlo… —Su voz se apagó mientras se sumía en sus pensamientos.

—¿Por qué no podemos arrestar a la mujer, señor? Por… um… posesión de maquinaria ilícita.

—Porque —Sauer dirigió una mirada a Vassily— cuenta con pasaporte diplomático. Tiene permiso para llevar maquinaria ilegal en su equipaje. Y, francamente, hasta donde yo sé, tiene una buena excusa. ¿Tendrías alguna

objeción si llevara una máquina de coser? Porque eso es lo que ella dirá que es: una fábrica de ropa.

—Pero yo he visto esas cosas saliendo de allí, ¡cosas con demasiadas patas! Venían a por mí…

—Nadie más las ha visto —dijo Sauer con voz tranquilizadora—. Yo te creo. Lo más probable es que sí hayas visto algo. Puede que un robot espía. Pero uno bueno, lo bastante bueno como para esconderse… Y sin pruebas… —Se encogió de hombros.

—¿Qué va a hacer usted entonces, señor?

Sauer apartó la mirada.

—Creo que voy a hacerle al señor Springfield una visita —murmuró—. Lo encerraremos. Que pase algún tiempo en los calabozos. Y luego —esbozó una sonrisa desagradable— veremos lo que hace nuestra diplomática. Lo que debería de servir para aclararnos qué pasa aquí, ¿no crees?

Ninguno de ellos reparó en la presencia de las bragas moteadas que se escondían en el conducto de ventilación del techo, escuchando pacientemente y grabándolo todo.

CONFESIONES

La Lord Vanek aceleraba a una económica tasa de dos g, utilizando el núcleo de su motor para curvar el espacio-tiempo frente a sí y convertirlo en un valle por el que se deslizaba con facilidad sin imponer un estrés dañino a la tripulación ni a la maquinaria. Costaba mucho poner en movimiento noventa y dos mil toneladas de nave (con un agujero negro de ocho mil millones de toneladas en su centro), pero una vez conseguido, podían llegar muy deprisa a cualquier parte. Tardaría varios días en cruzar el vasto abismo que separaba el emplazamiento de la Lord Vanek del primer punto de salto del trayecto de regreso en su travesía temporal, pero eso no era nada comparado con los años que las primeras sondas de la humanidad habían tardado en salvar distancias similares.

Las naves de la flota apenas se habían alejado veinte años luz de la Nueva República, pero en el proceso habían adelantado cuatro mil años zigzagueando entre las dos solitarias componentes de un sistema binario, en un intento por esquivar cualquier equipo de vigilancia de larga duración que el Festival hubiera podido colocar para esperarlos. La componente espacial del viaje no tardaría en comenzar, con una travesía a un sistema similar situado no muy lejos del Planeta de Rochard. A continuación la flota describiría una trayectoria insólita para regresar al pasado de su propio mundo sin cruzarse en ningún momento con la de su punto de origen.

Por el camino, las naves de aprovisionamiento repondrían a intervalos regulares las provisiones consumibles de las naves, el aire, el agua y la comida. No menos de ocho naves mercantes quedarían completamente vacías y serían abandonadas en el espacio para siempre. Sus tripulaciones se unirían a las de las demás embarcaciones. El viaje supondría una tensión casi insoportable para el sistema logístico de la Armada: algo tendría que resentirse y, de hecho, el presupuesto de un año entero para construcción de naves se dedicaría exclusivamente a costear el aprovisionamiento de aquella operación.

Mientras viajaban entre salto y salto, las naves hacían maniobras constantes. Impulsos de lidar sondeaban el espacio profundo más allá de las heliopausas mientras los oficiales de un escuadrón elaboraban planes de ataque

contra las naves del otro. Se calculaban las trayectorias de misiles y torpedos y los planes de fuego láser se introducían en los incansables engranajes de miles de motores analíticos. Buscar naves a largas distancias era complicado porque no emitían demasiada energía susceptible de ser detectada. El radar era inútil: para producir la energía necesaria para conseguir un retorno, la Lord Vanek hubiera tenido que producir tanto calor residual que su tripulación se hubiera quemado viva. En aquellas circunstancias, solo sus vastos paneles de radiación, extendidos hacia las estrellas y ahora calentados casi hasta el rojo vivo, le permitían operar con el lidar a alta intensidad durante cortos períodos de tiempo (el vacío es el aislante más eficaz y los sensores activos capaces de recorrer miles de millones de kilómetros se calientan con facilidad).

Martin Springfield no sabía nada de todo esto. Tendido en su celda, había pasado los dos últimos días sumido en un hastío abatido, alternando entre la depresión y un optimismo cauteloso. Sigo vivo, pensaba. Y luego: No por mucho tiempo. ¡Si hubiera algo que él pudiera hacer! Pero a bordo de una astronave, no había donde huir. Era lo bastante realista como para comprender esto: si sus carceleros se quedaban sin opciones, estaba muerto. Solo podía albergar la esperanza de que no hubieran averiguado lo que había hecho, y lo pusieran en libertad para no enemistarse con el astillero.

Una tarde estaba sentado en su camastro cuando se abrió la puerta. Levantó la mirada al instante, esperando encontrarse con Sauer o con el espeluznante cachorro del Conservador. Se le abrieron los ojos como platos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Una visita. ¿Te importa si me siento? —Asintió, incómodo. Rachel se sentó en la esquina del camastro.

Llevaba un sencillo mono negro y se había recogido el pelo a la espalda en una austera coleta. Se comportaba de forma diferente, casi relajada.

No se trataba de un disfraz, comprendió: no estaba interpretando el papel de mujer de virtud fácil, el de diplomática enviada a una república bananera ni ningún otro. Estaba siendo ella misma: una figura formidable.

—Creía que te habrían encerrado también a ti —le dijo.

—Si, bueno… —Parecía distraída—. Un momento. —Consultó su reloj de pulsera—. Ah. —Se inclinó hacia el extremo de la cama en el que estaba sentado Martin y colocó algo pequeño y metálico sobre él.

—Ya había anulado los micros —dijo Martin—. No van a oír mucho.

Rachel lo fulminó con la mirada.

—Gracias por nada.

—¿Qué…?

—Quiero la verdad —dijo sencillamente—. Me has estado mintiendo. Quiero saber por qué.

—Oh. —Trató de no encogerse. La expresión de Rachel era tan controlada que parecía antinatural, la calma que precede a la tormenta.

—Solo tienes una oportunidad para decirme la verdad —dijo, utilizando un tono de voz prosaico y tranquilo, desmentido por un leve temblor—. No creo que sepan que estás mintiendo, pero cuando regresemos… bueno, no son idiotas y tú no haces otra cosa que meterte más en la mierda. La Oficina del Conservador estará vigilando. Si actúas de forma culpable, el muchacho llegará a la única conclusión plausible.

Martin suspiró.

—¿Y si esa conclusión es correcta? ¿Y si soy culpable? —preguntó.

—Confiaba en ti —dijo ella con voz neutra—. Como creía que eras. No como un jugador. No me gusta que me mientan, Martin. Ni en mi trabajo ni en mi vida personal.

—Bueno. —Contempló el diminuto emisor de interferencias que ella había colocado en la almohada. Era más fácil que afrontar su rabia y su dolor—. Si te dijera que me aseguraron que se trataba del astillero, ¿estarías satisfecha?

—No. —Sacudió la cabeza—. Además, no eres tan tonto como para tragarte una historia como esa. —Apartó la mirada—. No me gusta que me mientan.

La miró. Rachel era una profesional de primera, no como los penosos aficionados de la Nueva República. Seguro que tenía reflejos de análisis de voz, detectores de mentiras y un sinfín de aparatos más apuntándolo. Si es que había pasado a ser una cuestión de negocios y ella no le había dado por perdido del todo. En caso contrario… bueno, no podía culparla por estar furiosa con él. Si él estuviera en su lugar, también estaría resentido. Y dolido.

—A mí no me gusta mentir —dijo, cosa que era muy cierta—. No sin una razón muy importante —admitió. Rachel aspiró profundamente y apretó los puños.

—Aquí soy lo más parecido a un abogado que vas a poder encontrar, Martin. Soy el representante más cercano de tu gobierno… de lo que ellos creen que es tu gobierno, en un radio de cuatro mil años y doscientos años luz. A pesar de que son unos atrasados medievales, tienen un sistema de gobierno garantista y me permiten visitarte como tu

abogada. Si tu caso se presenta frente a una corte marcial podré defenderte porque eres un civil y si no, tal vez pueda amortiguar el golpe. Pero solo si me lo cuentas todo, para que pueda saber lo que estoy defendiendo.

—No puedo hablar de ello —dijo, incómodo. Levantó su libro, casi como si quisiera esconder su culpable consciencia tras él—. No se me permite. Pensaba que precisamente tú lo comprenderías.

—Escucha. —Rachel le dirigió una mirada furiosa—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre la confianza? Estoy realmente decepcionada. Porque yo sí confiaba en ti y me parece que has traicionado esa confianza. Tal como están las cosas, voy a tener que trabajar mucho para poder bajar tu culo del gancho en el que lo has colgado, o al menos conseguir que salgas de aquí con vida. Pero antes de hacerlo, quiero saber sobre qué me has estado mintiendo.

Se puso en pie y siguió hablando.

—Soy una idiota. Y una idiota condenada por confiar en ti, y una idiota aún peor por mezclarme contigo. ¡Joder, soy una idiota muy poco profesional! Pero te lo voy a preguntar de nuevo y espero que me respondas sinceramente. Hay muchas vidas en juego esta vez, Martin, porque no se trata de ningún juego. ¿Para quién coño estás trabajando?

Martin guardó silencio un momento, confundido por la mareante sensación de que los acontecimientos estaban escapando a su control. No puedo decírselo, ni puedo dejar de decírselo… Levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de ella por vez primera. Fue la expresión dolida de Rachel lo que lo convenció: por mucho que tratara de justificarse, no podría dormir aquella noche si permitía que siguiera sintiéndose así. Traicionada por la única persona en la que podía confiar en un radio de varios años luz. Un momento de renuncia al profesionalismo se merecía otro como respuesta. Cuando empezó a hablar tenía la boca seca y torpe.

—Trabajo para el Escatón. —Rachel se sentó pesadamente y los ojos se le abrieron como platos de pura incredulidad. —¿Qué?

Se encogió de hombros.

—¿Crees que el Escatón solo responde a los problemas tirándoles piedras? —preguntó.

—¿Estás bromeando?

—No. —Notaba el sabor de la bilis en el fondo de la garganta—. Y creo en lo que estoy haciendo, o no estaría aquí en este momento, ¿no? Porque en efecto, la alternativa es tirar una piedra de tamaño planetario sobre el problema. Para el Escatón es más fácil. Y además hace mucho ruido.

Asusta a la gente. Pero en realidad… casi siempre, al E el gusta más resolver los problemas de manera discreta, utilizando a tipos como yo.

—¿Cuánto hace?

—Unos veinte años. —Volvió a encogerse de hombros—. Eso es todo lo que hay.

—¿Por qué? —Enterró las manos en las rodillas, las juntó y las apretó con fuerza y le dirigió una mirada con una expresión miserable y confusa en el rostro.

—Porque… —Trató de ordenar sus dispersos pensamientos—. Créeme, el Escatón prefiere que sea la gente la que haga el trabajo. Le ahorra a todo el mundo un montón de problemas. Pero una vez que la flota se puso en marcha y no conseguiste convencerlos, dejó de haber alternativa. No creerías que después de preparar los prerrequisitos para un bucle temporal cerrado no llevarían el plan a su conclusión lógica. —Aspiró profundamente—. Esta es la clase de trabajo que hago. Soy el fontanero que acude cuando el Escatón quiere que se repare una fuga con discreción.

—Quieres decir que eres un agente.

—Sí —asintió—. Como tú.

—Como yo. —Emitió una especie de graznido que, a juzgar por como sonaba, posiblemente hubiese pretendido ser una carcajada—. Mierda, Martin, no es esto lo que esperaba oír.

—Ojalá no hubiera pasado. Especialmente con… vaya, con nosotros. En medio.

—Lo mismo digo, con toda el alma —dijo con voz temblorosa—. ¿Eso era todo?

—¿Qué si era todo? Te prometo que es todo lo que te estaba ocultando.

Una pausa prolongada.

—Muy bien. ¿Fue… ah… puramente profesional?

Martin asintió.

—Sí. —La miró—. No me gusta mentir. Y no he mentido, ni te he ocultado la verdad, sobre nada más. Te lo prometo.

—Oh. Vale. —Aspiró hondo y esbozó una sonrisa cansada. Parecía al mismo tiempo divertida y aliviada.

—Te ha sentado muy mal, ¿no? —le preguntó.

—Oh, podría decirse así —dijo ella con marcado sarcasmo.

—Um. —Le ofreció la mano—. Lo siento. De veras.

—Disculpas aceptadas… con condiciones. —Le estrechó la mano, brevemente, y a continuación la soltó—. Y ahora, ¿vas a contarme lo que tiene previsto el Escatón para nosotros?

—Sí, hasta donde yo sé. Pero tengo que advertirte que no se trata de buenas noticias. Si no conseguimos escapar de esta nave antes de que llegue, lo más probable es que muramos…

El viaje en el tiempo desestabiliza la historia.

La historia es hija de la contingencia. Tantísimos acontecimientos dependen de un malentendido crítico o un encuentro transitorio que hasta el apócrifo batir de las alas de una mariposa es capaz de provocar a corto plazo una tormenta. Un solo telegrama malinterpretado en 1917 permitió que la revolución bolchevique se convirtiera en una posibilidad. En 1958, un solo espía alargó la Guerra Fría una década más. Y sin ambos acontecimientos, ¿podría haber llegado a existir un ser como el Escatón?

Por supuesto, en un universo que permite el viaje en el tiempo, la propia historia se vuelve inestable… y el equilibrio solo puede restaurarse cuando el diabólico mecanismo se edita fuera del retablo de los acontecimientos. Pero este es un magro consuelo para los trillones de entidades que dejan de existir al paso de una tormenta temporal desatada.

No resulta demasiado sorprendente que, cada vez que aparecen seres inteligentes en un universo de estas características, traten de utilizar curvas temporales cerradas para prevenir su propia extinción. Si el viaje superluminico es posible, la relatividad general nos dice que es equivalente al viaje en el tiempo. Y esta equivalencia convierte las tecnologías de la aniquilación total en algo aterradoramente accesible. Las organizaciones pequeñas y estúpidas como la Nueva República tratan de utilizarlas para obtener pequeñas ventajas sobre sus contemporáneos y rivales. Los grandes, vastos y fríos intelectos tratan de moldear el universo en la forma que les sea más propicia. Su intervención puede adoptar formas sencillas, como tratar de impedir que sus enemigos los borren del registro de la historia estable, o pueden en cambio ser muy sofisticadas, como una actuación en los momentos más tempranos del big bang, antes de que el campo de Higgs decayese y derivase en las fuerzas fundamentales diferenciadas que cimentan el universo a fin de asegurar el número preciso de constantes que permiten la existencia de la vida.

Este no es el único universo: ni de lejos. Ni siquiera es el único en el que existe vida. Como organismos vivos, los universos existen en equilibrio sobre el borde del caos, pequeñas burbujas de un espacio retorcido que se separan y se hinchan, expandiéndose y enfriándose, dando luz a otras burbujas de espacio-tiempo condensado al cabo de un

tiempo: un jardín de cristales hiperdimensionales lleno de árboles extraños que dan frutos aún más extraños.

Pero los demás universos no nos sirven de mucho. Hay demasiadas variables en la mezcla. Cuando el estallido inicial de energía que marca el nacimiento de un universo se enfría, la fuerza que impulsa su inicial expansión se vuelve tenue y a continuación se divide en una compleja mezcolanza de otras fuerzas. La constante que determina su mutua relación se establece de forma aleatoria, al azar. Existen universos con solo dos fuerzas; en otros hay miles (el nuestro tiene cinco). Existen universos en los que los electrones son numerosísimos: la fusión nuclear es tan sencilla que la era de la formación de las estrellas termina menos de un millón de nuestros años después del big bang. La química no es fácil allí y mucho antes de que la vida haya tenido tiempo de evolucionar, estos universos no contienen otra cosa que púlsares en proceso de enfriamiento y agujeros negros, la chatarra de la creación que ha topado con un fin prematuro.

Existen universos en los que los fotones tienen masa y otros en los que hay tan poca masa que es imposible que se colapsen sobre sí mismos al final de los tiempos. Hay, de hecho, infinitud de universos ahí fuera y en algunos de ellos aparece vida inteligente. Pero aparte de esto, es posible que nunca sepamos nada. El viaje entre los universos es casi imposible: la materia que es estable en uno podría no serlo en otro. Así que, atrapados en nuestra pequeña pecera de espacio vagamos flotando por el jardín de cristal de los

universos… y las inteligencias que viven con nosotros, criaturas como el Escatón, hacen lo que está en su mano para impedir que sus vecinos menos inteligentes rompan la pecera desde dentro.

El hombre de gris le había explicado todo esto a Martin con gran lujo de detalles, dieciocho años atrás.

—El Escatón tiene gran interés en mantener la integridad de la línea temporal del mundo —había dicho—. Y también les interesa a ustedes. Una vez que la gente empieza a entrometerse en las más arcanas paradojas causales, pueden producirse efectos colaterales destructivos de todas clases. El Escatón es tan vulnerable a esto como cualquiera: él no creó este lugar, ¿sabe? Solo quiere vivir en él con el resto de nosotros. Puede que sea una inteligencia colosalmente sobrehumana o una suma de inteligencias, puede que tenga a su disposición recursos que nosotros ni siquiera podemos alcanzar a comprender, pero podría ser destruido con enorme facilidad. Unas pocas armas nucleares en los lugares precisos, antes de que alcanzara consciencia a partir de las redes pre-Singularidad del siglo XXI. Sin el Escatón, probablemente la especie humana se hubiera extinguido a estas alturas. La epistemología no sirve para pagar las facturas —señaló Martin con voz seca—. Si espera que haga algo peligroso…

—Somos conscientes de ello. —El hombre de gris asintió—. Necesitamos que se hagan ciertas cosas y algunas de ellas

no serán del todo seguras. La mayor parte del tiempo no tendrá más que tomar nota de ciertas cosas e informarnos sobre ellas… pero, ocasionalmente, si existe una amenaza seria, puede que se le pida que actúe. Por lo general de formas sutiles, imposibles de detectar, pero siempre con riesgo para usted. Sin embargo, hay compensaciones…

—Descríbalas. —En este momento, Martin dejó en la barra su bebida sin terminar.

—Mi patrocinador está dispuesto a pagarle muy bien. Y como parte del pago… podemos facilitarle las cosas si desea recibir tratamiento de prolongación y licencia de residencia continuada. —La tecnología de extensión de la vida, que en la práctica permitía el aumento de las expectativas de vida de forma ilimitada a partir de los 160 años, era eminentemente práctica y estaba disponible en los mundos más avanzados. Asimismo, estaba sometida a más controles que cualquier otro procedimiento médico. El sistema de controles y licencias era una reliquia del Exceso, el breve período del siglo XXI en el que la población de la Tierra había excedido la marca de los diez mil millones (antes de la Singularidad, cuando el Escatón se elevó por encima de la inteligencia meramente humana y rescribió a su gusto el manual de instrucciones). Los efectos secundarios de la superpoblación todavía los estaba pagando el planeta y la respuesta era una legislación a prueba de bombas: si querías vivir más allá de lo que determinaba la naturaleza, debías demostrar algún mérito especial, alguna razón por la que se

te debía permitir seguir vivo. O bien podías someterte a los tratamientos y emigrar. Había pocas leyes que obedecieran todas las fracturadas tribus y culturas y compañías de la Tierra, pero por el bien de todos, esta era una de ellas. Una oferta de exención por obra y gracia de la discreta intervención del Escatón…

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo? —preguntó Martin.

—Hasta mañana. —El hombre de gris consultó su cuaderno—. Un sueldo de diez mil al año. Otros diez mil como bonificación si se le pide que haga algo. Y una exención por estatus esencial frente al comité de población. Y por encima de todo, estará ayudando usted a proteger a la humanidad en su conjunto de las acciones de algunos de sus miembros más inmoderados… por no decir estúpidos. ¿Le apetece otro trago?

—Está bien —dijo Martin. ¿Están dispuestos a pagarme? ¿Por hacer algo para lo que me presentaría voluntario? Se puso en pie—. No necesito otro día para pensarlo. Cuenten conmigo.

El hombre de gris sonrió sin alegría.

—Me aseguraron que diría eso.

El equipo oro estaba en alerta máxima. Ni una sola cabeza se movió cuando se abrió la puerta y entró el capitán Mirsky, seguido por el comodoro Bauer y su estado mayor.

—Comandante Murametz, informe, por favor.

—Sí, señor. Tiempo para transición de salto, tres cero cero segundos. Trayectoria de localización confirmada, señales operativas. Todos los sistemas funcionando a un nivel de operatividad aceptable para el plan de combate C. Estamos preparados para entrar en alerta de combate en cuanto usted lo ordene, señor.

Mirsky asintió.

—Caballeros, procedan de acuerdo a las órdenes. —El Comodoro asintió y ordenó en voz baja a su adjunto que tomara notas. Por toda la nave empezaron a sonar sirenas. El ruido de los marineros que corrían a sus puestos no atravesaba los mamparos pero a pesar de todo se mascaba la tensión en el ambiente. Por toda la sala, en los diferentes puestos, los oficiales empezaron a mantener conversaciones en voz baja con los circuitos tácticos cerrados.

—Preparados para el salto en dos cero cero segundos —informó Relativística.

Rachel Mansour, ataviada con su uniforme de inspectora de desarme y sentada incómodamente cerca de una de las paredes, estaba estudiando la abigarrada consola de

instrumentos de un suboficial. Palancas de bronce y diodos de emisión de luz que despedían una barroca iluminación roja brillaban frente a sus ojos. Una cabeza de perro hecha de peltre ladraba silenciosamente desde un interruptor de aislamiento. Alguien había pasado media hora lustrando las tallas hasta conseguir que emitieran el brillo suave de la mantequilla. Era una amarga ironía contemplar tanto arte en un lugar consagrado a la guerra. La situación era, pensó, repulsiva en no poca medida y encontrar en ella algo hermoso, aun remotamente, solo contribuía a empeorar las cosas.

El Festival: de todas las cosas estúpidas que la Nueva República podía escoger para atacar, el Festival era la peor. Había hablado con Martin de él y entre la información que los dos poseían habían llegado a conclusiones aterradoras.

—Herman se mostraba muy reservado sobre el Festival, cosa rara en él —había admitido Martin—. Normalmente me da mucha información. Cada palabra significa algo. Pero es como si no quisiera decir gran cosa sobre el Festival. Son… él los llamó… eh, fábricas de osciladores deslizantes. No sé si conoces Vida…

—¿Autómatas celulares, el juego?

—Ese mismo. Los osciladores deslizantes son autómatas celulares móviles. Existen algunas estructuras vivas complejas que se recrean a sí mismas o a estructuras

celulares más sencillas. Un oscilador deslizante es una de ellas, bastante extraña. Periódicamente se compacta hasta convertirse en un sistema móvil muy denso que migra por la rejilla durante un par de cientos de cuadrados y luego se divide en dos copias que a continuación vuelven a compactarse y emigran en direcciones diferentes. Herman dice que son algo parecido pero en el espacio real: los llamó robots de Boyce-Tipler. Sondas interestelares autorreplicantes que viajan a velocidades infralumínicas y que son enviadas por todo el universo a recoger información que luego reenvían a un centro. Solo que el Festival no es una flota de robots estúpidos. Lleva procesadores de carga de datos, miles de mentes cargadas capaces de operar a una velocidad increíble cuando cuentan con recursos y que se almacenan en sistemas latentes durante los viajes largos.

Rachel se había estremecido ligeramente al oírlo y él, malinterpretando la causa de su malestar, la había abrazado. Ella no se había resistido, pues no quería que se diera cuenta de que la había perturbado. Ya se había encontrado con mentes cargadas en otras ocasiones. La primera generación de ellas, recién salidas del universo de los títeres de carne, no suponían un problema: fueron sus descendientes los que la inquietaron. Nacidas —si podía decirse así— en un entorno virtual, divergían rápidamente de cualquier norma de humanidad que ella pudiera ver. Y, lo que era más serio, su comprensión del mundo era incompleta. No pasaba nada siempre que no tuvieran que interactuar con él, pero cuando

lo hacían, utilizaban nanosistemas avanzados para crear miembros y algunas veces, accidentalmente, rompían cosas. Planetas, por ejemplo.

No lo hacían con malicia intencionada. Simplemente, maduraban en un entorno en el que la información no desaparecía a menos que alguien lo quisiera, en el que la muerte y la destrucción eran reversibles, en el que las varitas mágicas funcionaban y las alucinaciones eran peligrosas. El universo de verdad se regía por reglas diferentes, reglas de las que sus horrorizados antepasados habían huido tan pronto como los procesos para trasladar la mente a redes informáticas distribuidas habían estado disponibles.

El Festival parecía un problema serio. Por un lado, una civilización cargada acostumbrada a la omnipotencia en su propio universo particular había decidido sin que mediara una razón obvia ir a hacer turismo por la galaxia. Por otro, una maquinaria física de vasta sutileza y poder estaba a su disposición en cada puerto al que arribaba. Por ejemplo, los robots arbusto: tomemos un árbol de frondas con varias ramas. Cada rama se divide en su extremo en otras dos la mitad de grandes, conectadas por articulaciones flexibles. Repitamos el proceso hasta el nivel molecular, donde cada rama termina en un nanomanipulador. El resultado es una neblina plateada con un núcleo en forma de pesa que emite luz coherente, es capaz de cambiar de forma, desmantelar y reensamblar objetos físicos a voluntad… capaz de reconstruir casi cualquier cosa desde la escala atómica para

convertirlo en cualquier objeto físico que desee. Los robots arbusto eran la infantería definitiva. Si les disparabas, se comían las balas, las convertían en más ramas y te daban las gracias por el metal.

—Me preocupa lo que pasará cuando lleguemos —admitió Martin. Se retorcía las manos mientras hablaba, como si subconscientemente quisiera subrayar sus palabras—. No creo que los hombres de la Nueva República sean capaces de comprender de verdad lo que está pasando. Ellos solo ven un ataque y puedo comprender por qué: el Festival ha destruido la economía social y política de una de sus colonias tan exhaustivamente como si hubiera bombardeado el lugar con bombas nucleares desde la órbita. Pero lo que no soy capaz de ver es una posibilidad para el acuerdo. En este asunto no hay posibles puntos en común. ¿Qué quiere el Festival? ¿Qué haría falta para que se marcharan y dejaran tranquila la Nueva República?

—Creía que no te gustaba la Nueva República —lo desafió Rachel.

Hizo una mueca.

—¿Y a ti sí? No me gusta su sistema y ellos lo saben. Por esa razón estoy aquí sentado en lugar de en mi camarote o en la cubierta de ingeniería. Pero —se encogió de hombros—. Su sistema social es una cosa, y la gente es gente en todas partes, gente que trata de salir adelante en este loco

universo. No me gustan como individuos pero eso no quiere decir que me tenga que gustar que mueran. No son monstruos y no se merecen lo que se les viene encima. La vida no es justa, ¿verdad?

—Tú has aportado tu granito de arena para hacerla así.

—Sí. —Bajó la mirada al suelo y la clavó intensamente en algo invisible para ella—. Ojalá hubiera una alternativa. Pero Herman no puede permitir que se salgan con la suya. O la causalidad es una ley sólida o… las cosas se derrumban. Es mucho mejor que su maniobra fracase completamente, de modo que el viaje en su conjunto parezca una chapuza absurda, que permitir que triunfe y aliente a futuros aventureros a tratar de utilizar el viaje en el tiempo para atacar a sus enemigos.

—¿Y si te azotan en el mástil mientras la nave se encamina al remolino?

—Nunca he dicho que fuera omnisciente. Herman dijo que trataría de sacarme de aquí si tenía éxito. Ojalá supiera en qué estaba pensando. ¿Cuáles son tus opciones?

Ella frunció los labios.

—Puede que ese tal Herman sobornara a mi jefe… Me enseñó a no viajar nunca por el mar sin un bote salvavidas.

Martin soltó un bufido. A todas luces había malinterpretado sus palabras.

—Bueno, dicen que el capitán siempre se hunde con la nave. ¡Es una pena que nunca mencionen a los esclavos negros que se hunden en la sala de máquinas!

Un anuncio procedente del puente devolvió a Rachel al presente:

—Salto en uno cero cero segundos.

—Estatus, por favor —dijo el comandante Murametz. Todos los puestos respondieron en orden. Todo estaba marchando como la seda—. ¿Tiempo para la transición?

—Cuatro cero segundos. Spin del núcleo en proceso. Vaciado de masa negativa en proceso. —A mucha distancia bajo sus pies, la masiva singularidad que alojaba el núcleo del sistema de impulso estaba devanándose, liberando momento angular al vacío energético que era la base del espacio-tiempo. No hubo vibración ni sensación de movimiento: ni podía haberlas. El spin, en el contexto de un motor espacial, era una propiedad de zonas curvadas del espacio y no tenía nada que ver con la materia tal como la entendía la mayoría de la gente.

—Comandante Murametz, proceda. —El capitán se enderezó, con las manos juntas en la espalda—. Comodoro, con su permiso…

Bauer asintió.

—Proceda según su iniciativa. —Transición en proceso… Preparados. Marco de referencia establecido.

—No hay obstrucciones —informó Radar Uno—. Um, parece que estamos preparados.

—Uno cero g, línea recta hacia la primaria —dijo Ilya. Parecía casi aburrido. Solo en los últimos tres días, habían repetido aquello mismo una docena de veces—. Confirme fijado de posición y a continuación lleve a cabo una exploración pasiva. Perfil estándar.

—Sí, señor. Navegación lo confirma. Posición estelar fijada. Sí, estamos bastante más cerca que la última vez. Veo el chorro de calor residual de la Canciller Romanoff; han pasado. —Era una buena noticia. Aun a diez g de aceleración constante, se podían tardar horas e incluso días en corregir un error de un par de unidades astronómicas—. No hay nada más a la vista.

—En tal caso lance una emisión de lidar. Discontinua, si es tan amable, frontal nueve cero grados.

—Iniciando emisión… ya. Perfil regular. —La pantalla principal de la simulación mostró cómo se vertían varios megavatios de luz láser a las profundidades del espacio, radiación ultravioleta dura en su mayor parte, marcada con

los impulsos regulares del reloj de la nave—. Fin de la exploración. Lidar apagado.

Radar Dos: —¡Recibo una respuesta! Distancia… ¡Santo padre! ¡Señor, estamos casi encima de ellos! Distancia seis cero K-kilómetros. ¡Parece metal!

Bauer sonrió como un tiburón.

—Timonel: potencia máxima en uno cero segundos. Curso más uno cero menos cuatro cero.

—Sí, señor. Cambiando curso a más uno cero menos cuatro cero. Dos uno uno g ascendiendo en cinco… tres… ahora. —Al igual que la mayoría de las potencias regionales, la Armada de la Nueva República había adoptado la g estándar de la Tierra: diez metros por segundo cuadrado. A toda potencia, la Lord Vanek podía pasar de la inmovilidad a una velocidad de escape planetario en menos de sesenta segundos. Sin una medida de delicado equilibrio, el intercambio de spin del núcleo por la curvatura del espacio que rodeaba a la nave, la tripulación sería aplastada contra el suelo. Pero llevar un núcleo como aquel tenía su precio: un misil impulsado por un motor de fusión, con una velocidad de crucero inferior a la de la luz, podía, a corto alcance, superar en velocidad y en maniobrabilidad a una nave lastrada con el peso de una montaña.

—Radar, déme algunos detalles sobre esa señal. —Minsky se inclinó hacia delante.

—Sí, señor. —En la pantalla delantera apareció una trayectoria. Rachel enfocó la mirada en las lecturas, mirando por encima de las protuberancias cubiertas de cicatrices de navaja que el suboficial Borisovitch tenía en el cráneo—. Confirmando…

Radar Dos: —¡Más contactos! ¡Repito: tengo múltiples contactos!

—¿A qué distancia? —preguntó el capitán.

—Están… ¡Demasiado cerca! Señor, son muy tenues. De hecho, la red de análisis ha necesitado varios segundos para captarlas. Tienen que ser emisores de cuerpo negro con características sigilosas. Distancia nueve cero K, uno punto tres M, siete M, otra a dos cinco cero K… ¡Estamos en medio de ellas!

Rachel cerró los ojos. Un escalofrío recorrió su columna vertebral mientras pensaba en pequeñas factorías robóticas, replicadores, un enjambre de armas autorreplicantes esperando en una órbita baja alrededor del satélite de un lejano gigante gaseoso. Respiró hondo y abrió los ojos.

Radar dos interrumpió sus pensamientos.

—¡Objetivo! Distancia seis punto nueve M-clics, gran perfil de emisión. Curso menos cinco cinco más dos cero. Minsky se volvió hacia su oficial ejecutivo.

—Ilya, su turno.

—Sí, señor. Designen el nuevo contacto como objetivo alfa. Adopten trayectoria convergente con alfa, punto de máxima proximidad a tres cero K, a toda máquina.

—Sí, señor. Designando alfa como objetivo.

—¿Espera usted algo señor? —dijo Ilya en voz baja. Rachel ladeó ligeramente la cabeza para que su sistema de oído mejorado enfocara a los dos oficiales que conversaban al otro extremo de la sala.

—Y tanto que lo espero. Algo aniquiló la flotilla de defensa del sistema —murmuró Minsky—. Algo que se encontraba allí, esperándolos. No espero otra cosa que contactos hostiles en cuando salgamos del salto.

—No creí que estuvieran tan cerca. —Murametz parecía preocupado.

—He tenido que bucear un poco, pero gracias a la inspectora Mansour —el capitán la señaló con un gesto de la cabeza—, sabemos algo sobre sus capacidades, que son bastante alarmantes. No figuraba en el informe estándar de inteligencia porque los muy idiotas no creyeron que

mereciera la pena mencionarlo. Luchamos contra cornucopias, ¿sabe?, y nadie en Inteligencia naval se ha molestado en preguntar las capacidades tácticas de una factoría robotizada.

El coronel Murametz sacudió la cabeza.

—No sé, señor. ¿Tiene trascendencia militar?

—Sí. Verá, los robots pueden reproducirse. Y engendrar astrosondas.

—Astrosondas… —De repente, Ilya comprendió. Puso cara de espanto—. ¿De qué tamaño? —preguntó al capitán.

—Aproximadamente medio kilo de masa. En un gramo de nanomaquinaria de sustrato de diamante se puede meter un montón de circuitos de guiado. Los lanzadores que los disparan posiblemente pesen un cuarto de tonelada cada uno… pero gran parte de esto es antimateria almacenada para alimentar un generador de haces de partículas. A ojo de buen cubero, calculo que podría haber un par de millares ahí fuera. Probablemente eso es lo que ha captado el radar. Si tropieza con uno y se dispara, puede contar con que la astrosonda viaje a no menos de diez mil g. Pero, por supuesto, no la verá, a menos que tenga sistema de adquisición de objetivos y reciba usted alguna radiación residual del haz. Básicamente, estamos en medio de un

campo de minas, y las minas pueden lanzar misiles relativísticos contra nosotros.

—Pero… —Ilya puso cara de espanto— creía que este era un procedimiento de inicio de fuego estándar.

—Lo es, comandante —dijo Bauer con voz seca.

—Ah. —Ilya se puso ligeramente verde.

—¡Dispersión de señales! —Era Radar Tres—. ¡Tengo dispersión de señales! Algo está disparando desde el objetivo alfa, acelerando a uno punto tres… no uno punto cinco g. Emisiones múltiples de rayos gamma, uno punto cuatro MeV.

—Márquelo como candidato uno —dijo Ilya. A continuación, con voz urgente—. Señor, humildemente solicito permiso para reasumir el control inmediato.

—Concedido —respondió el capitán.

Rachel pasó la mirada por todos los puestos de la sala de operaciones. Los oficiales estaban inclinados sobre sus consolas, susurrando a los micrófonos de sus cascos auriculares y ajustando palancas y diales de bronce. Minsky se acercó a la estación de mando y se situó junto a Ilya.

—Que el radar busque picos de energía —dijo—. Va a ser difícil. Si estoy en lo cierto, nos encontramos en medio de un

campo de minas controlado por una plataforma central de mando. Si volvemos a tener alguna fuga, no saldremos de aquí. —Rachel se inclinó hacia delante y enfocó la mirada en la pantalla principal. Era, pensó, muy notable. Si aquel era un ejemplo de la capacidad de respuesta de la tripulación, con un poco de suerte es posible que hasta llegasen a la órbita del Planeta de Rochard.

La tensión fue aumentando a lo largo de los siguientes diez minutos, mientras el Lord Vanek aceleraba en dirección al objetivo. Su motor de singularidad era virtualmente indetectable, incluso a corta distancia (captar la masa de una montaña era tarea imposible hasta para los más sensibles detectores de ondas gravitatorias) pero lo único que el enemigo tenía que hacer era encender un radar de impulsos doppler y el crucero pesado aparecería en sus pantallas como un pulgar hinchado. La primera regla de la guerra espacial —y de la antigua guerra submarina, que la había precedido— era, «si pueden verte, pueden matarte».

Por otro lado, la base enemiga no podía saber con seguridad dónde se encontraba la nave en aquel preciso momento. Había cambiado de trayectoria inmediatamente después de apagar el lidar. Cuatro impulsos lidar más, enviados por las demás naves al hacer su aparición y tratar de orientarse, habían recorrido por un breve momento el casco. Desde entonces, nada salvo silencio.

—¡Segunda señal! —informó Radar Uno—. Otro pájaro vivo en movimiento. Distancia cuatro siete M-clics, vector dirigido a la fuente del impulso lidar tres, el Suvarov.

—Confirme curso y aceleración —ordenó Ilya—. Márquelo como candidato dos.

—Confirmo tres más —dijo Radar Dos—. Otra fuente, um… distancia nueve cero M-clics. Designación beta. Son muchos, ¿no?

—Busque un…

—Tercer eco procedente del objetivo local alfa —dijo Radar Dos—. Dispersión relativa a candidatos uno y dos. Parece un tercer misil. Este se dirige hacia nosotros.

—Déme un momento para contactar —dijo Minsky con aire sombrío. Rachel lo estudió. Minsky era un pájaro viejo y astuto, pero a pesar de que se había dado cuenta de lo que estaba pasando, no se le ocurría lo que el oficial podía hacer para sacarlos de la línea de fuego. Esperaba escuchar en cualquier momento el chillido de las alarmas, cuando algún observador captara el significativo rugido de un chorro de partículas relativísticas, a lomos de las cuales navegaría hacia ellos una astrosonda armada con un cargamento de antimateria.

Por supuesto, era demasiado pedir que el gobierno de la Nueva República comprendiera hasta qué punto estaban en

inferioridad de condiciones. Sus prejuicios culturales eran tales que los incapacitaban para percibir la amenaza que representaba algo como el Festival. Hasta sus mejores tácticos navales, los que comprendían las tecnologías prohibidas tales como las factorías robóticas autorreplicantes y las astrosondas, no terminaban de entender lo que el Festival podía hacerles.

Las posibilidades que tenía la Lord Vanek de sobrevivir a aquel encuentro eran muy escasas. De hecho, la expedición entera se basaba en la idea asumida de que aquello contra lo que estaban combatiendo era lo bastante humano en sus puntos de vista como para entender el concepto de guerra y utilizar la clase de armas que unos monos un poco avanzados podían arrojarse entre sí. Rachel tenía la sombría y culpable impresión de que, actuando como actuaba sin semejantes preconcepciones, el Festival sería mucho más peligroso para la fuerza expedicionaria de la Nueva República de lo que podían imaginar. Por desgracia, parecía que no le iba a quedar más remedio que estar allí cuando aprendieran por las malas que la guerra interestelar de agresión era mucho más fácil de perder que de ganar.

—Más señales. ¡Objetivo gamma! Tenemos otro objetivo: distancia dos siete cero M-clics. Ah, otro lanzamiento de misil.

—Eso es… —Ilya hizo una pausa—. ¿Una base por UA cúbica? M bases, si están distribuidas regularmente por el sistema exterior. —Parecía aturdido.

—No creerá que estamos luchando con gente, ¿verdad? —preguntó Minsky—. Eso es una red de defensa robótica completamente integrada. Y es muy grande. Tan grande que da vértigo. —Parecía casi complacido con su propia perspicacia—. El Almirantazgo no quiso escucharme cuando se lo explique la primera vez, ¿sabe? —añadió—. Hace dieciocho años. Fue una de las razones por las que nunca ascendí a…

—Yo sí le escuche —dijo Bauer en voz baja—. Proceda, capitán.

—Sí, señor. ¿Solución con objetivo alfa?

Control de fuego:

—Tiempo para tener objetivo alfa a distancia, dos cero cero segundos, señor.

—Hmmm. —Minsky observó la pantalla—. Comandante. Su opinión.

Ilya tragó saliva.

—Yo me aproximaría y utilizaría la red láser.

Minsky sacudió ligeramente la cabeza.

—Olvida usted que pueden tener láseres de rayos X. —Y, en voz más alta—. Relatividad, quiero que preparen un microsalto. Si doy la orden, quiero que nos saquen de aquí en menos de cinco segundos. El destino puede ser cualquier lugar en un radio de una UA, me da igual dónde. ¿Es posible?

—Sí, señor. El núcleo está completamente recargado. Podemos hacerlo. Activado a T menos cinco segundos, ya.

—Artillería: quiero seis SEM-20 en los lanzamisiles, armados y preparados para disparar en dos minutos. Cabezas ajustadas para detonación direccional, dispersión dos cero grados. Tres de ellos contra el objetivo alfa. Mantengan los otros tres en reserva para ser disparados en menos de cinco segundos a mi orden. A continuación carguen y armen dos torpedos. Los quiero calientes y preparados para cuando los necesite.

—Sí señor, tres salvas para el alfa, otras tres en reserva y dos torpedos. Señor, seis pájaros esperando sus órdenes. La tripulación de reserva está recargando los tanques de combustible de los torpedos ahora mismo. Deberían de estar preparados en unos cuatro minutos.

—Me alegro de saberlo —dijo Minsky, puede que con un exceso de sarcasmo. El teniente de la consola de artillería se encogió visiblemente—. Bien hecho —añadió el capitán.

—Proximidad en uno dos cero segundos, señor. Perfil de lanzamiento óptimo en ocho cero.

—Proyecten la posición de las minas identificadas más próximas. Quiero ver los vectores en la estación de mando alfa, asumiendo que disparan sus proyectiles a una aceleración constante de 10 kilo-g. ¿Pueden alcanzarnos en solo cuatro cero segundos?

—Comprobando, señor. —Navegación—. Señor, no pueden alcanzarnos antes de que acabemos con ese puesto de mando a menos que el objetivo alfa esconda un truco o dos en la manga. Pero nos alcanzarán cinco segundos más tarde.

Minsky asintió.

—Muy bien. Artillería: abriremos fuego contra el objetivo en cuatro cero segundos. Timón, Relativística: a contacto más cinco segundos, o sea, cinco segundos después de que hayamos abierto fuego contra el objetivo, quiero que inicien ese microsalto.

—Lanzamiento T menos cinco cero segundos, señor… Ya.

Rachel observó la pantalla, un confuso baile de puntitos rojos y líneas cada vez más largas. El vector que los representaba a ellos, de color azul, se dirigió hacia uno de los puntos rojos y entonces se detuvo abruptamente. Supuso que en cualquier momento se produciría algo horrible.

Artillería:

—T menos tres cero. Pájaros calientes. Parrilla de lanzamiento aumentando potencia. T menos dos cero. Radar Uno lo interrumpió:

—Estoy captando algo desde la popa.

—Uno cero segundos. Rieles de lanzamiento energizados —añadió el puesto de artillería.

—Dispare según lo previsto —dijo el capitán.

—Sí, señor. Datos de navegación actualizados. Plataformas inerciales preparadas. Pájaros cargados. Cabezas, luz verde.

—¡Partículas luminosas! —gritó Radar Uno—. ¡Una gran explosión a seis M-clics, trayectoria seis dos por cinco nueve! Parece… maldición, uno de los cruceros ha sido alcanzado. ¡Estoy recibiendo un chorro de partículas desde popa! Trayectoria uno siete siete por cinco, dispersión lateral, todavía no tengo la distancia…

—Cinco segundos para el lanzamiento. Lanzamiento iniciado. Pájaro uno en movimiento, objetivo captado por lidar. Motor energizado, ignición del motor principal de pájaro uno confirmada. Pájaro dos cargado y dispuesto… lanzado. Ha salido. Motor energizado, pájaro tres en marcha…

—¡Radar Uno, recibo una señal de lidar! ¡ECM desde la popa! Alguien nos está designando. Tengo distancia: cinco dos K y…

Minsky se adelantó un paso.

—Artillería, quiero que lancen esos tres misiles restantes por la popa ahora mismo. Sistemas de búsqueda pasiva, nosotros iluminaremos los objetivos para ellos.

—Sí, señor. Pájaro cuatro, preparándose… preparado. Pájaro cuatro en marcha. Cinco, preparándose, en marcha.

—Radar Dos, capto un buscador en nuestra cola. Distancia cuatro cinco K, acercándose a… ¡Santa Madre de Dios, es increíble!

—Pájaro seis lanzado desde la popa. ¿A qué quiere que apunte?

—Radar dos, envíe sus datos de trayectoria a los pájaros cuatro a seis. Artillería, dispare tan pronto como tengan un tiro claro: dennos algo de tiempo.

—¿Distancia para punto de disparo contra alfa? —preguntó Minsky.

—Tres cero segundos, señor. ¿Quiere que aumente la potencia del ataque? —El oficial de navegación parecía reacio. Cada vatio de potencia que impulsaba la salva de

ataque a través de la rejilla láser era un vatio de potencia menos para apuntar al interceptor que se les estaba acercando.

—Sí, teniente. Y confío en que no pretenda decirme cómo hacer mi trabajo. —El oficial de navegación se ruborizó y se volvió de nuevo hacia su consola—. Artillería, ¿cuál es nuestra situación?

—Acabo de lanzar los pájaros delanteros ahora mismo, señor, a la máxima aceleración que esas cabezas pueden soportar. Tiempo estimado de impacto uno cinco segundos. En cuanto se produzca, desviaré la potencia a los demás. Ah… pájaro uno hará blanco en uno cero segundos.

Rachel asintió para sí. Estaba recordando sus clases sobre fundamentos de física relativista, estrategia en el universo post-einsteniano y las implicaciones de la expansión de un cono de luz a lo largo de una red de puntos separados por una misma distancia. En cualquier momento la luz fósil de la siguiente andanada de interceptores debería de alcanzarnos.

—¡Santo Padre! —gritó Radar Tres—. ¡Tengo lecturas de haces por todas partes! ¡Estamos atrapados!

—Contrólese —le espetó Minsky—. ¿Cuántas fuentes?

—Son… son… —El operador de radar apretaba botones a toda prisa. Aparecieron unas líneas rojas en la pantalla

delantera—. Unos seis de ellos. ¡Y se acercan desde todas direcciones!

—Ya veo. —Minsky se atusó el bigote—. Timón, ¿esta preparado ese microsalto?

—Sí, señor.

—Bien. —Minsky sonrió con los labios muy apretados—. Artillería, estatus.

—Pájaro tres, ignición. Aumentando potencia de pájaro cuatro. Pájaros dos y tres, ignición. Estoy desviando toda la potencia de propulsión a la segunda salva. Tiempo para alcanzar el objetivo, cinco segundos.

Ah, tenemos siete agresores acercándose. Y tres antimisiles en marcha.

—No dispare más —ordenó el capitán—. ¿Cuánto falta para que el primer objetivo hostil esté a distancia?

—Debería de ocurrir a… oh. Hace dos segundos, señor.

—¡Navegación! Adelante el salto cinco segundos. No vamos a que darnos a contar las bajas.

—Sí, señor.

Radar uno:

—¡Más señales! Señor, tengo… no, no nos alcanzarán a tiempo.

—¿Cuántas son, teniente?

—Estamos atrapados. Los proyectiles vienen en todas direcciones, a larga distancia. Estoy contando…

—¡Pájaro uno detonando en este momento! Pájaro dos, detonando. El pájaro tres ha detonado. Tres detonaciones en el objetivo.

—Salto en cinco. Cuatro…

—¡Proyectiles acercándose a uno ocho punto nueve K… no uno nueve K!

—Número uno acercándose, distancia uno dos K y reduciéndose…

—Destrucción de objetivo alfa confirmada. Emisiones de oxígeno y nitrógeno.

—Dos.

—Nueve K.

—¡Misiles acercándose a tres dos K! ¡No, tres dos y…!

—Uno. Salto iniciado.

Las luces rojas de emergencia se apagaron mientras las luces principales volvían a encenderse. Reinó el silencio en el puente por un momento y entonces el comodoro Bauer se aclaró la garganta.

—Enhorabuena, caballeros —anunció a Minsky y a su aturdida oficialidad—. De todas las naves del escuadrón que se han sometido a este ejercicio hasta el momento, son ustedes la única que ha logrado escapar, y no digamos abatir alguno de los objetivos enemigos. Mañana tendrá lugar una reunión en mi oficina a las 1600 para discutir las implicaciones subyacentes al ejercicio y explicar nuestra nueva doctrina táctica para enfrentarse a situaciones como esta: redes defensivas robóticas masivamente ramificadas y dotadas de sistemas de control de fuego controlados con un canal causal. Mañana volveremos a hacerlo y veremos qué tal se desenvuelven con los ojos abiertos…

COMPORTAMIENTO DIPLOMÁTICO

Mientras tanto, a dos mil años de distancia, un niño pequeño estaba acurrucado en la oscuridad, sollozando en las garras de un sueño imperial.

Felix gemía y tiritaba y tiró de la gastada manta para cubrirse los hombros. El granero abandonado carecía de calefacción y los agujeros entre los tablones dejaban entrar una brisa furiosa, pero al menos tenía un techo sobre la cabeza. Hacía más calor que a la intemperie. Los lobos merodeaban por la salvaje campiña y para un muchacho, dormir bajo las estrellas en aquella época del año hubiera sido peligroso hasta en tiempos normales.

Cuervo descansaba en la gruesa viga de roble que había sobre la cabeza de Felix, con el largo y negro pico acodado debajo de un ala. Ocasionalmente, despertaba un momento,

sacudía el plumaje, daba un pasito a un lado y miraba a su alrededor. Pero mientras las puertas permanecieran cerradas, no podría alcanzarlos nada de lo que él no pudiera encargarse. De modo que se reunió con su amo en el sueño.

La lluvia azotaba el tejado y de tanto en cuanto el agua empapaba la hierba que cubría los toscos maderos y caía al suelo en chorrillos finos y helados. El aire tenía un fuerte olor a paja medio podrida. Felix no se había atrevido a encender un fuego después de que el señor Conejo le dijese lo peligroso que podía ser. Había cosas ahí fuera que podían ver el calor. Cosas silenciosas y sin boca. Cosas a las que les gustaba devorarles el cerebro a los niños pequeños.

Felix soñaba con órdenes imperiales, hombres ataviados con brillantes uniformes y mujeres con vestidos de seda; con astronaves y desfiles de caballería y ceremonias y rituales. Pero un hastiado y persistente cinismo invadía sus sueños. Los nobles y oficiales eran arribistas corruptos, sus mujeres arpías avariciosas que buscaban seguridades. Las ceremonias y rituales carecían de significado, estaban vacíos, formaban una charada que ocultaba un atroz sistema de injusticias institucionales orquestado para apoyar los excesos de los gobernantes. Al soñar con Nueva Praga, se veía como un duque o un príncipe, hundido hasta el cuello en estiércol, encadenado por la responsabilidad y la burocracia, incapaz de moverse a pesar del coloso de pútrida corrupción que se cernía sobre él.

Cuando se agitó, lanzó un chillido y amenazó con despertarse, el señor Conejo se le acercó arrastrándose y se acurrucó a su lado. Su mojado pelaje subió y bajó con su respiración. Al cabo de unos instantes, Felix volvió a sumirse en el sueño y el señor Conejo se apartó de él y se hizo un ovillo para reanudar su nocturno proceso de regurgitación y rumiar. Era duro ser un niño pequeño en tiempo de cambios acelerados. Y era doblemente duro ser un conejo de un metro de alto, maldito con una consciencia humana y unos instintos cuniculares.

A la luz del amanecer, Felix bostezó, se frotó los ojos y se estiró con rigidez, temblando de frío.

—¿Conejo?

—¡Gaaaaw! —Cuervo bajó de la viga y se le acercó a saltitos, con la cabeza ladeada—. Conejo ido a ciu-ciudad.

Felix pestañeó con lentitud.

—Ojalá me hubiera esperado. —Se estremeció, embargado por una sensación de soledad impropia de un niño de nueve años. Se puso en pie y empezó a guardar sus posesiones en un hatillo de aspecto desgastado. Una manta, una pequeña lata de hojalata, una caja de cerillas medio vacía y uno de los curiosos teléfonos metálicos con los que el Festival se comunicaba con la gente. Se detuvo un instante

mirando el teléfono pero finalmente su sentido de urgencia se llevó la palma y volvió a guardarlo en el hatillo.

—Vamos a jugar a Cazar al conejo —dijo, y abrió la puerta.

Hacía una mañana fría y luminosa y el suelo de la granja abandonada era una capa de barro en el que te hundías hasta las rodillas. La ennegrecida ruina que era la casa se levantaba en un extremo del lodazal, como el tocón de un árbol alcanzado por el rayo, el fuego del Santo Padre. Tras ella, una franja de barro polvoriento y grisáceo señalaba el agotamiento provocado por los nanosistemas del Festival al absorber todos los oligoelementos del suelo para construir algo enorme. Seguro que tenía que ver con la desaparición del granjero y su familia.

La ciudad se encontraba colina abajo, a unos dos kilómetros de la granja, después de un recodo del estrecho camino de tierra y un pinar de árboles altos. Felix se cargó el hatillo a la espalda y, tras una breve pausa para orinar contra la pared chamuscada de la casa, echó lentamente a andar por el camino. Tenía ganas de silbar o cantar, pero se contuvo. No sabía lo que podía morar en los bosques de las cercanías y no quería ignorar las advertencias del señor Conejo. Él era un niñito muy serio, muy mayor ya.

Cuervo lo siguió dando saltos pero al cabo de un instante batió pesadamente las alas y aterrizó en un surco que cruzaba el camino, un poco más adelante.

—¡Desayyyuno! —graznó.

—¡Oh, vale! —Felix corrió para alcanzarlo, pero cuando vio lo que Cuervo había encontrado se apartó bruscamente y se apretó el puente de la nariz de los dedos hasta hacerse lágrimas para no vomitar. Lloró mucho. Hacía mucho tiempo, muy lejos de allí, la niñera le había dicho, «los niños buenos no lloran». Pero ahora él conocía la verdad. Había visto llorar a niños mucho mayores, incluso a hombres, mientras los ponían contra la pared picada de una viruela de balazos. (Algunos de ellos no lloraban, algunos de ellos aguantaban muy erguidos y rígidos, pero al final eso no suponía ninguna diferencia)—. Hay veces que te odio, Cuervo, de verdad.

—¿Gaaaw? —Cuervo levantó la mirada hacia él. La cosa que había en el surco llevaba todavía un vestidito de niña—. Hambrrrre.

—Me parece muy bien… pero yo tengo que encontrar a Pyotr. Antes de que nos cojan los Mimos.

Volvió la cabeza y lanzó una mirada nerviosa hacia atrás. Llevaban tres días huyendo aterrados, un paso por delante de los Mimos. Los Mimos se movían con lentitud, en ocasiones luchando contra un viento invisible o tratando de encontrar su camino a tientas alrededor de edificios invisibles, pero eran implacables. Los Mimos nunca dormían, nunca parpadeaban y nunca dejaban de moverse.

Cien metros más cerca de la ciudad, el teléfono despertó. Empezó a trinar como un cachorro de gatito hasta que Felix rebuscó en su bolsa y lo sacó.

—¡Dejadme en paz! —exclamó, exasperado.

—¿Felix? Soy el señor Conejo.

—¿Qué? —Miró al teléfono, confundido. Unas luces cromadas brillaban bajo sus dedos mugrientos y cubiertos de resbaladiza grasa.

—Soy yo, tu amigo de orejas caídas. Estoy en la ciudad. Escucha, no te acerques más.

—¿Por qué no? —frunció el ceño y siguió caminando.

—Están aquí. Se me ha acabado la suerte. No creo que pueda escapar. Debes… —Por un momento la voz del lagomorfo gigante se trocó por algo completamente inhumano, un chillido animal de rabia y terror—. ¡Detrás de ti, también! Marcha a campo traviesa. ¡Corre, chico!

El teléfono emitió un zumbido y se apagó. Felix lo levantó, furioso, con la intención de tirarlo al suelo, pero finalmente se contuvo. A poca distancia, Cuervo lo estaba mirando con los ojos pequeños y brillantes y el pico ensangrentado.

—Vuela sobre la aldea —le ordenó al ave—. Dime lo que ves.

—¡Gaaw! —Cuervo levantó el vuelo tras una corta carrera y un salto, planeó pesadamente sobre la hierba y finalmente remontó las copas de los árboles. Felix volvió a mirar el teléfono, con una mezcla de rabia y pesar en los ojos. No era justo. ¡Nada era justo! Lo único que él quería era ser pequeño y no tener que preocuparse y pasárselo bien. Los compañeros habían llegado después. Al principio también había estado la señora Erizo, pero la había matado la exhibición fortuita de un Margen, una de aquellas descargas eléctricas que caían sobre la superficie desde una ionosfera maltratada por manchas solares inducidas. El Margen era así: una criatura sin mente, infinitamente peligrosa y caprichosa, tan digna de confianza como una víbora pero capaz en ocasiones de producir espectáculos de gran belleza (las auroras habían durado semanas).

Felix miró nerviosamente a su alrededor. Al otro lado de un seto, en el camino, algo parecía estar moviéndose. Se llevó el teléfono a la mejilla.

—¿Alguien puede hablar conmigo?

—¿Quieres divertirnos?

—¡No sé cómo! —estalló.

—Cuenta historias. Proporciona entretenimiento prueba formal de corrección. Canta, baila, da palmadas.

—¿Qué me daréis a cambio?

—¿Qué quieres? —La voz que hablaba al otro lado de la línea sonaba metálica, distante, comprimida por la ligadura de ancho de banda de un canal causal.

—Me persiguen unos hombres malos. Tiran pasteles de natillas y te convierten en uno de ellos. ¿Podéis detenerlos? ¿Podéis protegerme de los Mimos?

—Cuenta historia. —No era una afirmación ni una pregunta, era una orden. Felix respiró hondo. Levantó la mirada y vio que Cuervo estaba sobrevolándolo en círculos. Cruzó el surco de un salto y a continuación se agachó por debajo de las primeras ramas y se internó en el bosque. Iba hablando mientras caminaba.

—Al principio había un duque que vivía en un palacio, a la orilla del río, gobernando la única ciudad del mundo. No era un duque muy sabio, pero hacía lo que creía que era mejor para su pueblo. Entonces, una mañana, empezaron a llover teléfonos y el mundo cambió. Esta es la historia del duque.

Era una historia larga y laberíntica, y tardó un buen rato en contarla. El palacio había sido asaltado por terroristas anarquistas, que habían desatado el caos y llenado la ciudad de herramientas de plástico. Todos los soldados desertaron después de saquear el palacio y el zoo. El viejo duque escapó por un pasadizo secreto que había en la sala de espera del Conservador, en el sub-sub-sótano. Tres leales iban con él. Embargado por el pesar, apenas alcanzaba a comprender lo

que le había ocurrido a su mundo. ¿Por qué había cambiado todo? Un teléfono lo llamó con un trino, como un gatito curioso, desde la basura de un callejón. Se inclinó para recogerlo y el movimiento le salvó la vida, porque dos soldados renegados dispararon en ese momento con sus rifles. Mataron al Ciudadano Von Beck, pero no antes de que el Ciudadano los marcara con su pistola lenta… porque a los Ciudadanos de la Oficina del Conservador se les permitía utilizar armas prohibidas en el ejercicio de sus funciones. (Las balas de una pistola lenta volaban sobre las alas de un colibrí y perseguían a su presa allí donde se escondiera. Las balas de una pistola lenta mataban inoculando una neurotoxina, como pequeñas avispas con insignias de la policía secreta. Eran un arma de terror, para demostrar los horrores de la tecnología no restringida).

Felix se deslizó por un terraplén cubierto de raíces y cruzó un claro salpicado de tocones forrados de verde. El duque le habló al teléfono con desesperación y este le concedió tres deseos. Pidió volver a ser joven, creyendo que estaba haciendo un chiste amargo. Para su sorpresa, su juventud le fue devuelta mágicamente. A continuación, pidió compañeros, y le dieron amigos, amigos maravillosos que harían cualquier cosa por él sin pedir nada a cambio. Hasta el tercer deseo, el deseo que el niño pequeño hizo con el primer resplandor de la infancia restaurada, le había sido concedido. Ninguno de ellos era exactamente como él había querido, y no los hubiera pedido de no haber estado en un

estado de gran perturbación, pero eran mejores que los deseos que algunas de las personas con las que se había encontrado posteriormente habían pedido. (El kulak que había pedido un ganso que pusiera huevos de oro, por ejemplo. Era un animal maravilloso hasta que lo acercabas al dosímetro de un ferroviario y descubrías el chorro de radiación ionizante que brotaba de forma visible de la piedra filosofal que tenía en la molleja. Cosa que solo se te ocurría cuando el dolor de las llagas sangrantes se volvía insoportable y el pelo se te empezaba a caer a mechones).

El duque convertido en niño había recorrido trescientos kilómetros durante el pasado mes, viviendo de lo que encontraba. Sin embargo, sus amigos lo habían cuidado. Cuervo, que podía ver por encima de las cosas, le avisaba de las trampas o emboscadas o acantilados antes de que se metiera en ellas. El señor Conejo venía a su lado dando saltitos, y con su aguzado sentido del oído, su olfato para los problemas, y su sencillo y clásico sentido común, impedía que se muriera de hambre o de frío. La señora Erizo también había ayudado, caminando de acá para allá, cocinando y limpiando y recogiendo el campamento y hasta en ocasiones espantando mendigos e indigentes con sus púas y sus afilados dientes. Eso fue antes de que la tormenta de rayos acabara con ella.

Pero en algún punto del camino, el duquecillo había recobrado su sentido del deber… y, con él, una desesperación muy honda. Allá donde mirara, las cosechas

se pudrían en los campos. Campesinos que hasta ayer mismo habían sido personas cabales levantaban escarpias hacia el cielo y alzaban el vuelo en blandas esferas de cristal y diamante. Las mujeres de edad envejecían y se hacían mucho más sabias, antinaturalmente sabias… tanto que finalmente su sabiduría se filtraba al mundo que las rodeaba y empezaban a dotar de vida a los objetos que las rodeaban con la mera fuerza de su voluntad. Finalmente, las más sabias perdían por completo su humanidad y abandonaban sus agrietadas cáscaras humanas, para migrar a la otra vida cargando sus mentes en el Festival. La inteligencia y el conocimiento infinito no eran, según parecía, compatibles con una existencia humana estable.

El duquecillo había hablado con algunas personas, había tratado de hacer que comprendieran que aquello no duraría siempre. Más tarde o más temprano, el Festival se marcharía, y entonces tendrían que pagar un precio terrible. Pero ellos se reían de él y le llamaban cosas cuando descubrían quién había sido en su anterior existencia. Y luego alguien lanzó a los Mimos tras su rastro.

Un crujido de ramas y un graznido de alarma. Cuervo cayó sobre su hombro y se aferró con las garras a él con tal fuerza que le hizo sangre.

—¡Mimos! —siseó el ave—. ¡Más que nunca!

—¿Dónde? —Felix miró a su alrededor, con los ojos muy abiertos. Algo crujió en el sotobosque, tras él. Felix se volvió y Cuervo echo a volar batiendo pesadamente las alas. Una forma humana se hizo visible al otro lado del claro. Era un macho, de tamaño adulto, de color blanco polvo de la cabeza a los pies. Se movía a sacudidas convulsas, como un mecanismo de relojería dañado y el objeto circular y amarillento que llevaba en la mano resultaba inconfundible.

—¡Pas-pas-pastel! —graznó cuervo—. ¡Hora de morir!

Felix le dio la espalda al Mimo y agachó la cabeza. Corrió a ciegas, arañándose la cabeza y los hombros con las ramas, tropezando con arbustos y raíces. En la distancia, escuchó los gritos y graznidos de Cuervo, que acosaba al Mimo, batiendo las alas para arrancarle el letal flan de la mano y tratando de picotearle los ojos, los oídos, los dedos. Un mero grumo del limo anaranjado del pastel bastaría para abrirse camino hasta los huesos, y sus nanomáquinas desensambladoras cartografiarían y reintegrarían las sendas neurales a su paso letal, para convertir lo que quedara del cuerpo en una presencia esclavizada en el realespacio.

Los Mimos eran una avería, una parte del Margen que se había aproximado demasiado a una mancha solar y había sucumbido a una putrefacción de bits hacía varias visitas del Festival. Habían perdido las sendas neuronales del habla hasta el Núcleo de Chomsky pero de algún modo habían logrado hacerse un hueco en las astrosondas del Festival.

Puede que aquella asimilación a la fuerza fuera su modo de comunicarse, de compartir espacio mental con otras criaturas. En tal caso, lo menos que podía decirse es que era un medio un poco tosco, como el del niño pequeño que trata de comunicarse con un perro a golpes. Pero nada lograba impedir que lo intentaran.

Un chillido sin palabras proveniente de su espalda le dijo que Cuervo había conseguido distraer a aquel Mimo concreto. Pero los Mimos viajaban en jaurías. ¿Dónde estaban los demás? ¿Y dónde estaba el señor Conejo, con su fiable escopeta del doce y su cinturón de cabelleras secas de granjero?

Un ruido más adelante. Felix se detuvo tambaleándose. Todavía tenía el teléfono en la mano.

—Ayuda —le pidió con voz entrecortada.

—Define parámetros de ayuda.

Una forma blanca e imprecisa se movía entre los árboles que había más allá. Una vez había sido una mujer. Ahora era del color blanco del polvo, salvo los labios, rojos como la sangre, y la nariz hinchada como una borla: sus miembros putrefactos, unidos por un delicado encaje de vides de metal plateado que pulsaban y se contraían cuando se movía, estaban amortajados con jirones de tela blanquecina. Se balanceaba de un lado a otro al moverse, sacudiendo

coquetamente las caderas, como si la base de su columna vertebral hubiera sido reemplazada por una articulación universal. Llevaba un gran pastel con las dos huesudas manos. Las hundidas cuencas oculares cubiertas de película fotosensible de color negro le sonrieron mientras se inclinaba y extendía el plato, como una madre ofreciéndole a un hijo enfadado su postre favorito.

Felix estuvo a punto de vomitar. El olor era indescriptible.

—Mátalo. Haz que se vaya —sollozó. Retrocedió hasta topar con un árbol—. ¡Por favor!

—Recibido. —La voz del Festival siguió siendo polvorienta y distante pero de algún modo su tono cambió—. Seguridad del Margen a tu servicio. ¿Cómo puedo serte de utilidad?

Los Mimos se estaban acercando.

—¡Mátalos! —dijo Felix con voz entrecortada—. ¡Sácame de aquí! —Adquisición de objetivos en proceso. Batería de rayos láser X conectándose. La inclinación orbital actual no es favorable para una extracción quirúrgica. Tápate los ojos.

Se cubrió la cara con un brazo. La silueta de sus huesos se dibujó en tonos rojizos, seguida un segundo más tarde por un trueno y una bocanada de calor, como si alguien acabara de abrir la puerta de un horno delante mismo de su cara. Sintió una picazón en la piel como si la señora Erizo lo estuviera abrazando, solo que por todo el cuerpo. Árboles

cayendo en el bosque, un batir de alas frenético de terror. Los destellos y el estruendo se repitieron un segundo más tarde, esta vez a su espalda. Luego tres o cuatro veces más, cada vez más lejos.

—Control de Incidente detenido. Amenaza terminada. Ten en cuenta que has recibido una dosis de radiación ionizante de aproximadamente cuatro Grises y esto puede suponer un riesgo para la vida si no recibe remedio urgente. Un paquete de tratamiento médico ha sido enviado ya. Permanece donde estás y llegaremos en veintidós minutos. Gracias por tu confianza y que pases un buen día.

Felix yacía jadeando al pie del árbol. Estaba mareado y se sentía un poco enfermo: la imagen de su fémur seguía flotando en fantasmal y purpúreo esplendor delante de sus ojos.

—Quiero al Señor Conejo —musitó al teléfono, pero este no respondió. Lloró lágrimas de frustración y soledad. Después de algún tiempo, cerró los ojos y se quedó dormido. Seguía dormido cuando la araña bajó de los cielos y lo envolvió en un capullo de no-seda plateada que emprendió la tarea de disolver y volver a formar su cuerpo dañado por la radiación. Era la tercera vez que ocurría hasta el momento. Y era culpa suya por haber pedido aquel tercer deseo. Juventud, amigos de verdad… y lo que todos los niños pequeños desean en el fondo de su corazón, sin llegar a

comprender que una vida llena de aventuras no es tan divertida cuando eres tú la persona que ha de vivirlas.

* * *

Martin estaba sentado sobre la fina colcha de su celda y trataba de averiguar cuántos días le quedaban hasta que lo ejecutasen.

Faltaban seis días para que la flota hiciera el último salto que la llevaría al Planeta de Rochard. Antes de eso, probablemente transfirieran suministros de los cargueros restantes y sacaran a los supernumerarios —reclutas que habían enloquecido, habían contraído enfermedades graves o por cualquier otra razón se habían vuelto superfluos— de las naves. Puede que también lo sacaran a él y lo enviaran de regreso a la Nueva República, para afrontar un juicio por el delito capital de espionaje a bordo de una nave de guerra. Por alguna razón, dudaba que su defensa (los intereses del astillero) le sirviera de mucho. Aquel metomentodo subordinado de la Oficina del Conservador iba a por él, eso estaba claro, y no se detendría hasta verlo colgado de una soga.

Esa era una alternativa. La otra era que lo mantuvieran en el calabozo hasta que la nave llegara a su destino. En ese momento descubrirían que la demora acumulativa que había introducido en el sistema de guiado tetradimensional de la Lord Vanek había arruinado la maniobra y con ella sus

planes de caer por sorpresa sobre el Festival utilizando una trayectoria temporal. En cuyo caso, asumirían que se trataba de un sabotaje y que el saboteador estaba ya encerrado, espetado como un pavo para el Día de Acción de Gracias.

De algún modo, el hecho de que hubiera tenido éxito, de que su misión hubiera concluido y la amenaza de una violación de la causalidad hubiera sido atajada, no lo llenaba de alegría. Suponía que debía de haber héroes que saltaron por la escotilla haciendo entrechocar los talones, pero él no era uno de ellos. Él hubiera preferido abrir la puerta del dormitorio de Rachel que abrir esa otra puerta, aprender a respirar en su entrepierna que hacerlo en el vacío. Era, se dijo con consternación, típico de la forma en que había discurrido su vida, enamorarse —la clase de obsesión molesta que no desaparecía— justo antes de meterse irrevocablemente en la mierda. Llevaba el tiempo suficiente en el mundo para creer que no le quedaban demasiadas ilusiones. Rachel tenía ciertas aristas tan afiladas que se podrían usar para sacarle punta a los clavos y, en algunos aspectos, tenían muy poco en común. Pero estar encerrado en una celda diminuta era una experiencia aterradoramente solitaria, y más solitaria aún por el hecho de saber que, casi con toda seguridad, su amante se encontraba a menos de treinta metros de distancia… y era completamente incapaz de ayudarlo. Lo más probable era que también ella fuera objeto de sospecha. Y por mucho que la necesitara, no quería, honestamente no lo quería, tenerla allí a su lado.

Quería estar con ella fuera de allí, a ser posible a muchos años luz de la Nueva República, escribiendo una larga historia relacionada con no tener absolutamente nada que ver con aquel país del diablo.

Rodó sobre su estómago y cerró los ojos. Entonces el wáter empezó a hablarle con una voz tenue y zumbante.

—Si puedes oírme, toca con un dedo el suelo, junto a la base del wáter, Martin. Solo una vez.

He perdido la cabeza, pensó. No se molestarán en ejecutarme; me pondrán en uno de sus zoológicos psiquiátricos y dejarán que los niños me arrojen plátanos. Pero extendió la mano y dio un golpecito en la base del wáter de acero inoxidable que sobresalía de la pared de su celda.

—Eso es… —Se incorporó y la voz cesó de repente.

Martin parpadeó y miró a su alrededor. No había voces. Nada había cambiado en la celda. Seguía siendo demasiado caliente y estrecha, y estaba inundada con un constante y vago olor a tuberías en mal estado y repollo pasado. (Lo del repollo era inexplicable. El menú había quedado reducido hacía tiempo a carne salada y bizcocho, una receta perversamente mantenida por la Armada de la Nueva República a pesar de la disponibilidad de vacío y un frío extremo al otro lado del casco presurizado de la nave.) Volvió a tumbarse.

—… uno solo. Si puedes… —Cerró los ojos y, como si se encontrara en una sesión de espiritismo, dio un golpe fuerte en la base del wáter.

—Recibido. Ahora da un golpe… —la voz hizo una pausa—. Da un golpe por cada día que llevas en la trena.

Martin parpadeó y a continuación envió una respuesta.

—¿Conoces el código Morse?

Martin se estrujó los sesos. Hacía muchísimo tiempo… «Sí», envió.

Una habilidad completamente obsoleta, una serie de códigos de baja amplitud de banda, pero que conocía por una razón muy sencilla: Herman había insistido en que lo aprendiera. El Morse era accesible para los humanos y una búsqueda de protocolos más complicados podía pasar por alto algo tan mundano como el tamborileo de fondo de unos dedos en una llamada de videófono.

—Si te tiendes con la cabeza contra el costado del wáter, me oirás mejor.

Parpadeó. ¿Conducción a través de los huesos? No, otra cosa. Los cables de inducción que rodeaban sus nervios: ¡algún emisor de alta frecuencia debía de estar en contacto con el metal del wáter, utilizándolo como antena! Muy poco eficiente, pero si no tenía que llegar muy lejos…

—Identifícate —envió.

La respuesta llegó en Morse.

—Alias Ludmilla. ¿Quién nos observaba mientras cenábamos?

—El chico maravilla —contestó. Se relajo un instante, temblando de alivio. Solo dos personas podían encontrarse al otro lado de la tubería y no era probable que el agente de la Oficina del Conservador se identificara a sí mismo de ese modo—. ¿Qué estás utilizando para transmitir?

—Un dron espía en el sistema de evacuación de residuos, apoyado en una válvula de la tubería de desperdicios. Uno de los que activó por accidente ese idiota de subconservador. Les he dicho que te buscaran. Las células de combustible del dron están muy bajas, la transmisión telefónica le está costando cara. Prefiero el Morse. Martin, estoy tratando de llegar hasta ti. No ha habido suerte hasta el momento.

—¿Cuánto nos falta para llegar? —envió con un repiqueteo urgente.

—Diez días hasta entrar en la órbita baja. Si no te liberan antes, espera rescate el día que lleguemos. Estoy tratando de conseguir cobertura diplomática para ti.

Diez días. Rescate… si no lo encerraban en un carguero con una guardia armada y lo enviaban a la dársena de ejecuciones y si Rachel no estaba silbando delante de una tormenta.

—Tengo dudas sobre el rescate.

—Cinturón de seguridad diplomático suficientemente grande para los dos. Nivel de potencia en descenso: trataré enviarte otra transmisión. Te quiero. Cierro.

—Yo también te quiero —transmitió con urgencia, pero no hubo respuesta.

Una miríada de diminutos engranajes giró, cloqueó y siseó en medio de un zumbido general de ruido gris, debajo de una mesa. Los transductores ópticos proyectaron el baile de luz de una linterna mágica en la pared de enfrente. El operador, con el cuello de hojas doradas desabrochado, se reclinó en su asiento y despidió una bocanada de humo por las fosas nasales: una pipa descansaba ociosa entre sus dedos mientras miraba la pantalla.

Alguien llamó a la puerta.

—Pase —dijo. La puerta se abrió. Parpadeó: se puso en pie—. Ah… ¿Qué puedo hacer por usted, procurador?

—¿Me permite un mo-momento de su tiempo, señor?

—Por favor. Siempre es un placer estar al servicio del Basilisco. Tome asiento.

Vassily se sentó al otro lado de la mesa, visiblemente incómodo. El juego de luces y sombras bailaba sobre la pared, mientras el fino y azulado humo atrapaba las luces rojas y amarillas y se enroscaba perezosamente en el aire.

—¿Es este el… ah, vector de nuestro estado?

Por un momento, el teniente de seguridad Sauer consideró la posibilidad de echarle el humo al joven en la cara. Descarto la idea de mala gana.

—Sí. No es que haya mucho que decir, a menos que le interese a usted la topología de los colectores pentadimensionales. Además, es solo una proyección teórica, hasta que lleguemos al otro extremo y Relativística elabore un mapa púlsar para confirmarla. Estoy tratando de estudiarla. Habrá promociones cuando todo este asunto termine, ¿sabe?

—Hmmm. —Vassily asintió. Sauer no era el único oficial que esperaba sacar una promoción de aquella campaña—. Bueno, véalo por el lado positivo. Ya hemos recorrido la mayor parte del camino.

Sauer apretó los labios, levantó la pipa y le dio una chupada.

—Yo no diría eso. No hasta que el enemigo esté muerto y enterrado en un cruce de caminos con la boca llena de ajo.

—Supongo que tiene razón. Pero sus chicos se encargarán de eso, ¿no? Mi gente será la que tenga que venir después a hacer limpieza e impedir que cosas como esta vuelvan a ocurrir.

Sauer miró al joven policía y logró mantener una expresión educada a pesar de la irritación que le provocaba.

—¿Puedo ayudarlo con algo?

—Eh… sí, creo que sí. —El visitante se reclinó en su asiento. Introdujo la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Le importa que fume?

Sauer se encogió de hombros.

—Está usted en su casa.

—¡Gracias!

Guardaron silencio durante un minuto, mientras los mecheros se encendían fugazmente y las nubes de humo entre azul y grisáceo ascendían impulsadas por la ventilación a los conductos del techo. Vassily, que no estaba todavía acostumbrado a aquel hábito, trató de reprimir las toses.

—Quiero hablarle del ingeniero que tenemos en el calabozo.

—Muy bien.

—Sí. —Una bocanada—. Estaba empezando a preguntarme lo que va a pasarle. Tengo… eh, tengo entendido que las últimas naves de aprovisionamiento descargarán y volverán a casa dentro de un par de días y me preguntaba si…

Sauer se inclinó hacia delante. Dejó la pipa sobre la mesa. Había despedido una pequeña llamarada y a pesar de que la cazoleta estaba caliente al tacto, ya no contenía otra cosa que escorias negras teñidas de blanco.

—Estaba usted preguntándose si podría firmarle el permiso y enviarlo a casa con su hombre.

Vassily esbozó una media sonrisa, un poco avergonzado.

—Exactamente, sí. Ese hombre es tan culpable como el infierno, cualquiera se daría cuenta de ello. Hay que enviarlo a casa para que pueda ser juzgado adecuadamente y ejecutado… ¿Qué me dice?

Sauer se reclinó de nuevo y observó el motor analítico.

—Parte de razón no le falta —admitió—. Pero las cosas no se ven con tanta claridad desde este lado de la mesa. —Volvió a encender la pipa.

—Buen tabaco, señor —se aventuró a opinar Vassily—. Aunque tiene un sabor curioso. Muy relajante.

—Debe de ser por el opio —dijo Sauer—. Un material estupendo siempre que uno no abuse de él. —Fumó con aire concentrado durante un minuto—. Para empezar, ¿por qué cree usted que está Springfield en el calabozo?

Vassily puso cara de confusión.

—Es evidente, ¿no? Ha violado una ley imperial. De hecho, eso es lo que yo había estado buscando.

—Ejecutarlo no va a facilitar al Almirantazgo la tarea de contratar ingenieros extranjeros en el futuro, ¿no le parece? —Sauer dio una chupada a su cigarrillo—. Si fuera un marinero, muchacho, ya lo habríamos arrojado por la escotilla. Le diré una cosa. Si insiste en llevárselo a casa acusado por lo que le ha encontrado encima, lo único que pasará será que el Almirantazgo se sentará sobre el caso varios meses, llevará a cabo una investigación, concluirá que no ha pasado nada, le hará un consejo de guerra por algún delito menor y lo sentenciará al tiempo que ya ha cumplido, y usted quedará como un idiota. Eso no le conviene. Confíe

en mí. Un borrón en su expediente a estas alturas de su carrera es un mal asunto.

—Ah. ¿Y qué sugiere usted, señor?

—Bueno. —Sauer apagó el cigarrillo y lo miró con aire pesaroso—. Creo que va a tener que decidir si quiere azuzar un poco a los caballos o no.

—¿Caballos, señor?

—Juego, señor Muller, juego. Doble o nada. Ha decidido que ese ingeniero está trabajando para la señorita de la Tierra, ¿no? A mí me parece una sospecha razonable, pero la única prueba con que contamos es la forma vergonzosa que tiene de comportarse con él. Lo que, no nos confundamos, tampoco significa nada. Podría tratarse una persona de dudosa moralidad pero inocente de cualquier crimen contra la República. En cualquier caso, no parece haber hecho nada reprochable por el momento, aparte de poseer instrumental prohibido en su equipaje y en general menoscabar la moral de la tripulación con su conducta poco decorosa. No tenemos base para censurarla y mucho menos para declararla persona non grata. Y por muy irritante que pueda ser, su presencia en esta misión se debe a una orden de Su Excelencia el Archiduque. Así que me parece que ha llegado la hora de que usted se arriesgue o deje las cosas como están. O acepta que probablemente el señor Springfield va a quedar libre o apunta al objetivo mayor con la esperanza de

encontrar algo lo bastante grande como para anular su inmunidad diplomática.

Vassily se puso pálido. Puede que no se hubiese hundido hasta ahora. Ya se había excedido en su autoridad al registrar el camarote de Rachel así que, o encontraba una justificación, o su futuro estaba en peligro.

—Jugaré, señor. Pero ¿tiene alguna recomendación? Es un paso muy importante. No quiero cometer ningún error.

Sauer esbozó una sonrisa que no resultaba nada agradable.

—No se preocupe, eso no ocurrirá. No es usted el único que la quiere quitar de en medio y esos otros están dispuestos a mancharse las manos para ayudar. Esto es lo que vamos a hacer para desacreditarla…

INVITACIÓN A UNA EJECUCIÓN

Una fila quebrada de crucifijos coronaba la colina que dominaba la carretera de Plotsk. Los crucifijos apuntaban al estrecho río que discurría a lo largo del valle, por encima del molino de Boris el Molinero. Sus cargas humanas, ataviadas con sayos marrones, contemplaban sin verlo la cáscara quemada del monasterio en la otra orilla. El abad del Espíritu Santo había caído antes que sus monjes, empalado como un ave en un espetón.

—Matadlos a todos, Dios reconocerá los suyos —comentó Hermana Séptima mientras volvía el umbral de la cabaña en dirección a la espeluznante fila—. ¿No es eso lo que dijo el padre madre de su nido en tiempos ya pasados?

Burya Rubenstein tiritaba de frío mientras la cabaña de patas de gallina avanzaba a grandes zancadas por la solitaria

carretera de Novy Petrograd. Era una mañana gélida y el aire arrastraba consigo un olor desagradable y familiar, una mezcla de azufre quemado y especias dulces. No olía a pelo quemado: habían quemado el monasterio después de matar a los monjes, no antes.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó, con mucha más calma de la que sentía.

—Tú-ya-lo-sabes —dijo el Crítico—. Piénsalo no mucho: comprende los agentes del Margen por aquí más dementes que en ciudad. Mimos y niños de la maleza ardiente. Muy peligrosos.

—¿Fueron ellos los…? —Burya tragó saliva. No podía apartar la mirada del espectáculo de la cima de la colina. No era amigo de sacerdotes, pero aquel festival de excesos superaba con creces lo que él hubiera tolerado—. ¿Qué es el Margen? Hermana Séptima inclinó la cabeza a un lado y juntó sus colmillos de morsa en el aire.

—No —declaró—. Esto es obra del hombre. Pero lanzacabezas han estado sembrando los cadáveres de nueva vida. Es de esperar resurrección inminente, bien que no consensuadamente.

—¿Lanzacabezas?

—Margenoides con fuegos artificiales. Siembran el cerebro, canibalizan el cuerpo, cargan e inician mapa con semillas mentales para reunirse con Festival en órbita.

Burya se volvió hacia la fila de cruces. Uno de los cadáveres no tenía cráneo y la punta de la cruz estaba chamuscada.

—Voy a vomitar… Logró llegar al borde de la cabaña justo a tiempo. Hermana Séptima hizo que la casa ambulante se inclinara mientras él asomaba la cabeza por la puerta y vomitaba sobre el barro que cubría el límite de los campos de cultivo.

—¿Preparado para continuar? ¿Necesidad de alimento?

—No. Algo de beber. Algo fuerte. —En un rincón de la cabaña había una pirámide hecha de comida enlatada y botellas. Hermana Séptima solo estaba empezando a familiarizarse con el idioma de los humanos. Cogió una lata grande de piña en conserva, le abrió un agujero y la vació en el bote que Burya había estado utilizando como taza durante el pasado día. Burya la aceptó en silencio y a continuación la llenó con el schnapps de su propia petaca. La cabaña se ladeó ligeramente al levantarse. Burya se apoyó en la pared y vació el bote de un solo trago.

—¿Adónde me llevas ahora? —dijo, pálido y tiritando todavía a causa de algo más profundo que el frío.

—A Criticar a los culpables. Esto no es arte. —Hermana Séptima enseñó los dientes en dirección a la colina con un gesto de furia—. ¡Sin estética! ¡Nula plausibilidad! ¡Pas de preservativos!

Rubenstein se dejó caer resbalando por la pared de la cabaña y se acurrucó con la espalda apoyada en el montón de provisiones. Una desesperación completa lo embargaba. Cuando Hermana Séptima empezaba a aliterar, podía continuar durante horas sin pausa.

—¿Hablas de alguien concreto esta vez? ¿O solo estás tratando de matarme de aburrimiento?

La enorme rata topo se revolvió para mirarlo, siseando y con los dientes apretados. Por un momento, viendo una muerte sonriente y colérica en sus ojos, se encogió de miedo. Pero entonces el fuego se apagó y regresó la despectiva mirada de cínico divertimento de costumbre.

—Críticos saben quién ha hecho esto —dijo con voz áspera—. Ven a juzgar, ven a Criticar.

La cabaña ambulante siguió su camino y los alejó de aquel cementerio. En un lugar que no se veía desde el vestíbulo, el hábito de uno de los monjes crucificados empezó a echar humo. Su cráneo explotó con un chorro de fuego azul y una ruidosa detonación mientras algo del tamaño de un puño salía despedido, dejando tras de sí un reguero de

resplandecientes partículas blancas. La mente de otro monje o lo que quedaba de ella después de un día en la cruz, que fue cuando la semilla de los lanzacabezas lo encontraron estaba de camino a la órbita para reunirse con los datávoros del Festival.

La cabaña caminó todo el día entre milagros, maravillas y abominaciones. Dos esferas geodésicas parecidas a vilanos de cardo flotaban sobre sus cabezas como refulgentes diademas de un kilómetro de diámetro, sustentadas por la expansión termal del aire recalentado por el sol que estaba atrapado en su interior (los campesinos ascendidos, sus mentes expandidas con extrañas prótesis, contemplaban desde las alturas de su aguilera comunal a los moradores de la superficie. A algunos de sus hijos pequeños estaban ya saliéndoles plumas). Detrás de otra colina, la cabaña cruzó un puente en suspensión hecho de hilo de plata que vadeaba un barranco que no había estado allí una semana antes. Un barranco tan profundo que el aire de su fondo despedía un resplandor rojizo y su suelo estaba cubierto permanentemente por una neblina venusiana. El retumbar sordo de una maquinaria infernal subía desde allí. En una ocasión, un enjambre de mariposas de silicona del tamaño de platos llanos y con motores solares pasó junto a ellos como una exhalación, estremeciéndose y chisporroteando y devorando cualquier rastro de cableado eléctrico y componentes electrónicos que encontrase en su camino: un Stuka depredador del tamaño de un águila iba tras ellos, y de

vez en cuando descendía aullando en un picado que terminaba con una de las criaturas atrapada y hecha jirones en las garras que brotaban de su hélice.

—Singularidad profunda —comentó Hermana Séptima—. Las máquinas viven y procrean. Evolución de cornucopia.

—No entiendo. ¿Quién ha hecho esto?

—Propiedad emergente de infocología compleja. Vida se expande para ocupar nichos medioambientales. Ahora las máquinas se reproducen y engendran mientras el Festival maximiza la entropía y evoluciona a estado de tránsito.

—¿Evoluciona a…? —Miró fijamente al Crítico—. ¿Quieres decir que esto es solo una condición temporal?

Hermana Séptima le dirigió una mirada plácida.

—¿Qué te hacía pensar lo contrario?

—Pero… —Burya miró a su alrededor, a las aldeas quemadas y los extraños artefactos que estaban pasando junto a ellos—. Nadie está preparado para esto —dijo con voz débil—. ¡Creíamos que duraría!

—Algunos se prepararán —dijo el Crítico—. Las cornucopias engendran. Pero el Festival, flor que brota a la luz de la estrella antes de la siguiente travesía por el frío y oscuro desierto, sigue su camino.

A primera hora del día siguiente, Plotsk apareció ante sus ojos. Antes de la incursión del Festival, Plotsk había sido una adormilada ciudad mercantil de unas cincuenta mil almas, sede de una fortaleza de la policía local, una prisión, dos catedrales, un museo y un puerto de zeppelines. También había sido la cabeza de vía más septentrional del planeta y el punto de partida para las barcazas que partían en dirección norte hacia las granjas que salpicaban las estepas situadas a medio camino del Océano Boreal.

Ahora era irreconocible. Barrios enteros se habían convertido en manchas chamuscadas en el suelo, mientras un racimo de esbeltas torres blancas salvaba la mitad del camino hasta la estratosfera desde el emplazamiento de la antigua catedral. Burya se quedó boquiabierto cuando una cosa de color verde esmeralda salió despedida desde la ventana de una de las torres, una luz cegadora que recorría el cielo y pasaba sobre sus cabezas con una insólita detonación doble. El olor, en parte a pólvora y en parte a orquídeas negras, estaba allí de nuevo. Hermana Séptima se incorporó y aspiró profundamente.

—Me encanta el olor de los ensambladores salvajes por la mañana. Cargas de niños de matabots y milicia cyborg. Espiras de hueso y marfil. Pasto para el apocalipsis.

—¡¡¿De qué estás hablando?!! —Burya se sentó en el borde del montón de mantas apestosas que el Crítico había utilizado para hacer su nido.

—Es nanoestructura vuelto loca —respondió con voz alegre—. ¡Civilización! ¡Libertad, Justicia y Modo de Vida Americano!

—¿Qué es un modo de vida mircano? —preguntó Burya mientras abría una gruesa salchicha de ajo y, con la ayuda de un abrecartas con incrustaciones de gemas, empezaba a cortar pedazos de buen tamaño y a metérselos en la boca. La barba le picaba furiosamente, no se había bañado desde hacía días y, lo que era peor, le parecía que estaba empezando a entender a Hermana Séptima (nadie hubiera debido tener que comprender a un Crítico; era un castigo cruel y exótico).

Una brillante llamarada verde se encendió sobre ellos, atravesó el umbral de la entrada e iluminó los mugrientos confines de la cabaña.

—¡Atención! ¡Acaban de entrar en un área bajo cuarentena! ¡Identifíquense inmediatamente! —Un profundo y grave zumbido hizo que Burya se estremeciera hasta la médula. Se encogió y parpadeó, y la salchicha se le cayó de las manos.

—¿Por qué no respondes? —preguntó Hermana Séptima con una calma completamente irrazonable.

—¿Responderles?

—¡ATENCIÓN! ¡Tienen treinta segundos para obedecer!

La cabaña se estremeció. Burya tropezó y pisó lo que quedaba de la salchicha. Enfurecido, se abalanzó hacia el umbral.

—¡Basta ya de escándalo! —gritó, sacudiendo un puño en el aire—. ¿Es que un hombre no puede desayunar tranquilamente sin que lo incordiéis, tunantes odiosos? ¡Imbéciles incultos, espero que la puta del Duque se cague y se mee en vuestros ataúdes por accidente!

Las luces se apagaron de repente.

—Ops, perdón —dijo el vozarrón. Y a continuación, en tono más moderado—. ¿Es usted, camarada Rubenstein?

Burya se quedó mirando la esmeralda flotante, boquiabierto. Entonces bajó la mirada. Junto a la carretera se encontraba uno de los guardias de Timoshevski… pero ya no era como Burya lo había conocido en Novy Petrograd.

Rachel estaba sentada en su litera, tensa y nerviosa. Ignorando los ruidos, el estrépito y los ocasionales y perturbadores topetazos que llegaban desde el mamparo trasero, trataba desesperadamente de aclararse los pensamientos. Tenía varias decisiones difíciles que tomar… y si tomaba la equivocada, Martin moriría, sin duda, y lo que es más, puede que ella muriese con él. O, aún peor, puede que la echasen prematuramente y no pudiera cumplir su

misión. Lo que hacía que fuese mucho más difícil pensar con claridad, sin temores.

Treinta minutos antes un marinero había llamado a su puerta. Se había puesto apresuradamente la camisa y la había abierto.

—El teniente Sauer le envía sus saludos, señora, y le recuerda que el consejo de guerra se celebrará esta tarde a las 1400.

Parpadeó como una boba.

—¿Qué consejo de guerra?

El marinero puso cara de perplejidad.

—No lo sé, señor. Solo me han ordenado que le dijera…

—Está bien. Puedes marcharte.

Se había marchado y ella se había puesto rápidamente las botas, se había pasado un cepillo por el pelo y había salido en busca de alguien que supiera lo que estaba pasando.

El comandante Murametz se encontraba en la sala de oficiales, tomando una taza de té.

—¿Qué es eso de un consejo de guerra? —le preguntó con impaciencia. Él la miró con cara de póquer.

—Oh, nada —dijo—. Solo ese ingeniero al que han arrestado. No podemos tenerlo a bordo cuando empiece la batalla, así que el viejo ha programado una vista para esta tarde para quitarnos el asunto de encima.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó con voz gélida.

—No se puede ejecutar a un hombre sin un juicio previo —dijo Ilya, disimulando a duras penas su desprecio. Dio unos golpecitos al vaso que había junto al samovar—. El juicio será en esta misma habitación, esta tarde. La veré aquí.

Lo siguiente que supo fue que estaba en su camarote. No lograba recordar cómo había llegado allí. Tenía frío y se sentía enferma. Quieren matar a Martin, comprendió. Porque no pueden alcanzarme de otra manera. Se maldijo por su estupidez. ¿Quién estaba detrás de aquello, cuántos enemigos había hecho? ¿Sería cosa del almirante? (era dudoso, él no necesitaba la formalidad de un juicio si quería que fusilaran a alguien). O Ilya… sí, ese era alguien que se la tenía jurada. ¿O el muchacho espeluznante, el policía secreto recién salido del cascarón? ¿O acaso el capitán? Sacudió la cabeza. Alguien había decidido ir a por ella y en la nave no había secretos. A pesar de lo discretos que Martin y ella habían creído ser, alguien se había dado cuenta.

La fría vaciedad de su estómago se coaguló en un nudo de tensión. El viaje entero estaba convirtiéndose en un fiasco. Después de lo que Martin le había contado —incluida su

misión—, sabía que era imposible que la Armada pudiera vencer. De hecho, lo más probable era que acabasen todos muertos. Hasta su papel como negociadora carecía de sentido. Se negocia con seres humanos, no con criaturas que son para los humanos lo que los humanos para los perros y los gatos (o máquinas, máquinas blandas y predecibles que se desmontan con facilidad cuando uno trata de examinarlas pero no pueden volver a montarse). Quedarse a bordo era inútil, no la ayudaría a entregar el paquete de George Cho, y en cuanto a Martin…

Rachel comprendió entonces que no tenía intención de dejarlo atrás. Con la constatación de este hecho vino también una sensación de alivio, porque solo le dejaba un curso de acción posible. Se inclinó hacia delante y habló en voz baja:

—Equipaje: ábrete sesamo. Plan Titanic. Tienes tres horas y diez minutos. Empieza.

Ahora lo único que tenía que hacer era encontrar el modo de sacarlo de aquella audiencia absurda en la sala de oficiales y llevarlo hasta su camarote. Una tarea diferente, pero no necesariamente más complicada, que sacarlo de los calabozos.

El baúl avanzo silenciosamente, salió de debajo de su litera y su tapa se abrió por sí sola. Rachel introdujo órdenes durante un minuto. Se abrió un panel y sacó un carrete de

manguera flexible. La ajustó al grifo de agua fría de la pila. Introdujo por el desagüe una manguera más larga y gruesa con un ensanchamiento esférico en un extremo, una colonoscopia para sondear las entrañas del circuito de eliminación de residuos de la nave. El cofre emitió un zumbido y empezó a expulsar un líquido viscoso de color blanco en el tubo del baño. Finos filamentos de algo parecido al plástico empezaron a reptar por la pila del aseo, formando un sello rígido alrededor de la manguera. Un olor a quemado inundó la habitación, una mezcla de pólvora y melaza con un rastro de mierda. Rachel consultó un indicador de estatus en el baúl. Satisfecha, recogió los guantes, el casco, cualquier otra cosa que pudiera necesitar y entonces, tras volver a comprobar el indicador, salió apresuradamente de la habitación.

El aseo emitía un tenue traqueteo y el sonido metálico de las tuberías metálicas en expansión. La tubería de desagüe se calentó. Con un siseo que fue acallado rápidamente por una nueva floración de aquel material parecido a telaraña, empezó a brotar vapor del tubo de desperdicios. Saltó una alarma de ionización que había en el techo, pero Rachel la había desconectado en cuanto llegó a su camarote. La alarma de radiación del equipaje empezó a parpadear, sin que nadie la viera, en la habitación cada vez más caliente. El bote salvavidas del servicio diplomático estaba empezando a hincharse.

—No te preocupes, hijo, funcionará. —Sauer dio unas palmaditas en la espalda al Procurador Muller.

Vassily esbozó una sonrisa forzada y triste.

—Eso espero, señor. Nunca he estado en un consejo de guerra hasta ahora.

—Bueno. —Sauer eligió sus palabras cuidadosamente—. Considéralo como una experiencia educativa. Y como la mejor oportunidad para joder a esa zorra de forma legal…

A decir verdad, Sauer no sentía tanta confianza como aparentaba. Aquella artimaña estaba sobrepasando con creces los límites de lo permisible. Excedía su autoridad como oficial de seguridad y, de no haber contado con el apoyo activo del comandante Murametz, nunca se hubiera atrevido a seguir adelante. Desde luego carecía de la autoridad legal para reunir un consejo de guerra por iniciativa propia en presencia de oficiales superiores y mucho más para someter a juicio a un civil por un crimen capital. Lo que sí tenía era la determinación de erradicar la subversión por cualquier medio necesario, incluida una charada, y también un primer oficial dispuesto a estampar su firma en la línea de puntos. Por no mencionar un entusiasmo institucional por dejar al agente del Conservador como el auténtico imbécil que era.

No tenían mucho tiempo. Desde que salieran del salto en el extremo del sistema interior, el escuadrón pesado había estado marchando en completo silencio y a una aceleración constante de diez g. Las propiedades de torsión del espacio-tiempo de las singularidades de su motor compensaban la aceleración (diez g, sin compensación, eran suficientes para matar a un hombre. Era una aceleración que quebraba los huesos y aplastaba los pulmones). Aparentemente, se había producido un error de navegación, un error realmente grave que había provocado que cundiera una furia negra en el cuartel general del almirante durante varios días y que los había dejado a merced del enemigo (y eso era lo principal).

Algunos días atrás, el escuadrón había llevado a cabo un giro completo y había ejecutado una secuencia de deceleración para frenar hasta 100 k.p.s. en relación al Planeta de Rochard. A primeras horas de la mañana habían alcanzado la velocidad de batalla. Flotarían durante los treinta últimos segundos y solo reanudarían la aceleración (e incrementarían su visibilidad) cuando estuvieran al alcance del radar activo del enemigo. En aquel momento se encontraban a unos dos millones de kilómetros de distancia. En algún momento alrededor de la medianoche, hora de a bordo, iniciarían la aproximación al planeta, acelerarían a toda potencia y trabarían combate con las naves enemigas… asumiendo que estas quisieran salir a su encuentro y luchar. (Si no lo hacían, es que los muy cobardes habían concedido el control de la zona orbital baja a la Nueva República, lo que

equivalía a abandonar a su suerte a sus fuerzas terrestres). Sea como fuere, cualquier acción que se emprendiera contra la inspectora de la ONU tenía que haberse completado antes del anochecer, momento en que la nave iniciaría el protocolo de batalla y todos los hombres tendrían que estar en sus puestos… Si es que no habían topado con algo antes de eso.

A los ojos de Sauer, era casi un milagro que Ilya se hubiera prestado a participar en la estratagema. Podría haberla prohibido perfectamente, o informar al capitán, lo que en la práctica equivalía a lo mismo. Tan cerca como estaban de una gran batalla, el hecho de que desatendiera sus deberes junto con otros dos oficiales que no tenían cometidos activos que preparar resultaba una sorpresa casi asombrosa.

Sauer se acercó a la mesa que había en la parte delantera de la habitación y se sentó. Era la mesa en la que comían los oficiales, cubierta con un lienzo blanco para la ocasión y ocupada por una serie de tomos encuadernados en piel que contenían todos los Artículos Imperiales de Guerra. Otros dos oficiales lo siguieron: el Dr. Hertz, cirujano de la nave, y el teniente Vulpis, de Relativística. Estaban tan serios como correspondía a la ocasión. Sauer se aclaró la garganta.

—Orden en la sala —dijo en voz alta—. Traigan al acusado.

Se abrió la otra puerta. Entraron dos reclutas escoltando a Martin Springfield quien, esposado y afectado por una leve

cojera, se movía bastante despacio. Tras ellos, la puerta se cerró con un portazo.

—Ah… eh, sí. Diga su nombre para conocimiento del tribunal.

Martin miró a su alrededor. Estaba pálido pero su expresión era cautelosa.

—¿Qué?

—Diga su nombre, por favor.

—Martin Springfield.

El teniente Sauer tomó una nota en su cuaderno. Irritado, se percató de que su pluma no tenía tinta. Daba igual. El asunto no requería un registro escrito.

—Es usted civil, súbdito de las Naciones Unidas de la Tierra. ¿Es correcto?

Una mirada de irritación se encaramó al rostro de Martin.

—¡No, coño, no lo es! —dijo—. ¡Me he hartado de decirle a su gente que la ONU no es un gobierno! A efectos legislativos y de seguros, estoy afiliado a Pinkertons. Eso significa que obedezco sus reglas y ellos me proporcionan cobretura contra posibles abusos y delitos. Pero tengo también una póliza de respaldo estratégico contraída con las

Nuevas Fuerzas Aéreas que, según creo, cubre situaciones como esta. Asimismo he firmado acuerdos con al menos media docena de organizaciones cuasi-gubernamentales, pero ninguna de ellas tiene derecho a ejercer su soberanía sobre mí: ¡No soy un esclavo!

El Dr. Hertz giró la cabeza y lanzó una mirada significativa a Sauer. Sus quevedos brillaban bajo la severa luz de las lámparas de tungsteno. Sauer bufó.

—Que quede constancia de que el acusado es súbdito de las Naciones Unidas de la Tierra —dio con tono formal.

—No lo es. —Todas las cabezas se volvieron. Mientras Martin estaba hablando, Rachel había entrado discretamente por una puerta lateral. Su atuendo era aún más escandaloso que de costumbre: unos leotardos ceñidos, blancos y desgastados, por debajo de varios elementos acolchados y un chaleco abultado que parecía una chaqueta de aviador. Casi parece un traje espacial, pensó Sauer, perplejo—. Las Naciones Unidas no son un estado.

—¡Silencio! —Sauer la señaló—. Esta es una corte de justicia militar y no se le ha concedido la palabra. Guarde silencio o haré que la desalojen de la sala.

—¿Y crear un incidente diplomático? —Rachel esbozó una sonrisa desagradable—. Inténtelo y haré que lo lamente. En cualquier caso, creo que al acusado se le permite contar con

un abogado para su defensa. ¿Le han informado de sus derechos?

—Er… —Vulpis bajó la mirada—. Eso es irrelevante. El juicio continuará… —Martin se aclaró la garganta—. Quisiera nombrar a la coronel Mansour mi abogado defensor —dijo.

Está funcionando. Sauer fingió que tomaba una nota en su cuaderno. Al otro lado de la sala, pudo ver que Vassily contenía el aliento. Las esperanzas del joven mequetrefe estaban aumentando.

—Este tribunal reconoce a la inspectora Mansour, de la ONU, como abogado defensor. Me veo obligado a advertirle que este juicio está celebrándose bajo los Artículos Imperiales de Guerra, Sección Catorce, Artículos de Combate, en vista de nuestra proximidad al enemigo. Si no conoce estas leyes y regulaciones, puede indicarlo ahora y retirarse de este juicio.

La sonrisa de Rachel se ensanchó.

—La defensa solicita un aplazamiento en vista de la inminencia de un enfrentamiento. Habrá tiempo de sobra para esto después de la batalla.

—Denegado —le espetó Sauer—. Tenemos que celebrar un juicio antes de poder ejecutar la sentencia. —Eso hizo que dejara de sonreír—. El tribunal hará un receso de cinco minutos para que el abogado defensor pueda reunirse con

su defendido y ni un minuto más. —Dio un puñetazo en la mesa, se levantó y salió de la sala. El resto del tribunal lo siguió, junto con un puñado de espectadores curiosos, dejando allí a Martin, Rachel y los cuatro marineros que montaban guardia en las puertas.

* * *

—¿Sabes que esto es solo una farsa? Quieren ejecutarme —dijo Martin. Tenía la voz ronca, un poco débil. Juntó las manos tratando de impedir que temblaran.

Rachel le miró los ojos.

—Mírame, Martin —dijo en voz baja—. ¿Confías en mí?

—Yo… sí. —Bajó la mirada.

Rachel alargó una mano sobre la mesa y rodeó con ella su muñeca izquierda.

—He estado consultando sus procedimientos. Esto es sumamente irregular y, pase lo que pase, pienso apelar al capitán… quien debería ser quien presidiera la audiencia, y no un oficial de seguridad con pretensiones, que además se encarga de la acusación. —Apartó la mirada de él y la dirigió a los conductos de ventilación. Al mismo tiempo, empezó a darle rápidos golpecitos en el dorso de la mano. Martin tensó la muñeca en una contraseña que compartían, mensaje recibido: Siguiente sesión. Parpadeo tres veces,

empieza a hiperventilar. Parpadeo dos veces, contén el aliento.

Martin abrió los ojos un poco más.

—Además, no tendrán tiempo de hacer nada antes del perigeo —continuó ella verbalmente—. Estamos a menos de dos unidades astronómicas y acercándonos muy deprisa. La batalla debería de comenzar antes de medianoche, si es que va a haber una batalla convencional. —Tengo un bote salvavidas, añadió utilizando el código Morse.

—Eso es… —Tragó saliva. ¿Cómo escapo?, preguntó—. No creo que vayan a respetar todas las formalidades. Esta farsa de juicio… —Se encogió de hombros.

—Déjame eso a mí —dijo ella mientras le apretaba la mano para darle más fuerza a sus palabras—. Sé lo que estoy haciendo. —Por primera vez, había esperanza en la expresión de Martin. Lo soltó y se recostó en su silla—. Hace calor —se quejó—. ¿Dónde está la ventilación?

Martin levantó la mirada por encima de ella. Rachel siguió la dirección de su mirada: había una rejilla en el techo. Cerró los ojos y apretó con fuerza los párpados. Una sucesión de imágenes verdes, parecidas a la celda de una prisión vista en una pesadilla, pasó por delante del interior de sus párpados. Los drones espía, los que quedaban del enjambre que Vassily había liberado, esperaban pacientemente detrás de las

rejillas. La habían seguido hasta allí, llevando una cosilla para hacer más interesante el juicio. Le está bien empleado a ese pequeño mirón, se dijo amargamente, refiriéndose al espía.

—Te voy a sacar de esta —dijo a Martin tratando de tranquilizarlo.

—Comprendo. —Asintió con una leve inclinación de la cabeza—. Ya sabes que… eh, no se me da muy bien lo de la gente…

Rachel sacudió la cabeza.

—Están haciendo esto para comprometerme. No es por ti. No es nada personal. Solo quieren quitarme de en medio.

—¿Quiénes? —Se encogió de hombros.

—Los oficiales de grado medio. Los que suponen que una guerra corta y victoriosa es un billete de ascenso para la escalera de promoción. Los que no creen que yo debiera estar aquí y mucho menos informar sobre lo que ocurra. No después de lo que pasó en Lamprea Uno. Estuve allí como agente de campo de la Cruz Roja, ¿lo sabías? Investigando los crímenes de guerra. No dejaron nada con vida y creo que lo saben. No quieren un acuerdo negociado, quieren vísceras y gloria.

—Si se trata solo de ti, ¿por qué está aquí ese crío de la Oficina del Conservador? —preguntó Martin.

Rachel se encogió de hombros.

—Dos pájaros de un tiro. No te apures. Si la fastidian, pueden cargarle las culpas al sicario del Conservador. La Inteligencia Naval y la policía secreta no se profesan demasiado amor. Si funciona, nos quitan a los dos de en medio. Después de leer sus reglamentos, estoy segura de que no tienen autoridad para hacer esto, Martin. Solo el comandante puede dictar una sentencia de muerte salvo en presencia del enemigo, así que si te ejecutan, es una ilegalidad tan grande que bastaría para colgarlos a todos.

—Qué tranquilizador. —Esbozó una sonrisa forzada pero el resultado fue una mueca de terror—. Tú haz tu… Demonios. Confío en ti.

—Eso está bien. Entonces se abrieron las puertas.

—Está funcionando —dijo Sauer—. Ha venido a defender a su sicario. Ahora tenemos que obligarla a adoptar una postura de desafío abierto: no debería de ser demasiado difícil: tenemos la palanca necesaria.

—¿Desafío? —Vulpis enarcó una ceja—. Dijiste que esto era un juicio.

—Es un duelo, un duelo de astucias, la suya contra las nuestras. Ha consentido en defenderlo. Eso significa que está actuando como oficial ante el tribunal. El Artículo Cuarenta y Seis dice que cualquier oficial que actúe delante de un

tribunal está sujeto a las medidas disciplinarias previstas en el reglamento y puede ser encausado por desacato o mal comportamiento. Al acceder a servir delante del tribunal, está renunciando a su inmunidad diplomática. Pero la cosa no termina ahí. Dentro de unas dos horas, entraremos en alerta de combate. Aunque ahora mismo puede que el juicio sea una charada, a partir de ese momento cualquier oficial tiene autoridad para dictar una sentencia capital, o incluso ordenar una ejecución sumaria, porque así lo afirma el Artículo Cuatro, Obediencia en Presencia del Enemigo, Medios de Cumplimiento. No digo que esté pensando en utilizarlo, pero nos proporciona un cierto grado de cobertura, ¿no?

El Dr. Hertz se quitó los quevedos y empezó a limpiarlos.

—No estoy muy seguro de que me guste —dijo con cierto nerviosismo—. Se parece demasiado a la clase de estratagemas que le gusta utilizar a la Stasi. ¿No te preocupa estar haciéndole el juego al cachorro del Conservador?

—En realidad no. —Sauer sonrió al fin—. Verás, lo que tengo planeado es embrollar de tal modo a nuestra nueva abogada defensora que acabe insubordinándose o algo por el estilo. Pero, por lo que se refiere al acusado, estoy pensando en un veredicto de inocencia. —Sorbió por la nariz—. Es evidente que no sabía que estaba quebrantando el reglamento. Además, el aparato que le fue requisado estaba inactivo en el momento de ser descubierto, de modo

que no podemos probar que funcionara cuando lo subió a bordo de la nave. Y el Almirantazgo se enfurecerá si por nuestra culpa le es más difícil contratar personal civil extranjero en el futuro. Pretendo ponerla tan nerviosa que no se dé cuenta de que no tenemos caso hasta que la hayamos quitado de en medio. Luego podremos liberar a Springfield. Con lo que conseguiremos que el joven señor Muller parezca un completo y total idiota. Por no mencionar que puede que eso me dé la ocasión de investigarlo a él por robo, registro indebido de objetos personales, violación de valija diplomática, conducta inmoral y puede que hasta deserción. —Su sonrisa le dio el aspecto de un tiburón—. ¿Quieren que continúe?

Vulpis silbó, admirado.

—Recuérdeme que nunca juegue con usted al póquer —comentó.

El Dr. Hertz volvió a ponerse las gafas.

—¿Volvemos al circo, caballeros?

—Creo que sí. —Sauer apuró la taza de té y se levantó—. Después de ustedes, mis hermanos oficiales. ¡Y luego, que pasen los payasos!

El baúl del camarote de Rachel había dejado de soltar vapor hacía un buen rato. Había menguado bastante al reabsorber y regurgitar gran parte de su contenido. Una

viscosa espuma blanca se había extendido sobre el mobiliario del cuarto y estaba digiriendo con avidez todos los hidrocarburos disponibles y convirtiéndolos en un sustrato de fase diamantina, apropiado para actividad intensiva de manufacturado. La solución estaba precipitando bloques sólidos de un material transparente, con los que se estaba formando una esfera hueca que casi llenaba la estancia. Por debajo de la cubierta, las raíces se deslizaban reptando hasta los circuitos de reciclado de la nave y se aprovechaban del tanque que almacenaba los desechos biológicos durante los trayectos de ida de un viaje (siguiendo una convención asentada hacía mucho tiempo, las naves que no estaban equipadas con recicladores solo descargaban sus desechos cuando se alejaban de los espacios habitados. Más de un desgraciado trabajador orbital había sido abatido por un excremento congelado cargado con más energía cinética que un obús de artillería anti-blindaje).

El baúl autopropulsado, que estaba soldado a la base de la esfera cristalina, era ahora mucho más liviano que cuando Rachel había subido a bordo. Por aquel entonces, pesaba casi un tercio de tonelada: ahora su masa no alcanzaba ni los cincuenta kilos. El resto estaba formado en su mayor parte por paredes de tubos capilares de carburo de boro, contenedores para cristales finos de tetraioduro de uranio-235 ultrapuro y un gran suministro de cadmio. El baúl era capaz de fabricar cualquier cosa que necesitara si contaba con materia prima. Más que nada, lo que necesitaba era

carbono, hidrógeno y oxígenos, abundante en grandes cantidades en la planta de tratamiento de residuos de la nave. Pero si una agente tenía que escapar a toda prisa y no contaba con una fuente de energía importante a mano… bueno, la fisión, una antigua y tosca tecnología, era fácil de almacenar, muy ligera y normalmente no estallaba sin una causa. Razón por la que Rachel había estado llevando de acá para allá el suficiente uranio para fabricar dos o tres bombas atómicas de buen tamaño o el núcleo de un cohete nuclear de agua salada.

Un cohete nuclear de agua salada era, sencillamente, el sistema de propulsión interplanetaria más sencillo que cabía en un baúl. Al otro lado del casco presurizado del camarote de Rachel, el baúl había construido un tanque de grandes dimensiones recorrido en su interior por tubos de absorción de neutrones: poco a poco estaba llenándose de agua con una solución de tetraioduro de uranio casi crítica. Solo una capa de cuidadosamente debilitadas planchas de casco y conductos eléctricos mantenía la cristalina esfera y su tanque de agua salada de veinte toneladas al otro lado del mamparo, en el interior de la nave. La híbrida estructura había anidado bajo la piel de la nave como un gusano alimentándose de la piel de su anfitrión, mientras se preparaba para eclosionar.

Por toda la nave, los aseos no desaguaban bien, la presión del agua en los camarotes de los oficiales era escandalosamente baja y un par de técnicos ambientales

estaban rascándose la cabeza ante el inesperadamente bajo nivel del tanque de silaje número cuatro. Un lumbreras estaba ya murmurando algo sobre fugas de líquido. Pero con una batalla a escasas horas de distancia, la mayoría de la atención se concentraba en los sistemas de armamento de la nave. Mientras tanto, el módulo de fabricación del equipaje seguía trabajando diligentemente, extrayendo polímeros y materiales para adosarlos al bote salvavidas que estaba preparando para su señora. Con tan poco tiempo hasta el inminente encuentro, la velocidad era esencial.

—Se reanuda la sesión. —Sauer dio unos golpes en la mesa con un vaso dado la vuelta—. Acusado Martin Springfield, los cargos en su contra afirman que en el trigésimo segundo día del mes de la armonía, año 211 de la República, trajo usted de forma premedita a bordo de la nave de guerra Lord Vanek un artefacto de comunicaciones equipado con un canal causal, sin permiso de su oficial superior ni, en realidad, de ningún otro oficial de esa nave, contraviniendo el Artículo Cuarenta y Seis de los Artículos de Guerra. Y que, posteriormente, hizo usted uso de dicho artefacto para comunicarse con ciudadanos extranjeros, contraviniendo el Artículo Veintidós, y transmitió detalles operativos de las maniobras de la nave de guerra Lord Vanek, contraviniendo la Sección Dos del Acta de Defensa del Reino de 127, así como la Sección Cuatro de los Artículos de Guerra, traición en Tiempos de Guerra. Los cargos contra usted constituyen pues un quebrantamiento negligente de los reglamentos

sobre control de señales, comunicación con el enemigo y traición en tiempos de guerra. ¿Cómo se declara?

Antes de que tuviera tiempo de abrir la boca, Rachel dijo:

—Se declara no culpable de todos los cargos. Y puedo demostrarlo. —Había un brillo peligroso en sus ojos. Estaba muy erguida, con las manos juntas en la espalda.

—¿Acepta el acusado esta declaración? —preguntó Vulpis.

—La coronel habla en mi nombre.

—Primero, evidencias en apoyo de los cargos. Hecho: el trigésimo segundo día del mes de la Armonía, año 211 de la República, trajo usted de forma premedita a bordo de la nave de guerra Lord Vanek un artefacto de comunicaciones equipado con un canal causal, sin permiso de su oficial superior ni, en realidad, de ningún otro oficial de esa nave, contraviniendo el Artículo Cuarenta y Seis. Ujier, presente la prueba.

Un recluta de rostro impasible se adelantó con una pequeña bolsa de papel en las manos. Vació su contenido sobre la mesa: un pequeño cartucho de memoria de color negro.

—Objeto uno: un canal causal de tipo doce, adosado a un cartucho de expansión estándar modelo CX de los que se usan en los asistentes personales por toda la esfera de

influencia de la decadente Tierra. El objeto fue extraído del asistente personal del acusado por el Procurador Subalterno Vassily Muller, de la Oficina del Conservador, asignado a la vigilancia del acusado el trigésimo segundo día de Armonía, tal como ya se ha explicado. Una grabación con el testimonio del Procurador está a disposición del tribunal. ¿Alguien impugna la validez de esta prueba? ¿No? Bien…

—Yo. —Rachel señaló el pequeño cartucho negro—. Para empezar, afirmo que el registro llevado a cabo por el Procurador Subalterno en el equipaje de mi defendido es inadmisible, porque el acusado es un civil que no está sometido a la renuncia de sus derechos por el juramento de lealtad suscrito por los soldados. Sus derechos civiles, incluido el derecho a la propiedad, no pueden violarse legalmente sin un mandato judicial o una orden emitida por un oficial dotado de poderes sumarios según establece el Artículo Doce. A menos que el Procurador Subalterno obtuviera dicha orden o dicho mandato, su registro fue ilegal y por tanto podría constituir un robo. Cualquier prueba obtenida en el proceso de un registro ilegal no es admisible delante de un tribunal. En segundo lugar, si eso es un canal causal, yo soy una piel de plátano. Es una tarjeta cuántica de almacenaje estándar. Si llaman a un ingeniero electrónico, lo confirmará. En tercer lugar, no tienen ustedes autoridad para celebrar esta charada de juicio. He estado revisando sus Artículos y establecen con toda claridad que una corte marcial solo puede reunirse por orden del oficial de mayor

rango presente. ¿Dónde está la orden por escrito del almirante?

Cruzó los brazos y miró al banco. Sauer sacudió la cabeza.

—El Procurador Subalterno tenía órdenes de investigar a Springfield. A los ojos de la Oficina del Conservador, eso convierte en legales sus acciones. Y debo hacer constar el extremado disgusto que me provoca la afirmación de la defensa de que carezco de autoridad para reunir este tribunal. He obtenido esa autoridad de mi oficial superior y pienso utilizarla. —Con sumo cuidado, evitó especificar de manera precisa de qué clase de autoridad se trataba—. En cuanto a la identificación de la prueba, contamos con una grabación del acusado en la que afirma que se trata de un canal causal, que trajo a bordo de la nave a petición de un grupo extranjero, concretamente del astillero. Por lo que a los Artículos se refiere y con relación a la voluntad, no importa que el objeto sea una cáscara de plátano. El acusado sigue siendo culpable de creer que llevaba encima un aparato de comunicaciones.

Guardó silencio un momento.

—Que conste en acta que la prueba ha sido admitida. —Lanzó una mirada furibunda a Rachel. Ahí te he pillado, zorra. ¿Qué vas a hacer ahora?

Rachel miró a Martin y parpadeó rápidamente. A continuación se volvió de nuevo hacia el tribunal.

—Una cuestión legal, señor. Resulta que, por lo general, pensar no se considera lo mismo que actuar. De hecho, en esta nación, que se niega a considerar siquiera el uso de maquinaria controlada por el pensamiento, la distinción es aún más explícita que en la mía. Parece que están ustedes tratando de encausar a mi defendido por sus opiniones y creencias en lugar de por sus actos. ¿Tiene alguna prueba que demuestre que reveló información a alguien? De lo contrario, no existe causa.

—Tengo exactamente eso. —Sauer esbozó una sonrisa salvaje—. Ya debería saber a quién ha estado pasándole información. —La señaló—. Es usted un conocido agente de una potencia extranjera. El defendido ha estado comunicándose libremente con usted. Ahora, dado que ha consentido usted en defenderlo, está actuando como oficial ante esta corte. Citando el Artículo Cuarenta y Seis, «Cualquier persona designada para actuar como oficial ante un tribunal está sujeta a la disciplina de los Artículos». Debo concluir por tanto que en un acto de valor, ha accedido usted a renunciar a su inmunidad diplomática para intentar salvar a su espía de la soga.

Por un momento, Rachel pareció confundida. Volvió a mirar a Martin y parpadeó rápidamente. A continuación se dirigió de nuevo al tribunal.

—¿De modo que han orquestado esta farsa solo para poder evitar mi inmunidad diplomática? Estoy impresionada. La verdad es que no pensaba que fuera tan estúpido… ¡Utah!

Todo pasó muy deprisa. Rachel cayó de rodillas detrás de su mesa. Sauer hizo un movimiento hacia los marineros que había en la parte trasera de la habitación para ordenarles que arrestaran a la mujer. Pero antes de que pudiera hacer otra cosa que abrir la boca, hubo cuatro fuertes detonaciones por toda la sala. Los conductos de ventilación del techo reventaron y empezaron a caer cosas, cosas complejas y de muchas patas que despedían chorros de espuma azul pálido a gran presión. La espuma se pegaba a todo lo que tocaba, como por ejemplo el banco del tribunal y los guardias que había en la improvisada sala de audiencias. Era liviana pero pegajosa y se convertía en cuestión de segundos en una sustancia rígida.

—¡Cójanla! —gritó Sauer. Alargó la mano hacia su pistola pero en algún punto a medio camino un grueso goterón de espuma engulló su brazo y se lo pegó al costado. La espuma despedía un fuerte olor a productos químicos, que le recordó a las visitas que hacía de niño a la consulta del dentista. Sauer inhaló profundamente mientras forcejeaba tratando de librarse de la pegajosa masa, y el afrutado y dulzón aroma se introdujo hasta el fondo de sus pulmones. Entonces el mundo se volvió borroso.

Rachel sabía que las cosas iban a ponerse feas desde el mismo momento en que entró en la habitación. Había visto jueces decididos a emitir un veredicto condenatorio otras veces, en la Tierra y en una docena de misiones desde entonces. Casi podía olerse, una agria e irracional impaciencia por ordenar una ejecución, como el hedor de la misma muerte. Estaba en aquel tribunal… junto con algo más. Una reserva maliciosa, un satisfecho sentido de la anticipación. Como si todo el asunto fuera una especie de chiste tremendo con una última línea que ella no terminar de comprender.

Cuando el teniente de seguridad la sacó a colación, una última línea a medio formar, totalmente inapropiada en su opinión, a todas luces preparada a toda prisa para la ocasión, giró la cabeza hacia Martin. Por favor, preparado. Parpadeó tres veces y vio que él se ponía tenso y a continuación asentía. La señal que habían acordado antes. Se volvió de nuevo hacia el tribunal y parpadeó. Unas luces verdes se encendían y apagaban detrás de sus párpados. «Estado Dos» subvocalizó, y el emisor de radio de su garganta envió la orden a los drones que esperaban en los conductos de ventilación. Contempló el banco. Los tres oficiales estaban sentados allí, mirándola con la furia de una tormenta en el horizonte. Gana tiempo.

—Una cuestión legal, señor. Resulta que, por lo general, pensar no se considera lo mismo que actuar… —Continuó

preguntándose cómo reaccionarían si los acusaba de haber organizado una farsa. O bien se echaban atrás o bien…

—Tengo exactamente eso. —El oficial político que se sentaba en medio, el de cara de palo, hizo una mueca horrible—. Ya debería saber a quién ha estado pasándole información. —La señaló directamente. Aquí está, dijo ella. Volvió a subvocalizar—. Equipaje. Informe de estado de preparación.

—Bote salvavidas cerrado y preparado para lanzamiento. Almacenamiento de combustible subcrítico, preparado. Suministro de oxígeno nominal. Advertencia, delta-v a punto designado New Peterson 86 k.p.s, descendiendo. Margen de maniobra total disponible 90 k.p.s.

Tendría que bastar, decidió. El cohete de agua salada, casi tan eficiente como cualquier viejo cohete de fusión, serviría para un viaje de retorno entre la Tierra y Marte. Iba a estar un poco justo. No podrían abandonar el planeta sin repostar. Pero serviría, siempre que…

Trago saliva, miró a Martin y parpadeó dos veces, la señal para que contuviera el aliento.

Equipaje, prepara el lanzamiento. Llegada de la tripulación estimada dentro de cien segundos. Lanzamiento previsto a T menos veinte segundos. Una vez que salieran de la nave al espacio, lo único que podían hacer era rezar para que la

tripulación del puente no se atreviera a encender el radar —pues al hacerlo alertaría al Festival— para encontrarla y matarla. El bote salvavidas era una pompa de jabón comparado con las naves de guerra de la Armada de la Nueva República.

Rachel volvió a mirar al tribunal y aspiró hondo mientras se ponía tensa.

—¿De modo que han orquestado esta farsa solo para poder evitar mi inmunidad diplomática? Estoy impresionada. La verdad es que no pensaba que fuera tan estúpido… ¡Utah!

Se arrojó al suelo. La última palabra fue un grito, la señal de activación enviada a los drones por el sistema de radio de su garganta. Un estallido simultáneo le informó de que las cargas dirigidas de los conductos habían detonado. Se cubrió la cabeza con la capucha transparente antigás, la selló y a continuación encendió su respirador celular.

Los drones entraron en la sala por sus agujeros del techo. Arañas y cangrejos y escorpiones, hechos de polímeros de carbono —de desechos reciclados, en realidad—, empezaron a rociar la habitación de espuma antipersonal y a expeler vapor de triclorometano anestésico sobre cualquiera que se resistiera. Un marinero hizo un movimiento hacia ella y sus implantes de combate tomaron el control. Golpeado en un lado de la cabeza por un puño

inhumanamente rápido, cayó como un saco de patatas antes de que ella hubiera registrado conscientemente su existencia. Todo se redujo al espacio que la separaba de Martin, quien seguía de pie, con los ojos muy abiertos, junto a la mesa, con los brazos medio levantados hacia ella y arrastrado en dirección a la puerta por uno de los reclutas.

Rachel arrebató el control de su sistema nervioso a su parte meramente humana y empezó a moverse a velocidad de combate.

El tiempo se frenó y la intensidad de las luces se redujo. Las cadenas de la gravedad se debilitaron pero el aire se volvió denso y viscoso a su alrededor. Por todas partes se movían marionetas a cámara lenta mientras ella saltaba sobre la mesa y corría hacia Martin. El guardia empezó a volverse hacia ella y levantó un brazo. Lo agarró, lo retorció y sintió cómo se descoyuntaba. Propinó un rapidísimo puñetazo a su compañero. Las costillas se partieron como si fueran de cartulina y un par de huesos finos de la parte trasera de sus manos se fracturaron con el impacto. Costaba recordarlo —costaba pensar— pero su peor enemigo era propio cuerpo, más frágil de lo que sus reflejos estaban dispuestos a admitir.

Asió a Martin de un brazo, tan delicadamente como si estuviera hecho de porcelana ósea. El comienzo de una bocanada procedente de sus pulmones le dijo que lo había dejado sin aliento. La puerta no estaba cerrada con llave, de modo que la abrió de una patada y salió con él antes de que

rebotara y volviera a cerrarse. Lo soltó, giró sobre sus talones y la cerró, y a continuación sacó del bolsillo de su chaleco algo que parecía masilla. ¡Omaha!, le gritó al emisor de radio de su garganta. Unos patrones estroboscópicos de luz roja y amarilla empezaron a recorrer la superficie de la masilla —visibles en su visión mecanizada—. La pegó al marco de la puerta y escupió sobre ella. Se volvió azul y empezó a extenderse rápidamente, una oleada de un líquido pegajoso que cubrió toda la puerta desde la pared y se volvió tan dura como el diamante.

Entre la puerta cerrada, los cables de comunicación cortados, el cloroformo y la espuma antipersonal, calculó que tenía un minuto o dos antes de que alguno de los ocupantes de la habitación lograra dar la alarma.

Martin estaba tratando de inclinarse para vomitar. Lo levantó y echó a correr por el pasillo. Era como caminar por el agua. No tardó en descubrir que era más fácil extender una pierna y luego otra, como si estuviera moviéndose en gravedad cero.

Una neblina roja en el límite de su campo de visión le dijo que estaba cerca de la sobrecarga. Puede que su sistema nervioso periférico hubiera sido potenciado pero para moverse con aquella velocidad dependía de la respiración anaeróbica y estaba agotando sus reservas a una velocidad aterradora. Tras la siguiente intersección se abría la compuerta de un ascensor. Se arrojó a su interior

arrastrando a Martin consigo y pulsó el botón del piso de los alojamientos en la zona de oficiales. Entonces volvió a velocidad normal.

Las puertas se cerraron mientras el ascensor empezaba a subir y Martin empezaba a jadear. Rachel se apoyó en la pared opuesta y su visión se llenó de manchas negras mientras trataba de absorber aire de sus exhaustos pulmones. Martin fue el primero en hablar:

—¿Dónde… aprendiste…?

Parpadeó. En el cuadrante superior izquierdo de su visión un reloj se movía en espiral. Ocho segundos desde que gritara Utah… ¿Ocho segundos? Minutos, quizá. Inhaló profundamente y el gesto se convirtió en un bostezo que puso en movimiento el dióxido de carbono de sus pulmones. Le dolían todos los músculos, le quemaban como si fueran cables al rojo vivo clavados en sus huesos. Estaba mareada y su mano izquierda estaba empezando a palpitar violentamente.

—Especial. Implantes.

—Creo que casi me rompes una… costilla. Ahí dentro. ¿Dónde vamos?

—Bote. Salvavidas. —Jadeó—. Como te dije.

La puerta se abrió en el piso esperado. Rachel se incorporó y empezó a andar con paso tambaleante. No había nadie allí, lo que era una bendición. En su estado, no creía que pudiera detener a un hámster, y mucho menos a un soldado. Salió del ascensor, seguida por Martin.

—Mi cuarto —dijo en voz baja—. Trata de parecer tranquilo.

Martin levantó las esposas.

—¿Con esto?

Mierda. Debería habérselas arrancado antes de quedarme sin potencia.

Sacudió la cabeza, rebuscó en el bolsillo del pantalón y sacó un tubo compacto de color gris.

—Pistola aturdidora.

Se les acabó la suerte a mitad del último pasillo. Se abrió una puerta y salió un suboficial. Se apartó para dejarlos pasar pero entonces, al comprender lo que estaba viendo, se quedó boquiabierto.

—¡Eh!

Rachel le disparó.

—Corre —siseó sin volver del todo la cabeza y avanzó a trompicones. Martin la siguió. Su puerta estaba un poco más allá, detrás de un recodo en el pasillo.

—Oro —dijo al bote salvavidas que los esperaba.

Unas luces rojas y parpadeantes se encendieron en el techo. El sistema del AP empezó a emitir un agudo pitido de alarma.

—¡Alerta de seguridad! Sector B de alojamientos, cubierta verde, dos insurgentes armados sueltos. Están armados y son peligrosos. Seguridad, acuda a la cubierta de alojamiento verde, sector B. ¡Alerta!

—Mierda —murmuró Martin. Con un sonido sordo, una compuerta a presión empezó a cerrarse diez metros por delante de ellos.

Rachel volvió a entrar en velocidad de combate y su visión se difuminó casi al instante. Echó a correr: se colocó directamente bajo la puerta y levantó los brazos hacia la barrera hidráulica. Martin se movió hacia ella con glacial lentitud mientras Rachel sentía cómo presionaban los motores sobre sus hombros, tratando de aplastarla. Se agachó y pasó por debajo de la barrera. Ella lo siguió sin salir del modo de combate a pesar de que estaba dejando de sentir las manos y los pies y empezaba a notar una sensación

aterradoramente entumecida en la cara. La puerta de su camarote se encontraba a dos metros de distancia.

—¡Juno! —gritó por el emisor de su garganta y la palabra brotó como un gorjeo agudo que a ella se le antojó el graznido de un dinosaurio anciano.

Las puertas se abrieron. Martin entró corriendo pero ya era demasiado tarde para ella. Había dejado de ver y sus rodillas estaban empezando a ceder. La aceleración de combate cesó de repente y sintió que caía flotando, y luego un impacto apagado en un costado.

Alguien la estaba arrastrando sobre un suelo de gravilla y dolía como una tortura del infierno. Su corazón retumbaba como si estuviera a punto de estallar. Le faltaba el aire. Un portazo. Oscuridad.

CIRCO DE MUERTE

En Plotsk, el Comité para la Revolución había ocupado la catedral ortodoxa de cúpula bulbosa y la había convertido en la sede del Comisariado de Ideología Extropiana. Todos aquellos que rehusaban someterse a la doctrina de la optimización revolucionaria y se negaban a marcharse de la ciudad eran llevados a rastras frente al tribunal e instruidos de forma meticulosa y aburrida sobre la naturaleza de su delito. A continuación eran fusilados, sus mentes se cartografiaban y se cargaban en el Festival y eran condenadas a trabajos forzados… normalmente todo al mismo tiempo. No eran demasiados; en su mayor parte, la población había huido al campo, había trascendido o había adoptado de buena gana la causa de la revolución.

La cabaña de Hermana Séptima, tejida de recuerdos locales de mitos y leyendas cargadas en la noosfera del

Festival, se agachó en el patio exterior del Comisariado Revolucionario y defecó masivamente. Al cabo de un rato, volvió a levantarse y se encaminó a los cerezos que jalonaban la plaza: estaba hambrienta y la predilección que sentía el Obispo por la flor del cerezo no iban a impedir que se alimentara.

Hermana Séptima arrugó el morro con desagrado y entró en la iglesia con andares tranquilos. El interior estaba lleno de demandantes que aguardaban para exigir esto o suplicar aquello. Estaban esperando frente a una mesa de cocina montada en mitad de la nave central, tras la cual se sentaba media docena de funcionarios revolucionarios de aspecto aburrido. El pequeño y frenético humano llamado Rubenstein sacudió los brazos y exhortó al presidente, quien llevaba encima tal cantidad de aditamentos cibernéticos que emitía ruidos metálicos al andar. El sujeto de su exhortación parecía ser algo relacionado con la necesidad de revertir la política anterior de acabar con las personas artísticamente iletradas. Sí, esa era una de las prioridades en la escala de los Críticos —al fin y al cabo, no se le puede ganar una discusión sobre estética a un muerto— pero la disposición de Rubenstein a cambiar de idea tras pasar solo un día o dos en su compañía no decía gran cosa sobre su integridad artística. Aquellos curiosos y depravados humanos eran de una pequeñez tan imposible en sus declaraciones, estaban tan faltos de consistencia, que algunas veces desesperaba de poder comprender su estética subyacente.

Hermana Séptima se perdió por un rato en el fluir de conocimientos del Festival. Dejó que escapara una emisión filtrada de su consciencia y que titilase en la colonia orbital de los Críticos, que le envió los fragmentos de algunas decisiones. El Festival se propagaba en astrosondas, eso era indudable. También utilizaba canales causales para enviar a su hogar sus descubrimientos. Ahora, grandes factorías de bosones de Higgs estaban tomando forma en los anillos de maquinaria que orbitaban Sputnik, y el gas y el polvo gélidos erigían aceleradores de partículas en el extremo del espacio planetario. Miles de enormes reactores de fusión estaban encendiéndose y cada uno de ellos bombeaba la energía suficiente para alimentar las necesidades de una civilización continental. Las primeras remesas de astrosondas nuevas ya estaban casi preparadas y tenían un apetito voraz, una tonelada de antimateria cada una de ellas. Luego estaban los canales causales, petabits y exabits de partículas interrelacionadas que había que manufacturar y, laboriosamente, separar en parejas correlacionadas. Las primeras astrosondas no tardarían en acarrear sus cargas útiles, apuntar el morro hacia el vacío y salir disparadas a medio millón de g, montadas a lomos de los haces de partículas que emitían los colosales motores situados en órbitas altas alrededor del Planeta de Rochard. Su primer destino serían las dos últimas paradas en la ruta del Festival, donde llevarían canales nuevos y un informe detallado de su visita. Los demás destinos… bueno, el Festival llevaba tres meses acampado allí. Pronto llegarían los mercaderes.

Los Mercaderes seguían al Festival a todas partes. El Festival, una fábrica natural de canales causales y con capacidad de autorreplicación, establecía vías de comunicación y abría nuevas civilizaciones al comercio… civilizaciones que, tras la estela de una visita, solían estar demasiado conmocionadas para poner objeciones a la abstracción que hacían los Mercaderes de las enormes estructuras que el Festival había construido y abandonado por razones que solo él conocía. Más de un millar de megafortunas habían podido hacer los nativos de civilizaciones mercantiles con naves superlumínicas y el suficiente discernimiento para saber que les convenía seguir el rastro del Festival. Como aves tras un tractor que ara un suelo rico, esperaban para precipitarse sobre las lucrativas pepitas de la propiedad intelectual levantadas por el granjero a su paso.

Algo nuevo empezó a carcomer a Hermana Séptima por dentro. Se detuvo junto a una fuente y se inclinó para beber. Un mensaje de Aquella Que Observa Primera. Vienen naves. El Festival lo ve. Muchas naves acercándose en silencio. Eso sí que era interesante. Normalmente los Mercaderes aparecían como un circo de tres pistas, con luces y música sonando en todas las longitudes de onda disponibles para tratar de llamar la atención. El sigilo significaba problemas. Cuarenta y dos embarcaciones separadas. Todas con motores de salto, todas con emisiones de bajo espectro: la

pérdida de calor de la proa reducía la visibilidad del aspecto frontal. Distancia, siete segundos luz.

Qué peculiar. Hermana Séptima enderezó el cuerpo. Alguien —no, una construcción del Festival, del tamaño de un niño pequeño, pero con largas orejas fláccidas y un pelaje lustroso y los ojos situados a ambos lados de la cara de roedor— estaba entrando en la catedral por la puerta lateral.

Hermana mía. ¿Qué refleja el Festival?, preguntó en silencio. Extendió una conexión a través del sistema nervioso telefónico del Festival hasta alcanzar a su hermana.

El Festival se ha percatado. Las actividades actuales no han cesado; no tolerará interferencias. Ha enviado tres Saltadores.

Hermana de Estratagemas Séptima se estremeció y enseñó los dientes. Había pocas cosas del Festival que la asustaran, pero entre ellas los Saltadores eran la segunda, solo superados por el Margen. El Margen podía matarte en un arrebato fortuito. Los Saltadores eran mucho menos aleatorios…

La leporina aparición se le acercó dando saltos, con una expresión de pánico en el rostro. Burya dejó de exhortar a Timoshevski y miró a su alrededor.

—¿Qué es eso? —inquirió.

Timoshevski avanzó con un estrépito metálico.

—Estoy pensando en tomar estofado de conejo para la cena.

—¡No! ¡Por favor, señores! ¡Socorro! —El conejo se detuvo a poca distancia de ellos, echó a un lado a un par de ultrajadas babushkas y extendió las patas delanteras… brazos, advirtió Hermana Séptima, pues la criatura tenía sendas manos perturbadoramente humanas en las extremidades. Llevaba un chaleco que parecía hecho por completo de bolsillos unidos por cremalleras—. ¡El amo está en peligro!

—Aquí no hay amos, camarada —dijo Timoshevski, que aparentemente había decidido que el recién llegado era incomible—. La doctrina de la auténtica revolución nos enseña que las únicas leyes son el racionalismo y el optimismo dinámico. ¿De dónde vienes y dónde está tu pasaporte interno?

Los conejos carecen de control sobre sus músculos faciales. A pesar de ello, aquel conejo en concreto logró adoptar una expresión casi creíble de perplejidad.

—Necesito ayuda —suplicó y entonces guardó silencio un momento mientras hacía esfuerzos por recuperar el control—. Mi amo está en peligro. ¡Los Mimos persiguen!

Nos separaron, hace un pueblo. Yo escapé pero temo que estén acercándose.

—¿Mimos? —Timoshevski puso cara de confusión—. ¿Y no hay payasos? —Un tentáculo metálico erizado de cañones se despegó de su espalda y sacudió el aire al compás de sus preguntas—. ¿Un circo?

—Circo de muerte —dijo Hermana Séptima—. Actuación del Margen. Muy mala. Si viene aquí, interferirá con aclamación popular de vuestra revolución.

—Oh, ¿y cómo es eso? —Timoshevski se volvió hacia Hermana Séptima con cara de suspicacia.

—Escúchala, Oleg —gruñó Burya—. Ha venido con el Festival. Sabe lo que está pasando. —Se frotó la frente, como si el esfuerzo de hacer una concesión tan parca al superior conocimiento de Hermana Séptima resultara doloroso para él.

—¿Eh? —Unos engranajes giraron con lentitud tras el cráneo de Timoshevski. Evidentemente, aquella plétora de implantes requería gran parte de su capacidad de atención para funcionar.

Hermana Séptima dio un pisotón y el suelo se estremeció.

—Los Mimos son aburridos. Di que ayudarás conejo. Aprendo algo nuevo, tal vez interpretemos drama de rescate.

—Si tú lo dices… —Burya se volvió hacia Oleg—. Escucha, estás haciendo un buen trabajo controlando las cosas. Quiero llevarme a seis de tus mejores hombres para rechazar a esos Mimos. No necesitamos que anden enredando las cosas, en serio. He visto lo que hacen y no me gusta.

Un comisario de rostro descarnado que había detrás de Oleg se abrió camino a empujones.

—No veo por qué tenemos que escucharte, cosmopolita atracado de cerdo —gruñó con un acento muy marcado—. Esta no es tu revolución. Este es el soviet independiente de la comunidad de Plotsk y aquí no aceptamos mierdas centralistas.

—Calma, Babar —dijo Oleg. El tentáculo que sobresalía de su espalda se volvió hacia el oriental. Una tenue luz roja brillaba en su punta—. Burya es un buen camarada. Si quisiera imponernos el centralismo, creo que habría traído fuerzas.

—Lo ha hecho —dijo Hermana Séptima pero los revolucionarios la ignoraron.

—Va a llevarse un destacamento de guardias. Fin de la discusión —continuó Oleg—. Es un buen revolucionario. Puedes estar seguro de que hará lo mejor con este… conejo.

—Será mejor que tengas razón, Timoshevski —gruñó Babar—. No somos idiotas. Y yo no tolero el fracaso.

Menos de un minuto después de recobrar la consciencia, Sauer había salido de la sala de oficiales y se encontraba en el puesto de vigilancia de seguridad, maldiciendo horriblemente, tratando de reprimir un atroz dolor de cabeza provocado por el cloroformo y alisando las arrugas de su manchada guerrera. El suboficial de guardia se puso en pie de un salto al verlo y saludó. Sauer lo atajó.

—Alerta general de seguridad. Quiero una búsqueda completa e inmediata de la espía de la ONU y el ingeniero extranjero, por toda la nave. Envíe todas las grabaciones de seguridad de la espía durante la última hora a mi consola en cuanto la búsqueda haya empezado. Quiero un inventario completo de todo el personal que no esté de servicio en cuanto lo haya hecho. —Se sentó tras la mesa, furioso. Se pasó los dedos por la cabellera rasurada, lanzó una mirada furibunda a la pantalla y a continuación pulsó el botón de la centralita.

—Póngame con el oficial de guardia en la sala de operaciones —gruñó. Se volvió—. Suboficial. Lo que le ordenado… lo necesito ya. Coja todos los hombres que necesite.

—Sí, señor. Excúseme, señor, permiso para preguntar: ¿qué estamos buscando?

—La diplomática de la Tierra es una saboteadora. La desenmascaramos pero logró escapar, llevándose consigo al

ingeniero. Cosa que podría ser una buena noticia de no ser porque, primero, siguen sueltos, y segundo, en este momento están armados y en el interior de la nave. Así que lo que tiene que buscar es una pareja de terroristas enloquecidos y armados con tecnología ilegal que se esconden en los corredores. ¿Está claro?

—Sí, señor. —El suboficial parecía divertido—. Muy claro, señor. —La centralita empezó a sonar. Sauer se volvió hacia ella. El capitán Minsky lo estaba observando con mirada inquisitiva—. Creía que estaba ocupado vigilando al maldito cachorro de la Oficina del Conservador —dijo.

—¡Señor! —Sauer se puso en pie de un salto—. ¡Permiso para informar sobre un problema, señor!

—Adelante.

—Violación de seguridad. —Sauer tenía la frente empapada de sudor—. Sospechando que la diplomática de la Tierra estaba involucrada en algún plan secreto, organicé una operación de desinformación para convencerla de que estábamos al tanto de su juego. Por desgracia, fuimos demasiado convincentes. Escapó junto con el ingeniero del astillero y ahora mismo están los dos sueltos por la nave. He dado orden de búsqueda y captura, pero a la vista de que parece haber fuerzas hostiles y armadas a bordo, recomiendo una clausura completa y una alerta de seguridad.

El capitán no pestañeó siquiera.

—Hágalo. —Se volvió y desapareció de la pantalla unos instantes—. La sala de operaciones está sellada. —Por encima del ruido que hacía la puerta de la sala al sellarse, empezó a sonar una sirena—. Informe de estatus.

Sauer miró a su alrededor. El recluta que había junto a la puerta asintió.

—Permiso para informar, señor, la puerta está sellada.

—Estamos atrapados aquí, señor —dijo Sauer—. El incidente se produjo hace menos de tres minutos. —Se volvió a un lado—. ¿Ha encontrado ya esas grabaciones, suboficial?

—Estoy buscando, señor —dijo el suboficial—. Ah, he encontrado un… maldición. Le ruego mil perdones, señor pero hace doce minutos, alguien desconectó las cámaras de vigilancia de la cubierta Verde, bloque de alojamientos. Ahí es donde están los aposentos de la chica. Una señal interna de desconexión por el canal de mantenimiento, autorizada por… Ah. Um. La desconexión ha sido autorizada por usted, señor.

—Oh —gruñó Sauer—. ¿Qué me dice de la situación del personal que no está de servicio?

—Sí, señor. Que se sepa, no se ha encontrado a nadie en zona no autorizada en la última hora. Por supuesto, eso no significa nada. Lo peor que podría ocurrirle a alguien que hiciera esto es pasar un día o dos en el calabozo.

—No me diga. Quiero que baje un equipo allí. ¡Y que registren ese corredor!

Sauer no se acordó de que el canal seguía abierto hasta que el capitán se aclaró la garganta.

—Confío en que no haya peligro —dijo.

—No, señor. —Las orejas del teniente empezaron a teñirse de rojo—. Alguien desconectó los sensores del exterior del camarote de la inspectora utilizando mi identificación de seguridad. Nos la ha jugado, señor.

—¿Y qué va a hacer usted al respecto? —Minsky enarcó una ceja—. Vamos. Quiero una solución.

—Bien… —Sauer hizo una pausa—. Señor, creo que he localizado a los saboteadores. Permiso para ir a por ellos.

Minsky esbozó una sonrisa desprovista de alegría.

—Concedido. Cójalos vivos. Quiero hacerles algunas preguntas. —Era la primera vez que Sauer veía al capitán enfadado, y su expresión hizo que se le helara la sangre en

las venas—. Sí, asegúrese de que salen vivos. No quiero accidentes. Oh, y, Sauer, otra cosa…

—¿Señor?

—Cuando todo esto haya acabado, quiero un informe completo, por escrito, explicando cómo y por qué se ha producido este incidente. Para mañana por la mañana.

—Sí, señor. —El capitán cortó la conexión sin despedirse. Sauer se puso en pie—. Ya lo ha oído —dijo—. Necesito un zumbador. Y armas. —Se acercó al armero cerrado, puso el pulgar en la cerradura; el armario se abrió y Sauer empezó a sacar equipo—. Usted quédese aquí. Manténgase a la escucha en el canal diecinueve. Voy al camarote. Vigile mi código de identidad. Si lo ve en cualquier otro sitio, quiero que me lo comunique al instante. —Cogió un casco auricular ligero y un táser, los levantó y los mantuvo frente a su sien unos segundos, mientras los dos ordenadores se comunicaban, y entonces puso los ojos en blanco para probar el sistema de adquisición de objetivos—. ¿Está claro?

—Sí, señor. ¿Debo avisar a los agentes de seguridad de la cubierta verde?

—Por supuesto. —Sauer apunto su arma al suelo—. Abra la escotilla.

—Sí, señor.

Hubo un siseo y la escotilla se contrajo. El recluta que había al otro lado estuvo a punto de soltar la bandeja del café al ver al teniente.

—¡Usted! ¡Maxim! ¡Deje esa bandeja y coja esto! —Sauer le entregó otro arma y el sorprendido marinero la guardó en su pistolera—. Limítese al canal diecinueve. No hable hasta que yo le hable. Y ahora sígame.

Y se adentraron en el corredor, precedidos por la apertura de unas escotillas que se cerraban tras su paso, convirtiendo la noche en una convulsa sucesión de túneles iluminados de rojo.

Lo primero que supo fue que le dolía la cabeza. Lo segundo… Estaba tendida sobre un sillón de seguridad. Tenía las manos y los pies fríos.

—¡Rachel!

Trató de decir «Estoy despierta», pero no hubiera podido asegurar que lo había conseguido. Tuvo que hacer un terrible esfuerzo para abrir los ojos.

—Tiempo… ¿Qué pasa? ¿Cuándo…?

—Hace un minuto —dijo Martin—. ¿Qué ha pasado aquí? —Estaba en el asiento, junto a ella. La cápsula era claustrofóbicamente estrecha, como algo sacado de los albores de la era espacial. Sin embargo, la escotilla del techo

estaba abierta y se veía la puerta interior del camarote al otro lado.

—Cierra la escotilla. Te dije que tenía un bote salvavidas, ¿no?

—Sí, y yo creí que solo estabas tratando de animarme. —Las pupilas de Martin estaban muy dilatadas bajo la tenue luz. Sobre su cabeza, el techo de la cápsula empezó a sellarse por sí solo—. ¿Qué ocurre?

—Estamos sentados sobre un… —Se detuvo un momento para respirar—. Ah. Mierda. Sobre un… cohete de agua salada. Fisión. Mi equipaje estaba lleno de… uranio. Y boro. Para una emergencia, material difícil de encontrar. Mi pequeña póliza de seguros.

—¡Pero no puedes salir por la fuerza de una nave espacial pilotada! —protestó Martin.

—Tú espera y verás. —Arrugó el gesto y apartó los labios para enseñar los dientes—. Mamparos… sellados. Un capullo de aire nos rodea. La única pregunta es…

—Piloto automático preparado —anunció el bote salvavidas. Una pantalla de navegación de emergencia se iluminó en la consola que tenían delante.

—Si dispararán cuando despeguemos.

—Espera. A ver si me entero. Estamos a menos de un día del Planeta de Rochard, ¿no? Esta… cosa… ¿tiene potencia suficiente para llevarnos hasta allí? ¿Así que vas a abrir un agujero en el casco y salir disparada y ellos van a dejar que nos marchemos así como así?

—Más o menos es como lo has contado —dijo. Cerró los ojos para examinar las lecturas de color azul que estaban proyectándose en sus retinas—. En este momento estamos a unos cuarenta mil segundos del perigeo. Así que vamos a bajar flotando como un excremento, ¿vale? Intenta fingir que somos un tanque de silaje gastado. Si encienden su radar, se delatan. Si disparan, se hacen visibles. Así que dejarán que nos vayamos, pensando que podrán recogernos luego porque llegaremos después que ellos. Si tratamos de llegar antes, dispararán…

—Te la estás jugando a que el Festival los derrota.

—Sí —asintió.

—Preparado para armar la bomba de inicio —dijo el piloto automático. Tenía voz de viejo quisquilloso.

—Mi primer marido —dijo Rachel—. Siempre estaba enfadado.

—Y yo aquí pensando que era tu mascota favorita… —Martin se entretuvo buscando unos amarres antichoque—. ¿Este ataúd no tiene gravedad?

—No es un yate de recreo.

Algo golpeó la pared de la habitación desde el otro lado.

—Oh, mierda.

—Salimos en… cuarenta y dos segundos —dijo Rachel.

—Si es que nos los dan —Martin se inclinó sobre ella y empezó a abrocharle las correas del asiento—. ¿A cuántas g vuela esta cosa?

Ella se echó a reír; acabó tosiendo.

—A tantas como sea posible. Es un cohete de fisión.

—¿Fisión? —La miró con cara de espanto—. ¡Pero seremos un blanco fácil! Si deciden…

—Cierra el pico y déjame trabajar. —Volvió a cerrar los ojos, absorta en los preparativos finales.

El sigilo era, por descontado, fundamental. Un cohete de fisión era presa fácil para un crucero pesado como la Lord Vanek. Contaba con casi cuatro horas de impulso, tiempo durante el cual podría mantenerse por delante —si la aceleración sin compensar no mataba a sus pasajeros y si la nave enemiga, sencillamente, no decidía conectar la potencia militar y la adelantaba— pero cuando se quedara sin combustible, sería un proyectil balístico. Y para empeorar

aún más las cosas, hasta que no lograra situarse a más de diez mil kilómetros de la Lord Vanek, se encontraría al alcance de sus láseres terciarios, lo que significaba que la nave de guerra podía sencillamente apuntar al bote salvavidas con la red lidar y freírlo como un huevo en un microondas.

Pero había una diferencia entre lo que podía hacer y lo que iba a hacer, una diferencia, esperaba Rachel, lo bastante grande para que una nave de guerra pasara través de ella. Si la nave activaba sus motores, enviaría una señal que podría ver cualquier defensor que se encontrase a medio minuto luz más o menos. Y activar la gran red láser de búsqueda/destrucción, sería como encender un gran cartel de neón que dijera ASTRONAVE INVASORA - VENID A COGERME. A menos que el capitán Minsky estuviera dispuesto a provocar la ira del almirante organizando un espectáculo delante del Festival, no se atrevería a atacarlos de forma tan llamativa. Solo si ella encendía su propio motor o lanzaba una baliza de socorro sería libre de derribarlos… más que nada porque para entonces ya habría revelado su posición.

Sin embargo, antes que nada tenían que salir de la nave. Sin duda, los soldados enemigos estarían en la puerta de su camarote en cuestión de minutos, con armas y cortadoras en las manos. Estaba muy bien que los mamparos que separaban la larva de bote salvavidas y el casco presurizado

exterior se hubieran debilitado pero ¿cómo conseguir una separación limpia sin que se enteraran sus perseguidores?

—Mec uno. Envía secuencia de destrucción primaria.

—Confirmado. Secuencia de destrucción primaria para mec uno.

—Sword. ¿Confirmación?

—Confirmado.

El transpondedor de su equipaje estaba transmitiendo una alarma de destrucción en longitudes de onda que solo sus mecs espías —los que todavía siguieran en funcionamiento— estarían escuchando. El mec uno, oculto en una válvula de desechos sanitarios del calabozo, la oiría. Utilizando lo que quedara de su débil generador, haría detonar su pequeña carga explosiva. Menos potente que una granada de mano, pero lo bastante potente para romper la tubería de desechos del aseo.

Las naves de guerra no pueden usar sus sistemas gravitatorios en sus cañerías. El sistema de eliminación de residuos de la Lord Vanek funcionaba a presión, era una red intrincada de tuberías conectadas por válvulas que impedía que el flujo de residuos cambiara de sentido. La Lord Vanek no reciclaba sus desechos, sino que los almacenaba para impedir que la materia residual, al ser descargada, se congelara y se convirtiera en metralla helada capaz de

atravesar naves y satélites como una escopeta cargada de hielo. Pero para todas las reglas hay excepciones: almacenar los desechos en tanques para reducir el peligro de creación de desechos balísticos está muy bien, pero no a riesgo de provocar un desastre en la nave, un cortocircuito eléctrico o una alarma de contaminación en el sistema de soporte vital.

Cuando detonó la improvisada bomba de Rachel, reventó una tubería que llevaba los desechos de una cubierta entera a los tanques de almacenamiento principales. Y, lo que es peor, destruyó también una válvula de control de flujo. Las aguas fecales salieron del tanque y se esparcieron por todas partes, cientos de litros por segundo que empaparon los espacios estructurales y los conductos. En las estaciones de mantenimiento empezaron a sonar alarmas de control de daños y los tripulantes que estaban de guardia abrieron apresuradamente las válvulas de desagüe principales para purgar el sistema de desechos expulsando los residuos al espacio. La tripulación de la Lord Vanek rondaba la cifra de mil doscientos hombres y llevaba semanas en vuelo, sin paradas. Un chorro de desechos fecales salió despedido por las escotillas de desagüe, casi doscientas toneladas de aguas residuales arrojadas al espacio en el mismo instante en que la cuenta atrás de la nave de Rachel llegaba a cero.

En el proceso de fabricación de su bote salvavidas, la factoría robótica del equipaje de Rachel había llevado a cabo exhaustivos —por no decir destructivos— cambios en los espacios que rodeaban el camarote. Mamparos

supuestamente sólidos se fracturaron como si estuvieran hechos de cristal. En el casco exterior de la nave, una espuma de diamante de medio metro de grosor se desintegró, convertida en un polvo parecido al talco que se extendió sobre un círculo de tres metros de diámetro. Rachel echó hasta la última papilla mientras la hamaca en la que estaba tendida sufría una sacudida y, al mismo tiempo, los improvisados cohetes de combustible líquido que había sobre su cabeza se activaban y expulsaban al recién nacido bote salvavidas de su desgarrado vientre. Sintió una extraña y dolorosa presión; Martin gruñó como si acabara de recibir un puñetazo en la boca del estómago. El bote estaba entrando en el campo de espacio curvo de la nave, un gradiente de una g que se esfumaba en poco más de cien metros de espacio desde el casco. El bote crujió y chapoteó de forma ominosa y a continuación empezó a dar vueltas sobre sí mismo mientras era arrastrado hacia la popa de la nave de guerra.

A bordo de la Lord Vanek estaban sonando las alarmas de ingravidez. Maldiciendo, los oficiales del puente se aferraron a las correas de seguridad de sus asientos y, por toda la nave, los suboficiales gritaron a sus hombres que se dirigieran a toda prisa a los puestos de emergencia de colisión. En la sala de mantenimiento del motor, el comandante Krupkin estaba apretando el botón de evacuación mientras una vena azulada e hinchada palpitaba en su cráneo. Se agarró a la

mesa con una mano y con la otra cogió el tubo de comunicaciones para exigir una explicación al puente.

Sin aspavientos, la singularidad del motor entró en desconexión. El campo de espacio curvo que proporcionaba una semblanza de gravedad a la nave y protegía a sus ocupantes contra la aceleración se colapsó, convertido en un campo esférico mucho más débil y centrado en el punto de masa de la sala de máquinas… en el preciso momento en que doscientas toneladas de aguas fecales y un improvisado bote salvavidas de veinte toneladas iban a ser absorbidos por la parte trasera del casco de la Lord Vanek, donde hubieran sido reducidos a polvo por los intercambiadores de calor.

En el corredor del bloque de alojamientos de la cubierta Verde, una cacofonía de alarmas digna de una pesadilla estaba tratando de llamar la atención con sus aullidos. Las luces del techo parpadeaban, azules, rojas y verdes: alarmas de detonación, alarmas de fallo de gravedad, todo. El teniente Sauer maldijo entre dientes y se sujetó a una escotilla de emergencia.

—¡Ayúdame, idiota! —le gritó al marinero de primera Maxim Kravchuk quien, con el rostro desencajado por el terror, había quedado paralizado en mitad del pasillo—. ¡Coge esta palanca y tira por tu vida!

En otros puntos del pasillo, las compuertas de emergencia estaban cerrándose. Al mismo tiempo que lo hacían,

extendían puntales de soporte y redes de colisión de color naranja brillante. Maxim cogió la palanca. Cuando Sauer se lo indicó, empezaron a tirar. Entre los dos lograron abrir la puerta sellada del compartimiento de emergencia.

—Entra ahí, idiota. —La alarma de detonación, terror de todo cosmonauta, dejó de sonar, pero entonces empezaron sentir hasta el tuétano de los huesos el aullido de la sirena de fallo de gravedad… y el suelo empezó a inclinarse. Kravchuk entró a trancas y barrancas en el armario y empezó a abrocharse el arnés de la pared, con unas manos que se movían solo por instinto. Sauer veía el blanco en los ojos aterrados del soldado. Se detuvo en la entrada y lanzó una mirada al pasillo. El camarote de la zorra de la ONU se encontraba en el segmento siguiente. Tendría que asegurar el pasillo y conseguir un equipo de respiración antes de averiguar lo que le había hecho a la nave. No solo el capitán va a tener preguntas, pensó amargamente.

Sauer entró en el compartimiento de emergencia mientras el suelo empezaba a ladearse, pero la inclinación se estabilizó al llegar a unos tolerables treinta grados. Empezó a sentirse ingrávido. El motor debe de haberse desconectado, comprendió. Dejando la puerta abierta —se cerraría de forma automática si había una bajada brusca de presión— y siguiendo una rutina de movimientos que se sabía de memoria, empezó a ponerse el traje de emergencia. El traje de emergencia estaba formado, básicamente, por una serie de bolsas transparentes interconectadas y una

mochila con aire suficiente para seis horas. No era apto para trabajar en el vacío, pero en el interior de un casco que hubiera sufrido una brecha era un salvavidas.

—Vístete —dijo al aterrorizado marinero—. Tenemos que averiguar quién ha provocado esto.

Cuatro minutos más tarde, tras una laboriosa travesía a través de los segmentos sellados de los corredores, llegó el jefe Molotov acompañado por cuatro policías armados. El joven procurador venía siguiéndolos penosamente, con la cara enrojecida, y forcejeando con un traje de supervivencia al que a todas luces no estaba acostumbrado. Sauer lo ignoró.

—Jefe, tengo razones para creer que hay saboteadores armados en el siguiente segmento del pasillo, o en el tercer compartimiento de este. No sé con qué defensas cuentan, pero desde luego están armados, así que le sugiero que lo sature con fuego de táser. Una vez que lo haya hecho, si está vacío, podremos pasar al compartimiento. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Molotov—. ¿Sabe quién está ahí?

Sauer se encogió de hombros.

—Apostaría a que se trata del ingeniero, Springfield, y la mujer de la Tierra. Pero podría equivocarme. Decida usted cómo encargarse.

—Ya veo. —Molotov se volvió—. Tú y tú. A ambos lados de la puerta. Cuando se abra, disparad a cualquier cosa que se mueva. —Hizo una pausa—. ¿Y una apertura por control remoto de la puerta del camarote?

—Está atrancada por dentro. Solo sirven los goznes manuales.

—De acuerdo. —Molotov se quitó una mochila de los hombros y empezó a desenrollar un grueso cable—. En tal caso será mejor que se queden detrás. —Bajó la palanca de apertura de emergencia de la puerta—. ¡A mi señal! ¡Apunten!

La puerta de emergencia desapareció en el techo y los marineros se prepararon para actuar, pero el corredor estaba vacío.

—Bien. Al camarote, chicos.

Se acercó con cautela a la puerta del camarote.

—Aquí dice que está abierto y en contacto con el vacío, señor —dijo uno de los soldados, mientras señalaba las luces de advertencia del marco de la puerta.

—Apuesto a que es un una brecha del tamaño de un alfiler que ha dejado esa zorra para impedir que entremos. Que todo el mundo se ponga los trajes antes de que la volemos. —Sauer se acercó y observó, mientras Molotov colocaba el

cable de goma en el marco de la puerta, rodeaba los goznes con él, hacía lo propio con el picaporte y la cerradura, y lo pegaba con cinta adhesiva—. Voy a utilizar cable cortante. Será mejor que informe a Condiciones Ambientales de que selle este corredor para una posible caída de presión hasta que volvamos a presurizar el compartimiento.

—Señor… —Era Muller, el causante de todo el embrollo.

—¿Qué pasa? —le espetó Sauer sin molestarse en disimular su enfado.

—Yo… eh… —Vassily retrocedió—. Tenga cuidado, por favor, señor. Esa mujer… la inspectora… no es ninguna estúpida. Esto me pone nervioso…

—Siga incordiándome y yo le pondré nervioso. Jefe, si este hombre le estorba, tiene mi permiso para arrestarlo. Él es el causante de este fiasco.

—¿Ah, sí? —El jefe Molotov fulminó al Procurador Subalterno con la mirada, y este se encogió y retrocedió.

—Voy a pedir a Condiciones Ambientales que selle la zona. —Sauer volvió a contactar con el canal de mando mientras Molotov sacaba algunos cables y un detonador y empezaba a preparar los explosivos. Finalmente, retrocedió unos pasos y aguardó—. Todo listo —dijo—. Muy bien. ¿Todo el mundo está preparado? —Retrocedió hasta encontrarse con

Molotov—. ¿Está preparado? —El jefe asintió—. Entonces, adelante.

Hubo un fuerte latigazo y el marco de la puerta expulsó un chorro de humo. A continuación se produjo una detonación increíblemente ruidosa y los oídos de Sauer reventaron. La puerta había desaparecido. Tras ella, una inmensa oscuridad lo asió con sus garras heladas al mismo tiempo que, con un aullido, tiraba de los demás hacia vacío. ¿No era un agujerito? Trató de sujetarse al compartimiento de emergencia más cercano, pero ya se estaba cerrando y la descompresión se lo llevó sin remedio. Algo chocó contra sus hombros con tantafuerza que lo dejó sin aliento. Todo se puso negro y empezó a sentir un dolor increíble. Un cilindro oscuro giraba delante de sus ojos y se oía un silbido agudísimo. El plástico se le pegó a la cara. El traje debe de haberse desgarrado, pensó vagamente. Me pregunto que le ha pasado a… Pensar empezaba a costarle un gran esfuerzo. Se rindió y se sumió en un sueño inquieto, que descendió por una rápida espiral hasta convertirse en un silencio sin sueños.

Vassily Muller, sin embargo, tuvo más suerte.

SALTADORES

El almirante estaba sentado a su mesa, con la mirada perdida.

El comodoro Bauer se aclaró la garganta.

—Si me presta atención un momento, señor…

—¿Eh? ¡Ha-hable, joven!

—Esta noche entramos en distancia terminal de combate con el enemigo —dijo Bauer con voz paciente—. Hay que celebrar la última reunión previa al encuentro, señor, para articular nuestra situación táctica inmediata. Necesito que firme las órdenes si queremos librar la batalla.

—Muy bien. —El almirante Kurtz trató de incorporarse. Las manos de Robard en sus frágiles hombros impidieron que perdiera el equilibrio—. ¿Las ha traído?

—Señor —Bauer empujó hacia él una fina carpeta—. Si quiere examinarlas…

—No, no. —El almirante hizo un ademán tembloroso—. Es usted un buen hombre. Le dará a esos malditos nativos lo que se merecen, ¿no?

Bauer miró a su comandante con una mezcla de desesperación y alivio.

—Sí, señor, lo haré —prometió—. Estaremos a distancia de lidar desde la superficie del planeta dentro de una hora, así que para entonces tendríamos que poder establecer con bastante precisión su orden de batalla. El Grupo Cuatro iluminará y recibirá la primera sangre, mientras las naves pesadas permanecen bajo control de emisiones y destruyen cualquier cosa que podamos identificar a corta distancia. Tengo los escuadrones de destructores preparados para atacar cualquier emplazamiento fijo que encontremos en órbita geoestacionaria y los torpederos tienen la misión de interceptar a gran delta-v cualquier cosa que vuele…

—Déle a esos nativos un buen rapapolvo —dijo Kurtz con voz soñolienta—. Levante una montaña de cráneos en la

plaza del pueblo. Abra fuego por pelotones. ¡Bombardee a esos bastardos!

—Sí, señor. Si es tan amable de firmarme aquí…

Robard puso la pluma entre los dedos del almirante pero temblaban de tal forma que la firma de color carmesí en las órdenes quedó casi irreconocible tras un enorme manchón que parecía sangre fresca.

Bauer saludó.

—¡Señor! Con su permiso, haré efectivas las órdenes inmediatamente.

Kurtz levantó la mirada hacia el comodoro y por un breve instante el brillo de su antigua voluntad resplandeció en sus ojos hundidos.

—¡Qué así sea! La victoria está de nuestro lado porque el Señor no permitirá que sus seguidores lleguen a…

Una expresión de vasta perplejidad cruzó sus arrugadas facciones y entonces se le hundieron los hombros.

—¡Señor! ¿Se encuentra usted…? —El comodoro se inclinó hacia delante pero Robard ya había apartado la silla del almirante de la mesa.

—Lleva varios días trabajando de más —comentó Robard mientras reclinaba el respaldo—. Lo llevaré a su dormitorio. Mientras nos acercamos al enemigo… —Se puso tenso—. Con mis humildes disculpas, señor, ¿podría usted llamar al cirujano de a bordo?

Media hora después, diez minutos tarde para su propia reunión de estado mayor, el comodoro Bauer llegó a la sala de reuniones.

—Caballeros. Tomen asiento, por favor. Había dos filas de oficiales sentados frente a él, ante el podio que el almirante utilizaba para dirigirse a su estado mayor y sus oficiales superiores.

—Tengo un grave anuncio que hacer —empezó a decir. Estaba tan tenso que la carpeta que llevaba bajo el brazo derecho se arrugó—. El almirante… —Un mar de caras se levantó hacia él, expectante—. El almirante está indispuesto —dijo. Indispuesto, sí, si se podía llamar de ese modo a estar atendido por el cirujano de a bordo, quien había cifrado en un diez por ciento las probabilidades que tenía de recuperarse de la hemorragia cerebral que le había sobrevenido mientras estaba firmando las últimas órdenes—. Ahem. Me ha pedido que siguiera adelante con el despliegue previsto, actuando en su nombre mientras él retiene el control completo de la situación. Quisiera añadir que me pidió que les dijera que sabe que todos los hombres

cumplirán con su deber y que nuestra causa triunfará porque Dios está de nuestra parte.

Bauer barajó sus papeles mientras trataba de desterrar al olvido la última imagen del almirante: tendido en su cama, marchito, mientras el cirujano y un sirviente estirado cuchicheaban y esperaban a que llegara el capellán de a bordo.

—Primero, revisemos la situación. Comandante Kurrel. ¿Qué dice Navegación?

El comandante Kurrel se puso en pie. Un hombre menudo y exigente que observaba el mundo con ojos de aguda inteligencia desde detrás de unas gafas de montura de cuerno, era el especialista en navegación del estado mayor.

—El error es importante pero no fatal —dijo mientras hojeaba los papeles que tenía delante—. Evidentemente, el trayecto temporal previsto por Su Excelencia ha sido más complicado de lo previsto. A pesar de las mejoras en los monitores de tiempo de los motores, una discrepancia de no menos de dieciséis millones de segundos se ha introducido en la ejecución durante la travesía… lo que, podría añadir, no es del todo inexplicable si tenemos en cuenta que hemos hecho un total de sesenta y ocho saltos a lo largo de 139 días para cubrir una distancia de poco más de 8053 años luz: un nuevo y significativo récord en la historia de la Armada.

Hizo una pausa para ajustarse las gafas.

—Por desgracia, estos dieciséis megasegundos han corrido precisamente en la peor de las direcciones posibles: hacia delante a partir del momento en que el enemigo penetró en territorio nuestro. De hecho, no habría demasiada diferencia si nos hubiéramos limitado a realizar la travesía habitual de cinco saltos para atravesar los cuarenta y cuatro años luz de distancia. Un mapa púlsar completo, correlacionado con trayectorias orbitales, indica que nuestro desplazamiento total es de unos tres millones de segundos hacia el futuro a partir de nuestro punto de origen, extrapolado a la línea del mundo de destino. Las mediciones de las efemérides planetarias confirman el dato: de acuerdo a la historia local, nuestro enemigo, el Festival, lleva treinta días atrincherándose.

Una inhalación, mezcla de incredulidad y rabia muda, recorrió la mesa. El comodoro Bauer adoptó una expresión crítica.

—Caballeros. —Volvió a hacerse el silencio—. Puede que hayamos perdido los beneficios tácticos previstos para esta maniobra que, les recuerdo, jamás se había llevado a la práctica hasta ahora, pero no ha sido un fracaso completo: solo estamos a diez días en el futuro de nuestro punto de partida y utilizando un camino convencional no habríamos llegado hasta dentro de otros diez días. Como inteligencia de señales no ha informado de nada, podemos asumir que el

enemigo, aunque atrincherado, no nos espera. —Esbozó una sonrisa tensa—. La investigación sobre el error de navegación quedará en suspenso hasta después de las celebraciones por la victoria. —Esta afirmación arrancó una breve salva de asentimientos a todos los presentes—. Teniente Kossov. Informe general de estatus, si es tan amable.

—Ah, sí, señor. —Kossov se puso en pie—. Todas las naves están preparadas para entrar en combate. Las únicas incidencias son los fallos de ingeniería de la Kamchatka, aunque parece que a estas alturas se ha restaurado la presión en casi todas las cubiertas, y la explosión en los circuitos de eliminación de residuos de esta nave ha sido reparada. Tengo entendido que, con la excepción de algunos camarotes en la cubierta Verde y algunos daños localizados en la zona de los calabozos, la situación es normal. Sin embargo, han desaparecido varios hombres, incluido el teniente de seguridad, Sauer, que estaba investigando un incidente en el momento de la explosión.

—Bien. —Bauer se dirigió al capitán Minsky con un gesto de la cabeza—. Capitán. ¿Algo que informar?

—Por el momento no, señor. Los equipos de rescate están tratando de encontrar a quienes se encontraban en la zona durante el incidente de descompresión. No obstante, no creo que eso afecte a nuestra capacidad de lucha. Tendré un informe completo y detallado para usted a la máxima

brevedad. —Minsky parecía enojado. Y bien podía estarlo, porque se suponía que el capitán de la Nave Almirante no debía avergonzar a la flota y mucho menos perder oficiales y tripulación en un accidente de fontanería… si es que de verdad era un accidente—. Debo informar, señor, de que la agregada terrícola se encuentra en la lista de los desaparecidos. Normalmente llevaría a cabo una búsqueda exhaustiva de supervivientes, pero en estas circunstancias… —Se encogió de hombros de forma elocuente.

—Permita que le extienda mis simpatías, capitán. El teniente Sauer era un excelente oficial. Y ahora, por lo que se refiere al inminente enfrentamiento, he decidido que maniobraremos siguiendo el plan F. Lo han llevado a cabo dos veces en las simulaciones. Ahora tienen la ocasión de hacerlo de verdad, contra un enemigo vivo pero indeterminado…

Un golpe contra el casco devolvió el sentido a Martin. Parpadeó, vio que el pelo flotaba delante de su cara y miró la pared. Había pasado frente a sus ojos mientras los cohetes de combustible líquido, tras llevarlos de un gris sólido a una capa de negrura salpicada del refulgente polvo de diamante de las estrellas, trataban de clavarlo contra el techo. Las mareas de la Lord Vanek habían intentado arrancarle los brazos y las piernas. Le dolía la ingravidez. Rachel estaba a su lado, moviendo rápidamente los labios para comunicarse con el primitivo sistema cerebral del bote salvavidas. Unas enormes nubes grises, las aguas fecales de los desagües, les

impedían ver lo que había directamente sobre ellos. Mientras miraba todo aquello, aparecieron unas balizas amarillas: luces de los equipos de rescate que estaban buscando algo.

—¿Te encuentras bien? —graznó.

—Dame un segundo. —Rachel volvió a cerrar los ojos y dejó que sus brazos ascendieran flotando libremente hasta que estuvieron a escasa distancia del techo cristalino… que se encontraba mucho, mucho más cerca de lo que Martin había pensado en un primer momento. La cápsula era un cilindro truncado, de unos cuatro metros de diámetro en la base y tres en la punta, pero tenía menos de dos metros de altura; aproximadamente el mismo volumen que el compartimiento de pasajeros de un coche de caballos. (Los tanques de combustible y el motor que tenía debajo eran significativamente más grandes). Emitía zumbidos y gorgoteos apagados, al compás del sistema de soporte vital, mientras describía un lento giro alrededor de su eje mayor—. Estamos haciendo doce metros por segundo. Eso está bien. Le sacamos un kilómetro a la nave, más o menos… Joder, ¿qué es eso?

—¿Alguien en un traje de vacío? Están buscándonos.

—Parece que hay más de uno. Es casi como una nube de restos… —Sus ojos se abrieron de espanto mientras Martin la observaba.

—Sea lo que sea lo que ha ocurrido, ocurrió después de que nosotros saliéramos. Si hubieras provocado una explosión, estaríamos rodeados de restos, ¿no?

Rachel sacudió la cabeza.

—Deberíamos volver y ayudar. Tenemos un…

—Y una mierda. Tienen equipos preparados con trajes espaciales siempre que están en alerta de batalla, lo sabes tan bien como yo. No es tu problema. Lo que yo creo es que alguien ha tratado de entrar en el camarote después de que nos marcháramos. Con demasiado ímpetu, a juzgar por el resultado.

Rachel contemplo las lejanas motas que flotaban alrededor de la popa de la nave, un cilindro alargado situado a media distancia.

—Pero si no hubiera…

—Yo estaría de camino a la escotilla más próxima con las manos atadas a la espalda y tú estarías bajo arresto —señaló. Cansado, frío, racional. Le dolía la cabeza. La presión en la cápsula debía de ser inferior a la de la nave. Tenía las manos frías y temblorosas a causa de los acontecimientos de los últimos cinco minutos. Diez minutos. El tiempo que fuera—. Me has salvado la vida, Rachel. Si puedes dejar de flagelarte un momento, me gustaría darte las gracias.

—Si hay alguien ahí fuera y lo abandonamos…

—Los equipos de rescate lo recogerán. Confía en mí, estoy seguro de que han tratado de volar la entrada de tu camarote. No se han molestado en comprobar si había presión al otro lado y la explosión ha sido un poco más fuerte de lo que esperaban. Para eso tienen equipos de emergencia y botes de rescate las naves de guerra. Lo que debería preocuparnos en este momento es que nadie se fije en nosotros antes del último acto.

—Um. —Rachel sacudió la cabeza: la tensión empezó a remitir y su expresión se relajó ligeramente. Pero parecía embargada por una cierta tristeza—. Seguimos demasiado cerca para mi gusto. Tenemos otro tanque de combustible líquido que podría darnos otros diez metros por segundo. Si lo utilizo ahora, significa que estaremos a más de 250 kilómetros de la nave antes del perigeo, pero ellos deberían de empezar a maniobrar antes de eso y aumentar considerablemente esa distancia. Tenemos agua y aire suficientes para una semana. Contaba con un par de impulsos para bajar a la superficie mientras ellos están ocupados con las defensas del enemigo, sean las que sean. Si es que las hay.

—Yo apuesto por devoradores y morfos. —Asintió fugazmente y entonces mantuvo la cabeza inmóvil mientras el mundo parecía dar vueltas a su alrededor. No estaría mareándose, ¿verdad? La idea de pasar una semana

encerrado en aquella lata de sardinas con un caso grave de mareo era demasiado nauseabunda para considerarla—. O puede que anticuerpos. En cualquier caso, nada que la Nueva República comprenda. Probablemente no tengamos problemas para pasar, pero si empiezas a encender los motores…

—Ya. —Rachel bostezó.

—Pareces agotada. —Estaba preocupado—. ¿Cómo demonios haces eso? Me refiero a lo que has hecho antes, en la nave. Seguro que luego te deja hecha polvo…

—Sí. —Se inclinó hacia delante y trató de abrir una redecilla de color azul que descansaba en lo que debía de haber sido en su momento el suelo del camarote. Unos sencillos frascos de zumo salieron flotando y empezaron a dar vueltas en la ingravidez. Cogió uno de ellos y empezó a sorber ávidamente por la boquilla—. Sírvete.

—No pienses que no te lo agradezco ni nada parecido —añadió Martin mientras apartaba un errabundo frasco de mango y fruto de durian de su cara—, pero… ¿por qué? —Ella lo miró en silencio durante un prolongado momento—. Oh —dijo.

Rachel dejó que el cartón vacío se alejara flotando y se volvió hacia él.

—Preferiría contarte alguna basura sobre la confianza y el deber y esas cosas. Pero… —Se encogió incómodamente de hombros en su arnés—. No importa. —Extendió la mano. Martin se la estrechó y la apretó sin decir palabra.

—No has echado a perder tu misión —señaló—. No tenías misión ahí. Al menos una misión realista. La que pensaba tu jefe… ¿cómo se llamaba?

—George. George Cho.

—… George. No había datos suficientes, ¿vale? ¿Qué habría hecho si hubiera sabido lo del Festival?

—Probablemente nada diferente. —Dirigió una sonrisa triste al cartón de zumo vacío y, acto seguido, cogió otro—. Estás completamente equivocado. Sigo teniendo un trabajo que hacer, cuando lleguemos, si es que llegamos. Lo único que pasa es que las posibilidades se han reducido en un… oh, cincuenta por ciento, aproximadamente, por culpa de esta fuga.

—Ah. Si hay algo que pueda hacer para ayudar no dejes de decírmelo, ¿vale? —Martin se estiró y entonces, recordando algo, se encogió—. No habrás visto mi AP, ¿verdad? Después de…

—Está guardado bajo tu silla, junto con un cepillo de dientes y una muda de ropa interior. Pasé por tu camarote después de que se te llevaran.

—Eres una estrella —exclamó con alegría. Se dobló sobre sí mismo y empezó a buscar a tientas en el estrecho espacio que había debajo de la consola de control—. Oh, vaya… —Se incorporó y abrió el gastado libro de color azul. Las páginas se llenaron de imágenes y palabras en movimiento. Sus dedos pasaron sobre un imaginario teclado. Aparecieron nuevas imágenes—. ¿Necesitas ayuda para manejar este bote?

—Si quieres… —Vació el segundo cartón y arrojó los dos a una bolsa—. Sí, si quieres. ¿Has volado antes?

—Pasé cinco años en L5. No tengo problemas con la navegación básica. Además, si tiene un sistema de soporte vital estándar, puedo programar la cocina. Es una costumbre típica de Yorkshire, aprender a preparar pudding negro en gravedad cero. El truco es hacer girar la nave alrededor de la cocina, de modo que la salchicha se quede quieta mientras el horno rota…

Rachel se echo a reír en voz baja. Un cartón de zumo de grosella rebotó en la cabeza de Martin.

—¡Ya basta!

—Bueno. —Se reclinó en su asiento, mientras su AP flotaba delante de su cara. Sus páginas abiertas mostraban datos en tiempo real extraídos del cerebro de la nave. (Un reloj situado en una esquina iba desgranando los segundos que

faltaban para el primer impulso de deceleración programado por Rachel, dos segundos antes del perigeo). Frunciendo el ceño, empezó a trazar glifos con el estilo—. Deberíamos de conseguirlo. Siempre que no nos disparen.

—Tenemos un transpondedor de la Cruz Roja. Tendrían que desconectar manualmente su sistema de bloqueo.

—Cosa que no harán a menos que estén realmente cabreados. —Martin tocó un punto de la pantalla—. Sin embargo, estaría más tranquilo si supiera dónde nos estamos metiendo. O sea, si el Festival no ha dejado nada en órbita…

Los dos se detuvieron de repente. Algo arañó la parte superior de la cápsula, produciendo un sonido parecido al traqueteo de unos huesos metálicos y huecos en una caja.

El conejo gruñó y, con un gesto de furia, levantó la ametralladora. Con las orejas gachas y enseñando los dientes, lanzó un amenazante siseo al cyborg.

Hermana Séptima se incorporó y observó la confrontación. Todos los demás, a excepción de Burya Rubenstein, se agacharon. Burya se colocó en el centro del claro.

—¡Basta! ¡Parad ahora mismo! Durante un prolongado momento, el conejo permaneció inmóvil.

Entonces se relajó y bajó el cañón de la ametralladora.

—Ha empezado él.

—Me da igual quién ha empezado. Tenemos un trabajo que hacer y no es necesario que nos matemos unos a otros. —Se volvió hacia el cyborg con el que se había enfrentado el conejo—. ¿Tú qué tienes que decir?

El revolucionario parecía avergonzado. Retrajo las garras con lentitud.

—No es un buen extropiano. Esta criatura —el gesto que dirigió al conejo provocó que este volviera a enseñarle los colmillos— cree en el culto a la personalidad. ¡Es un disidente contrarrevolucionario! ¡Lanzamiento de cabeza ya! ¡Lanzamiento de cabeza ya!

Burya entornó la mirada. Muchos de los antiguos revolucionarios se habían pasado de la raya con las modificaciones personales que le habían sacado al Festival, sin comprender que también era necesario transformar su sistema nervioso central para poder manejarlas. En muchos casos, esto se había traducido en un cierto grado de confusión.

—Pero, camarada, tú también posees una personalidad. El sentido de identidad es condición necesaria para la consciencia y esta, como señalan los grandes líderes y eruditos, es la piedra angular sobre la que se construye el potencial de la trascendencia.

El cyborg puso cara de perplejidad. Unas membranas nictitantes terminadas en cristales se cerraron por un instante sobre sus ojos, señal inequívoca de que estaba sumido en pensamientos profundos.

—Pero en la sociedad de la mente no existe personalidad. La personalidad deriva de la sociedad. Por tanto, el individuo no puede poseer…

—Creo que malinterpretas a los grandes filósofos —dijo Rubenstein lentamente—. No es ninguna crítica, camarada, porque los filósofos son, en esencia, muy brillantes y difíciles de comprender. Pero al decir «sociedad de la mente», se referían a la consecución de la consciencia en el seno del individuo, derivada de agentes preconscientes, no a una sociedad situada más allá de la persona. Por tanto, se infiere que tenerle aprecio a la propia consciencia no es suscribir un culto a la personalidad. Ahora bien, siguiendo a otro… —Se detuvo y miró fijamente al conejo—. Creo que será mejor no continuar con este asunto —dijo sin más—. Es hora de seguir adelante.

El cyborg asintió de forma convulsa. Sus camaradas de pusieron en pie (uno de ellos se desmadejó para hacerlo) y se cargaron las mochilas al hombro. Burya se acercó a la cabaña de Hermana Séptima y se encaramó a su interior. El grupo se puso en marcha.

—No entiendo sentido revolucionario —comentó el Crítico mientras, marchando por el camino de tierra tras el destacamento del soviet de Plotsk, masticaba una patata dulce—. ¿Desaprueba sentido de la identidad? ¿Lagomorfo criticado por afinidad consigo mismo? ¡Absurdo! ¿Cómo apreciar el arte sin sentido del yo?

Burya se encogió de hombros.

—Sus mentes son demasiado literales —dijo en voz baja—. Todo acción, nada de pensamiento innovador. No comprenden bien las metáforas. La mitad de ellos piensa que eres Baba Yaga revivida, ¿sabes? Hemos sido una cultura… ah, estable, durante demasiado tiempo. Cuando se presenta el cambio, son incapaces de responder. Tratan de encajarlo todo en sus dogmas preconcebidos. —Se apoyó en la inclinada pared de la cabaña—. Estoy tan harto de tratar de despertarlos…

Hermana Séptima soltó un bufido.

—¿Cómo llamas a eso? —preguntó señalando más allá de la puerta de la cabaña. Delante de ellos marchaba una columna de cyborgs salvajemente variados, revolucionarios modificados en parte, paralizados a medio camino de la trascendencia definitiva de las limitaciones de sus anteriores vidas. A su cabeza marchaba el conejo, guiándolos hacia el bosque de una campiña parcialmente trascendida.

Burya se quedó mirando al conejo.

—Lo llamaré como él quiera. Tiene un arma, ¿no?

A mediodía, el bosque había cambiado tanto que resultaba irreconocible. Algún extraño experimento biológico había mutado la vegetación. Los árboles y la hierba habían intercambiado las hojas, de modo que ahora caminaban sobre un campo de puntiagudas agujas de pino, mientras sobre sus cabezas se mecían las planas briznas de la hierba. Las hojas eran picazas, negras y verdes, y el lustroso negro estaba extendiéndose. Y lo más perturbador de todo era que los contornos de la vegetación parecían difuminarse y volverse imprecisos en los extremos, como si las especies estuvieran intercambiando sus rasgos fenotípicos con antinatural y promiscuo abandono.

—¿Quién es el responsable de esto? —preguntó Burya a Hermana Séptima durante una de las pausas que hacían cada hora. El Crítico se encogió de hombros.

—No es nada. Marginalidad forestal lysenkoista, arte recombinativo. Cuidado con el Jabberwocky, hijo mío. ¿Solo hay derivaciones de nativos terrícolas en este bioma?

—¿Me lo preguntas a mí? —Rubenstein soltó un bufido—. Yo no soy jardinero.

—Supostimación implausible —replicó Hermana Séptima, incomprensible—. En cualquier caso, algunas obras

marginalistas son recombinativas. Manipulaciones del genoma no antropocéntricas. Estructuras elegantes, modificadas sin propósito concreto. Este bosque es lamarckiano. Los nodos intercambian rasgos determinados por fenotipo y adquieren los más útiles.

—¿Y quién determina su utilidad?

—La Exposición Floral. Parte del Margen.

—Qué sorpresa —murmuró Burya.

En la siguiente parada, se acercó al conejo.

—¿Falta mucho? —inquirió. El lagomorfo husmeó la brisa.

—¿Cincuenta kilómetros? ¿Acaso más? —Parecía ligeramente confundido, como si el concepto de distancia fuera una abstracción difícil de comprender para él.

—Esta mañana dijiste que sesenta kilómetros —señaló Burya—. Ya hemos recorrido veinte. ¿Estás seguro? La milicia no confía en ti y si no dejas de cambiar de idea, puede que no sea capaz de impedir que hagan alguna estupidez.

—Solo soy un conejo. —Sus orejas se agacharon un poco y se movieron en todas direcciones, alertas a cualquier amenaza—. Sé dónde estaba el amo cuando atacaron los Mimos. Desde entonces no he sabido mucho de él. Siempre

sé dónde está, no sé cómo… pero no puedo decir la distancia. Es como una puta brújula en mi cabeza, colega, ¿entiendes?

—¿Cuánto hace que eres un conejo? —preguntó Rubenstein mientras una terrible sospecha se insinuaba en sus pensamientos.

El conejo puso cara de perplejidad.

—No lo sé muy bien. Creo que una vez… —Dejó de hablar. Unos postigos de acero se cerraron y bloquearon la luz que brillaba detrás de sus ojos—. No más palabras. Busquemos al amo. ¡Al rescate!

—¿Quién es tu amo? —inquirió Burya.

—Felix —dijo el conejo.

—¿Felix… Politovsky?

—No lo sé. Es posible —El conejo volvió a agachar las orejas y enseñó los dientes—. ¡No quiero hablar! Llegaremos mañana. Rescatemos al amo. Matemos a los Mimos.

Vassily bajó la mirada y vio que las estrellas giraban bajo sus pies. Voy a morir, pensó, mientras tragaba agria bilis.

Cuando cerró los ojos, las náuseas remitieron un poco. Todavía le dolía el golpe que se había dado con la cabeza contra la pared del camarote al salir despedido. Todo se

había difuminado durante un rato y cuando había recobrado el sentido estaba alejándose de la nave, flotando en una nube de dolor. Ahora que había tenido tiempo de reflexionar, el dolor parecía un chiste irónico. Los cadáveres no sienten dolor, ¿verdad? Así que seguía con vida. Cuando dejara de dolerle…

Revivió el desastre una vez tras otra. Sauer comprobando que todo estaba en orden.

—Es solo un agujerito —decía alguien y en aquel momento le había parecido plausible: la mujer había dejado que saliera un poco de aire del camarote para que saltaran los cierres de descompresión. Pero entonces el brillante destello del cable cortador le había quitado la razón. El aullante remolino había alargado los brazos y había hecho presa del teniente y del Procurador Subalterno y se los había llevado fuera de la nave, a un oscuro túnel lleno de estrellas. Vassily había tratado de sujetarse al pomo de una puerta, pero sus manos, entorpecidas por los guantes del traje, se habían negado a colaborar. Había empezado a dar vueltas y vueltas, como una araña atrapada en el desagüe cuando se quita el tapón de la bañera.

Las estrellas giraban, luces frías como dagas en la noche que se extendía más allá de sus párpados. Ya está. Voy a morir de verdad. No volveré a casa. No arrestaré al espía. No veré a mi padre ni le diré lo que pienso realmente de él. ¿Qué pensará de mí el Ciudadano?

Abrió los ojos. El remolino no había cesado. Debía de estar dando cinco o seis vueltas por minuto. El traje de emergencia no tenía cohetes y el alcance de su radio era ridículo, apenas unos cientos de metros: más que de sobra para la nave y tal vez suficiente para servir como baliza si alguien viniera a buscarlo. Pero no lo harían. Era como estar en un giroscopio. Cada dos minutos, la nave aparecía brevemente en su campo de visión, una oscura astilla perfilada contra el polvo de diamante del firmamento. No había ni rastro de equipos de salvamento. Solo esa neblina dorada de desechos que se extendía alrededor de la nave y que había estado a más de un kilómetro de distancia antes de que la viera por primera vez.

Parecía un juguete: un juguete infinitamente deseable, por el que hubiera podido dar todas sus esperanzas de vida y amor y camaradería y calidez y felicidad… y que se encontraría para siempre más allá de su alcance, colgando en un frío yermo que era incapaz de atravesar.

Miró de soslayo la tosca pantalla de su muñeca izquierda y observó por un instante cómo iba descendiendo el marcador de tiempo restante de su botella de oxígeno. Había también un dosímetro, y vio que el yermo estaba siendo recorrido por la cantidad suficiente de partículas calientes y cargadas para impedir que su cuerpo momificado se descompusiera.

Vassily se estremeció. Una frustración amarga lo embargó: ¿Por qué nunca puedo hacer nada a derechas?, se preguntó.

Creía que había hecho lo que debía al alistarse en la Oficina del Conservador pero cuando, lleno de orgullo, le había mostrado a su madre el nombramiento, el rostro de ella se había cerrado como el escaparate de una tienda y había apartado la mirada de aquella manera suya, como siempre que hacía algo malo pero ella no quería reprochárselo. Creía que había hecho lo que debía al registrar el equipaje del ingeniero y luego el de la diplomática extranjera… y mira dónde había acabado. La nave que tenía debajo era una astilla oscura, situada a varios kilómetros y cada vez más lejos. Hasta su presencia en la nave… Para ser honesto, hubiera hecho mejor quedándose en casa, esperando a que la nave (y el ingeniero) regresara a Nueva Praga para reanudar entonces la persecución. Solo las noticias sobre el Planeta de Rochard, aquel lugar de exilio, le habían provocado una extraña excitación. Si no hubiera querido visitarlo, no estaría allí ahora, girando en la celda de recuerdos de un condenado.

Trató de pensar en tiempos más felices, pero le fue difícil. ¿El colegio? Allí había sido objeto de abusos y burlas implacables, a causa de lo que era su padre… y lo que no era. Cualquier niño que no llevara el nombre de su padre era objeto de escarnio, pero tener un padre criminal, y un criminal notorio, por añadidura, había hecho de él una presa fácil. Pasado algún tiempo le había destrozado la cara a uno de los matones. Lo habían azotado por ello, pero al menos los demás habían aprendido a dejarlo en paz. Pero lo que no

había cesado eran los susurros y las risillas a sus espaldas. Había aprendido a estar atento, a esperar después de las clases y borrar a golpes las sonrisas de sus rostros, pero no había hecho amigos.

¿La instrucción básica? Menudo chiste. Una continuación del colegio, solo que con profesores más severos. Y luego la instrucción policial y la escuela de cadetes. El aprendizaje con el Ciudadano, a quien quería impresionar porque lo admiraba inmensamente. Un hombre de sangre y hierro, leal a toda prueba a la República y a todo lo que esta significaba, un padre espiritual al que ya había conseguido decepcionar dos veces.

Vassily bostezó. Le dolía la vejiga, pero no se atrevía a orinar: no en un traje hecho de burbujas interconectadas. La idea de ahogarse era por alguna razón más aterradora que la de quedarse sin aire. Además, cuando se le acabara el aire… ¿No era así como se ejecutaba a los marinos amotinados, en lugar de colgarlos?

Un curioso horror lo embargó entonces. Empezó a picarle la piel. La nuca se le puso húmeda y fría. No puedo morir aún, pensó. ¡No es justo! Se estremeció. El vacío pareció hablarle. La justicia no tiene nada que ver. Ocurrirá y tus deseos carecen de importancia. Le ardían los ojos. Los apretó con todas sus fuerzas para mantener a raya las giratorias dagas de la noche y trató de recobrar el control de su respiración.

Y cuando volvió a abrirlos vio, como en respuesta a sus plegarias, que no estaba solo en el vacío.

BROMISTAS

En la órbita alta del Planeta de Rochard, los Saltadores estaban desperezándose.

Con sus dos kilómetros de longitud, esbeltos y grises, cada uno de ellos empequeñecía por sí solo a la flota que se estaba acercando. Habían sido unos de los primeros artefactos que el Festival había manufacturado al poco de su llegada. La mayoría de los Saltadores flotaba en órbitas estacionarias en el interior de la nube de Oort, esperando la llegada de enemigos que siguieran trayectorias temporales de ataque desde el futuro de la línea temporal del Festival. Pero un pequeño destacamento había acompañado al Festival mientras este se sumergía en el sistema interior y arribaba al mundo que era su destino.

Los Saltadores no soñaban. Los Saltadores no eran más que unidades sentientes especializadas, encargadas de la defensa del Festival frente a ciertas amenazas físicas especialmente toscas. Contra las negaciones de servicio, los ataques de decoherencia y la piratería cuántica en general, se podía recurrir a los anticuerpos más sofisticados. Si se producía una auténtica violación de causalidad, se despertaría a los agentes de mantenimiento de realidad del Festival. Pero a veces, la mejor defensa es un buen garrote y una fea sonrisa… y para eso estaban los Saltadores.

La llegada de la flota de la Nueva República había sido advertida cuatro días antes. Los Saltadores habían captado los perfiles regulares de aceleración de las aves que se aproximaban como una llaga en el pulgar. Mientras que la Armada de Su Majestad pensaba en términos de lidares y radares y sensores activos, el Festival utilizaba instrumentos más sutiles. Había advertido variaciones mínimas en la entropía del sistema exterior, rastros de singularidades desnudas, ecos del efecto túnel que permitía a las naves saltar entre sistema y sistema. La ausencia de señales de la flota invasora era elocuente por sí misma. Los Saltadores supieron lo que habían de hacer sin necesidad de que nadie se lo dijera.

Las divisiones de Saltadores en órbita empezaron a acelerar. No había frágiles formas de vida a bordo de aquellas naves: solo bloques sólidos de superconductores cerámicos o diamantinos, tanques de hidrógeno metálico a

tal presión que a su lado el corazón de un gigante gaseoso parecería el vacío, y generadores de muones de alta energía para catalizar las exóticas reacciones de fusión que impulsaban las naves. Además de, por supuesto, los arbustos fractales que formaban el cargamento principal de los Saltadores, millones de ellos enroscados como extrañas plantas trepadoras a las alargadas espinas dorsales de las naves.

Puede que las antorchas de fusión que proporcionaban impulso de acuerdo a las leyes de la física newtoniana le parecieran pintorescas al Almirantazgo de la Nueva República, que había insistido en no tener en su flota otra cosa que los más modernos motores de singularidad y de espacio curvo. Pero, a diferencia del Almirantazgo, los Saltadores del Festival tenían experiencia en combate real. Los motores de reacción proporcionaban ciertas ventajas en las batallas espaciales, ventajas que podían resultarle muy útiles a un defensor astuto. Para empezar, una relación impulso-masa muy considerable y, por si esto fuera poco, un grado de sigilo muy superior. Una masa virtual de diez mil millones de toneladas convertía a los motores de singularidad en algo muy poco maniobrable. Aunque eran capaces de acelerar a un ritmo aceptable, no podían cambiar de dirección con facilidad y, para el Festival, eran detectables a una distancia casi interestelar. Por contraste, un motor de reacción podía cambiar de vector tan deprisa que, si la nave no estaba preparada para soportar la tensión, podía sufrir un

colapso estructural. Y mientras que una antorcha de fusión, vista desde popa, podía ser detectada por sensores situados a un millón de kilómetros, su chorro de escape era muy direccional, tanto que desde la parte delantera de la nave apenas se captaba como un vago punto de calor.

Con el planeta, fuente muy superior de emisiones infrarrojas, tras de sí, los Saltadores salieron al paso del primer escuadrón de la Nueva República a la aplastante aceleración de 100 g. Capaces de situar con aboluta precisión al enemigo gracias a las emisiones de sus motores, los Saltadores alcanzaron una velocidad de 800 k.p.s. y a continuación apagaron los motores y siguieron flotando en silencio, esperando el momento de máxima proximidad.

* * *

La atmósfera que reinaba en la sala de operaciones de la Lord Vanek era tensa y silenciosa.

—Artillería Dos, prepare una salva de seis SEM-20. Cargas de uno cero cero kilotones. Los dos primeros, con PEM máximo, y los tres siguientes con detonación direccional a lo largo del eje mayor. Artillería Uno, quiero dos torpedos D-4 armados y preparados para lanzamiento pasivo, con una demora de activación de un minuto.

El capitán Minsky se recostó en su asiento.

—¿Predicción? —murmuró en dirección al comandante Vulpis.

—Preparados, señor. Resulta un poco preocupante que no hayamos visto nada todavía, pero puedo darle potencia de maniobra completa cuarenta segundos después de que me dé la señal.

—Bien. Radar, ¿algo nuevo?

—Humildemente informo de que el radar pasivo no capta nada nuevo, señor.

—Qué alegría. —Hacía dos horas que habían pasado el perigeo. Minsky tenía que hacer esfuerzos para controlar su impaciencia. Sentado en el sillón de mando, tamborileando en el brazo con los dedos, esperaba una señal, cualquier cosa que indicara que había vida en aquel vacío cosmos. El ping fatal de un lidar al rebotar en el casco de la Lord Vanek, o una onda electromagnética. Cualquier cosa que revelase que el enemigo se encontraba allí, en alguna parte, entre el escuadrón de su nave y su destino.

—¿Alguna idea, comandante Vulpis?

Los ojos de Vulpis recorrieron a toda velocidad las estaciones que tenía delante, ocupada cada una de ellas por su correspondiente oficial.

—Estaría mucho más contento si estuvieran tratando de encontrarnos. O los hemos cogido completamente por sorpresa o…

—Gracias por ese pensamiento —comentó Minsky entre dientes—. ¡Marek!

—¡Señor!

—Tiene usted un rifle. Está cargado. No dispare hasta que vea el blanco de sus ojos.

—¿Señor? —Vulpis miró a su capitán.

—Estaré en mi camarote si ocurre algo —dijo Minsky con voz firme—. Tiene usted el timón hasta que el comandante Murametz o yo mismo regresemos. Llámeme al instante si hay alguna noticia.

Al llegar a su camarote, situado justo debajo de la sala de operaciones, Minsky se dejó caer en su asiento. Suspiró hondo y marcó un número en su teléfono.

—Centralita. Mis saludos al comodoro. Pregúntele si tendría un momento. —Un minuto después, se encendió la pantalla del videófono—. ¡Señor!

—Capitán. —El comodoro Bauer tenía el aspecto de un hombre muy ocupado y muy cansado.

—Tengo un informe sobre el… ah, contratiempo. Si no está demasiado ocupado en este momento, señor.

Bauer juntó los dedos de las manos.

—Si puede ser breve… —dijo con voz apagada.

—No hay problema. —Los ojos de Minsky refulgieron a la luz de gas—. Todo fue culpa del idiota de mi oficial de inteligencia. Si no se hubiera matado, lo habría cargado de grilletes. —Respiró hondo—. Pero no actuó solo. En confianza, señor, yo recomendaría que mi oficial ejecutivo, el comandante Murametz, fuera reprendido oficialmente, o incluso un proceso formal… de no ser por que nos encontramos tan cerca del enemigo que…

—Detalles, capitán. ¿Qué hizo?

—El teniente Sauer se excedió en su autoridad y trató de desenmascarar a la espía terrícola… la mujer, quiero decir, por medio de un juicio falso. De algún modo logró convencer al comandante Murametz de que lo encubriera, un maldito error de juicio si quiere saber mi opinión. Sea como sea, la presionaron demasiado y ella se dejó llevar por el pánico. En condiciones normales, esto no hubiera supuesto ningún problema, pero de algún modo consiguió… —Tosió en su puño.

Bauer asintió.

—Creo que puedo imaginarme el resto. ¿Dónde se encuentra ahora?

Minsky se encogió de hombros.

—Fuera de la nave, con el ingeniero del astillero. Desaparecidos, posiblemente muertos, no sé dónde están, no sé qué demonios pensaban que estaban haciendo… El procurador también ha desaparecido, señor, y hay un embarazoso agujero en nuestra nave donde antes había un camarote.

Poco a poco, el comodoro empezó a sonreír.

—No creo que tenga que perder el tiempo buscándolos, capitán. Si los encontráramos, tendríamos que volver a arrojarlos por la borda, ¿no? Supongo que el procurador tuvo algo que ver con ese juicio falso, ¿verdad?

—Ah… supongo que sí, señor.

—Bueno, de este modo no tendremos que preocuparnos por los civiles. Y si sufren algunas quemaduras solares durante la batalla, mala suerte. Estoy seguro de que se encargará usted de todo.

—¡Sí, señor! —Minsky asintió.

—Bien —dijo Bauer con tono seco—. Caso cerrado. Y ahora, según su opinión, ¿cuándo deberíamos de entrar en el perímetro de defensa de proximidad del enemigo?

Minsky hizo una pausa para reflexionar.

—Dentro de unas dos horas, señor. Eso suponiendo que nuestros sistemas de rastreo sean fiables y la ausencia de sondas activas sea un indicativo genuino de que no saben que estamos aquí.

—Me alegra de que haya hecho esa salvedad. ¿Cuál es el horario previsto para la alerta máxima?

—Los hombres ya están todos ocupados, señor. Es decir, hay algunos puestos no esenciales que no estarán ocupados hasta dentro de una hora, más o menos, pero en la sala de operaciones y en motores ya están todos en alerta de combate y los artilleros están preparados junto a sus armas. En la confusión del momento, puede que las cosas se hayan liado un poco pero, en principio, estamos preparados para actuar al momento.

—Muy bien. —Bauer hizo una pausa y bajó la mirada a la mesa. Se rascó la nariz con un largo y huesudo dedo. Entonces levantó la vista—. No me gusta este silencio, capitán. Apesta a trampa.

En un gesto reflejo de terror, Martin y Rachel levantaron la mirada hacia el causante del sonido.

A bordo de una nave espacial, cualquier sonido procedente del exterior significa problemas… problemas graves. Su bote salvavidas se acercaba al Planeta de Rochard a una velocidad muy superior a la de fuga. Un perdigón parado en su trayectoria los destrozaría con la fuerza de un misil antinave. Y aunque las naves de guerra como la Lord Vanek podían llevar un bindaje de varios centímetros de grosor, hecho de espuma de diamante y amortiguadores de impacto para absorber los fragmentos extraviados, la epidermis de su bote salvavidas era tan fina que se podía perforar con un abrecartas.

—Máscaras —dijo Rachel. Un montón de bolsas transparentes e interconectadas, equipadas con complejos sellos y una especie de tanque de gas en el interior salieron de la consola que había frente a Martin y le cayeron en el regazo. Rachel metió la mano detrás de su asiento y sacó un casco. Tras ponérselo en la cabeza, esperó a que el borde se adhiriera a su ropa. El sellador resbaló por su cuello. En la pantalla del interior del casco se encendieron y parpadearon unos burdos iconos. Exhaló, aliviada, al oír el zumbido del ventilador junto a su oreja derecha. A su lado, Martin estaba introduciéndose en el transparente capullo. Levantó la mirada.

—Piloto. Visión del sensor superior, óptica, pantalla central.

—Oh, mierda —dijo Martin con un hilo de voz.

La pantalla mostró una mancha borrosa que se movía frente al telón de fondo de las estrellas. Mientras la observaban, la mancha retrocedió a una velocidad pasmosa y fue cobrando una forma reconocible. En movimiento.

Rachel se volvió y miró a Martin.

—Sea quien sea, no podemos dejarlo ahí fuera —dijo este.

—No sin una baliza de rescate —asintió ella, sombría—. Piloto. Suministro de oxígeno. Vuelve a calcularlo sobre la base de un incremento del consumo del cincuenta por ciento. ¿Cómo afectaría eso al margen de supervivencia existente?

Una tabla de color ámbar apareció en la pantalla.

—Sitio hay —comentó Martin—. ¿Y la reentrada? Hmmm. —Señaló su AP—. Creo que podemos conseguirlo —añadió—. La relación de masas no empeora demasiado.

—¿Lo crees o lo sabes? —replicó ella con marcado tono de contrariedad—. Si llegamos a mitad de camino y nos quedamos sin combustible, será un problemilla.

—Soy consciente de eso. Déjame ver… sí. No pasará nada, Rachel. Quienquiera que diseñó este bote debió de pensar que ibas a llevar contigo una valija diplomática enorme o más bien un guardarropa.

—No digas eso. —Se pasó la lengua por los labios—. Cuestión dos: lo traemos a bordo. ¿Cómo vamos a detenerlo si decide ponerse a hacer el tonto?

—Creo que podemos utilizar tus armas de mujer para eso —replicó Martin, impasible.

—Debería haber sabido que ibas a salirme con algo así. —Con aire cansino, buscó a tientas la pistola adormecedora—. Esto no funciona en el vacío, ¿sabes? Y tampoco es una gran idea utilizarla en un espacio confinado.

—Hablando de espacios confinados. —Martin señaló la tosca pantalla del detector de masas—. Doce kilómetros y cayendo. No nos conviene estar tan cerca cuando viren para entrar en combate.

—No lo estaremos —asintió Rachel—. Muy bien, nunca estaré más preparada que ahora. ¿Tienes confirmación de integridad del traje? Una vez que abramos, no podrás moverte mucho. —Martin asintió y levantó una mano enguantada que parecía un montón de globos. Rachel abrió su regulador de oxígeno y bostezó mientras buscaba un punto de anclaje para el cordón de seguridad de su traje—. Muy bien. Piloto: secuencia de evacuación. Preparado para despresurizar la cabina.

Una alarma saltó en la sala de operaciones.

—Contacto. —El teniente Kokesova se asomó sobre el hombro de su subordinado y consultó los indicadores de su consola. Parpadeaban luces violetas y verdes—. Repito, contacto.

—Aceptado. —El teniente Marek tragó saliva—. Comunicaciones, llame al capitán y establezca alerta roja.

—Sí, señor. —Una luz roja empezó a parpadear junto a la entrada.

—¿Detalles? —preguntó Marek.

—Siguiendo… Se trata de una fuente de fusión, eso está claro, recibida hace unos dos cero segundos. Al principio pensaba que era una avería de los sensores pero estoy viendo líneas de Balmes de color azul, brillantes como el infierno… La temperatura del cuerpo debe de rondar los cinco cero cero M-grados. Se mueve a una velocidad muy superior a la de escape.

—Muy bien. —Marek trató de recostarse en la silla del comandante pero, incapaz de relajarse, fracasó estrepitosamente—. Va siendo hora de tener alguna estimación sobre esa señal…

—Un minuto. —El teniente Kokesova, especialista técnico, trató de hacer una nueva demostración de habilidad—. Veré si puedo encontrar algunos neutrinos.

La puerta se abrió y los guardias se pusieron firmes. El teniente Marek se volvió y saludó con rigidez.

—¡Señor!

—¿Cuál es la situación?

—Humildemente informo de que hemos fijado de forma provisional un objetivo que se aproxima, señor —dijo Marek—. Seguimos esperando confirmación, pero tenemos una antorcha de fusión azul. Parece que estamos mirando directamente a su cola.

Minsky asintió.

—Muy bien, teniente. ¿Algo más?

—¿Algo más? —Marek parecía aturdido—. No, a menos que aparezca…

—¡Contacto! —Era el mismo operador de sensores. Levantó la mirada con aire apesadumbrado—. Disculpe. Señor.

—Descríbalo. —Era el capitán quien hablaba.

—Segunda fuente de fusión, a unos dos M-kilómetros por encima y al sur de la primera. Está siguiendo un curso paralelo. Tengo una estimación preliminar. Parece que, según su trayectoria, nos rebasarán a aproximadamente uno

cero cero K-clics, decelerando desde ocho cero cero k.p.s. Tiempo para interceptar, dos K-segundos.

—¿Alguna otra actividad? —preguntó Minsky.

—¿Actividad, señor?

—Ya sabe. Aceleración lateral anómala. Interferencias, tráfico de comunicaciones, tentáculos rosas luminosos, lo que sea. ¿Algo más?

—No, señor.

—Bueno, en ese caso —dijo Minsky mientras se atusaba la barba con aire pensativo— hay algo que no cuadra.

La puerta del puente volvió a abrirse. Entró el teniente Helsingus.

—Permiso para ocupar el control de fuego, señor.

—Concedido. —Minsky hizo un ademán—. Pero, primero, contésteme a esto: ¿Por qué, en el nombre de la barba del Emperador, vemos dos antorchas de fusión pero nada más?

—Ah… —Marek cerró la boca.

—Porque —dijo el comandante Vulpis por encima del hombro de Minsky— es una trampa, capitán.

—No sé cómo se le ha podido ocurrir semejante cosa. Es evidente que nos están invitando a un baile. —Minsky esbozó una sonrisa desagradable—. Hmm, ¿cree que han colocado un campo de minas antes de encender esas antorchas?

—Es muy posible. —Vulpis asintió—. En cuyo caso chocaremos con ellas en unos —tecleó en su tablero— dos cinco cero segundos, señor. No estaremos al alcance de nada parecido a una mina hasta dentro de mucho, pero a esta velocidad, hasta una nube de arena nos haría picadillo.

Minsky se inclinó hacia delante.

—Artillería. ¡Defensas de proximidad en modo automático! Comunicaciones, soliciten un barrido artillero al estado mayor del comodoro, así como a la Kamchatka y la Regina. Asegúrense de que buscan minas. —Esbozó una sonrisa sombría—. Es hora de ver de qué están hechos. Comunicaciones, mis saludos al comodoro y, por favor, infórmenle de que solicito permiso para desactivar el control de emisiones por razones defensivas.

—Sí, señor.

El control de emisiones era de una importancia capital para las naves de guerra. Los sensores activos como el radar y el lidar tenían que rebotar en un cuerpo extraño para confirmar su presencia. Pero un cuerpo que estuviera lo

suficientemente lejos (o lo suficientemente bien camuflado) no devolvería un eco que pudiera captarse. El envío del pulso inicial revelaba con total exactitud la posición de la nave a cualquiera que estuviera más allá del radio de retorno pero dentro del de detección pasiva. Al aproximarse al Planeta de Rochard con el control de emisiones conectado, el escuadrón había tratado de ocultar su presencia. La primera nave que empezara a utilizar los sensores activos se volvería cegadoramente visible… y en el proceso de buscar al enemigo, se convertiría en su blanco.

—¿Señor?

—¿Sí, teniente Marek?

—¿Y si hay más de dos naves ahí fuera? Quiero decir, nosotros tenemos sondas y una lanzadera. ¿Y si nos enfrentamos a una fuerza más grande y las dos que estamos viendo son solo un señuelo?

El capitán Minsky sonrió sin alegría.

—Eso no es una posibilidad, teniente. Es casi una certeza.

—Primer punto de intercepción de minas, cuatro minutos. —Vulpis leyó las estimaciones temporales en los brillantes tubos de vacío que tenía delante. Levantó la mirada hacia la silla del comandante. Minsky, sentado allí, asintió.

—Artillería, armen torpedos y preparen misiles. Control remoto, estatus rojo, azul, naranja. —Minsky se mostraba sosegado y frío y su presencia ejercía una influencia calmante en la por lo demás muy tensa tripulación de la sala de operaciones.

El teléfono rojo empezó a sonar con su discordante timbre. Minsky lo cogió, escuchó unos breves segundos y volvió a colgar.

—Radar. Tiene permiso para emitir.

Radar Uno: —Pasando a activo en este momento, señor. Barrido doppler de uno cero segundos, dispersión, cuatro octavas, pasando a continuación a secuencia de interferencia alfa. ¿Señuelos, señor?

—Puede lanzar señuelos. —Minsky juntó las manos en el regazo y dirigió la mirada a la pantalla principal. Bajo su tranquilo exterior, estaba profundamente preocupado. Estaba jugándose la vida y la nave, junto con las vidas de todos los que estaban a bordo, a una hipótesis sobre la naturaleza de su enemigo. No estaba seguro, pero sí lo bastante bien informado como para poder hacer una suposición aproximada sobre lo que se les venía encima. Puede que la mujer de la ONU tuviera razón, pensó sombrío. Recorrió con la mirada la sala de operaciones—. ¿Comandante Helsingus? Estatus, por favor.

El barbudo oficial de artillería asintió.

—Primeras cuatro salvas cargadas de acuerdo a sus órdenes, señor. Dos torpedos autopropulsados con sistemas de ignición por control remoto en mi pantalla, seguidos por seis misiles dirigidos por sistemas pasivos y preparados para lanzar PEM con dispersión de uno cero grados. Red láser programada para defensa de proximidad. Programas balísticos de defensa cargados y preparados.

—Bien. ¿Timón?

—Manteniendo posición con respecto a patrón de aproximación de flota designada, señor. El estado mayor no ha autorizado evasión.

—¿Radar?

El teniente Marek levantó la mirada. Parecía tenso y cansado y unas arrugas nuevas habían aparecido alrededor de sus ojos.

—Humildemente informando, señor, el activo está fijo. El pasivo no muestra nada aún, salvo un rastro infrarrojo, pero eso debería proporcionarnos un blanco fijo en… —bajó la mirada— unos tres minutos y descontando. El señuelo ha sido lanzado y se dirige a punto uno. —El señuelo, un pequeño dron sin motor que seguía a la nave al otro extremo de un largo cordón de diez kilómetros, estaba preparándose para emitir una signatura electromagnética idéntica a la de

la nave. Sincronizado por interferometría con los sensores activos de a bordo de la Lord Vanek, contribuiría a confundir a los sensores enemigos sobre la posición exacta del crucero pesado.

—Bien. —Minsky consultó el reloj situado junto a la pantalla principal y a continuación bajó la mirada a la consola que tenía delante. Era hora de realizar la lista de control—. Al llegar al punto intermedio uno, estén preparados para comenzar la secuencia de ignición uno a mi orden. Serán cuatro g de forma continuada hasta que hayamos alcanzado seis cero k.p.s., luego desconexión y apagado completo, curso tres seis cero por cero en trayectoria de navegación fijada. Comunicaciones, comunique la orden a todos los elementos del primer escuadrón. Artillería, a T cero más cinco segundos, estén preparados para lanzar torpedos uno y dos a mi orden. Comunicaciones, informe sobre protocolo pasivo de torpedos al Escuadrón Uno. Confirme, por favor.

—Sí, señor. Uno y dos. —Helsingus apretó un interruptor de bronce—. Armados para lanzamiento pasivo a T menos cinco.

—Bien.

—Tiempo para posible intercepción con minas, dos minutos, señor.

—Gracias, Navegación Dos, puedo ver la cuenta atrás desde aquí. —Minsky rechinó los dientes—. Timón, estatus.

—Programa cargado. Ignición del motor preparada en cinco cero segundos, señor.

—Radar, actualización.

—Deberíamos alcanzarlos en unos dos minutos, señor. No hay emisiones… —El teniente Marek se detuvo—. ¿Qué es eso?

Radar Dos: —¡Contacto, señor! El lidar registra señal uno. Esperando… —Saltó una alarma—. Algo acaba de marcarnos como objetivo, señor —dijo Marek. Todo el mundo, salvo los técnicos del radar, estaba mirando a Minsky. Este devolvió la mirada a Helsingus y asintió.

—Seguimiento beta.

—Sí, señor. Artillería Dos, seguimiento beta. —Un estruendo sordo y casi imperceptible estremeció toda la estructura del crucero pesado mientras el riel axial principal de lanzamiento escupía veinte toneladas de compleja y pesada maquinaria y combustible por el morro de la nave. Un segundo rugido señaló el lanzamiento del segundo torpedo. Soltados con los motores apagados, al igual que todos los sistemas salvo los de aviónica, marcharían flotando tras la Lord Vanek cuando esta empezara a acelerar.

—Menos tres cero segundos —dijo Navegación Dos—. Solicito permiso para informar sobre el contacto, señor —dijo Marek.

—Adelante, Navegación.

—Hemos conseguido echar un vistazo a la batería de pulsos del contacto y parece, um, extraña, ruidosa. Hay ruidos, no sé si sabe a qué me refiero. Han hecho un buen trabajo ocultando su signatura de reconocimiento.

—Uno cero segundos.

—Todos los puestos, pasamos a plan dos —dijo el capitán Minsky—. Navegación, transmitan ese contacto a la Kamchatka y la Ekaterina. Envíenles todo lo que puedan. —Descolgó el teléfono para informar a los capitanes de su escuadrón del inminente cambio de planes.

—Sí, señor. Ignición de plan dos comenzando en cinco… dos, uno, ya. —No se produjo ningún cambio evidente en la sala de operaciones, ninguna sacudida ni estremecimiento ni una sensación de aumento repentino de la aceleración, pero en las tripas de la nave, el agujero negro se retorció, sometido a un tormento repentino. La Lord Vanek se lanzó a toda potencia hacia delante, cuatrocientos metros por segundo al cuadrado, más de cuarenta g.

Saltó otra alarma. Navegación:

—Escáner completo en curso. —Veinte gigavatios de luz láser iluminaron el espacio en todas direcciones, un resplandor implacable y tan brillante como para fundir el acero a una distancia de un kilómetro. En las entrañas de la nave, los intercambiadores de calor se pusieron al rojo vivo y convirtieron el agua de refrigeración en un vapor a presión que fue expulsado por los conductos de popa. A punto de entrar en combate, perder los enormes y vulnerables intercambiadores de calor sería un suicidio.

Artillería:

—Lanzamiento beta comenzando. —Esta vez, un auténtico estruendo hizo estremecer la nave. Eran los dos misiles que Helsingus había preparado con antelación, mientras seguían la dirección del objetivo alfa. Cuando pasaron por delante de la nave, la décima parte de su potencia láser total enfocó sus colas y energizó su masa reactiva.

El momento era enormemente peligroso y Minsky trató por todos los medios de mantener una actitud confiada por el bien de la tripulación. Tal como había dicho el comodoro Bauer en la privacidad de la sala de reuniones del estado mayor, «Si son listos, enviarán solo las señales suficientes para revelar su posición y luego utilizarán todo lo que tengan en órbita para arrojar una tormenta de minas en nuestro camino. Saben adónde nos dirigimos. Eso resuelve la mitad del problema de cazarnos. Cuando empecemos a irradiar, tendrán la solución completa… y entonces solo será cuestión

de ver cuánto pueden arrojarnos encima y cuánto podemos soportar nosotros». Tradicionalmente, atacar un punto fijo —en este caso las instalaciones situadas en la órbita baja de un planeta— se consideraba la misión más complicada en la guerra espacial. Los defensores podían concentrar con rapidez fuerzas a su alrededor y aprestar misiles defensivos y pantallas láser para repeler a cualquier contingente que se estuviera aproximando. Y si los atacantes querían saber a qué le estaban atacando, tendrían que utilizar emisiones de alta energía que los defensores podrían utilizar para apuntar sus armas.

Segundos más tarde, Minsky exhaló un suspiro de alivio.

—Las defensas de proximidad informan de que todo está en calma, señor. Estamos dentro de su esfera pero no parecen haber desplegado un campo de minas. —Las minas flotantes no hubieran seguido la curva de deceleración de las naves enemigas. Habrían caído sobre ellos a la velocidad a la que habían sido plantadas.

—Eso está bien —murmuró Minsky. Sus ojos enfocaron los dos puntos rojos de la pantalla principal. Seguían decelerando a una velocidad aterradora. Casi como si pretendiesen colocarse a una velocidad relativa nula y librar una especie de duelo. Los dos misiles de la Lord Vanek parecían arrastrarse lentamente hacia ellas, pero en realidad marchaban con una salvaje aceleración de 1000 g y ya habían superado la velocidad de 1000 k.p.s. Tras algunos segundos,

apagaron los motores y continuaron en punto muerto, pues no les quedaba más que la masa reactiva suficiente para realizar las maniobras finales, cuando se encontraran a menos de diez segundos del enemigo. Delante de la Lord Vanek, las resplandecientes cruces púrpuras de los torpedos apagados se encaminaban también al enemigo.

Un minuto después, Artillería Dos dijo:

—He perdido el misil uno, señor. Capto su señal, pero no responde.

—Qué extraño… —Minsky frunció el ceño. Dirigió la mirada al reloj fatídico. El crucero pesado estaba acercándose a su destino a paso de tortuga, apenas 40 k.p.s. El enemigo se les echaba encima a más de 200 k.p.s., todavía decelerando, pero cada vez menos. Si aquello continuaba y seguían acercándose a unos 250 k.p.s., sus trayectorias se cruzarían en unos 500 segundos y estarían al alcance de los misiles unos 200 segundos antes. No esperaba que aquellos proyectiles balísticos causaran daño real, pero si se acercaban lo suficiente, obligarían al enemigo a responder. Sin embargo, el misil uno se encontraba a más de 50,000 kilómetros del objetivo…

—Humildemente informando, señor, he perdido también el misil dos.

—Eso no tiene sentido —musitó Helsingus. Lanzó una mirada a la pantalla: un grupo de seis misiles, disparados todos por la Kamchatka, estaban acercándose a su objetivo, tiros lejanos todos ellos, con pocas probabilidades de causar daño, pero…

Defensa de Proximidad:

—Señor, problema en la cubierta uno. Parece un… Humildemente informo de un impacto de basura espacial, señor. Hemos perdido varios ojos de la red lidar pero nada ha penetrado el casco presurizado interior.

—Parece que tienen problemas de caspa —comentó Minsky—. Pero sus defensas están funcionando. ¿Torpedos?

—Aún no, señor —dijo Helsingus—. Solo han alcanzado unos cinco cero cero k.p.s de delta-v. No estarán en condiciones de encender los motores hasta dentro de… ah, ocho cero segundos más. —Flotando hacia el enemigo casi 100 k.p.s. por encima de su velocidad inicial, los torpedos tenían sin embargo las piernas cortas. A diferencia de los misiles, contaban con su propia fuente de energía, radar y ordenadores de control de batalla, que los convertían en valiosos activos en caso de enfrentamiento… pero aceleraban más despacio y su coste de aceleración total era superior.

Radar Dos:

—Humildemente informando, señor, creo que he avistado algo, señor. Aproximadamente uno cero cero milisegundos después de que el misil dos dejara de responder, el detector tres captó un pulso de neutrinos. Es imposible saber si venía del objetivo o del misil pero parecía tener bastante energía. Ah, no hay rastro de otras radiaciones.

—Qué peculiar —murmuró Minsky entre dientes: una afirmación que no hacía justicia a la cuestión—. ¿Cuál es nuestro perfil de distancia?

—Distancia para torpedo en seis cero segundos. Distancia para artillería activa en uno cinco cero segundos. Distancia de contacto en cuatro cero cero segundos. Máxima proximidad dos cero K-kilómetros, velocidad del orden de dos seis cero k.p.s. asumiendo que no se producen maniobras. La distancia al objetivo es uno cero cinco K-kilómetros a mi señal, ahora.

—Ah. —Minsky asintió—. Caballeros, puede que esto parezca absurdo pero no acaba de gustarme cómo están yendo las cosas. Helsingus, sus dos torpedos: actívelos y envíelos contra el objetivo uno.

—Pero entraran en trayectoria balística antes de…

Minsky levantó la mano.

—Hágalo. Timón, opción tres dos. Señal a todas las naves. —Una vez más, descolgó el teléfono de la sala de guerra del comodoro para comunicarse con su oficial superior.

—Sí, señor. —La pantalla centrada en el Planeta de Rochard cambió y dio un giro. La línea naranja que representaba el curso de la Lord Vanek, hasta entonces dirigida hacia el planeta, empezó a virar y a apartarse de este. Las líneas rojas que representaban las trayectorias de las dos naves enemigas que se aproximaban viraron también para interceptar a la Lord Vanek y a sus cinco naves acompañantes. Mientras tanto, los doce puntos azules que representaban los torpedos que el escuadrón había descargado casi dos minutos antes empezaron a avanzar hacia el objetivo.

Un torpedo vivo es algo que ningún capitán de una astronave quiere tener demasiado cerca. A diferencia de los misiles —que básicamente son un tubo lleno de masa reactiva con un espejo láser en la cola y una cabeza explosiva al otro extremo— un torpedo es una nave con su propia central energética, un cohete de fisión increíblemente sucia, poco más que una bomba atómica de detonación lenta que apenas mantiene el control mientras va dejando tras de sí una estela horriblemente radiactiva. Es también el motor de combustión almacenable más eficiente que existe, sin la complejidad de los reactores de fusión o los generadores de espacio curvo. Antes de que aparecieran las nuevas tecnologías, los pioneros de principios del siglo XXI los

habían utilizado para las primeras misiones interplanetarias tripuladas.

—Los peces están en camino, señor. Los nuestros están haciendo noventa y seis y uno uno dos g, respectivamente. La media general del escuadrón ronda los noventa y ocho. Se quedarán sin combustible dentro de uno cero cero segundos e interceptarán a los objetivos uno y dos, si permanecen en sus trayectorias actuales, en aproximadamente uno cinco cero segundos. Para entonces la degradación de los sistemas de guía debería de ser todavía controlable y tendríamos que poder llevar a cabo el control de guiado terminal.

—Bien —dijo Minsky con voz seca. Las naves enemigas, que se dirigían hacia la Lord Vanek en una trayectoria recíproca, debían de poder abrir fuego dentro de poco: pero los torpedos se interpondrían maravillosamente en su camino y arruinarían su línea de visión al mismo tiempo que los amenazaban. Al menos eso era lo que Minsky esperaba.

Se había dado cuenta de que había algo extremadamente extraño en aquellas dos naves. No estaban siguiendo ninguna doctrina táctica evidente. Se limitaban a acelerar en línea recta enviando pulsos de lidar mientras se acercaban: como si apuntaran a ciegas. No había señal de movimientos sigilosos. Se habían puesto en marcha y habían empezado a emitir como idiotas borrachos jugando a una máquina en un bar, renunciando sin el menor reparo a la ventaja de su

posición desconocida. Quienquiera que esté manejando eso pájaros es un idiota o…

—Radar —dijo en voz baja—. Cobertura de saturación por delante y por debajo. ¿Hay algo ahí?

—Voy a ver. —Marek comprendió al instante a qué se refería el capitán y tragó saliva—. Si aquellos dos eran los sabuesos, destinados a sacar a la presa de su escondite, algo tenía que estárseles acercando silenciosamente por delante. No un campo de minas arrojadas a velocidad terminal, sino otra cosa. Puede que algo peor, como una andanada de torpedos cargados.

—Um, humildemente sugiero realizar también escáner visual, señor.

—No hará que nos capten mejor —gruñó el capitán—. Ya saben dónde estamos.

Radar Dos:

—Señor, nada en masa. Nada a menos de dos segundos luz por delante o por debajo. Pequeñas cantidades de restos orgánicos… pasamos a través de una fina nube de ellos en el punto intermedio uno y algo se quedó adherido al morro, pero ni rastro de escoltas o armas.

—Señor, todo despejado por delante —dijo el teniente Marek.

—Bien, siga mirando en ese caso. —Minsky se miró las manos. Las tenía juntas en el regazo, agarrotadas, con las venas hinchadas en el dorso, manos viejas, de vello fino y cada vez más gris en las muñecas—. ¿Cómo he llegado tan lejos? —se preguntó en silencio.

Su consola emitió un pitido.

—Llamada para usted, señor —dijo.

—Maldición. —Conectó la imagen. Era el comodoro Bauer.

—Estoy ocupado —dijo con voz tensa—. Lanzamiento de torpedos. ¿No puede esperar?

—Creo que no. Aquí pasa algo muy raro. ¿Por qué cree que no nos están disparando?

—Porque ya nos han disparado, solo que las balas no han llegado aún —dijo Minsky con los dientes apretados.

Bauer miró al capitán de la nave insignia por un momento, con un asentimiento sin palabras escrito en la cara.

—Sáquenos de aquí sin perder un instante, capitán. Ordenaré al resto del escuadrón que lo siga. Déme tanta delta-v como sea posible para escapar de esos… lo que sean.

Radar Dos:

—Tiempo para proximidad máxima de torpedo, ocho cero segundos. Señor. No hay señal de que el lobo uno o el dos hayan visto a los peces. Pero si utilizan cualquier cosa parecida a nuestros G-90, hace mucho que están al alcance de su radar.

—Comprendido. —Minsky se detuvo un instante. Algo lo carcomía por dentro, la desagradable sensación de que había olvidado alguna cosa. Ese pulso de neutrinos, eso era. Los neutrinos significan atracción nuclear fuerte. ¿Por qué no había destellos?—. Artillería, carguen veinte SEM-20 en cola, preparados para trayectoria de intercepción de corto alcance. Asumamos que vienen por detrás.

Volvió a mirar la pantalla pero el comodoro había colgado sin esperarle.

—Sí, señor. Pájaros cargados. —Helsingus parecía casi feliz bajando palancas y ajustando diales. Que Minsky recordara, era lo más parecido a la alegría que el adusto oficial de artillería había demostrado desde la desaparición de su perro—. Preparados a menos uno cero segundos.

—Timón. —Minsky hizo una pausa—. Preparado para ejecutar plan de exhalación a mi señal.

Una alarma saltó en la consola del radar.

—Permiso para informar, señor —empezó a decir el suboficial de guardia, pálido como un muerto—. He perdido a la Príncipe Vaclav.

Por toda la sala, se levantaron caras llenas de alarma.

—¿A qué se refiere con perdido? —le espetó Vulpis, olvidando el orden jerárquico operacional—. No se pierde un crucero pesado así como así…

—Señor, ha dejado de responder. Y también ha dejado de acelerar. Lo veo en la pantalla pero hay algo raro en él… —El operador de radar hizo una pausa—. Señor, no recibo una sola señal de la nave. Y está reflejando muchísima energía… Algo debe de haber desgarrado la parte delantera del revestimiento de su control de emisiones.

—Timón. Ejecute plan de exhalación —ordenó Minsky en el repentino silencio que siguió al informe.

—Sí, señor, ejecutando exhalación. —El teniente Vulpis empezó a apretar interruptores como un poseso.

Uno de los problemas fundamentales en el combate espacial es que si las cosas empiezan a torcerse, pueden hacerlo a velocidad de vértigo. Y, por si fuera poco, la catástrofe solo sería visible para una nave que se hubiera internado tanto en la esfera de alcance de misiles del enemigo que escapar le sería casi imposible. Minsky había simulado incontables veces aquella situación con Bauer y los

demás oficiales. El resultado era exhalación. Era un plan horrible, y la única cosa que lo compensaba era que las alternativas eran aún peores. Algo acababa de atravesar noventa mil kilómetros y había destrozado un crucero pesado. No resultaba una completa sorpresa. A fin de cuentas, estaban allí para luchar. Pero es que no habían visto un solo misil, solo sus propios pájaros, restos y la fina llovizna de aquella «exfoliación» orgánica de las naves enemigas. Y, en modo activo, el lidar de la Lord Vanek era capaz de captar un misil a casi un segundo luz, trescientos mil kilómetros. Si el enemigo contaba con un arma de rayos capaz de destruir una nave a esa distancia, casi dos órdenes de magnitud por encima del alcance de sus propias armas de energía, es que ya estaban demasiado cerca. Lo único que podían hacer era dar media vuelta, acelerar a toda potencia y poner tierra de por medio antes de que el enemigo tuviera tiempo de responder.

Radar Dos:

—Intercepción de torpedo en cuatro cero segundos. Los lobos uno y dos mantienen su trayectoria. Su aceleración ha descendido a un g.

—Bueno, me alegro de saberlo, señor Helsingus. Le agradecería que fuera tan amable de preparar una cálida bienvenida a lo que quiera que nuestros amigos traten de enviar contra nosotros. No sé lo que le han hecho a la Príncipe Vaclav, pero no tengo la intención de darles tiempo

para hacérnoslo a nosotros. Y si no les importa disculparme un momento, caballeros, tengo que hacer una llamada privada. —Se puso el casco auricular y bajó la palanca del sistema silencioso—. Comunicaciones, póngame con el comodoro. —Sonó una señal en los auriculares—. ¿Señor?

—¿Ha iniciado exhalación?

—Sí, señor. La Príncipe Vaclav…

El chirrido de la alarma de descompresión se clavó en sus oídos como un cuchillo.

—¿Es que no pueden darnos un momento de tranquilidad, maldición? —gritó Minsky—. ¡A los trajes! —Se quitó el casco auricular. Los oficiales y marineros corrieron al compartimiento de emergencia situado al fondo de la sala, se pusieron los equipos y regresaron a sus puestos mientras sus reemplazos imitaban su ejemplo. La sala de operaciones, junto con los principales centros nerviosos de la nave, había pasado a utilizar ya la energía de emergencia, pero Minsky no era de los que corren riesgos. No es que los trajes fueran a ofrecerles demasiada protección en combate, pero la descompresión era una amenaza por sí misma, una amenaza tan temida a bordo de una astronave como el fuego o la radiación Hawking—. Control de daños, informe —gruñó. Un oficial le entregó un traje al pasar. Se levantó, y se lo puso con lentitud, asegurándose de verificar por dos veces la pantalla de estatus.

—Humildemente informo sobre un importante descenso de la presión en la cubierta A, señor. Descompresión crítica, seguimos perdiendo aire. Ah… señor, humildemente informo de que el emisor de lidar del cuadrante tres parece haber sufrido daños.

—Asegúrese de que todo el mundo está en las zonas estancas. Artillería, Radar, ¿cuál es nuestra situación?

Radar Uno:

—Intercepción de torpedo en uno cinco segundos. El objetivo mantiene su curso y entrará en nuestra esfera de proximidad máxima durante dos cero segundos dentro de uno dos cero, y luego se quedará rezagado.

Helsingus asintió.

—Todos los tubos cargados —informó.

—Control de Daños: inspeccionen soporte vital y averigüen qué demonios está suelto.

—Ya lo tengo, señor. Se trata de una especie de contaminación. La fuente está situada en el interior del soporte vital uno: extrañas moléculas orgánicas, baja concentración. Además… eh, focos de incendio localizados. Casi todo en torno a la cubierta A. Hemos localizado los daños sufridos por la red lidar: se trata de la zona en la que chocamos con aquellos restos. Ah, tengo dieciséis bajas

confirmadas. Un segmento de la cubierta dos ha perdido el casoc. Todos los muertos se encontraban allí en ese momento.

Artillería:

—Cinco segundos para la fase de ignición terminal de torpedo.

—Vamos a darles —dijo Helsingus—. Red a toda potencia.

—Sí, señor, aullido multiespectral total en proceso.

Helsingus se ladeó y murmuró algo al micrófono de su casco. Radar Uno contestó. Se produjo un mutuo ajuste de interruptores mientras el sistema de radar entregaba la prioridad de control a la enorme red de láseres en fase que envolvía la nave y a continuación, Helsingus y sus dos ayudantes empezaron a introducir instrucciones.

La Lord Vanek se movía ahora en ángulo recto con respecto a las dos naves enemigas y empezó a alejarse de sus dos silenciosos perseguidores a lomos de una torsión del espacio-tiempo. Los dos torpedos, con sus motores de fisión de agua salada, seguidos por una estela de brillantes chispas, aceleraron hacia las naves enemigas como un par de fuegos artificiales nucleares. En ese momento el denso mosaico de paneles que cubría gran parte de la superficie cilíndrica de la Lord Vanek empezó a resplandecer con la intensa pureza moteada de la luz láser. Apareció un millar de colores

diferentes, fundiéndose y entrechocando y formando una brillante diadema de luz. Chorrearon megavatios y luego gigavatios de potencia y la epidermis de la nave empezó a arder como una bengala de magnesio direccional. El resplandor ganó intensidad y su mayor parte salió despedida en haces perfectamente controlados, lo bastante intensos para atravesar como un soplete una plancha de acero a mil kilómetros de distancia.

Simultáneamente, los motores de los torpedos incrementaron su potencia al máximo y los dos proyectiles salieron despedidos en un vuelo convulso para cubrir los últimos tres mil kilómetros que los separaban de las naves enemigas. A una velocidad diez veces superior a la de los misiles balísticos intercontinentales de la era pre-espacial, los cohetes se sacudían y cimbreaban para evitar la presumible acción de la defensa láser de proximidad y utilizaban sensores pasivos y complicados algoritmos de antipiratería para contener las no menos esperables contramedidas e interferencias del enemigo. Tardaron apenas treinta segundos en cubrir aquella distancia y descubrieron que la defensa de proximidad del enemigo era casi inexistente.

Desde la sala de operaciones de la Lord Vanek, el resultado fue muy poco dramático. Uno de los perseguidores desapareció sencillamente de la pantalla, reemplazado por una nube en expansión de restos y gases energizados por un punto de incandescencia mucho más brillante que cualquier

explosión de fisión convencional. Con el casco de la nave reventado y los soportes del motor destrozados, el tanque de antimateria vertió su contenido en la sopa de hidrógeno metálico, lo que desencadenó una sucesión de reacciones subnucleares exóticas. Pero solo uno de los torpedos hizo blanco. Los otros once desaparecieron.

—Humildemente informo de que tenemos nuevos pulsos de neutrinos, señor —informó el operador del radar—. No proceden del que hemos abatido…

Minsky volvió la mirada hacia la pantalla principal.

—Control de daños. ¿Qué noticias hay de la cubierta A? —exigió—. Timón. ¿Todas las naves están realizando exhalación?

—La cubierta A sigue abierta al espacio, señor. He enviado un equipo de control, pero han dejado de contestar. La presión está descendiendo en el reciclador número cuatro. No hay señales de fugas al exterior. Um… tengo una caída de potencia importante en la red, señor, estamos perdiendo megavatios por algún sitio.

—El mensaje sobre exhalación se envió hace un minuto, señor. Hasta el momento todas las naves… —Vulpis maldijo—. ¡Señor! ¡La Kamchatka ha desaparecido!

—¿Dónde está, maldita sea? —Minsky se inclinó hacia delante.

—Otra caída de señales —exclamó radar—. De la… —el hombre hizo una pausa con los ojos llenos de terror— Kamchatka —concluyó. En la pantalla principal del puente, los vectores de las naves imperiales estaban aumentando de tamaño. Ya habían alcanzado los 300 k.p.s. y seguían creciendo de manera uniforme. El planeta objetivo ocupaba el centro de la pantalla, infinitamente fuera de su alcance.

Minsky lanzó una mirada de soslayo a su primer oficial. Ilya se la devolvió con aire temeroso.

—Con todo el respeto, señor, no están combatiendo de ninguna forma conocida…

Luces rojas. Sirenas ensordecedoras. Control de Daños gritando órdenes al micrófono.

—¡Estatus! —rugió Minsky—. ¿Qué está pasando, maldita sea?

—¡Caída de presión en el segmento uno de la cubierta B, señor! No hay lecturas en los segmentos tres de las cubiertas A a D. Grandes fluctuaciones de potencia, el distribuidor catorce del compartimiento D-nueve-cinco está ardiendo. Ah… tengo otro compartimiento abierto al espacio y un incendio en B-cuatro-cinco. No puedo conectar con control de daños en la cubierta B y en la cubierta C el caos se…

—Séllelo todo por encima de la cubierta F —le ordenó Minsky, completamente pálido—. ¡Ahora mismo! Artillería, preparen señuelos dos y tres para lanzamiento…

Pero ya era demasiado tarde para salvar la nave. Porque el enjambre de replicadores de tamaño bacteriano que habían chocado contra la cubierta A a 600 k.p.s —protegidos por un cascarón de diamante reforzado— y se habían abierto camino a través de cinco cubiertas de la nave devorando todo cuanto encontraban a su paso, estaban llegando al fin a las zonas de ingeniería. Y devorando, y reproduciéndose…

La voz de Vassily tenía un temblor nervioso y aterrado que habría resultado gracioso en otras circunstancias.

—¡Les arresto por sabotaje, traición, uso de tecnologías prohibidas sin licencia y colaboración con los enemigos de la Nueva República! ¡Ríndanse ahora mismo o será mucho peor!

—Cierre el pico y sujétese al respaldo de ese asiento a menos que quiera volver a casa andando. Martin, si no te importa echarle una mano… eso es. Tengo que cerrar esta escotilla.

Disgustada, Rachel miró a su alrededor. Había una vista preciosa. Estrellas por todas partes, un planeta terrestre colgado del firmamento, enorme y giboso, como una alucinación de mármol azul y blanco… y aquel chico idiota

chillándole al oído. Mientras tanto, se aferraba con las dos manos a la parte inferior de la tapa de la cápsula y con los dos pies a la silla del piloto, tratando de mantenerlo todo junto. Tras sacar la cabeza por la escotilla y ver quién era el que se había sujetado a su antena de baja ganancia, había estado a punto de volver a entrar y encender los cohetes para soltarlo. Una punzada de rabia ciega le había hecho apretar los dientes con tal fuerza que un aterrado Martin le había preguntado si su traje tenía una fuga. Pero la roja neblina de la furia había desaparecido poco a poco, de modo que había sacado los brazos, había cogido a Vassily del codo y, de algún modo, había conseguido meter su inflado traje de emergencia por la escotilla.

—Voy a bajar —dijo. Tras introducir los muslos por detrás de la silla, cogió el cierre de la escotilla, lo bajó todo lo posible y lo colocó en posición. Debajo de ella, la cabina estaba abarrotada: era evidente que Vassily no sabía cómo quitarse de en medio y Martin estaba ocupado tratando de meter la pierna en la zona que le correspondía en su asiento para hacer sitio. Dio un tirón a su cable de seguridad y descendió hasta encontrarse de pie sobre el respaldo, y a continuación cogió la escotilla y terminó de cerrarla. Sintió la secuencia de sólidos crujidos de una docena de pequeños cierres que la aseguraron por completo.

—Muy bien. Piloto automático, sella la escotilla y luego vuelve a presurizar la cabina. Martin, por ahí no… eso es el baño, no creo que te convenga abrirlo ahora… Sí, esa es la

taquilla que buscas. —Con un siseo, la cabina empezó a llenarse de aire por los conductos del techo. Un vapor blanco formó bancos de niebla que pasaron por la ventana principal—. Estupendo. Tú, escucha: no estás a bordo de una nave de Armada. Cierra el pico y te llevaremos al planeta. Sigue diciendo que estoy arrestada y puede que me canse y decida echarte por la borda.

—Humf.

Los ojos del joven procurador se abrieron como platos y su traje empezó a desinflarse. Detrás de los asientos, Martin gruñó mientras registraba el contenido de una de las taquillas.

—¿Es esto lo que quieres? —Entregó una hamaca enrollada a Rachel. Ella rodeó su asiento, colocó uno de sus extremos en la pared que había detrás y a continuación dejó que se desenrollara en dirección a Martin. Este salió de su nicho, estuvo a punto de darle una patada en la cabeza a su prisionero, y logró finalmente ajustar el otro extremo.

—Tú. Sal de ese traje. Súbete a esta hamaca. Como habrás podido comprobar, no tenemos demasiado espacio. —Apretó el interruptor de separación y el casco de su traje empezó a flotar libremente. Lo cogió y lo guardó detrás de su asiento, debajo de la hamaca—. Ahora podéis desvestiros vosotros.

Martin se quitó la mitad del traje, pero mantuvo las piernas y el abdomen en las desinfladas bolsas de plástico. Vassily salió flotando de su nicho forcejeando con la fláccida vejiga de su casco. Martin lo llevó hasta la hamaca y logró sacar su cabeza de la bolsa antes de que tuviera tiempo de inhalar.

—Estás… —Vassily se detuvo—. Eh… gracias.

—Ni se te ocurra pensar en hacer tonterías —le advirtió Rachel con tono sombrío—. El piloto automático solo responde a mi voz y ninguno de nosotros está especialmente deseoso de probar suerte con tus amigos.

—Eh… —Vassily inhaló profundamente—. Um… O sea… —Lanzó una mirada febril a su alrededor—. ¿Vamos a morir?

—No si yo tengo algo que decir al respecto —respondió Rachel con firmeza.

—¡Pero y las naves enemigas…! ¡Deben de estar…!

—Es el Festival. ¿Tienes la menor idea de lo que eso significa? —le preguntó Martin.

—Si sabían algo sobre ellos, tendrían que habérselo comunicado al estado mayor del almirante. ¿Por qué no lo hicieron? ¿Por qué…?

—Es que sí se lo dijimos. Pero no nos escucharon —señaló Rachel.

Vassily se esforzó visiblemente por comprender. Al fin, le fue más fácil cambiar de tema que pensar lo impensable.

—¿Qué piensan hacer ahora?

—Bueno. —Rachel emitió un silbido entre dientes—. Personalmente, a mí me gustaría aterrizar este bote salvavidas en algún lugar cercano como, por ejemplo, Novy Petrograd, alquilar la suite nupcial del Hotel Crown, llenar la bañera de champaña y meterme en ella mientras Martin me da galletitas de pan negro con caviar. Sin embargo, tengo la impresión de que lo que vamos a hacer a partir de ahora depende más bien del Festival. Si Martin tiene razón…

—Puedes creerme —subrayó él.

—… las fuerzas de la Armada van a desaparecer en silencio y nunca se volverá a saber de ellas. Eso es lo que pasa cuando uno asume que todo el mundo juega con las mismas reglas. Por nuestra parte, seguiremos flotando por el espacio y luego encenderemos los motores para llevar a cabo un aterrizaje directo, mientras gritamos hasta desgañitarnos que somos neutrales. El Festival no es lo que piensan tus líderes, muchacho. Es una amenaza para la Nueva República, en eso llevaban razón, pero ellos no comprenden qué clase de amenaza ni cómo enfrentarse a ella. Si empiezan a disparar, solo conseguirán que responda de la misma manera y en eso es mejor que vuestros chicos.

—¡Pero nuestra Armada es buena! —insistió Vassily—. ¡Es la mejor que hay en un radio de veinte años luz! ¿Qué harían ustedes, so anarquistas? Si ni siquiera tienen gobierno, ¿cómo van a tener una flota?

Rachel se echó a reír en voz baja. Al cabo de un momento, Martin se unió a ella. Poco a poco, sus carcajadas fueron cobrando fuerza, hasta que resultaron ensordecedoras en aquel espacio confinado.

—¿Por qué se están riendo de mí? —inquirió Vassily, ultrajado.

—Mira. —Martin se volvió en su silla para poder clavar la mirada en el procurador—. Te has criado con esa teoría del gobierno fuerte, del derecho divino de la clase gobernante, de la conveniencia de una administración firme que patee los culos desnudos del proletariado urbano y todo lo demás. Pero ¿se te ha ocurrido que el sistema de la ONU también funciona y que lleva haciéndolo más del doble de tiempo que la Nueva República? Existe más de un modo de dirigir un circo, como creo que demuestra el Festival, y las jerarquías rígidas como la vuestra no aceptan el cambio con facilidad. El sistema de la ONU, al menos después de la Singularidad y la adopción de la inconstitución planetaria… —resopló—. Antes, los anarquistas marginales pensaban que la ONU era una especie de gobierno mundial cuasifascista. En los siglos XX y XXI, cuando los gobiernos fuertes estaban de moda porque toda la civilización planetaria estaba sufriendo un

shock futurista a causa de la proximidad de la Singularidad. Sin embargo, después de que todo eso pasara… vaya, no quedaban demasiados gobiernos autoritarios y, además, cuanto más rígidos eran, peor pudieron enfrentarse a las consecuencias de perder las nueve décimas partes de su población de la noche a la mañana. Oh, y las cornucopias: no creo que sea agradable gestionar un banco central y descubrir una mañana que el noventa por ciento de la población que paga impuestos ha desaparecido y el resto cree que el dinero es algo obsoleto.

—Pero la ONU es un gobierno…

—No, no lo es —insistió Martin—. Es un foro de discusión. Empezó siento una organización surgida de un tratado, se convirtió en una burocracia y pasó a ser un agente garante de diversos acuerdos de comercio y normalización. Después de la Singularidad, fue reemplazada por los ingenieros de Internet. No es el gobierno de la Tierra, es solo la única reliquia superviviente de los gobiernos de la Tierra que vuestro gobierno puede reconocer. Una agencia que hace trabajos por el bien común, cosa que todo el mundo puede suscribir. Programas de vacunación a escala mundial, acuerdos de comercio con gobiernos extrasolares, medidas de alivio en caso de desastres importantes, cosas de esas. La cuestión es que, en general, la ONU no hace nada. No tiene política exterior, es solo una cabeza en un palo para que vosotros los políticos podáis desvariar. Algunas veces, algo o alguien utiliza la ONU cuando quiere resultar creíble, pero

tratar de conseguir una votación unánime en el Consejo de Seguridad es como tener un rebaño de gatos.

—Pero vosotros… —Vassily hizo una pausa. Miró a Rachel.

—Le dije a tu almirante que el Festival no era humano —dijo con voz cansada—. Me dio las gracias y siguió preparando los planes de ataque. Por esa razón van a morir todos muy pronto. A tu gente le falta flexibilidad. Ni siquiera tratar de llevar a cabo una violación de la causalidad sin mucha importancia, aunque espantosamente ilegal, fue una respuesta demasiado original. —Sorbió por la nariz—. Pensaron que llegarían una semana después que el Festival, siguiendo esa absurda senda temporal «para evitar los campos de minas e interceptores». Como si el Escatón no fuera a darse cuenta y como si el Festival no fuera más que otro puñado de primitivos con bombas atómicas.

Una luz roja empezó a parpadear en la consola que tenía delante.

—Oh, mira —dijo Martin.

—Está empezando. Será mejor que te abroches el cinturón… estamos demasiado cerca.

—No entiendo. ¿Qué pasa?

Martin alargó los brazos para ajustar una pequeña lente montada en el techo de la cabina y a continuación giró la cabeza.

—¿Sabes hacer juegos malabares, chico?

—No. ¿Por qué?

Martin señaló la pantalla.

—Naves espinales. O anticuerpos. Sistemas subsentientes manejados por control remoto y armados con… uh, no creo que quieras saberlo. Devoradores y morfos y otras cosas. Nanomaquinitas hambrientas y malvadas. Limo gris, en otras palabras.

—Oh. —Vassily parecía enfermo—. Quieres decir que van a…

—Salir al encuentro de vuestra flota y olisquearla un poco, según parece. Por desgracia, no creo que el comodoro Bauer se dé cuenta de que si no empieza a hacer ruidos amistosos, van a morir todos. Sigue pensando que es una batalla, de las que se libran con misiles y cañones. Si deciden hablar… bueno, el Festival es infóvoro. Estamos perfectamente a salvo mientras podamos mantenerlo entretenido y no lo ataquemos. Por suerte, no comprende el humor. Le fascina pero no termina de comprenderlo. Mientras lo mantengamos entretenido, no nos devorará. Hasta puede que logremos llegar a un acuerdo que nos saque de la red de

los Saltadores y nos permita aterrizar sanos y salvos. —Extendió las manos hacia la bolsa de equipo que había sacado de la taquilla situada detrás de los asientos—. Preparado para iniciar la transmisión, Rachel. Toma, chico, ponte esto. Empieza el espectáculo.

La nariz roja que flotaba en el aire delante de Vassily parecía estar mofándose de él.

EL TÉCNICO DEL TELÉFONO

Acomodado en una excéntrica órbita polar, a casi sesenta mil kilómetros de altitud sobre la ciudad provincial de Plotsk, el nodo primario del Festival engordaba felizmente en medio de un festín de información. Las señales que su sistema estaba captando eran escasas comparadas con las de algunas de las paradas anteriores de su itinerario, pero el Planeta de Rochard seguía siendo extraño e interesante. El Festival había topado con algunos mundos primitivos en su viaje y el contraste con los recuerdos que conservaba de ellos era muy marcado.

En aquel momento, mientras partían las primeras astrosondas —hacia nuevos mundos todavía por visitar y en dirección contraria, hacia los núcleos civilizados en los que ya se había detenido— el Festival hizo inventario. En la superficie, las cosas no habían sucedido a completa

satisfacción. Aunque había acumulado un importante cuerpo de folclore y una cantidad de información no desdeñable sobre los comportamientos sociales de una sociedad rígida y estática, los canales de información que ofrecía eran ridículamente escasos y la falta de demanda por sus mercancías resultaba chocante. De hecho, su fuente principal de información la habían constituido las desgraciadas mentes cargadas a la fuerza por algunos de los más disolutos, por no decir amorales, elementos de marginalidad. Los Críticos, con su perenne instinto de disección y explicación, estaban constantemente quejándose —algo así como que la colonia estaba sucumbiendo a una singularidad económica desastrosa— pero tales cosas no eran de la incumbencia del Festival. Pronto llegaría el momento de partir. Ya se habían detectado las primeras y cautelosas transmisiones de las naves de los Mercaderes, burbujeando y trinando desde la nube de Oort, y la tarea de abrir las comunicaciones con esta civilización estaba casi concluida.

Cada una de las cientos de astrosondas que los lanzadores orbitales estaban impulsando llevaba consigo el extremo de un canal causal: una caja negra con una colección de partículas en un estado de interrelación cuántica con las antipartículas que conservaba el Festival. (Al teletransportar el estado cuántico conocido de una tercera partícula en una de las partículas interrelacionadas, podían transmitirse datos entre las terminales a una velocidad infinita, utilizando un

cuanto para cada bit). Cuando las astrosondas llegasen a su destino, los canales se conectarían a la red de comunicaciones que los creadores del Festival le habían encomendado que construyera. Sin la limitación de ser la terminal de conexión de la línea tendida por el Festival, la población del Planeta de Rochard quedaría sometida al flujo completo de información de la esfera política a la que ahora pertenecía.

En el exterior, cerca de Sputnik, el Festival tomó nota de cierta actividad por parte de los Saltadores. Parecían estar arreglando un pequeño embrollo: un puñado de naves lentas e ineficientes que habían aparecido sin advertencia previa y habían abierto fuego sobre ellos con primitivas armas de energía. Los Saltadores respondieron con paciente letalidad. Cualquier cosa que los amenazara moría. Una pequeña nave, que a todas luces no estaba involucrada en el asalto, logró escapar. Algunas de las naves que venían en el segundo grupo dieron media vuelta y huyeron, y también ellas fueron perdonadas. Pero, en general, el Festival las ignoró. Alguien tan obtuso como para atacar al Festival no podía tener gran valor como fuente de información. En cuanto a los demás, tendría la ocasión de hablar con ellos cuando llegaran.

El aire en el bote salvavidas apestaba a sudor y pedos. Rachel estaba sentada en cuclillas frente a la consola de reserva, observando sin pestañear los monitores de criticalidad mientras, debajo de ellos, el motor aullaba y

rugía: aunque un solo fallo del motor podía matarlos en un abrir y cerrar de ojos, seguir las operaciones hacía que se sintiera mejor. Además, estaba totalmente exhausta. Cuando llegaran a tierra, tenía la intención de dormir tres días seguidos. Habían pasado catorce horas desde su fuga de la Lord Vanek: catorce horas que se sumaban al día y la noche que ya entonces llevaba sin dormir. Si dejaba de esforzarse en permanecer despierta…

—Resuelve esta interrogativa. —La criatura de la pantalla entrechocó sus colmillos y sus dientes rezumaron luz roja como si fuera sangre—. ¿Por qué no aceptas Saltadores?

—No podría pagar una deuda tan grande —dijo con la máxima suavidad posible. Flujo de neutrones a diez kilobecquerels por minuto, le advirtió su implante. Un centenar de monitores de rayos X, en otras palabras, soportados durante horas en el ciclo de deceleración. El motor del bote salvavidas se estremecía bajo sus pies como una criatura viva. La hamaca de Vassily se mecía de un lado a otro a su espalda. Agotado por el terror de las cuatro horas que había pasado flotando en el vacío, esperando la muerte, había conseguido dormirse sorprendentemente deprisa una vez que se había convencido de que no iban a arrojarlo por la borda. Martin, no menos cansado, roncaba suavemente bajo la tenue luz roja de la terminal de comunicaciones. Nada relaja tanto como saber que no estás a punto de morir, pensó. Razón por la que ella no podía hacerlo todavía…

—No hay deuda por pago en especie —dijo la extraña criatura—. Llevas mucha reducción de entropía.

—Tu programa de traducción no funciona bien —murmuró.

—¿Es esto interrogativo? Suponemos. Reitero y reformulo: pregunta, ¿por qué no atacáis Saltadores como demás naves?

Rachel se puso tensa.

—Porque no formamos parte de su expedición —dijo con lentitud—. Nuestras intenciones son diferentes. Venimos en paz. Para intercambiar información. Os divertiremos, ¿Comprendes eso?

—Ahum. Skreeeeee… —La criatura de la pantalla volvió la cabeza y miró atrás—. Comprendemos tú. Saltadores notificaré propósito pacífico. ¿Parte no de no-vieja institución administrativa territorialidad de planeta?

—No, somos de la Tierra. —Martin dejó de bostezar. Lo miro de soslayo. Tenía un ojo abierto y la estaba mirando con aspecto cansado—. El mundo original de los humanos —le aclaró.

—Conocemos Polvo. También conocemos U-manos. ¡Información valiosa, cuenta toda!

—Estamos en ello —trató de evadirse Rachel, consciente de que el aire de la cápsula era cada vez más denso—. ¿Estamos a salvo de los Saltadores?

—No entiendo —dijo la criatura con voz neutra—. Nosotros Saltadores notificaremos pacífico propósito. ¿No es eso seguridad?

—No exactamente. —Miró a Martin, quien frunció el ceño y sacudió la cabeza casi imperceptiblemente—. Si notificas a los Saltadores que no pretendemos atacarlos, ¿impedirá eso que nos devoren?

—¡Ahum! —La criatura la miró y parpadeó—. Puede no.

—Bien. ¿Qué impedirá que los Saltadores nos ataquen?

—Skreeee… ¿por qué preocupación? Habla sin más.

—No estoy preocupada. Lo único que pasa es que no voy a contarte todo lo que quieres saber sobre nosotros hasta que deje de estar en peligro por culpa de los Saltadores. ¿Comprendes eso?

—¡Ha-frumph! No divertirás. Humph. A-cuerdo, Saltadores no devorarán. Impuesto veto dietético. ¿Cuentas ahora todo?

—Claro. Pero primero… —echó un vistazo al monitor del piloto automático—. Nos estamos quedando sin aire

respirable. Tenemos que llevar esta nave a tierra. ¿Es posible? ¿Puedes informarme sobre las condiciones en la superficie?

—Claro. —La criatura sacudió la cabeza de adelante atrás en una parodia de asentimiento—. Tú sin problema, aterriza. Puede que encuentres cosas cambiadas. Mejor recala aquí primero. Nosotros Críticos.

—Estoy buscando a un hombre —añadió Rachel. Había decidido poner su suerte a prueba—. ¿Habéis instalado una red de comunicaciones? ¿Podéis localizarlo para nosotros?

—Puede existir. ¿Nombre?

—Rubenstein. Burya Rubenstein. —Un sonido a su espalda: Vassily, meciéndose en su hamaca en el cambiante marco de referencia inercial del bote salvavidas.

—Disculpa. —La criatura se inclinó hacia delante—. ¿Nombre Rubenstein? ¿Revolucionario?

—Sí. —Martin la observó con el ceño fruncido. Rachel desvió la mirada. Luego te lo explico, pensó.

—Conozco a Hermana Burya, sí. ¿Tienes negocios con la Clandestinidad Extropiana?

—Eso es —asintió Rachel—. ¿Puedes decirme dónde está?

—Haré mejor. —La criatura de la pantalla sonrió—. Acepta elementos para encuentro orbital, te llevamos allí.

A su espalda, Vassily estaba incorporándose con los ojos muy abiertos.

El almirante no quería subir a bordo del bote salvavidas.

—D-d-d-d-d —babeó, con el ojo izquierdo brillante y el derecho fláccido y sin vida.

—Señor, por favor, no organice un escándalo. Tenemos que subir a bordo ahora mismo. —Robard lanzó una mirada ansiosa hacia atrás, como si esperara que una muerte de garras rojas llegara encorvada y babeando por la escotilla que acababan de atravesar.

—No-no nos rrremdirrr… —El esfuerzo fue excesivo. La cabeza le cayó sobre el pecho.

Robard levantó la silla y la empujó a los estrechos confines del bote.

—¿Cree que se pondrá bien? —preguntó el azorado teniente Kossov.

—¿Quién sabe? Enséñeme dónde puedo amarrar su silla y podremos salir. Tendremos más posibilidades de ayudarlo una vez en tierra…

Las sirenas aullaron lastimeramente en el pasillo y Robard se encogió al oír un reventón en el interior de sus oídos. Kossov alargó el brazo por encima de un oficial con galones de comandante y tiró de la palanca de sobrecarga, reservada para emergencias: la puerta exterior del bote salvavidas se cerró con un siseo.

—¿Qué ocurre? —exclamó alguien desde la escotilla.

—¡Brecha de presión en esta sección! ¡Cierren compuertas!

—Sí, compuertas cerradas. ¿Está a bordo el almirante?

—Sí. ¿Partimos?

Como respuesta, la cubierta se inclinó. Robard se agarró a un asidero metálico con una mano y sujetó la silla del almirante con la otra mientras el bote salvavidas se ladeaba. La desgarradora sucesión de detonaciones de los cierres explosivos cortó la conexión umbilical con la nave herida, y entonces empezaron a caer… por una grieta abierta deliberadamente en el campo de espacio curvo de la nave, que de lo contrario habría sido lo bastante fuerte para abrir el bote como un melón. Los oficiales y un puñado de hombres elegidos trataron de asirse a los anclajes mientras quienquiera que estuviera en el asiento de mando interpretaba una fuga con los controles de los cohetes de maniobra y lograba sacarlo de debajo de la nave. Entonces,

con un suave siseo bajo sus pies, el motor se encendió y una semblanza de gravedad los devolvió al plano correcto.

Robard se inclinó sobre la silla con un cable en las manos.

—Que alguien me ayude con el almirante —pidió.

—¿Qué necesita? —El teniente Kossov lo miró con una enjuta expresión de halcón tras los quevedos.

—Tengo que amarrar esta silla. Luego… ¿Dónde vamos a aterrizar? ¿Hay algún médico a bordo de esta nave? Hay que llevar a mi señor a un hospital lo antes posible. Está muy enfermo.

—Y que lo diga. —El teniente le dirigió una mirada de solidaridad y a continuación pasó a examinar al dormido almirante—. Déme eso.

Robard le pasó el otro extremo del cable y entre los dos ataron la silla a cuatro de los pernos del suelo. A su alrededor, los demás oficiales supervivientes estaban haciendo inventario de la situación, desplegando hamacas de deceleración de los casilleros del techo y cuchicheando entre sí. La atmósfera a bordo del bote era apagada, pesarosa. Tenían suerte de estar con vida y se avergonzaban de no seguir a bordo del crucero pesado. El hecho de que la mayor parte de los supervivientes fueran oficiales del estado mayor del almirante no había pasado inadvertido: los verdaderos guerreros seguían en sus puestos, tratando

valientemente de contener la plaga que estaba engullendo la nave a su alrededor. En una esquina, un joven teniente sollozaba inconsolablemente, rodeado por un incómodo círculo de silencio.

El almirante, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, farfullaba y tosía quejumbrosamente. Kossov se inclinó sobre él.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, mi almirante? —preguntó.

—Creo que está más allá de nuestra ayuda —dijo Robard con tristeza. Posó una mano delicada sobre el hombro del almirante y lo enderezó en la silla—. A menos que los cirujanos puedan hacer algo…

—Está tratando de hablar —le espetó Kossov—. Déjeme escuchar. —Se inclinó sobre la cara del viejo guerrero—. ¿Puede oírme, señor?

—A-a-a… —gorgoteó el almirante desde el fondo de su garganta.

—¡No lo excite, se lo imploro! ¡Necesita descansar!

Kossov clavó una mirada funesta en el criado.

—Guarde silencio un minuto.

—… Oeh… de… va-vamos?

Robard dio un respingo.

—Humildemente informando de que estamos de camino a la superficie del planeta, señor —dijo el teniente—. No deberíamos de tardar demasiado en llegar a la capital. —No dijo nada sobre el resto de la flota, que difícilmente arribaría pronto a la capital de la colonia.

—Cu-curioso. —El rostro del almirante se relajó y sus párpados cayeron—. ´Amprea. De… déles lo que se mere… —Perdió el conocimiento. Estaba claro que el esfuerzo de hablar había sido excesivo para él.

Recorriendo a lomos de una cabaña con patas de gallina un yermo desolado que había pasado recientemente de un feudalismo bucólico a un poshumanismo trascendente sin ningún paso intermedio, Burya Rubenstein flotaba en un sueño de imperios en ruinas.

Los revolucionarios estaban ideológicamente consagrados a una trascendencia que no habían comprendido del todo… y que se había presentado ante ellos, pura e inaprehensible, como un iceberg de información extraña emergiendo de la superficie de un mar de entropía. No estaban preparados para ella: nadie les había advertido. Contaban para guiarse con vagos recuerdos populares sobre Internets y cornucopias, afirmaciones, casi dogmas de fe, sobre el valor

de la tecnología. Pero no habían probado la cuestión en sus carnes, no sabían qué forma adoptaba el nuevo fenómeno y sus deseos provocaban que de la maquinaria del Festival emergieran nuevas cepas de mutantes.

Imaginad que hubierais crecido sin teléfonos, sin faxes ni videoconferencias, sin traducción on-line, reconocimiento de gestos o interruptores de la luz. La tradición dice que podéis mandar mensajes al otro lado del mundo en un abrir y cerrar de ojos y el medio para conseguirlo es algo llamado correo electrónico. La tradición no dice que el correo electrónico signifique que el objeto más cercano adopte forma de boca y empiece a hablar con la voz de un amigo, pero esta sería una interpretación más natural de la cuestión que unos extraños comandos textuales y una red de routers. El Festival, que no tenía experiencia con las culturas humanas próximas a la Tierra, tenía que hacer suposiciones sobre la naturaleza de los milagros que se le pedían. A menudo, eran equivocadas.

Burya lo sabía todo sobre comunicaciones. Su abuelo lo había sentado en sus rodillas y le había contado las leyendas que su propio abuelo le había contado a él, leyendas sobre sistemas de gestión de información que podían decirte todo lo que podía saberse en el mundo y más aún, leyendas sobre los extraños genios de los recursos humanos que podían invocar cualquier capacidad o saber a voluntad. Algunos de los más osados disidentes de Novy Petrograd se habían conectado a algo que llamaban un sistema de gestión de la

información: cámaras dotadas de extraños ojos ciclópeos en lo alto de los desvanes y tejados de la ciudad, que alimentaban de imágenes el sistema nervioso digital de la revolución.

Antes de marcharse de Plotsk, Burya había pasado algún tiempo con Timoshevski, quien había aplicado sanguijuelas a su sentido de la importancia al recordarle que no era más que un alto oficial del soviet de Novy Petrograd y que el soviet, a su vez, no era más que un parásito benigno sobre el mercado libre, un algoritmo equilibrador que sería abandonado cuando pudiera establecerse la auténtica belleza de la utopía. Oleg también había aplicado los gusanos, que picaban terriblemente (y a veces quemaban), para establecer contacto con el sistema nervioso de Burya. Había tenido que interrogar a su antiguo colega sobre los orígenes del extraño sentido del incrementalismo burgués que mostraba para conseguir que aceptara la modernización, pero al final, a Rubenstein no le había quedado más remedio que aceptar. Habida cuenta de su actual y peripatética ocupación, sería apartado de la dirección si permanecía mucho más tiempo sin ponerse en contacto con el Comité Central. Y así fue como acabó con un abominable dolor de cabeza y asaltado por extrañas visiones mientras los gusanos del Comité de Comunicaciones Estatales establecían una relación laboral con su cerebro.

Cuando Burya dormía, soñaba en imágenes de colores falsos, tomadas desde los tejados de la capital. La revolución,

eternamente vigilante, multiplicaba sus esfuerzos en su cuerpo geniculado, despertando sinapsis dormidas para que reconocieran patrones sospechosos de comportamiento. Burya encontraba perturbador y al mismo tiempo extrañamente tranquilizador el hecho de que la ciudad, por muchos cambios que hubiera traído la revolución, perviviera. Aquí un joven corría entre las sombras, sin duda en busca de su amada. Allá se gestaba un tipo de conspiración más siniestro, perros luchando por los huesos de la responsabilidad temporal mientras el guardián de un bloque acechaba al resentido antiguo propietario con muerte en la mirada. Las casas, grandes bestias aguijoneadas y obligadas a moverse de acá para allá por sus simbiontes internos, crecían y se fisionaban a cámara lenta. Todo le resultaba inefablemente ajeno: una espeluznante media vida reptando sobre la ciudad que antes conocía, ecos de las vidas que había visto durante años, tendida como un cadáver en un ataúd abierto. Ni siquiera la luz desgarradora de una lanzadera que aterrizaba en mitad de la noche en un campo de las afueras pudo devolverlo a una semblanza de la vida que había conocido.

Burya soñaba también con su propia familia: la esposa a la que no veía desde hacía catorce años, el niño de cinco años cuya cara regordeta tornaba borrosa la distancia (el exilio interno no acarreaba la exclusión de la familia, pero ella venía de una sólida familia de clase media, y tras oír la sentencia le había dado la espalda y había conseguido una

separación legal). Una impotente y débil soledad —a la que maldecía cada vez que la advertía estando despierto— le pisaba los talones. La junta revolucionaria apenas había afectado al curso de los acontecimientos. Proporcionaba un núcleo para que los elementos más salvajes se coagulasen a su alrededor, una lente para enfocar los ardientes rayos del resentimiento sobre los restos del antiguo régimen, aunque en sí misma y por sí misma, hubiera conseguido bien poco. La gente que recibía de repente riqueza y conocimientos infinitos no tardaba en darse cuenta de que no necesitaba gobierno: y esto era cierto tanto para los miembros de la estructura clandestina como para los trabajadores y campesinos a los que trataban de movilizar. Puede que aquel fuera el mensaje que el Crítico había tratado de meterle en la cabeza desde que lo secuestrara de las oficinas del soviet revolucionario: la revolución por la que había estado luchando no lo necesitaba.

La segunda mañana de la búsqueda de Felix, Burya despertó exhausto, con los miembros doloridos y cubiertos de llagas y los pies medio congelados, en un rincón de la cabaña andante. Hermana Séptima estaba fuera, escarbando y husmeando en la maleza que había junto al camino. Unas chozas con paredes de brillantes polímeros se aferraban a los márgenes del claro en el que habían acampado. A su alrededor se alzaban desafiantes varios árboles, a la sombra de unos hongos gigantescos que amenazaban con convertirlos en afloramientos multicolores.

Por todas partes crecían helechos colosales y cicadáceas recubiertas de venas purpúreas, colonos interestelares plantados por los invisibles jardineros de la flota del Festival. Pequeñas criaturas parecidas a ratas cuidaban los helechos trayendo pedazos de materia en descomposición y pegándolos a los palpos alimenticios semejantes a plantas carnívoras que brotaban de sus tallos.

Según los mapas anteriores a la singularidad, debían de haber divisado una aldea hacía dos kilómetros, pero no habían visto ni rastro de ella. En cambio, habían pasado bajo una enorme y flotante esfera geodésica que había convertido en fuego la puesta de sol sobre sus cabezas, haciendo que uno de los milicianos cyborg gritara y empezara a disparar al aire como un poseso hasta que el sargento Lukcas le había gritado y le había quitado el arma.

—Es una granja, cabeza de cerdo —le había explicado con torpe ironía—. Como esa en la que tú naciste, solo que tiene forma de bola y además vuela. Y como no dejes de dispararle, utilizaremos tu cabeza del mismo modo. —Algunos de los guardias habían empezado a murmurar y habían hecho signos para alejar el mal de ojo (en uno de los casos utilizando unas mandíbulas con las que no había nacido), y el conejo había seguido caminando con las orejas pegadas al cráneo durante media hora, hasta que habían acampado, pero no se habían producido más incidentes antes de que terminara la carretera. Pero ahora, definitivamente, esta había llegado a su fin.

Hasta ese punto, el grupo había hecho buenos progresos por las autopistas imperiales. Pero por delante de ellos, el bosque lysenkoista estaba tratando de asimilarla. Pequeños roedores de fino pelaje y sin ojos mordisqueaban infatigablemente la superficie de asfalto y excretaban bolitas negras que se llevaban no-hormigas del tamaño de saltamontes. Elevadas estructuras de barro no muy diferentes a termiteros salpicaban los espacios abiertos entre los helechos: emitían un sordo zumbido que era como el ruido de un millón de microscópicas turbinas de gas.

La fogata crepitaba de manera ominosa y despedía humo en grandes bocanadas cuando el señor Conejo arrojaba en ella trozos de madera muerta y cubierta de hongos. Burya bostezó y se estiró bajo el aire frío y a continuación se alejó arrastrando los pies en busca de un árbol para orinar. Los sacos de dormir se agitaban en el suelo, ocupados por milicianos que gruñían y exigían café, comida y favores sexuales a una cocinera inexistente. La fogata soltó una llamarada y el conejo retrocedió dando un respingo y estuvo a punto de chocar con un soldado que lo cubrió de imprecaciones. El revestimiento de las carreteras era altamente inflamable.

Después de orinar, Burya se sentó en cuclillas. Fue en aquella posición indigna en la que Hermana Séptima, de un humor inusualmente indulgente, lo encontró.

—¡Saludos matutinos y buenas micciones te deseo! Noticias de excepcionalidad y gracia te traigo.

—Harrumph. —Burya, con las orejas enrojecidas a causa del esfuerzo por evacuar, fulminó con la mirada al gigantesco roedor—. ¿No te ha dicho nadie que es de mala educación mirar?

—¿El qué? —Hermana Séptima puso cara de perplejidad.

—Da igual —murmuró él—. ¿Cuáles son esas noticias?

—Vaya, nada de importancia. —El Crítico dio media vuelta con aire inocente—. De complaciente simetría…

Burya apretó los dientes y a continuación empezó a buscar hojas a tientas. (Vagamente pensó que aquello era algo que nunca se había mencionado en las biografías de los revolucionarios famosos. Ser atacado por osos y perseguido por bandidos o guardias reales eran cosas muy emocionantes y dignas de mención, pero los libros nunca mencionaban la falta de papel higiénico o el hecho de que cuando uno necesitaba hojas blandas era imposible encontrarlas).

—Solo los hechos.

—¡Visitantes! El nido de mi camada rebosa información nueva.

—¿Visitantes? Pero… —Se detuvo—. Tu camada. ¿En órbita?

—¡Sí! —Hermana Séptima dio una vuelta hacia delante y sacudió fugazmente las delgadas patas en el aire antes de recuperar la postura erguida con un ruido sordo—. ¡Visitantes del espacio!

—¿De dónde? —Se inclinó hacia delante, lleno de impaciencia.

—La Nueva República. —Hermana Séptima esbozó una sonrisa alegre, enseñando los enormes y amarillentos colmillos—. Enviaron flota. Encontraron a los Saltadores. Hubo supervivientes.

—¿Quiénes, maldita sea? —Hizo rechinar los dientes furiosamente mientras se ponía los pantalones de un tirón.

—Embajadores de Tierra-primario. Un otro-más-cuyo-componentesabio es parte de su enjambre. Y ambiguosidad. Preguntan por ti, tú mismo. ¿Quieres conocer?

Burya se quedó boquiabierto.

—¿Van a venir aquí?

—Aterrizan en nuestro destino. Pronto.

El bote salvavidas estaba a oscuras, caliente y apestaba a metano. El sistema de eliminación de desechos gaseosos había contraído una tos asmática. En el mejor de los casos, el soporte vital solo les proporcionaría otro día de aire respirable antes de que tuvieran que recurrir a los trajes. Pero mucho antes de eso, los pasajeros tendrían que afrontar los peligros de la reentrada.

—¿Estáis seguros de que esto no es peligroso? —preguntó Vassily.

Rachel puso los ojos en blanco.

—Peligroso, dice —murmuró Martin—. Chico, si no querías correr peligros, haberte quedado en tierra cuando la flota salió del puerto.

—Pero no lo comprendo… Habéis estado hablando con esos alienígenas. ¡Son el enemigo! ¡Acaban de destruir la mitad de nuestra flota! Y habéis aceptado elementos orbitales y consejos sobre navegación y trayectorias de ellos. ¿Por qué os fiáis? ¿Cómo sabemos que no van a matarnos también a nosotros?

—No son el enemigo —dijo Rachel con voz paciente mientras introducía datos en la consola del piloto automático—. Nunca lo han sido… al menos, no la clase de enemigo que el Almirantazgo y sus alegres amigos esperaban.

—¡Pero, si no son vuestros enemigos, es que estáis en el otro bando! —Vassily los miró alternativamente, completamente horrorizado.

—No. —Rachel siguió instruyendo al piloto automático—. Antes no estaba segura pero ahora sí que lo estoy. El Festival no es como vosotros creéis. Vinisteis aquí esperando un ataque llevado a cabo por un gobierno extranjero, con naves y soldados, ¿no? Pero en este universo hay otras cosas aparte de los humanos y sus naciones y organizaciones multinacionales. Habéis estado combatiendo una sombra.

—¡Pero si destruyó todas esas naves! ¡Es hostil! Es…

—Cálmate. —Martin lo observó con cautela. Mierdecilla ingrato: ¿o es solo que está terminalmente confuso? La facilidad con la que Rachel se había comunicado con los Críticos había inquietado a Martin más de lo que se atrevía a admitir, casi tanto como su inesperadamente triunfante intento de rescate—. Aquí no hay bandos. Los Críticos no son vuestros enemigos, ni siquiera forman parte del Festival. Tratamos de decirle a tu gente que esperaran algo completamente nuevo, pero no nos escucharon.

—¿Qué quiere decir eso?

—El Festival no es humano, no es ni remotamente humano. Vosotros pensáis en términos de personas con motivaciones propias de personas. Es un error y estaba claro

que lo era desde el principio. No podéis declararle la guerra al Festival, del mismo modo que no podéis declararle la guerra al sueño. Es una red de información autorreplicante. Una sonda entra en un sistema: la sonda construye una red de comunicaciones autoextensible e introduce en ella a los mundos habitados de ese sistema. Absorbe toda la información que puede de la civilización objetivo y a continuación engendra más sondas. Las sondas llevan algunos parásitos, formas de vida cargadas que construyen cuerpos y se descargan en ellos cada vez que hacen una parada… pero no existen para eso.

Vassily replicó con voz entrecortada: —¡Pero nos atacaron!

—No, nada de eso —replicó Martin con paciencia—. No es inteligente tratar de analizar su comportamiento suponiéndole una voluntad intencional es un error. Lo único que hizo fue detectar un planeta sin servicio telefónico a algunos años luz de distancia y cumplir con sus instrucciones.

—Pero esas instrucciones… ¡Eran atacarnos!

—No, su objetivo es reparar. Resulta que el Festival es… un técnico de teléfonos. Como un técnico robótico. Solo que no repara teléfonos normales: repara agujeros en el flujo de información de la galaxia. —Lanzó una mirada de soslayo a Rachel. Estaba enfrascada con el piloto automático, introduciendo la secuencia de entrada. No era buena idea

distraerla en un momento así. Mejor mantener ocupado al molesto joven.

—Las civilizaciones ascienden y caen de tanto en cuanto. Probablemente, el Festival sea un mecanismo establecido hace algunos milenios con el objeto de mantenerlas en contacto, construido por una cultura interestelar en los albores del tiempo. Cuando detectó un agujero en la red que mantiene, decidió repararlo, razón por la que se situó en órbita alrededor del Planeta de Rochard, que es el mundo más aislado y solitario que podría encontrarse.

—Pero no le pedimos que lo hiciera —replicó Vassily con voz llena de incertidumbre.

—Vaya, pues claro que no. De hecho, yo creo que ha salido de su zona de mantenimiento original, de modo que es probable que cada sistema que descubra en este sector necesite sus servicios: pero puede que no exista solo para eso. Parte del proceso de reparación es un rápido intercambio de información con el resto de la red que conecta, un flujo que discurre en dos direcciones. Con el tiempo, el Festival ha pasado a ser algo más que un mero servicio de reparaciones. Se ha convertido en una civilización por derecho propio, una civilización que germina como una flor del desierto: breve y esplendorosamente cuando el medio es apropiado, para a continuación encapsularse en sí mismo y sumirse en un letargo en forma de semilla mientras atraviesa los abismos de años luz que separan los oasis. Las

centralitas de teléfonos y los routers son algunos de los sistemas de procesado de información más complicados que se han inventado: ¿De dónde crees que vino originalmente el Escatón?

»Cuando el Festival llegó al Planeta de Rochard, se encontró con un déficit de comunicaciones de 250 años que debía reparar: esa reparación, el fin del aislamiento, la llegada de bienes e ideas restringidas por la Nueva República, provocó una singularidad local, lo que en nuestro oficio se llama una transición de consenso de realidad; la gente se volvió un poco loca, eso es todo. Una sobredosis inesperada de cambio: inmortalidad, bioingeniería, Inteligencias Artificiales, nanotecnología, cosas de esas. No es un ataque.

—Pero entonces… ¿me estás diciendo que ha traído consigo unas comunicaciones sin restricciones? —preguntó.

—Sí. —Rachel levantó la vista de la consola—. Llevamos años tratando de decírselo a vuestros líderes de la manera más delicada posible: la información quiere ser libre. Pero no nos escuchaban. Lo hemos intentado durante cuarenta años. Luego llega el Festival, que trata la censura como una avería y hace un puente de comunicaciones a su alrededor. El Festival no puede aceptar un no por respuesta porque no tiene opinión sobre nada. Sencillamente es.

—Pero la información no es libre. No puede serlo. O sea, algunas cosas… Si todo el mundo pudiera leer todo lo que quisiera, podrían leer cosas que los pervertirían y corromperían, ¿no? ¡Habría gente que le daría la misma consideración a la pornografía que a la Biblia! ¡Podrían conspirar contra el estado, o contra otros, sin que la policía pudiera detenerlos!

Martin suspiró.

—Sigues colgado de esa bobada del estado, ¿no? —dijo—. De verdad, créeme, existen otras maneras de organizar la civilización.

—Bien… —Vassily lo miró parpadeando, presa de una cierta confusión—. ¿Estáis diciéndome que de donde vosotros venís se permite que la información circule libremente?

—No es una cuestión de permitirlo o no permitirlo —señaló Rachel—. Tuvimos que admitir que no podíamos impedirlo. Tratar de impedirlo era peor que la enfermedad.

—¡Pero cualquier lunático podría preparar armas biológicas en su cocina o destruir una ciudad! Los anarquistas tendrían el poder de derribar al Estado y nadie podría saber quién era o a dónde pertenecía. Se esparcirían las más funestas locuras y nadie podría impedirlo… —Se detuvo—. No me creéis.

—Oh, pues claro que te creemos —dijo Martin con tono sombrío—. Lo que pasa es que… Mira, el cambio no siempre es malo. Algunas veces la libertad de expresión funciona como una válvula de escape para tensiones sociales que de otro modo conducirían a la revolución. Y otras veces, bueno… tus protestas acaban por convertirse en desconfianza hacia cualquier cosa que perturbe el status quo. Tú ves al gobierno como una barrera de seguridad, una colcha caliente y cómoda que protege a todo el mundo de las cosas malas. En la Nueva República esa forma de pensar está muy extendida: la idea de que si no se controla a la gente con puño de hierro, automáticamente se comportará mal. Pero en el sitio del que yo vengo, la mayoría de la gente es lo bastante sensata para evitar todo aquello que podría hacerle daño. Y a los demás, solo hay que educarlos. La censura no consigue más que enterrar los problemas.

—Pero ¿y el terrorismo?

—Sí —intervino Rachel—. El terrorismo. Siempre hay gente que cree que está haciendo el bien causando miseria a sus enemigos, muchacho. Y tienes razón en lo que has dicho de las armas biológicas y los falsos rumores. Pero… —se encogió de hombros—. Es más fácil vivir con una tasa razonablemente baja de esta clase de cosas que con una censura y una vigilancia totales y constantes. —Adoptó una expresión sombría—. Si piensas que un lunático que coloca una bomba nuclear es malo, es que nunca has visto lo que pasa cuando un planeta lleva hasta el límite la idea de la

vigilancia y la censura ubicuas. Hay lugares en los que… —Se estremeció. Martin la miró—. Estás pensando en algo concreto.

—No quiero hablar de ello —replicó con voz tensa—. Y tú deberías estar avergonzado. Mira que agotar al chico de esa manera. ¿Es que ninguno de los dos se ha dado cuenta de que el aire apesta?

—Sí. —Martin bostezó a lo grande—. ¿Estamos a punto de…?

—¡No soy ningún… —un estruendoso coro de pequeñas detonaciones sonó en el exterior de la cabina— chico! —terminó Vassily con un chillido.

—Abróchate el cinturón, chico. El motor principal va a encenderse en cinco segundos.

Intranquilo, Martin tensó inconscientemente el cinturón.

—¿Cuál es nuestra curva de descenso?

—Punto intermedio uno acercándose: ajuste de trayectoria en diez segundos, uno punto dos g. Pasamos unos cuatro minutos apretando el culo, llegamos al punto intermedio dos y seguimos con el motor encendido durante dos horas a dos g y cuarto. Esto termina a unos cuatro mil clics de altitud con respecto a la superficie planetaria y dieciséis minutos después chocamos con la atmósfera del

planeta a unos cuatro k.p.s.. Aún nos quedará un poco de masa reactiva, pero la verdad es que no quiero encender el motor principal en una atmósfera que vamos a tener que respirar más tarde. De modo que soltaremos el módulo de propulsión una vez estemos en posición suborbital y lo alejaremos en una órbita descendente con lo que le quede de combustible.

—Eh… —Vassily parecía confuso—. Cuatro k.p.s. ¿No es un poco deprisa?

—No, apenas… —Un agudo rugido interrumpió la explicación de Rachel y todos los ocupantes de la cabina dieron un respingo hacia la parte trasera. Pasaron diez segundos—. Apenas es Mach 12, en línea recta. Y antes habremos arrojado los motores por la borda. Pero no te preocupes, frenaremos muy deprisa cuando entremos en la atmósfera. En los tiempos del programa Apolo estas cosas se hacían constantemente.

—¿El programa Apolo? ¿Eso no era cuando el viaje espacial era experimental? —Martin vio que Vassily se había aferrado a la silla con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Qué interesante.

—Sí, exacto —dijo Rachel como si nada—. Por supuesto, en aquellos tiempos no tenían motores nucleares… ¿Eso fue antes o después de la Guerra Fría?

—Antes, creo. La Guerra Fría se desencadenó por ver quién podía construir la nevera más grande, ¿no?

—¿Guerra Fría? —preguntó Vassily con voz temblorosa.

—Allá en la Tierra, hace cosa de cuatrocientos o quinientos años —le explicó Rachel.

—¿Pero hacían esto y ni siquiera eran capaces de construir un motor de vapor?

—Oh, claro que eran capaces de construir motores de vapor —dijo Martin con tono alegre—. Pero obtenían potencia quemando aceite de roca debajo de las calderas. Los reactores de fisión eran caros y poco habituales.

—No parece muy seguro —dijo Vassily, dubitativo—. ¿No explotaría todo ese aceite?

—Sí, pero la tierra es un planeta que alcanzó el nivel tres de población muy deprisa, y además bastante antiguo. La tasa de isótopos es penosa y no cuenta con suficiente uranio-235.

—Si quieres saber mi opinión, cuenta con demasiado —musitó Rachel, sombría.

—Creo que estáis tratando de confundirme y eso no me gusta. ¡Vosotros los terrícolas os creéis muy sofisticados pero no sabéis nada! No podéis impedir que los terroristas

destruyan vuestras ciudades y a pesar de toda vuestra mal llamada sofisticación, no sois capaces de controlar vuestros repugnantes impulsos: ¡Sois idiotas manipuladores, por política y por naturaleza!

Otro eructo de un cohete de control de altitud. Rachel alargó la mano hacia Martin y lo cogió del hombro.

—Nos ha pillado.

—Sí, y bien pillados. Es un poli de primera. Vassily los miró, embargado por la confusión. Sus orejas empezaron a teñirse de un rojo intenso. Rachel se echó a reír a carcajadas.

—¡Si eso es un acento de Yorkshire, yo soy un hurón galés, Martin!

—Bueno, cuando quieras te guardo en mis pantalones, querida. —El ingeniero sacudió la cabeza. Por el rabillo del ojo vio que la coloración de Vassily se extendía desde las orejas al cuello—. Tienes mucho que aprender sobre el mundo real, chico. Me sorprende que tu jefe te dejara salir sin niñera.

—¿Quieres dejar de llamarme chico? Rachel se sentó en cuclillas en su silla y lo miró.

—Pero es que lo eres, ¿sabes? Aunque tuvieras sesenta años, para mí seguirías siendo un chico. Mientras esperes que alguien o algo te descargue de tu responsabilidad,

seguirás siendo un chico. Podrías follarte todos los burdeles de Nueva Praga y aún así serías un escolar crecidito. —Lo miró con tristeza—. ¿Cómo llamarías a un padre que nunca dejara que sus hijos crecieran? Eso es lo que pensamos de tu gobierno.

—¡Pero yo no estoy aquí para eso! ¡Estoy aquí para proteger a la República! ¡Estoy aquí porque…!

El motor principal entró en fase crítica y, con un profundo rugido, salió despedido a toda potencia, sacudiendo la cápsula como una lata de hojalata en un huracán. Vassily cayó sobre su hamaca, momentáneamente sin aliento. Rachel y Martin se hundieron en sus asientos, empujados por una aceleración de veinte metros por segundo cuadrado… no la brutalidad de quinientos kilos, capaz de aplastar el pecho a una persona, pero sí la suficiente para obligarlos a tenderse y a concentrarse para poder respirar.

El motor siguió encendido largo tiempo, alejándolos de los flotantes restos de la batalla en dirección a un encuentro incierto.

SERVICIO DE ENTREGA

Los cascarones de los dos Saltadores usados flotaban hacia el límite del sistema, dando vueltas a una velocidad muy superior a la de escape. Ya no importaban: habían hecho su trabajo.

Tras ellos, los restos de la flota de la Nueva República se desperdigaban como cenizas al viento. Dos terceras partes de las naves habían quedado reducidas a pedazos humeantes, junto a segmentos de ingeniería que brillaban al rojo vivo mientras los desensambladores los desmontaban. Un extraño vello metálico cubría sus cascos, como las colonias de hongos que crecen en los corazones de los árboles muertos en descomposición. Casi todas las demás naves estaban huyendo a toda potencia, siguiendo trayectorias de escape que les permitirían ganar el espacio profundo. El espacio que rodeaba el Planeta de Rochard

estaba lleno de aullantes contramedidas, interferencias, señuelos de interferometría y otros mecanismos de evasión que, sin que sus dueños lo supieran, estaban resultando tan eficaces como los escudos de unos salvajes en plena huida frente al fuego de ametralladoras. Una gran cantidad de naves mucho más pequeñas y lentas estaban decelerando hacia el planeta o descendiendo lentamente y ya con los motores apagados hacia él. Los Saltadores restantes las ignoraron en su mayor parte: por lo general, los botes salvavidas no causaban problemas. Y finalmente, en punto muerto desde una distancia mesurable en unidades astronómicas, llegaban las primeras naves comerciales de la flota mercante que seguía al Festival por el espacio. Sus señales eran alegres, luminosas y amistosas: a diferencia de la Nueva República, ellos no ignoraban lo que era el Festival, sus costumbres y sus peligros.

Pero el Festival apenas reparó en la flota que se aproximaba. Su atención estaba dirigida a otra parte: muy pronto daría a luz a su siguiente generación, se marchitaría y moriría.

Factorías de antimateria del tamaño de continentes excavaron agujeros en la ardiente corona solar, en las profundidades de la zona de espacio curvo situada al otro lado de la fotosfera de la estrella de Rochard. Enormes anillos aceleradores flotaban tras sus escudos, aislados por kilómetros de vacío. Colectores solares más negros que la noche absorbían la energía de la estrella, megavatios por

metro cuadrado, mientras los másers descargaban el calor de desecho en la noche interestelar que se extendía más allá. Cada segundo que pasaba se acumulaban miligramos de antimateria en las trampas magnéticas situadas en el corazón de los aceleradores. Cada diez mil segundos más o menos, otra peligrosa carga de varios gramos era enviada en un contenedor impulsado por un haz de energía a la zona de reunión de astrosondas, situada en torno a Sputnik. Había un centenar de factorías en total. El Festival había desmantelado un cuerpo de Kuiper de grandes dimensiones para construirlas, y había emplazado el complejo a un escaso millón de kilómetros de la superficie estelar. Ahora estaban empezando a recuperar su inversión en energía pura, un millón de veces más de la que la civilización del planeta había sido capaz de reunir.

Las astrosondas no eran el único cargamento del Festival, como no eran el Margen y los Críticos los únicos pasajeros que habían visitado la superficie del planeta. En las profundidades de la biosfera planetaria estaban actuando vectores armados con transcriptasas inversas y extraños cromosomas artificiales. Habían reentrado en el planeta a través del cinturón templado del continente septentrional, se habían expandido y estaban asimilando el contenido de la ecología endógena. Complejos órganos digestivos, ayudados por las herramientas de ligación de ADN y por algunas operaciones de control de expresión de una complejidad diabólica, asimilaban y cortaban los cromosomas de todo

cuanto tragaban los hijos de los viajeros. Un sistema de feedback —menos que consciente pero más que vegetal— elaboró una expresión localmente viable de un diseño preparado miles de años atrás: una especie que podía sobrevivir en los bloques de edificios disponibles en aquel lugar, una saprofita optimizada para la ecología del Planeta de Rochard.

Enormes sincitios lamarckianos extendieron sus raíces por los pinares: estrangularon los árboles y los reemplazaron con plantas que por su forma parecían pálidos pinos. Eran cuerpos frutales, champiñones que brotaban sobre los restos digeridos de un ecosistema entero. Crecían rápidamente: en las profundidades de sus núcleos, unas células especiales secretaban enzimas catalíticas que nitraban las largas moléculas de polisacáridos mientras en la corteza exterior, unos vasos electroconductores adoptaban la forma de una especie de neuronas vegetales.

El parasitario bosque crecía a una velocidad feroz, engendrando frutos que crecían un metro al día. Era un proyecto a un plazo mucho más largo que la restauración de las comunicaciones de la civilización con la que el Festival había topado; y más grandioso de lo que hubieran podido imaginar ninguno de sus pasajeros sentientes. Lo único que ellos veían era la extensión de la vegetación intrusa, una molesta y en ocasiones peligrosa plaga que seguía al Festival igual que los Mimos y otras criaturas del Margen. Cuando llegara la estación seca, el bosque del Festival se convertiría

en una monstruosa amenaza de incendio. Pero por ahora no era mas que un espectáculo marginal, en proceso de crecimiento hacia su destino, que no alcanzaría hasta aproximadamente el momento en que el Festival empezara a morir.

A cincuenta kilómetros sobre el océano, viajando todavía a doce veces la velocidad del sonido, el bote salvavidas de la Armada extendió los rotores tras la superficie frontal de reentrada y se preparó para rotar sobre sí mismo.

—Le hace a uno desear que el Almirantazgo hubiera adquirido el modelo de lujo —musitó el teniente Kossov con los dientes apretados mientras la cápsula se estremecía y sacudía, atravesando la ionosfera como un perdigón de sodio ardiente en una jofaina de agua. El comandante Leonov lo fulminó con la mirada: Kossov gruñó como si hubiera recibido un puñetazo y cerró el pico.

Treinta kilómetros más abajo y mil quinientos kilómetros más cerca de la costa del continente septentrional, la superficie de plasma ardiente empezó a disiparse. Los rotores, cuyas puntas estaban ya al rojo blanco, pasaron a punto muerto en la alta estratosfera, girando en un brillante disco borroso. Sentados en los asientos de deceleración de la cabina, los pilotos del bote se enfrentaron al problema de hacer aterrizar un autogiro hipersónico en un aeropuerto sin control de tierra ni instrumentos de guiado, un aeropuerto que, posiblemente estuviera siendo asediado por fuerzas

hostiles. A Robard se le helaba la sangre con solo pensarlo. Pensativo, dirigió la mirada a su señor: un vida entera dedicada al cuidado del almirante lo había llevado a aquella situación pero a pesar de ello, y a pesar de que el viejo caballo de guerra apenas estaba consciente, seguía preocupándose por él.

—¿Cómo está? —preguntó Robard.

El doctor Hertz levantó un instante la mirada.

—Tan bien como cabría esperar —dijo, parco—. ¿Han traído sus medicamentos?

Robard se encogió.

—Solo la siguiente dosis. Había demasiados frascos de píldoras…

—Bueno. —Hertz registró su maletín de cuero y sacó una jeringuilla ya cargada—. ¿Estaba tomando láudano? No recuerdo habérselo prescrito, pero…

—No que yo sepa. —Robard tragó saliva—. Diabetes, disquinesia y el… um, estado de su memoria. Además de sus piernas, claro. Pero dolor no tenía.

—Bueno, veamos entonces si podemos despertarlo. —Hertz levantó la jeringuilla y le quitó la capucha de protección—. Normalmente no haría esto con un hombre

tan anciano antes de un aterrizaje, y menos con uno que ha sufrido un ataque al corazón, pero en estas circunstancias…

A doce kilómetros de altitud, la velocidad del autogiro descendió por debajo de Mach 2. Los rotores creaban un disco de estruendosos relámpagos cuya sombra se desplazaba a lo largo de la cosa. Allí donde pasaba, los animales huían aterrorizados. El bote salvavidas siguió perdiendo altura mientras Hertz administraba la inyección estimulante al almirante. Menos de un minuto después, la nave alcanzó una a velocidad subsónica y un aullido agudo penetró en la cabina. Robard levantó la mirada instintivamente.

—Solo estamos reiniciando el sistema de hélices —murmuró Kossov—. De ese modo podremos hacer un aterrizaje con capacidad de maniobra.

El almirante gruñó algo ininteligible y Robard se inclinó sobre él.

—Señor. ¿Puede oírme?

El bote salvavidas volaba de costado a menos de la mitad de la velocidad del sonido, arrojando un brillante cilindro de fuego por las puntas del disco de rotores que giraba alrededor de su cintura. El copiloto trató repetidamente de ponerse en contacto con el Control de Tráfico Imperial, pero fue en vano. Intercambió una mirada de preocupación con

su comandante. Tratar de aterrizar junto a las baterías de misiles de la guarnición de la Colina del Cráneo ya era suficientemente intranquilizador sin saber quién controlaba la ciudad. Hacerlo en un bote salvavidas sin apenas combustible y con un almirante enfermo a bordo…

Pero no captaron el reflejo de ninguna señal de radar sobre el casco de su vehículo. Ni siquiera cuando se alzaron sobre el horizonte del castillo, flotando a unos sedantes cuatrocientos kilómetros por hora, las baterías de defensa de superficie dieron la menor muestras que indicara que habían reparado en su presencia. El piloto pulsó el botón de su intercomunicador:

—La pista sigue ahí pero nadie da señales de vida. Aproximación visual, prepárense para un viaje movidito.

El almirante musitó algo incoherente y abrió los ojos. Robard se recostó en su asiento mientras las hélices del rotor acallaban el atronador chirrido y el piloto pasaba toda la potencia restante a la toma colectora, tratando de cambiar velocidad por altitud.

—Urk. —El teniente Kossov estaba verde—. Odio los helicópteros —murmuró el Almirante. Los motores se apagaron y el bote salvavidas cayó como una semilla de sicómoro de cincuenta toneladas. Hubo una sacudida brusca hacia arriba cuando, a poco de tocar tierra, el piloto encendió por un instante los motores, y a continuación un

estridente crujido procedente de debajo del compartimiento de la nave. Entonces la nave se inclinó hacia atrás como si estuviera beoda y fue a detenerse con la cubierta inclinada quince grados.

—¿Esto significa lo que creo que significa? —preguntó Robard.

—Cierre el pico y métase en sus asuntos —gruño el comandante Leonov. Se levantó del asiento y lanzó una mirada a su alrededor—. ¡Tú! ¡Deprisa, abre la escotilla! ¡Tú y tú, abrid los armarios de las armas portátiles y preparaos para limpiar el camino! —Empezó a bajar la escalerilla corta que conducía a la cubierta de vuelo sin dejar de ladrar órdenes—. Usted, Robot o como quiera que se llame, prepare a su hombre para salir, no sabemos de cuánto tiempo disponemos. Ah… capitán piloto Wolff, presumo que hemos aterrizado en la pista. ¿Hay rastro de algún comité de bienvenida?

El piloto esperó a que Leonov hubiera llegado abajo y a continuación lo siguió a la otra cubierta.

—Señor, humildemente informando de que hemos llegado a la pista de emergencia de Novy Petrograd, plataforma dos. No he podido contactar con el control de defensa aérea antes del aterrizaje, pero no nos han atacado. No he visto a nadie ahí fuera, pero existen muchas probabilidades de que la ciudad… No es como el informe cinematográfico. Lamento

informar de que durante la aproximación final nos quedamos cortos de combustible; de ahí el mal aterrizaje.

—Aceptable en las presentes circunstancias. —Leonov se volvió hacia la escotilla—. ¡Vosotros! ¡Abrid la escotilla, a paso ligero, y estableced un equipo que asegure el perímetro cuanto antes!

El almirante parecía estar tratando de incorporarse. Robard se colocó detrás del respaldo de su silla de ruedas y desató los cables que la inmovilizaban. Mientras lo hacía, el almirante emitió una extraña risilla.

—¿Qué ocurre, señor?

—Eh… oceda, proceda. ¡Eh!

—Desde luego, señor. —Robard enderezó la espalda. Entró una bocanada de aire fresco en la cabina. Alguien había provocado una sobrecarga en el circuito de la puerta y las dos escotillas se habían abierto simultáneamente. Olía a lluvia y flores de cerezo, a hierba y a barro.

El teniente Kossov acompañó al equipo de seguridad al otro lado de la escotilla y después de unos segundos volvió a entrar.

—Señor, humildemente informando de que el equipo de tierra ha asegurado el lugar. No hay ni rastro de los lugareños.

—Ah, bien. Teniente, Robard y usted pueden sacar al viejo. ¡Síganme! —Leonov siguió a los últimos oficiales, la tripulación del bote salvavidas y un par de capitanes de corbeta a los que Robard no reconoció, miembros del estado mayor del almirante o de la tripulación del puente, a la escotilla.

Entre Robard y el teniente Kossov, gruñendo y sudando, lograron bajar a tierra la silla del almirante por una escalera de aluminio. Una vez que sus pies tocaron el hormigón, Robard inhaló profundamente y miró a su alrededor. Una de las tres patas de aterrizaje del salvavidas, que no había extendido del todo los amortiguadores, parecía rota. La nave estaba ladeada, lo que le daba un aspecto curioso, y Robard supo inmediatamente que haría falta mucho más que repostar para que la nave volviera a alzar el vuelo o, más aún, entrar en órbita. Entonces sus ojos repararon en lo que había ocurrido más allá del hormigón salpicado de herrumbre de la pista de aterrizaje y se quedó boquiabierto.

El aeropuerto se encontraba a menos de dos kilómetros de las murallas de la guarnición, en las afueras de la zona escasamente habitada que había en la orilla norte del río. Al sur de este hubiera debido de extenderse un abigarrado laberinto de casas de techo angosto sobre las que asomarían las agujas de las iglesias en la distancia, por delante de un puñado de edificios municipales. Pero las casas habían desaparecido casi en su totalidad. Un racimo de helechos de un inquietante color plateado, entre cuyas hojas

fractalmente arrolladas se entreveía la luz tenue emitida por unas libélulas, se elevaba hacia el cielo desde el antiguo emplazamiento del ayuntamiento. El palacio ducal parecía haberse llevado la peor parte. Una de sus paredes parecía haber recibido un puñetazo gigante, la arrogante jactancia de la artillería pesada.

El almirante dio una débil palmada en el brazo de su silla.

—¡No bien!

—En efecto, señor. —Robard volvió a mirar a su alrededor, esta vez en busca del equipo de avanzadilla, que ya se había puesto en marcha. Se encontraban a mitad de camino de la torre de control cuando algo que despedía un resplandor dolorosamente verde pasó como un rayo sobre sus cabezas, haciendo que la tierra se estremeciera.

—¡Aviones enemigos! —gritó Kossov—. ¡Señor, nos han seguido hasta aquí! ¡Debemos poner al almirante a cubierto, deprisa! —Apartó a Robard de un empujón, cogió la silla por las asas y estuvo a punto de volcarla en el proceso.

—¡Un momento! —le espetó Robard, furioso e indignado por aquella usurpación. Lanzó una mirada preocupada al cielo y decidió que no era momento de embrollar más las cosas. El comportamiento del teniente era impropio pero la necesidad de proteger al almirante era más acuciante—. Un

momento, hay un camino aquí. Yo iré delante. Si logramos llegar a la torre…

—¡Ustedes! ¡Sígannos! —ordenó Kossov a los guardias del perímetro, reclutas confusos y preocupados que, dando gracias por tener órdenes que obedecer, se cargaron las carabinas al hombro y fueron tras ellos. Hacía una mañana cálida y el teniente empezó a resollar mientras empujaba la silla de ruedas por el camino de asfalto agrietado. Robard iba a su lado, una figura alta, sepulcralmente negra y con el rostro cincelado de preocupación. La maleza llegaba a la altura de sus rodillas a ambos lados del camino y por todas partes podían verse otras señales de abandono. Era como si la pista llevara años en desuso, en lugar del mes que había pasado desde la invasión. Las abejas y otros insectos zumbaban y revoloteaban por todas partes mientras, en la distancia, las aves graznaban y piaban, exponiendo con toda claridad el negligente descuido del programa de fumigación con DDT de la guarnición.

Un trueno distante obligó a Robard a girar la cabeza y mirar atrás. Las aves alzaron el vuelo mientras un lejano resplandor verde se retorcía y parecía congelarse, paralizado bajo la ciega cúpula turquesa del cielo.

—¡Corran! —Siguió su propio consejo y buscó refugio entre unos árboles jóvenes.

—¿Qué? —Kossov se detuvo, miró y su expresión se convirtió en una cómica mueca de incredulidad. El resplandor verde creció con aterradora y silenciosa rapidez y de improviso estalló sobre sus cabezas en una explosión de color esmeralda. Un sonido que parecía un gigantesco portazo arrojó a Robard al suelo: entonces un avión pasó sobre ellos con el estruendo de un mercancías, hizo una maniobra a baja altura sobre el parduzco bote salvavidas y desapareció en dirección al otro extremo de la ciudad. Las abejas zumbaban furiosamente en sus oídos mientras se levantaba y buscaba al almirante con mirada intranquila.

La onda de choque había derribado también al teniente. Ahora estaba incorporándose cuidadosamente, con las dos manos en la cabeza. La silla de ruedas seguía en pie y un constante pero borroso chorro de invectivas brotaba de ella:

—¡´alditos maricones chupa´ollas basta-tardos! —Kurtz levantó su bazo sano y sacudió un flaco puño hacia el cielo—. ¡Esa mierda evolucionada acabará con vosotros! ¡Au! —El brazo cayó.

—¿Se encuentra bien, señor? —balbució Robard con nerviosismo.

—La muy bastarda me ha picado —se quejó Kurtz mientras se ensalivaba el dorso de la muñeca—. Malditas abejas. —Un furioso zumbido dio varias vueltas alrededor de Robard y

este se dio un fuerte manotazo en la ropa manchada de tierra.

—Estoy seguro de que se pondrá bien, señor, en cuanto lleguemos a la torre de control y luego al castillo. —Inspeccionó el insecto aplastado por un instante y se quedó helado. En su abdomen se veían, con antinatural claridad a pesar de que el impacto las había distorsionado, unas letras rojas. Se estremeció y limpió su guante en el suelo—. Será mejor que sigamos cuanto antes, antes de que ese avión decida que somos el enemigo.

—Abra usted la marcha —dijo Kossov mientras se llevaba un pañuelo enrojecido a la frente—. Vamos. —Entre los dos dieron la vuelta a la silla y la empujaron en dirección a la torre de control y, tras ella, las incertidumbres del palacio ducal y la ciudad, convertida en quién sabe qué bajo aquel orden nuevo.

A ochenta kilómetros de allí estaba aterrizando otro bote salvavidas.

Agarrotada y aturdida, Rachel se sacudió y abrió los ojos. Tardó un momento en comprender dónde se encontraba. La reentrada había sido alarmantemente atropellada. La cápsula se balanceaba adelante y atrás con un movimiento regular que le hubiera provocado náuseas de no haberse conectado sus reguladores vestibulares. Hubo un gemido detrás de su asiento y se volvió hacia allí. Martin estaba

despertando visiblemente, con el rostro recorrido por una horrible serie de contorsiones y tics. Tras ella, Vassily volvió a gemir.

—Oh, ha sido espantoso…

—Sigues vivo, ¿no? —Miró la pantalla y parpadeó. Unas manchas negras, restos del escudo ablativo que se había fundido sobre las cámaras en el exterior del casco, tapaban la mayor parte. El horizonte era una línea plana de color azul y la superficie estaba medio oculta tras un velo de nubes mientras ellos descendían en el paracaídas principal. Un altímetro estaba desgranando los últimos dos mil metros—. Si podéis mover los dedos de los pies decid sí.

—Sí —dijo Martin. Vassily se limitó a gemir. Rachel no se molestó en preguntar nada más sobre su estado. Tenía demasiadas cosas que hacer antes de que tomaran tierra. Todo podía torcerse muy deprisa ahora que no tenían motor.

Piloto: calcula distancia y trayectoria hasta punto de encuentro omega. Un mapa se superpuso a la pantalla principal. Estaban aterrizando sorprendentemente cerca, apenas a unos kilómetros del objetivo. Piloto: estatus del retromotor de aterrizaje, por favor. Más pantallas: diagnósticos y mapas de pruebas automáticas del motor de aterrizaje, un pequeño y compacto aparato encajado a medio camino entre el paracaídas rectangular y el techo de la cápsula. Controlada por radar, la turbina de aterrizaje se

encendería un minuto antes del aterrizaje y frenaría la cápsula, que en aquel momento todavía estaba descendiendo a unos aplastante cincuenta kilómetros por hora, para permitir que tomara tierra con suavidad.

—No le diría que no a un trago —dijo Martin.

—Tendrás que esperar un minuto o dos. —Rachel no apartó la mirada de la pantalla. Mil metros.

—No siento los dedos de los pies —se quejó Vassily. Oh, mierda.

—¿Puedes moverlos? —preguntó Rachel. De repente se le había puesto el corazón en un puño. Nunca había contado con tener que llevar un tercer pasajero y si la hamaca le había provocado una lesión de columna…

—Sí.

—Entonces, ¿por qué coño has dicho que no los sentías?

—¡Porque los tengo helados!

Rachel bostezó. Los oídos se le destaponaron.

—Creo que acabamos de despresurizar. Debes de tener los pies delante de los conductos, o algo parecido. —El exterior se volvió blanquecino, como cubierto por una neblina. Diez segundos más tarde, las livianas nubes empezaron a abrirse

y aparecieron ante su vista árboles y ríos. Un panorama vertiginoso, el del suelo acercándoseles a gran velocidad. Apretó los dientes. A su lado, Martin se movió tratando de encontrar una posición más cómoda.

—Atención. Inflando balsa de aterrizaje. —Una pitón amarilla se enroscó en el fondo del bote y se hinchó. Rachel dejó de ver el suelo. Maldijo en silencio mientras buscaba un claro entre los árboles. Las copas formaban una manta extrañamente densa. Se puso muy tensa.

—Ahí —señaló Martin.

—Gracias. —Utilizando el mando manual, señaló la abertura al piloto automático. Piloto: dirígete a punto de aterrizaje designado. Conecta sistema automático de aterrizaje cuando estemos llegando.

—Atención. Preparados para ignición de retromotores en cinco segundos. Aterrizaje inminente. Tres segundos. Separación de dosel principal. —La cápsula se inclinó de forma alarmante—. Ignición del motor. —Un estruendoso rugido desde arriba y la caída cesó. A sus pies, el claro empezó a acercarse y el rugido creció hasta convertirse en un estrépito ensordecedor—. Atención. Aterrizaje en diez segundos. Preparados para tomar tierra.

Los árboles, tallos de un verde implacable que exfoliaban hojas de vainas purpúreas tan grandes como libros, pasaron

por delante de la pantalla. Martin reprimió un jadeo. Caían lentamente, como un ascensor de cristal por el costado de un invisible rascacielos. Finalmente, con una fuerte sacudida, la cápsula se detuvo.

Silencio.

—Eh, chicos —Rachel se desabrochó el cinturón de seguridad con mano temblorosa—. Gracias por volar en Líneas Aéreas de la ONU. Si me lo permiten, aprovecharé esta ocasión para invitarlos a volar de nuevo con nosotros.

Martin gruñó y alargó los brazos.

—No, no llego desde aquí. Tengo que desabrocharme primero. —Dejó que los brazos volvieran a caer—. Me pesan como el plomo. Qué bien.

—Es lo que pasa por estar ocho horas en gravedad cero. —Rachel empezó a registrar los casilleros que había junto a su pierna.

—Creo que ahora entiendo a los terrícolas —empezó a decir Vassily, pero se detuvo para dar tiempo a que el temblor de su voz remitiera—. ¡Estáis todos locos!

Martin miró a Rachel de soslayo.

—Acaba de darse cuenta.

Ella se incorporó y cogió una compacta mochila.

—Pues sí que le ha costado.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Sacamos un gran abrelatas o esperamos a que pase alguien y tire de la anilla?

—Primero… —Rachel empezó a pulsar apresuradamente iconos en la consola del piloto— le decimos a los Críticos que hemos llegado sanos y salvos. Esa criatura dijo que trataría de ayudarnos. Luego, hago esto. —Alargó el brazo y cogió la parte superior de la pantalla. Se arrugó como si estuviera hecha de plástico fino y tras ella aparecio la pared interior de la cápsula. Había un gran baúl medio encajado en el mamparo, de cuya tapa abierta sobresalía una masa de tuberías y cables.

—¡Lo sabía! —exclamó Vassily—. Tienes una…

—Cierra el pico. —Rachel se inclinó hacia delante y ajustó algo en el interior de la tapa—. Bien. Ahora tenemos que salir. Deprisa. —Se puso en pie, abrió la escotilla superior y dejó que se deslizara al interior de la cápsula, donde ocupó la posición de la pantalla—. Empújame, Martin.

—Vale. —Un minuto más tarde, los tres estaban sentados sobre la cápsula. El cono truncado descansaba sobre un montón de botes hinchables de color amarillo, en mitad de un claro cubierto de hierba. A su izquierda discurría perezosamente un arroyo entre unos densos juncales. A su

derecha, una fila de extrañas coníferas oscuras formaba una pared contra la luz. El aire era fresco y olía tanto a limpio que resultaba casi insoportable—. ¿Y ahora qué? —preguntó Martin.

—Os aconsejo que os entregéis a las autoridades —dijo Vassily mientras se erguía a su lado—. Os irá muy mal si no cooperáis, pero si os entregáis a mí, yo… yo… —Miró a su alrededor con cara de espanto.

Rachel soltó un bufido.

—¿Qué autoridades?

—La capital…

Rachel perdió finalmente los estribos.

—Escucha, chico, estamos perdidos en mitad de la nada con un bote salvavidas que no funciona y sin comida ni suministros, en un planeta que acaba de sufrir una singularidad de tipo tres y yo he pasado las últimas treinta y seis horas trabajando como una mula para salvarnos el culo… a todos nosotros, tú incluido. ¡Así que te agradecería que cerraras el pico un ratito! Nuestra prioridad ahora es sobrevivir. La segunda, para mí, es ponerme en contacto con la gente que he venido a ver. Y regresar a la civilización ocupa el tercer puesto de la lista. ¿Me sigues hasta ahora? Porque en este momento no hay autoridades civiles, al menos no del tipo que tú esperas. Acaban de recibir mil años de progreso

en menos de un mes y si el conservador local sigue en su mesa, probablemente es porque ha sufrido un ataque de catatonia. La civilización de este planeta ha trascendido. Ya no es una colonia. Ha dejado de serlo. Las únicas personas con cierta capacidad para asumir esta transformación son vuestros disidentes y tampoco albergo demasiadas esperanzas con respecto a ellos. Ahora mismo nosotros representamos tu mayor esperanza de supervivencia y será mejor que no lo olvides. —Le lanzó una mirada furibunda y Vassily se la devolvió, evidentemente furioso pero incapaz de articular sus pensamientos.

A su espalda, Martin había bajado al claro. Algo le llamó la atención y se inclinó.

—¡Oye!

—¿Qué pasa? —preguntó Rachel. El hechizo se rompió. Vassily se retiró con un gruñido y empezó a buscar el modo de bajar de la cápsula. Martin dijo algo pero ella no lo entendió—. ¿Qué? —exclamó.

—A esta hierba le pasa algo raro.

—Oh, mierda. —Rachel siguió a Vassily: dos metros y medio de cerámica suave y resbaladiza y luego un blando aterrizaje sobre una cama flotante tejida con seda de telaraña—. ¿Qué quieres decir?

Martin se enderezó y le ofreció en silencio una bizna de hierba.

—Es… —empezó a decir Rachel, pero se detuvo.

—Se supone que el Planeta de Rochard tiene una biosfera normal de tipo terrícola, ¿no? —Martin la observó con curiosidad—. Al menos eso decía en mi atlas.

—¿Qué es eso? —preguntó Vassily.

—Hierba, o algo parecido. —Martin se encogió de hombros. Parecía incómodo—. A mí no me recuerda demasiado a la de la Tierra. Tiene el color y la forma aproximada, pero…

—Au. Me he cortado con esta maldita cosa. —Rachel la soltó. La brizna cayó flotando, sin que nadie se fijara en ella: al tocar el suelo empezó a desintegrarse a velocidad de vértigo y se disolvió a partir de unas vetas radiales—. ¿Y qué me dices de los árboles?

—También hay algo raro en ellos. —Un crujido a su espalda hizo que Martin diera un respingo—. ¿Qué es eso?

—No te inquietes. Supuse que necesitaríamos trasporte por tierra, así que le he ordenado que fabrique uno. Está reabsorbiendo la cápsula…

—Un equipaje estupendo —dijo Martin con admiración. El bote salvavidas empezó a colapsarse sobre sí mismo, despidiendo un aroma orgánico y caliente parecido al del pan recién hecho.

—Sí, bueno… —Rachel parecía preocupada—. Se supone que mi contacto debía de saber que estamos aquí. Me pregunto cuánto… —Su voz se apagó. Vassily estaba ocupado caminando a grandes zancadas hacia el otro extremo del claro, mientras silbaba una melodía con aires marciales.

—¿Y quién es ese contacto? —preguntó Martin en voz baja.

—Un tipo llamado Burya Rubenstein. Uno de los miembros más sensatos de la resistencia, razón por la cual se encuentra aquí, en exilio interno. Los menos sensatos acaban muertos.

—¿Y qué tienes que hacer con él?

—Entregarle un paquete. Aunque ya no lo necesita, a juzgar por lo que ha pasado aquí.

—¿Un paquete? ¿Qué clase de paquete?

Ella se volvió y señaló al baúl, que ahora descansaba sobre el césped, en medio de un montón de soportes estructurales, despidiendo vapor en silencio.

—Un paquete de esa clase.

—Un paquete de…

—Sus ojos lo traicionaron. Rachel alargó la mano y lo cogió del codo.

—Vamos, Martin. Echemos un vistazo a esos árboles.

—Pero… —Giró la cabeza—. Vale, la cosa es así —empezó a explicarle Rachel mientras caminaban—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre ayudar al pueblo de la Nueva República? Hace algún tiempo, varios años en realidad, algunos tipos de un departamento que no te conviene conocer, decidieron que estaba maduro para una revolución. Normalmente no nos involucramos en estas cosas. Derribar regímenes es una cosa peligrosa aunque uno los desapruebe o quiera hacerlo por buenas razones morales. Pero algunos de nuestros analistas llegaron a la conclusión de que existían algunas probabilidades, digamos en torno al veinte por ciento, de que la Nueva República sufriera una metástasis y empezase a desarrollar una política imperialista. Así que, desde hace una década, hemos estado suministrando tecnología a sus células libertarias clandestinas.

»El Festival… cuando llegó, yo no sabía lo que era. De haber sabido en Klamovka lo que me constaste una vez que estuvimos en camino, ahora no estaría aquí. Ni el equipaje. Que es el elemento central de esta misión, en realidad.

Cuando los aristócratas acabaron con el último soviet de trabajadores y tecnófilos, hace unos 240 años, destruyeron la última cornucopia que el Escatón les había entregado en el momento de la fundación de la Nueva República. A partir de entonces, controlaron a las clases trabajadoras restringiendo el acceso a la educación y los bienes de trabajo y estableciendo cortapisas a la tecnología de la información. Ese baúl, Martin, es una máquina cornucopia completa. Planos de diseño para cualquier cosa que una civilización posindustrial de mediados del siglo XXI pudiera llegar a concebir, una copia de los fondos de la Biblioteca del Congreso, cosas así. Y capaz de replicarse a sí misma, además. —La línea de árboles se encontraba a pocos metros de ellos. Rachel se detuvo y aspiró hondo—. Me enviaron aquí para entregárselo a la resistencia clandestina, Martin. Me enviaron aquí para proporcionarles las herramientas para iniciar una revolución.

—Para iniciar una… —Martin se la quedó mirando—. Pero llegas tarde.

—Exacto. —Le dio un momento para absorber la cuestión—. Todavía quiero cumplir mi misión, por si acaso, pero la verdad es que no creo…

Martin acudió la cabeza.

—¿Cómo vamos a salir de este embrollo?

—Hum. Buena pregunta. —Se volvió, contempló la cápsula de reentrada fundida y a continuación se metió la mano en los bolsillos y empezó a sacar algunos robots-espía ópticos. Vassily estaba recorriendo el perímetro del claro sin propósito aparente—. Normalmente me escondería en la ciudad y esperaría. En seis meses llegaría una nave mercante. Pero con el Festival…

—Habrá naves —dijo Martin con total certeza—. Y si tienes una cornucopia completa, tienes un complejo industrial-militar portátil. Si puede fabricar una cápsula de supervivencia orbital estoy seguro de que puede fabricar cualquier cosa que podamos necesitar hasta que se presente la ocasión de escapar de este agujero dejado de la mano de Dios. ¿Vale?

—Es posible. —Se encogió de hombros—. Pero primero debería encontrar a mi contacto, aunque sea para verificar que ya no tiene sentido entregarle el baúl. —Echó a andar hacia la cápsula—. Se supone que el tal Rubenstein es bastante sensato para ser un revolucionario. Probablemente sepa lo que… —Hubo un lejano crujido, como de ramas que se partían. Al otro lado del claro, Vassily estaba corriendo hacia el baúl—. ¡Mierda! —Rachel obligó a Martin a tumbarse mientras buscaba a tientas su arma aturdidora.

—¿Qué pasa? —susurró él.

—No lo sé.

—Maldición. Bueno, parece que nos han encontrado, sean quienes sean. Ha sido un placer conocerte. —Una enorme criatura encorvada, colosal, monstruosa y bípeda entró en el claro. Una boca abierta tan grande como el umbral de una puerta apuntaba hacia ellos.

—Espera. —Rachel lo inmovilizó con una mano—. No te muevas. Esa cosa tiene más sistemas electrónicos que un puto tanque. Tiene sensores por todas partes.

La cosa se inclinó hacia la cápsula y a continuación, inesperadamente, se sentó en cuclillas. Una lengua plana y alargada se desenroscó hasta el suelo. Algo grande apareció en lo alto y empezó a bajar. Su cabeza giró de un lado a otro, examinó el bote cada vez más consumido, a Vassily, que se escondía tras él y el resto del claro. Y entonces habló, con una voz sorprendentemente profunda:

—¿Hola? Llegada no en son de guerra. ¿Hay aquí una Rachel Mansour?

Bueno, allá vamos. Se puso en pie y se aclaró la garganta.

—¿Quién lo pregunta?

El Crítico le sonrió, enseñando unos colmillos aterradoramente largos.

—Soy Hermana Séptima. ¡Llegas a tiempo! ¡Crisis tenemos!

La gente empezó a reunirse junto al palacio ducal al atardecer. Llegaban de uno en uno o de dos en dos y se reunían, conmocionados, frente a las murallas exteriores manchadas de hollín. No se diferenciaban mucho de otros ciudadanos de la Nueva República: puede que fueran un poco más pobres y un poco más polvorientos que la mayoría.

Robard estaba en el patio y los observaba desde el otro lado del portón. Dos de los reclutas supervivientes se encontraban allí, con las armas preparadas, como reliquias de la autoridad temporal. Alguien había encontrado una bandera, con un lado quemado pero reconocible a pesar de todo. La multitud había empezado a reunirse una hora después de que empezara a ondear orgullosamente a la débil brisa. Puede que las ventanas estuvieran rotas y los muebles destrozados, pero ellos seguían siendo soldados de Su Majestad Imperial y, por Dios y el Emperador, existían normas y había que observarlas: eso había dicho el Almirante y eso estaban haciendo.

Robard aspiró hondo. ¿Una picadura de insecto? Un insecto muy sospechoso, por cierto. Pero lo cierto era que desde que había picado al almirante, la condición de este había mejorado visiblemente. Seguía teniendo la mejilla izquierda paralizada y los dedos insensibles, pero su brazo…

Robard y el teniente Kossov habían llevado a su anciana señoría hasta la torre de control, sudando y maldiciendo el sol del mediodía. Cuando estaban llegando, a Kurtz le había

dado un ataque: había empezado a toser, a jadear, a proferir imprecaciones y a convulsionarse. Robard había temido lo peor, pero entonces había llegado el doctor Hertz y le había suministrado una dosis de caballo de adrenalina. El almirante, jadeando como un perro, se había recuperado. Y entonces su ojo izquierdo se había abierto y se había movido a un lado para clavarse en Robard.

—¿Qué ocurre, señor? ¿Queréis alguna cosa?

—Espera —había siseado el almirante. Se había puesto visiblemente tenso—. Hace calor. Pero está todo tan claro… —Sus dos manos se habían movido, habían asido los brazos de la silla y, para asombro de Robard, el anciano se había puesto en pie—. ¡Por el Emperador! ¡Puedo andar!

Los sentimientos que embargaron a Robard mientras acudía a ayudar a su señor eran imposibles de describir. Incredulidad, más que nada, y también orgullo. El anciano no hubiera debido de ser capaz de hacer eso. Después de su ataque se había quedado paralizado de un lado. El médico había dicho que las lesiones como aquella no se curaban. Pero Kurtz se había puesto en pie y había dado un tembloroso paso al frente…

Entre la torre de control y el castillo, los acontecimientos se habían sucedido en una borrosa neblina: En un vehículo requisado, atravesar una ciudad medio desierta, de cuyas casas la mitad se habían quemado y a la otra mitad había le

habían salido extrañas excrecencias. El castillo, desierto. Llevar al almirante al dormitorio del duque. Buscar la cocina, ver si quedaba algo comestible en las enormes despensas subterráneas, donde alguien encontró una bandera. Guardias en la puerta. Dos tímidas doncellas como ratoncillos asustados, saliendo de su escondite y saludando con reverencias. Una limpieza a fondo, el mobiliario roto arrojado sin miramientos al montón de la leña con la que se calentaría el salón grande. Cortinas de emergencia —malla metálica y seda de telaraña— para tapar las altas y destrozadas ventanas. Guardias en la puerta, armados. Comprobar las cañerías. Más uniformes moviéndose bajo el calor de la tarde. Tanto, tanto que hacer.

Había aprovechado un minuto libre para visitar la oficina del Ciudadano Von Beck. Ningún revolucionario se había adentrado tanto en el castillo, o, si lo había hecho, no había sobrevivido a las contramedidas de defensa. Todas las herramientas del Conservador estaban a mano. Robard se había detenido un momento para comprobar el estado del canal causal de emergencia pero su entropía parecía maximizada a pesar de que las lecturas del monitor mostraban que todavía le quedaba más del cincuenta por ciento. Confirmados sus peores temores, hizo un uso generoso de los insecticidas exóticos que Von Beck guardaba en su oficina y fumigó su propia persona hasta que el aire de la habitación estuvo de un color azul y apenas respirable. A continuación se guardó en un bolsillo un pequeño artefacto

—un artefacto cuya posesión suponía la pena de muerte para cualquiera que no fuera un agente de la Oficina del Conservador—, salió de la habitación, la cerró con llave y siguió con sus deberes como criado del almirante.

El puñado de ociosos que había en el exterior del palacio se había metamorfoseado de algún modo en una multitud mientras él estaba ocupado. Rostros ansiosos y cansados lo miraban: los rostros de personas que, privadas de su lugar en el esquema de las cosas, no sabían muy bien quiénes eran. Personas perdidas, desesperadamente necesitadas de seguridades. Sin duda muchos de ellos se habrían unido a los disidentes. Muchos más habrían hecho uso de las especiales condiciones propiciadas por la llegada del Festival para maximizar sus capacidades personales. En los años venideros, aunque el Festival se esfumase al día siguiente, las tierras interiores estarían pobladas por necrófagos y magos, animales parlantes y brujas sagaces. Algunas personas no querían trascender su humanidad: una vida de tranquilizadoras rutinas era todo lo que anhelaban y el Festival les había privado de ello. ¿No era un capote militar aquello que se escondía al otro lado de la plaza? Un hombre de cara hundida, medio muerto de hambre, al que en otras circunstancias Robard hubiera tomado por un salteador de caminos. En aquel lugar, lo mismo podía ser el último hombre leal de un regimiento que había desertado en masse. Los juicios apresurados podían ser peligrosos.

Dirigió la vista a lo lejos. Polvo, alzándose en la distancia, a casi un kilómetro de allí. Hmmm.

El gran vestíbulo se abría al otro lado de las puertas y conducía a la escalera principal, al salón de baile y a numerosas y más discretas estancias. Aquel día, Robard cruzó puertas que normalmente hubieran dado la bienvenida a embajadores y caballeros del reino. Nadie se fijo en él mientras avanzaba dejando un reguero de polvo, manchando de tierra las destrozadas baldosas y pasando junto a los añicos del gran candelabro. No se detuvo hasta llegar a la entrada de la Cámara de la Estrella.

—… otra pata de cordero. Maldita sea tu estampa, hombre. ¿Es que no sabes llamar?

Robard se detuvo en el umbral. El almirante estaba sentado a la mesa del gobernador, tomando un refrigerio —comida de las neveras y salazones de las bodegas—, mientras el comandante Leonov y otros dos de los miembros supervivientes del estado mayor esperaban de pie a su lado, casi firmes.

—Señor, la guardia revolucionaria está acercándose. Tenemos unos quince minutos para decidir si luchamos o parlamentamos. ¿Puedo sugerirle que demore el resto de la comida hasta que hayamos resuelto este asunto?

Leonov se revolvió.

—¡Patán, cómo te atreves a molestar al almirante! ¡Largo! Robard levantó la mano izquierda, le dio la vuelta y reveló la carta que se guardaba en la manga.

—¿Ha visto uno de estos alguna vez?

Leonov se puso blanco.

—Yo… yo…

—No tengo tiempo para esto —dijo Robard con voz tensa. Volvió a dirigirse al almirante—. ¿Mi señor?

Kurtz entornó la mirada.

—¿Cuánto hace?

Robard se encogió de hombros.

—Desde que estoy con usted señor, por su propia seguridad. Como estaba diciendo, una muchedumbre se dirige aquí desde la orilla sur, por el puente viejo. Tenemos unos cinco minutos para decidir qué vamos a hacer, pero dudo que hagamos muchos amigos si empezamos a disparar.

Kurtz asintió.

—Saldré a hablar con ellos, en tal caso.

Ahora fue Robard el que lo miró fijamente.

—Señor, creo que debería estar en una silla de ruedas, no discutiendo con revolucionarios. ¿Está seguro de que…?

—No me sentía tan bien desde hace al menos ocho años, jovencito. En este sitio las abejas tienen una picadura realmente curiosa.

—Sí, señor, supongo que puede decirse así. Señor, es posible que haya sido usted influenciado. Aparentemente, el Festival tiene acceso a gran cantidad de tecnologías moleculares, además de la que tan notable trabajo ha hecho en su sistema cerebrovascular. Si quisieran…

Kurtz alzó la mano.

—Lo sé. Pero, en cualquier caso, estamos a su merced. Saldré a hablar con esa gente. ¿Había algún anciano en la muchedumbre?

—No. —Robard pareció perplejo por un momento—. No que yo haya visto. ¿Cree usted…?

—Una cura para la vejez es un deseo muy habitual —señaló Kurtz—. Si el Festival ha estado concediendo deseos, tal como indican los informes de inteligencia… —Se levantó—. Tráeme el uniforme, Rob… Oh. Usted, sí, usted, Kossov. Ahora que Robard los supera en rango a todos, es usted mi criado. ¡Y traiga mis medallas!

Leonov, blanco como una sábana, no había dejado aún de temblar.

—Está bien —dijo Robard con tono sepulcral—. No suelo hacer ejecutar a nadie por ser maleducado.

—¡Señor! Ah… ¡Sí, señor! Um, si se me permite la pregunta…

—Dispare.

—¿Desde cuándo se le pide a un Vigilante de la Oficina del Conservador que se haga pasar por criado?

—Desde… —Robard sacó el reloj de bolsillo y lo consultó—. Hace siete años y seis meses, a petición expresa del Archiduque. Lo cierto es que nadie se fija en los criados, ¿sabe? Y Su Excelencia —Kossov trajo las medallas y Leonov acompañó a Robard al rellano mientras el almirante se vestía—. Su Excelencia no está en la línea sucesoria directa. No sé si me entiende. —Leonov le entendía y su brusca inhalación, combinada con los analizadores de estrés con que estaban equipados los nervios de su sistema auditivo, revelaron a Robard todo lo que necesitaba saber—. No, Su Majestad no esperaba un golpe de estado. La lealtad del almirante está fuera de toda duda. Pero su carisma personal, su fama como héroe de la República y su gran popularidad convertían a su seguridad personal en un asunto de cierta importancia. Aquí podemos utilizarlo.

—Oh. —Leonov reflexionó un momento—. ¿Y los revolucionarios?

—Si él se muestra firme, se derrumbarán —dijo Robard con tono confiado—. Sus partidarios más importantes han huido hace tiempo. Esa es la naturaleza de la singularidad. Y si no lo hacen —se dio unos golpecitos en el bolsillo— estoy autorizado a recurrir a medidas extraordinarias en defensa de la República, incluido el uso de tecnologías prohibidas.

Leonov se limpió la frente con un pañuelo.

—Entonces todo ha terminado. Acabarán con los revolucionarios por la fuerza o la política, nombrarán a Su Excelencia gobernador temporal y dentro de seis meses todo será cosa del pasado salvo los gritos.

—Yo no diría eso. Aunque la mujer de la Tierra estuviera en lo cierto cuando dijo que al Festival no le interesan las conquistas planetarias tal como nosotros las comprendemos, y me inclino a creer que es así, en cuyo caso esta expedición no habría sido más que un error monstruosamente caro, hemos perdido dos terceras partes de la población de la colonia. Puede que nunca nos libremos del pernicioso virus de banda ancha con el que han infestado este planeta. Puede que nos veamos obligados a abandonarlo, o al menos instituir procedimientos de cuarentena muy estrictos. En este lugar, los malditos revolucionarios han ganado y el genio ha escapado de la

botella y campa a sus anchas. ¡Todo aquello por lo que lucharon nuestros antepasados, hechos trizas y arrojado a los cuatro vientos! Los bichos transmiten el virus de la eterna juventud y las calles están pavimentadas con infinitas riquezas. ¡Lo devalúa todo! —Se detuvo y aspiró profundamente, perturbado por el grado de su propia agitación—. Por supuesto, si logramos suprimir a las fuerzas revolucionarios aquí en Novy Petrograd, podremos limpiar los campos a nuestro antojo…

La puerta de la Cámara de la Estrella se abrió y apareció el almirante Kurtz, erguido, resplandeciente con los galones dorados, la banda carmesí y el sinfín de medallas que dictaba su rango. Parecía una década más joven de lo que era, no dos décadas más viejo: aire patricio, cabello entrecano, la viva imagen de un dictador caballeroso, tranquilizadoramente autoritario.

—¡Bien, caballeros! ¿Recibimos a las masas? —No caminaba a grandes zancadas, pues sus músculos seguían demasiado atrofiados para eso, pero podía andar sin necesidad de que nadie lo ayudara.

—Creo que sería una gran idea, señor —dijo Robard.

—En efecto. —Kossov y el Conservador se situaron tras él mientras se encaminaba a la escalera—. Se pone el sol sobre la anarquía y el caos, caballero. Si Dios me presta elocuencia, mañana volverán a ser nuestros.

Juntos, salieron al patio para dirigirse a las ovejas que, sin saberlo, habían regresado ya al redil.

Una lágrima ambarina del tamaño de un autobús colgaba sobre el extremo de una ladera tachonada con los huesos momificados de una arboleda. Cenicientos postes telegráficos cubiertos por una fina capa de hollín apuntaban al cielo. Los pies de Burya Rubenstein aplastaban esqueletos diminutos al caminar, siguiendo a un conejo de tamaño humano.

—El amo está ahí —dijo el Señor Conejo mientras señalaba el extraño bloque curvo.

Rubenstein se acercó a él cautelosamente, con las manos a la espalda. Sí, definitivamente era ámbar… o algo que se le parecía mucho. Había moscas y burbujas atrapadas en sus capas superiores. Su corazón estaba envuelto en la oscuridad.

—Es un grumo de savia vegetal fosilizada. Tu amo está muerto, conejo. ¿Por qué me has traído aquí?

El conejo puso cara de contrariedad. Sus largas orejas se inclinaron hacia atrás, pegadas a la parte superior de su cráneo.

—¡El amo está ahí! —Cambió el peso de pata—. Cuando atacaron los Mimos, el amo pidió ayuda.

Burya decidió seguirle el juego a la criatura.

—Ya veo… —Se detuvo. Sí que había algo dentro del bloque de ámbar, una forma imprecisa, indistinta. Y ahora que lo pensaba, a su alrededor todos los árboles estaban muertos, achicharrados desde dentro por alguna energía terrible. Los guardias revolucionarios, aterrados ya por el bosque lysenkoista, se habían negado a entrar en aquella zona muerta. Esperaban al pie de la colina, debatiendo la conveniencia ideológica de llevar a especies no humanas hasta la consciencia. Uno de ellos, especialmente acalorado, había llegado a proponer que se concediera pulgares oponibles y la virtud del habla a los gatos. También estaban comparando sus implantes, cada vez más barrocos. Burya se inclinó sobre el ámbar y sintió que se sumía en una borrosa visión doble mientras los gusanos del sistema de comunicaciones estatales solapaban su propia perspectiva a la suya. Había algo dentro del bloque y estaba pensando, ideas imprecisas y sin forma que se pegaba a la red celular de comunicaciones del Festival como un niño a las faldas de su madre.

Aspiró hondo y se apoyó en el bloque de no-ámbar.

—¿Quién eres? —inquirió sin palabras, palpando la suave y cálida superficie bajo sus manos. Unas antenas situadas bajo su piel irradiaban la información en paquetes que fluían en frías oleadas por el bosque, en espera de una respuesta.

—Mí-Identidad: Felix. ¿¿¿Tú-Identidad???

—¡Sal de ahí con las manos en la cabeza y prepárate para ser sometido a la justicia de la vanguardia revolucionaria! —Burya tragó saliva. Lo que había pretendido decir era algo así como, «¿Puedes salir de ahí para que podamos hablar?», pero, evidentemente, sus implantes revolucionarios incluían un sistema des-referenciador semiótico que traducía todo cuando decía, en aquel medio ciberespacial nuevo, a la jerga del Comité Central. Indignado por aquella censura interna, decidió que la próxima vez lo desconectaría con una sobrecarga.

—Malherido. Sin conexiones previa encarnación. Quiero / Necesito ayuda en metamorfosis.

Burya se volvió y apoyó la espalda en el bloque.

—Tú. Conejo. ¿Oyes esto?

El conejo se incorporó mientras masticaba un puñado de hierba.

—¿El qué?

—He estado hablando con tu… eh… amo. ¿Puedes oírnos?

Levantó una oreja.

—No.

—Bien. —Burya cerró los ojos, volvió a sumirse en la visión doble y trató de comunicarse. Su implante seguía activo. ¿Cómo has llegado ahí? ¿Qué estabas tratando de conseguir? Creía que tenías dificultades quedaron reducidas a—: ¡Confiesa al tribunal tus crímenes contrarrevolucionarios! ¿Qué estas tratando de hacer en la incesante lucha contra la mediocridad reaccionaria y el incrementalismo burgués? ¡Creía que eras culpable de hooliganismo malintencionado!

—Joder —murmuró en voz alta—. Tiene que haber un filtro de desconexión… Ah. Perdona, mi interfaz tiene prejuicios ideológicos. ¿Cómo has llegado ahí? ¿Qué estabas tratando de conseguir? Creía que tenías dificultades.

Lentamente, una respuesta emergió burbujeando de la piedra. Las percepciones visuales de Burya se interrumpieron y, durante unos pocos minutos, estuvo a merced de la aterrorizada visión de un muchacho que huía del Margen.

—Ah. Ya. El Festival te ha momificado a la espera de reparaciones. Y ahora estás preparado para ir a otro sitio… ¿Dónde? ¿Qué es eso?

Otra imagen. Estrellas, distancias infinitas, diminutos cuerpos densos y muy calientes durmiendo sin sueños, a años luz de allí. Eclosionando en pleno desierto en una

tormenta de follaje al llegar a un nuevo mundo, floreciendo y agonizando y durmiendo de nuevo hasta la próxima vez.

—A ver si lo he entendido. Primero eras el gobernador. Luego fuiste un niño de ocho años con unos animales parlantes por amigos, condenado por un deseo a vivir «una vida interesante» y montones de aventuras. ¿Y ahora quieres ser una astrosonda? ¿Y quieres que yo, el más próximo delegado del Comité Central de la revolución, te ayude?

No exactamente. Otra visión, esta vez larga y compleja, lastrada por un número de proposiciones políticas que su implante, para gran irritación de Burya, trataba de convertir en diagramas de productividad agrícola que indicaban el progreso hacia la culminación de un plan quinquenal.

—¿Quieres que haga eso? —Burya se encogió—. ¿Pero tú qué piensas que soy, un agente libre? En primer lugar, la Oficina del Conservador me haría fusilar en cuanto me pusiera las manos encima. En segundo lugar, ya no eres el gobernador y aunque lo fueras, si trataras de hacer algo como esto te colgarían en menos que canta un gallo. Por si no te has fijado en los fuegos artificiales de antes, era la flota imperial, o lo que queda de ella, atacando al Festival. En tercer lugar, el comité revolucionario me fusilaría a mí también si propusiera una cosa semejante. Nunca subestimes el conservadurismo intrínseco, que no ideológico, de una idea como la revolución una vez que ha obtenido algo de impulso. No, no es práctico. No entiendo

por qué me haces perder el tiempo con propuestas tan estúpidas. La verdad es que…

Se detuvo. Colina abajo, había algo que estaba haciendo mucho ruido al avanzar sin miramientos por la zona de muerte dejada por las baterías de rayos láser X.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, pero el señor Conejo se había esfumado como una exhalación de aterrorizado pelaje blanco.

Un poste de teléfonos cayó lentamente precediendo al estrépito y un extraño montículo con patas de gallina apareció delante de Burya. Hermana Séptima, sentada en el umbral de la entrada, lo estaba mirando con una sonrisa furiosa.

—¡Burya Rubenstein! —exclamó—. ¡Ven aquí! ¡Alcanzada resolución! ¡Cargamento entregado! ¡Tienes visita!

Esperando un encuentro trascendental, Rachel recorrió la ladera con sus ojos. Alzaron el vuelo y echaron a volar sobre alas de insecto y empezaron a peinar el área en busca de amenazas.

Todos los árboles estaban muertos, quemados por alguna fuerza terrible. Martin observó, lleno de ansiedad, mientras ella registraba el enorme baúl.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una semilla de cornucopia —respondió Rachel mientras le arrojaba un objeto del tamaño de un puño. Lo cogió y empezó a inspeccionarlo detenidamente.

—Aquí dentro está todo —dijo, maravillado—. En miniatura. —Varios miles de billones de ensambladores moleculares y un kilovatio de película ultrafina, células solares para alimentarlos, membranas de filtración termodinámica para extraer las materias primas directamente del entorno, sumados a más potencia de computación que toda la Internet terrícola anterior a la Singularidad. Guardó la semilla en su bolsillo y miró a Rachel—. ¿Tenías alguna razón…?

—Sí. No vamos a tener el original mucho más tiempo. No dejes que el chico la vea. Podría suponer lo que es y hacer alguna tontería. —Siguió adelante. Había una especie de bloque cerca de la cima de la colina y un hombre apoyado en él. La casa del Crítico se encaminó allí, destrozando todo cuanto encontraba en su camino—. Si ese es quien espero que sea…

Empezaron a ascender por la ladera. Todos los árboles estaban muertos. Martin tropezó con una piedra redonda y, con una imprecación, le propinó una patada. Se detuvo al ver que se trataba de un cráneo humano, cubierto por una costra de fibrillas metálicas.

—Aquí ha ocurrido algo malo.

—Qué sorpresa. Deja que yo lleve este cacharro. —El baúl, que ahora estaba funcionando con células de combustible, era difícil de controlar en la ladera cubierta de hierba: la mitad del tiempo tenían que arrastrarlo por encima de algún obstáculo—. ¿Tienes algún as en la manga?

Martin se encogió de hombros.

—¿Acaso parezco un jugador?

Rachel entornó la mirada y lo observó unos segundos.

—Tienes algunas facetas ocultas, querido. Muy bien, si las cosas se ponen feas, yo me encargaré.

—¿Y quién se supone que es ese tío al que vamos a ver?

—Burya Rubenstein. Periodista clandestino radical, gran agitador de los movimientos de resistencia. Dirigió un soviet importante en una importante huelga de trabajadores, hace varios años. Lo exiliaron por sus esfuerzos y tuvo suerte de que no lo fusilaran.

—Y tú vas a entregarle… —Hizo una pausa—. Ah, así que eso es lo que pretendías. Ibais a iniciar una revolución aquí, antes de que el Festival se os adelantara. —Giró la cabeza, pero Vassily no estaba a la vista.

—No exactamente. Solo iba a proporcionarles las herramientas para que pudieran hacerlo si así lo decidían. —

Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano—. A decir verdad, es un plan de contingencia que existe desde hace muchos años, solo que nunca tuvimos una razón lo bastante buena para llevarlo a cabo, un ataque o algo por el estilo. Ahora… bueno, las cosas han cambiado del todo. Por lo que sé, el grupo de Rubenstein ha sobrevivido a la transición a una economía de la abundancia. En esta colonia puede que sean lo más parecido a unas autoridades civiles que hay ahora mismo. Cuando el Festival se aburra y decida marcharse, tal vez no sean capaces de sobrevivir sin una cornucopia. Asumiendo, claro está, que no se la hayan pedido al Festival desde el principio.

El baúl se hundió en el barro y Rachel dejó de hablar durante un rato para concentrarse en llevarlo hasta la cima de la colina.

—¿Y cuál era tu estrategia de salida? —preguntó Martin, que caminaba a su lado.

—¿Estrategia de salida? ¡No necesitamos ninguna estrategia de salida, joder! Solo entregar esto. Y luego desaparecer aprovechando el caos. Buscar un sitio en el que vivir. Establecerse hasta que se reanude el comercio. Y largarnos. ¿Y tú?

—Exactamente lo mismo. Herman suele aparecer al cabo de algún tiempo. ¿Y habías pensado en algún lugar…?

—Una pequeña ciudad llamada Plotsk. —Sacudió violentamente la cabeza—. Pero lo primero es lo primero. Tengo que entregar el paquete. Luego tenemos que dejar al muchachito en algún lugar seguro pero desde el que no pueda seguirnos, ¿no crees? Aparte de eso, estaba preguntándome si… Vaya. Sobre nosotros.

Martin extendió el brazo y le cogió la mano libre.

—¿Estabas preguntándote si podrías librarte de mí?

Lo miró.

—Hmm. ¿Por qué? ¿Es que voy a tener que hacerlo?

Martin aspiró profundamente.

—¿Tú quieres librarte de mí?

Ella sacudió la cabeza.

Martin tiró de ella con suavidad hasta que estuvieron pegados.

—Ni yo —le susurró al oído.

—Además, los dos juntos tenemos más posibilidades que uno solo —dijo—. Podemos vigilarnos las espaldas. Las cosas van a estar difíciles una temporada. Y puede que tengamos que quedarnos por algún tiempo. Años, incluso.

—Rachel. Deja de poner excusas. —Ella suspiró.

—¿Tan transparente soy?

—Tu sentido del deber es peor que… —Al ver que ella hacía ademán de apartarse y que un brillo de advertencia se encendía en sus ojos, se calló. Entonces Rachel se echó a reír con timidez y al cabo de un segundo, se unió a ella.

—La verdad es que se me ocurren personas mucho peores con las que quedarme atrapado en mitad de un planeta atrasado en pleno proceso de recuperación de una revolución, Martin, créeme…

—¡Vale, te creo, te creo! —Ella se inclinó, lo besó, con fuerza, y luego lo soltó.

Ahora el baúl avanzaba con más facilidad y la ladera de la colina estaba empezando a allanarse. El bloque que había en lo alto despedía un resplandor amarillento a la luz del atardecer y el hombre que había estado apoyado en él estaba enfrascado en una animada conversación con el enorme Crítico. Cuando se le aproximaron, se volvió hacia ellos: un hombre menudo y de miembros fuertes con una mata de pelo rebelde, perilla y el arcaico detalle de unos quevedos. A juzgar por el estado de su ropa, llevaba algún tiempo en los caminos.

—¿Quién sois? —inquirió con tono agresivo.

—¿Burya Rubenstein? —preguntó Rachel con voz cansada.

—¿Sí? —Le lanzó una mirada suspicaz—. ¡Tienes contramedidas!

—Paquete para Burya Rubenstein, jefe del Partido Revolucionario Democrático, Planeta de Rochard. No se va a creer de dónde venimos ni las vueltas que hemos tenido que dar para traérselo.

—Ah… —Miró el baúl y luego a Rachel de nuevo—. ¿Quiénes me ha dicho que eran?

—Amigos de la Vieja Tierra —gruñó Martin—. Y también supervivientes hambrientos y sucios de un naufragio.

—Bueno, pues me temo que aquí no van a encontrar una hospitalidad como dios manda —dijo Rubenstein mientras señalaba el lugar con un ademán—. ¿La Vieja Tierra, dice? ¡Eso sí que es un largo camino para traer un paquete! ¿Y de qué se trata, exactamente?

—Es una máquina cornucopia. Una factoría autorreplicante, completamente programable. Y es suya. Un regalo de la Tierra. Pensamos que tal vez tuvieran ganas de empezar una revolución industrial. Al menos lo pensamos antes de enterarnos de lo del Festival.

Rubenstein echó la cabeza atrás y empezó a reírse a mandíbula batiente. Rachel parpadeó.

—¿Y eso qué significa exactamente? —preguntó con tono de irritación—. He recorrido cuarenta años luz, corriendo no pocos riesgos, para traer un paquete por el que hubiera matado usted hace solo seis meses. ¿Haría el favor de explicarse?

—Oh, señorita, disculpe. No pretendía ofenderla. Si me hubiera entregado esto hace cuatro semanas, habría cambiado usted el curso de la historia, de eso no hay duda. Pero, mire —se irguió y su expresión cobró mayor sobriedad— hemos tenido máquinas como esa desde el primer día del Festival. Y, para lo que nos han servido, casi preferiría no haber puesto jamás los ojos en una.

Rachel lo miró de nuevo.

—Bueno, eso confirma mis sospechas. Confío en que tenga tiempo de explicarme lo que ha estado pasando mientras yo estaba embarcada en esta misión estúpida —pidió con tono exigente.

—La revolución empezó hace… ah, tres semanas —Burya dio una vuelta alrededor del baúl para inspeccionarlo—. Las cosas no fueron como habíamos previsto, como sin duda le explicará nuestro amigo el Crítico. —Se sentó en el baúl—. Solo el Escatón sabe para qué están aquí los Críticos o el Festival. No estábamos preparados para lo que ocurrió. Nadie lo estaba. Mis sueños son cooptados por reuniones de comité, ¿lo sabía usted? La revolución duró dos semanas.

Ese fue el tiempo que necesitamos para darnos cuenta de que nadie nos necesitaba. Estado crítico emergente. Aquí la Hermana ha estado mostrándome las consecuencias… malas consecuencias. —Bajó la cabeza—. Me han dicho que los supervivientes de la flota han llegado a la capital. La gente acude a ellos a centenares. Quieren seguridad y, ¿quién puede culparlos?

—A ver si lo he entendido. —Rachel se apoyó en el enorme bloque de ámbar—. ¿Ya no quiere cambiar el sistema?

—¡Oh, no! —Burya se puso en pie, agitado—. Pero el sistema ya no existe. Y no fue destruido por comités, soviets o grupos de trabajadores. Fue destruido cuando los deseos de la gente se hicieron realidad. Pero, vamos, vamos. ¡Tienen pinta de haber estado en una batalla! Hay refugiados por todas partes, ¿saben? Cuando haya terminado aquí, regresaré a Plotsk y veré lo que puedo hacer para reforzar la estabilidad. A lo mejor les gustaría venir conmigo.

—Estabilidad —repitió Martin—. Um… ¿Y qué tiene que hacer aquí? Quiero decir, esto parece muy alejado de la civilización. —Por lo que Rachel podía ver, era una forma muy discreta de decirlo. Recorrer toda esa distancia solo para descubrir que llegaba tarde para cambiar la historia; que el Festival había arrojado una civilización planetaria entera en una licuadora de información y había apretado el botón de máxima potencia. Era un poco excesivo para ella, y, además, estaba cansada, mortalmente cansada. Había

hecho todo lo que había podido, igual que Martin. Tres semanas. Si Martin hubiera fallado…

—Hay alguien dentro de ese bloque —dijo Rubenstein.

—¿Qué? —Un complejo modelo tridimensional de la colina se desplegó frente a los distribuidos ojos espía de Rachel. Allí estaba Vassily, ascendiendo por la otra ladera. Aquí estaba Martin. Y el bloque…

—El ocupante —asintió Burya— sigue vivo. De hecho, quiere unirse al Festival en calidad de pasajero. No me extraña. Desde su punto de vista tiene sentido. Pero tengo la impresión de que el comité de emergencia podría no estar de acuerdo: ellos preferirían verlo muerto. Las fuerzas reaccionarias tampoco estarían de acuerdo, pero por razones diferentes: quieren recuperarlo. Antes era el gobernador del planeta, ¿sabe? Hasta que se hicieron realidad demasiados deseos suyos. Abandono del deber. —Burya parpadeó—. Nunca lo hubiera dicho, pero…

—Ah. ¿Y qué problema hay para unirse al Festival?

—Llamar su atención. El Festival intercambia información por servicios. Les ha contado todo lo que sabe. Lo mismo que yo. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Eso es ridículo —dijo Martin—. ¿Quiere decir que el Festival solo acepta pasajeros que pagan su billete?

—Por muy extraño que pueda parecer, así fue como los Críticos y el Margen subieron a bordo. Los Críticos pagan su pasaje suministrando comentarios de alto nivel sobre todo lo que encuentran. —Burya volvió a sentarse.

Martin gritó: —¡Eh! ¡Crítico!

Al pie de la colina Hermana Séptima se incorporó.

—¿Pregunta? —tronó—. ¿Cómo vas a volver a casa? —le gritó Martin.

—¡Fin de Crítica! Intercambio ascensional.

—¿Podrías llevar un pasajero?

—¡Oh! —Hermana Séptima empezó a ascender la ladera de la colina—. ¿Interrogativa de identidad?

—El que está dentro de esa celda vitrificada. Me han dicho que antes era el gobernador del planeta.

El Crítico se acercó lentamente. Rachel trató de no apartarse de la peste a verduras pasadas que despedía.

—Puedo llevar cargamento —dijo Hermana Séptima con voz profunda—. Da razón.

—Um. —Martin miró a Rachel de soslayo—. El Festival asimila información, ¿no? Nosotros veníamos con la flota. Tengo una historia interesante que contar.

Hermana Séptima asintió.

—Información. Útil, sí, baja entropía. ¿El pasajero está…?

—Vitrificado —la interrumpió Burya—. Por el Festival, según parece. Por favor, sé discreta. Algunos de mis camaradas no estarían de acuerdo. Y en cuanto a los reaccionarios…

Un sexto sentido o algo parecido hizo que Rachel se volviera. Era Vassily. Había rodeado la base de la colina y, por alguna razón, había ascendido por la otra cara. Vio que llevaba en la mano la empuñadura de un cuchillo al que aparentemente le faltaba la hoja. Tenía una expresión de locura en el rostro.

—¿Burya Rubenstein? —preguntó con voz entrecortada.

—Soy yo. ¿Y tú quién eres? —Rubenstein se volvió hacia el recién llegado.

Vassily dio dos pasos hacia él, casi tambaleándose, como una marioneta manejada por un borracho.

—¡Soy tu hijo, maldito bastardo! ¿Te acuerdas de mi madre?

—Oh, mierda. —De repente Rachel empezó a percibir el zumbido de la estática que estaba tratando de confundir a sus implantes, de decirles que aquello no estaba ocurriendo,

que allí no había nadie. Las cosas estaban más claras, mucho más claras. Así que allí había otra persona con implantes de alto nivel.

—¿Mi hijo? —Burya puso cara de perplejidad un momento y entonces su expresión se iluminó—. ¿Dejaron que Milla se quedara contigo después de mi exilio? —Se puso en pie—. Hijo mío…

Vassily atacó, sin elegancia pero con todas sus fuerzas. Pero Burya ya no estaba allí cuando el cuchillo descendió. Martin lo había derribado desde atrás y había caído de bruces al suelo.

Con un agudo chirrido, el cuchillo de fuerza atravesó la carcasa de la cornucopia y cortó millones de delicados circuitos. Brotó una luz rutilante y se extendió un olor a levadura fresca mientras Vassily trataba de sacar el arma. El cuchillo, un monofilamento superconductor tensado por un campo magnético potentísimo, era capaz de atravesar cualquier cosa. Martin rodó por el suelo y levantó la mirada al mismo tiempo que Vassily, con una máscara de muerte sobre el rostro, avanzaba hacia él y levantaba el arma. Se oyó un zumbido fugaz y Vassily puso los ojos en blanco; y entonces se desplomó.

Con un dolor ardiente en los brazos y el pecho, Rachel bajó el arma y volvió a velocidad normal. Jadeando, con el

corazón desbocado. Como siga haciendo esto, voy a morir muy pronto.

—Maldita sea, ¿es que no había nadie en esa flota que no tuviera un plan secreto? —se quejó.

—Parece que no. —Martin trató de levantarse.

—¿Qué ha pasado? —Burya miró a su alrededor, aturdido.

—Creo… —Rachel miró el baúl. Era una visión ominosa y desoladora: el cuchillo de fuerza había atravesado gran cantidad de células de síntesis y, evidentemente, algunos de los tanques de combustible estaban perdiendo su contenido más deprisa de lo que los programas de reparación podían arreglarlos—. Podría ser mala idea quedarse por aquí. ¿Hablamos de ello de camino a Plotsk?

—Sí. —Burya bajó el cuerpo de Vassily del baúl y lo alejó unos pasos de allí—. ¿De verdad es mi hijo?

—Es probable. —Rachel hizo una pausa para inhalar profundamente—. Me lo he preguntado alguna vez. Por qué estaba a bordo, me refiero. No podía ser un error. Y ahí está, venía a por usted… programado para ello, creo. La Oficina del Conservador debió de pensar que si había revolución, usted la lideraría. Hijo bastardo, madre caída en desgracia, fácilmente reclutable. ¿Suena plausible?

Hermana Séptima se había acercado y estaba husmeando la celda vitrificada que ocupaba el casi fallecido Duque Felix Politovsky.

—Festival carga pasajero pronto —tronó—. ¿Cuentas historia? ¿Cumples palabra?

—Luego —dijo Martin.

—Vale. —Hermana Séptima mordisqueó el aire—. Tienes saldo deudor con banco de mitología. ¿Vamos Plotsk pronto ya?

—Antes de que el equipaje estalle —asintió Martin. Se levantó, un poco mareado, y se encogió de dolor al pasar el peso a la otra pierna—. ¿Rachel?

—Voy. —Los puntos negros casi habían inundado su campo visual—. Vale. Um, si podemos atarlo y meterlo en esa cabaña ambulante, podremos trabajar más tarde en el lavado de cerebro. Ver si es algo más que un asesino programado.

—Por mí de acuerdo. —Burya guardó silencio un momento—. No me esperaba esto.

—Ni nosotros —replicó ella, parca—. Vamos. Larguémonos de aquí antes de que esto explote.

Juntos se alejaron tambaleándose de la crepitante bomba revolucionaria y de la última reliquia del antiguo régimen y emprendieron el camino colina abajo que conducía a la carretera de Plotsk.

EPÍLOGO

Cuando la noticia de la milagrosa aparición del almirante Kurtz en el palacio ducal se difundió por la ciudad, una tenue cortina de normalidad empezó a posarse. Los comités revolucionarios centrados en el Mercado de Grano asistieron alarmados a la situación, pero la gente normal se mostró mucho menos interesada. La mayoría de ellos estaban confundidos, desorientados y profundamente enajenados por la extrañeza de los tiempos que estaban viviendo. Los demás, o al menos la gran mayoría, habían abandonado ya la ciudad. Los supervivientes se acurrucaban unos junto a otros entre las ruinas de sus certidumbres, comiendo el maná de las máquinas del Festival y entregados al rezo.

La misteriosa evolución de la salud de Kurtz continuó. Como había señalado Robard, las enfermedades relacionadas con la senectud eran muy raras entres los

supervivientes del Festival, y no era por casualidad. Siguiendo los consejos del agente del Conservador, el almirante anunció magnánimamente una amnistía para todos los elementos progresistas y un período de reconstrucción e introspección colectiva. Muchos de los revolucionarios restantes aprovecharon la ocasión para ocultarse en los abarrotados campos o huir de la ciudad, en algunos casos llevando consigo semillas de cornucopia. El Planeta de Rochard estaba muy poco colonizado y una campiña desierta y virtualmente inexplorada se extendía apenas a trescientos kilómetros de la ciudad. Aquellos que no soportaban el regreso al status quo emprendieron la marcha.

También a instancias de la Oficina del Conservador, el almirante no envió tras ellos a las fuerzas milicianas. Ya habría tiempo más adelante para ocuparse de los disidentes, señaló Robard. Tiempo de sobra una vez que hubieran muerto de hambre durante el invierno.

Algunos botes más lograron aterrizar intactos, en la pista situada detrás del palacio. El cielo se cubrió de luces azuladas que dejaban largas estelas tras de sí: la marcha de los hijos del Festival. En las calles las babushkas levantaban la mirada, hacían el signo del mal de ojo y escupían para saludar el fin de los malos tiempos. Una de las astrosondas que partía llevaba en su interior la esencia codificada del viejo duque. Pero muy pocos lo sabían y a casi nadie le importaba. Gradualmente, las factorías orbitales del Festival llegaron al

fin de su vida útil y empezaron a apagarse. Poco a poco, los teléfonos dejaron de sonar. Ahora la gente los utilizaba para llamarse. Hablar era agradable y las familias y amigos dispersos volvieron a encontrarse utilizando el medio impreciso de la red telefónica. El agente de la Oficina del Conservador lo pensó y finalmente llegó a la conclusión de que no podía hacerse nada al respecto. No hasta que se hubieran reanudado las comunicaciones con el planeta madre, en todo caso.

Las cosas ocurrieron de modo diferente en Plotsk. La remota ciudad estaba separada de la capital por desplazamientos de tierra y estructuras extrañas y peligrosas que habían vuelto impracticables las carreteras. Allí, el comité revolucionario se había ido transformando, primero en un consejo municipal provisional, y luego en un gobierno en toda regla. Los campesinos empezaron a ocupar las numerosas granjas que rodeaban la ciudad, abandonadas cuando la tierra parecía haberse convertido en algo superfluo. Llegaron desconocidos huyendo del caos que reinaba en los asentamientos más pequeños y había espacio para todos. El camarada Rubenstein, del Comité Central, anunció su decisión de instalarse allí. Tras una acalorada escaramuza dialéctica con el gobierno, se avino a limitarse a publicar un periódico de noticias y a dejar las cuestiones ideológicas a espíritus menos mercuriales. Se trasladó al apartamento de Havlicek el Prestamista, situado sobre su tienda, en la Calle Principal, junto con un joven que no

hablaba mucho y al que no se vio el pelo durante la primera semana (lo que proporcionó mucho y fértil material para las lenguas más viperinas). En el pequeño patio que había detrás de su taller burbujeaban y humeaban extrañas estructuras y corría el rumor de que Rubenstein practicaba las extrañas artes de la milagrería tecnológica que había sacudido los cimientos del estado no hacía mucho. Pero nadie lo molestaba, porque la policía local estaba a sueldo del gobierno, quien no era tan necio como para enemistarse con un peligroso mago e ideólogo revolucionario.

Otra pareja curiosa se estableció en el piso situado sobre la vieja ferretería de Marcus Wolff. No hablaban demasiado pero el hombre barbudo poseía una notable habilidad con las herramientas. Entre los dos reconstruyeron la tienda y luego la abrieron al público. Tenían una pequeña colección de cerraduras y relojes y reconstruían teléfonos y aparatos más exóticos, que guardaban en los viejos y negros armarios de roble que poseía la tienda. Los cambiaban por comida, ropa y carbón y los rumores hablaban de la fuente de aquellos aparatos maravillosos que vendían a tan bajo precio: objetos que hubieran costado una fortuna en la capital de la metrópolis (y no digamos en una pequeña ciudad colonial). El suministro parecía inagotable y el cartel que colgaba sobre el escaparate de la tienda estaba peligrosamente cerca de la subversión: ACCESO A HERRAMIENTAS E IDEAS. Pero nada provocaba tantos comentarios como la conducta de su compañera: una mujer

alta y delgada con el pelo negro y corto que algunas veces salía sin sombrero y sola, solía regentar la tienda cuando su marido estaba ausente y hasta se atrevía a despachar a desconocidos.

Antes del Festival, esta conducta hubiera provocado toda clase de comentarios, y puede que incluso una visita de la policía y una llamada a la Oficina del Conservador. Pero en estos tiempos extraños, a nadie parecía importarle: y el radical Rubenstein no era un visitante infrecuente de su tienda, donde obtenía interesantes componentes para su máquina de impresión. Era evidente que tenían amigos peligrosos, lo que bastaba por sí solo para impedir que los vecinos cotillearan demasiado… a excepción de la viuda Lorenz, quien parecía pensar que era su deber enfrentarse con la mujer (de quien sospechaba que era judía o soltera o cualquier cosa igualmente siniestra).

Durante los nueve meses posteriores a la marcha del Festival, el verano se deslizó hacia las frías y lluviosas profundidades del otoño: el sol ocultó su rostro y el viento cerró su gélida garra sobre la tierra. Martin pasaba muchas mañanas registrando el suministro de barras de metal que había reunido durante el verano, introduciendo piezas en la pequeña fábrica de la bodega, entrenando sus manos en la fabricación de herramientas con los primitivos instrumentos que tenía a su disposición. Moldes de diamante, hornos de arco voltaico, máquinas procesadoras controladas por números: estas, sus herramientas, las había sacado de la

fábrica y las había utilizado a su vez para crear otras herramientas que los granjeros y tenderos de su entorno pudieran comprender.

Mientras Martin ocupaba el tiempo en estos quehaceres, Rachel cuidaba de la casa y de la tienda, conseguía ropa y comida, compraba espacios publicitarios en el periódico de Rubenstein y mantenía los ojos abiertos por si había problemas. Vivían juntos como marido y mujer, respondiendo a la curiosidad de los vecinos con miradas vacías y un encogimiento de hombros que venía a decir Ocupaos de vuestros asuntos. La vida era primitiva, y sus recursos y comodidades estaban limitados, tanto por lo que estaba disponible como por las exigencias de llevar una vida que no despertara sospechas. Aunque después de que el invierno empezara a morder, la instalación aislante preparada por Martin a base de espumas y bombas de calor los mantenía tan calientes que uno o dos de los vecinos más osados desarrollaron el hábito de pasar más tiempo del deseable en la tienda.

Una gélida mañana, Martin despertó con dolor de cabeza y la boca seca. Por un momento no pudo recordar dónde se encontraba: abrió los ojos y levantó la mirada hacia una deslucida cortina blanca. Alguien murmuró unas palabras en su sueño y se pegó a él. ¿Cómo he llegado aquí? Esta no es mi tienda. Esta no es mi vida… La sensación de alienación era profunda. El recuerdo regresó como una crecida sobre las llanuras polvorientas. Rodó sobre sí mismo, alargó un brazo

y apretó los hombros dormidos de Rachel contra su pecho. Los lejanos emisores trinaban en el fondo de su cabeza: todas las defensas estaban en su sitio. Rachel musitó, se estiró y bostezó.

—¿Estás despierta? —le preguntó en voz baja.

—Sí. Ah… ¿Qué hora es? —La luz del amanecer le hizo parpadear. Tenía el cabello revuelto y los ojos hinchados de sueño; una punzada de afecto lo recorrió de la cabeza a los pies.

—Ya ha amanecido. Hace un frío de muerte. Disculpa. —Volvió a abrazarla y entonces sacó los pies de la cama y salió al gélido dormitorio. La escarcha se había colado al interior de las ventanas. Tratando de no pisar el suelo de madera, se puso las zapatillas de felpa, sacó el orinal y lo utilizó. Se puso una ropa interior helada que había sacado del arcón de la cama y a continuación bajó a la bodega para inspeccionar el quemador de carbón, que seguía encendido. Un poco de agua, hervirla y enseguida tendrían café: un lujo milagroso, ajeno al hecho de que era falso, producto de una máquina cornucopia. Puede que en una semana o dos la espita geotérmica diera un poco más de calor. Por ahora, cualquier cosa que no fuera helarse era un éxito frente al fiero invierno de la estepa.

Rachel se había levantado. El suelo de madera crujía bajo sus pasos, mientras ella bostezaba y se ponía la camisa y la

ropa interior. Martin bajó al piso inferior para abrir el horno y encender un nuevo fuego. Tenía las manos demasiado frías y se las frotó con fuerza para reactivar la circulación. ¿Hoy no es día de mercado?, se preguntó. Granjeros a montones. Puede que vendamos algo. Estuvo a punto de pellizcarse. ¿En qué me estoy convirtiendo? Metió las cenizas frías en un cubo de hojalata y limpió la rejilla del horno. Algo se movió tras él. Se volvió. Rachel estaba vestida para salir: su voluminoso traje marrón la cubría hasta las suelas de los zapatos y se había tapado el pelo con un pañuelo. Con un fuerte nudo por debajo de la barbilla, a la moda local. Solo se le veía la cara.

—¿Vas a salir? —preguntó.

—Hay mercado esta mañana. Quiero comprar un poco de pan y puede que una gallina o dos. Si espero más habrá demasiada gente. —Apartó la mirada—. Brrr. Hace frío, ¿no?

—Cuando regreses esto ya debería de estar más caldeado. —Terminó de poner carbones en la rejilla y utilizó un pequeño fragmento de magia familiar: la luz se encendió con rapidez y se extendió ávidamente sobre las superficies de antracita. Martin se volvió hacia el horno—. Seguro que hoy vendemos mucho. El dinero…

—Cogeré un poco de la caja. —Se inclinó y lo rodeó con los brazos tranquilizadora y sólida, ataviada a la guisa de la

mujer de un artesano local. Apoyó la barbilla sobre su hombro con familiaridad.

—Tienes buen aspecto esta mañana. Maravilloso.

Rachel sonrió y tiritó.

—Adulador. Me pregunto cuánto más podremos aguantar aquí…

—¿Podremos? ¿O tendremos?

—Um. —Lo pensó un momento—. ¿Te está afectando?

—Sí. Un poco. —Se rió entre dientes—. Esta mañana, mientras limpiaba la rejilla, me he sorprendido pensando como un tendero. Sería muy fácil acomodarse a esta rutina. ¿Cuánto hace ya, ocho meses? Viviendo esta vida tranquila. Casi nos puedo imaginar establecidos aquí, criando una familia, sumiéndonos en la oscuridad.

—No funcionaría. —Sintió que se ponía tensa bajo sus brazos y le frotó los hombros—. No envejeceríamos como los demás. Las fronteras volverán a abrirse dentro de un año y entonces, bueno… Yo ya he tenido hijos. No funcionaría, créeme. Alégrate de haberte hecho esa vasectomía reversible. ¿O has pensado cómo sería andar de acá para allá con un niño en brazos?

—Oh, ya lo sé. —Siguió moviendo las manos en pequeños círculos hasta que ella se relajó un poco. El grueso tejido, muchas capas para contener el frío, se movía bajo las yemas de sus dedos—. Lo sé. Tenemos que marcharnos, cuanto antes mejor. Lo que pasa es que esto es tan… tranquilo. Apacible.

—Las tumbas también lo son. —Se apartó de él con los brazos extendidos y lo miró fijamente. Martin volvió a contener el aliento: porque cuando lo hizo, la encontró insoportablemente hermosa—. Esto es la Nueva República, ¿no? No es un buen lugar para vivir, Martin. No es seguro. La ciudad está en estado de shock. Es como si, colectivamente, estuvieran pasando una fase de negación. ¡Todos sus deseos concedidos durante tres meses y resulta que no fue suficiente! Cuando despierten, buscarán la vieja manta, la que conocen de toda la vida. El lugar se llenará de agentes de la Oficina del Conservador e informadores, y esta vez tú no tendrás un contrato con el Almirantazgo ni yo un pasaporte diplomático. Tendremos que marcharnos.

—Y tus jefes… —No pudo continuar.

—Fácil viene, fácil se va. —Se encogió de hombros—. No es la primera vez que me tomo un permiso. Esto no es un permiso: es agachar la cabeza y esperar a que aparezca una salida. Pero si pudiéramos regresar a la Tierra, hay montones de cosas que me gustaría hacer contigo. Juntos. Entonces

podremos hacer planes. Aquí, si nos quedamos, alguien hará los planes por nosotros. Junto con todo lo demás.

—Está bien. —Se volvió de nuevo hacia la cocina: una saludable claridad roja brillaba bajo los carbones que el calentador adiabático había prendido—. Hoy, el mercado. Puede que esta noche podamos pensar en cuándo…

Alguien llamó a la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Martin. Dejó la estufa y recorrió la fría y oscura tienda. Abrió la ranura del correo—. ¿Quién anda ahí?

—¡Telegrama! —dijo una voz aguda y sin aliento—. ¡Telegrama para Maese Springburg! —Con un traqueteo de cerrojos, Martin entreabrió la puerta. Cegadora nieve blanca y un mensajero de la estafeta de correos con un uniforme rojo que lo miraba desde el umbral—. Telegrama. Para el herrero.

—Ese soy yo —dijo. El muchacho esperó: Martin buscó a tientas unos pocos kopecs para darle una propina y a continuación cerró la puerta y se apoyó en ella con el corazón desbocado. ¡Un telegrama!

—¡Ábrelo! —Rachel se le acercó con los ojos llenos de ansiedad, esperanza y sorpresa—. ¿De quién?

—Es de Herman… —Abrió el sobre y, con la boca seca, empezó a leer.

A: MARTIN SPRINGFIELD Y RACHEL MANSOUR

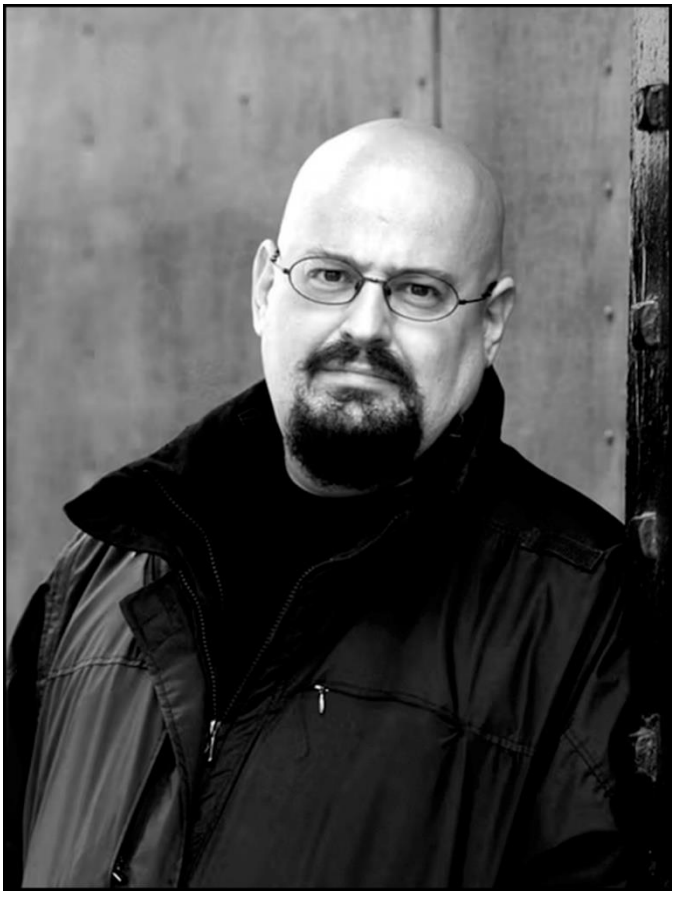
FELICITACIONES POR VUESTRO NIÑO.

TENGO ENTENDIDO QUE NACIÓ EN LA ÓRBITA DEL PLANETA DE ROCHARD Y POCO DESPUÉS PARTIÓ EN DIFERENTES DIRECCIONES. AUNQUE SÉ QUE ESTÁIS CANSADOS, PUEDE QUE OS INTERESE SABER QUE ESTOY PREPARANDO UN IMPORTANTE NEGOCIO EN CASA. SI QUERÉIS PARTICIPAR, DOS BILLETES OS ESPERAN EN LA OFICINA CENTRAL DE CORREOS DE NOVY PETROGRAD.

PD: TENGO ENTENDIDO QUE LA PRIMAVERA ES UNA ESTACIÓN INSALUBRE EN PLOTSK. NO OS DEMORÉIS.

Aquel mismo día, más tarde, se declaró un incendio en la vieja ferretería de Wolff, que ardió por los cuatro costados… víctima, según los rumores locales, de la negligencia de su extraño propietario. La última vez que alguien lo había visto estaba saliendo de la ciudad en un carruaje alquilado, en compañía de su mujer y con un pequeño bolso por todo equipaje. Nadie volvió a verlos en Plotsk y se desvanecieron en la capital como una gota de tinta en un océano azul: perdidos en las turbulencias y la excitación que rodearon la llegada de la primera nave espacial desde la partida del Festival, un carguero de Viejo Calais.

En realidad no se habían perdido pero, como suele decirse, esa es otra historia. Y antes de contárosla, hay algunos deseos que querría que me concedierais…



ACERCA DEL AUTOR

CHARLES STROSS

Charles David George "Charlie" Stross (nacido el 18 de octubre de 1964) es un escritor británico de ciencia ficción y fantasía. Stross se especializa en ciencia ficción dura y ópera espacial.

Primeros años y educación

Stross nació en Leeds, Inglaterra. Desde temprana edad mostró interés por la escritura y escribió su primer relato de ciencia ficción a los 12 años. Se graduó en Farmacia en 1986 y obtuvo su título de farmacéutico en 1987. En 1989, se matriculó en la Universidad de Bradford para cursar un posgrado en informática. En 1990, comenzó a trabajar como redactor técnico y programador. En 2000, empezó a trabajar como escritor a tiempo completo, inicialmente como redactor técnico, pero luego alcanzó el éxito como novelista.

Carrera

En las décadas de 1970 y 1980, Stross publicó algunos artículos sobre el juego de rol Advanced Dungeons & Dragons en la revista White Dwarf. Algunas de sus criaturas, como el caballero de la muerte, el githyanki (nombre tomado de la novela de George R.R. Martin de 1977, Dying of the Light), el githzerai y el slaad (una raza caótica de humanoides con aspecto de rana), se publicaron posteriormente en el compendio de monstruos Fiend Folio para el juego de rol Dungeons & Dragons.

Su primer cuento publicado, The Boys, apareció en Interzone en 1987. Una colección de sus cuentos, Toast: And Other Rusted Futures, se publicó en 2002; cuentos

posteriores han sido nominados al Premio Hugo, al Premio Nebula y a otros premios. Su primera novela, Singularity Sky, fue publicada por Ace Books en 2003 y también fue nominada al Premio Hugo. Su novela corta The Concrete Jungle (publicada en The Atrocity Archives) ganó el premio Hugo en su categoría en 2005. Su novela Accelerando ganó el Premio Locus 2006 a la Mejor Novela de Ciencia Ficción, fue finalista del Premio John W. Campbell Memorial a la Mejor Novela de Ciencia Ficción, y estuvo en la lista final de nominados al Premio Hugo en la categoría de mejor novela. Glasshouse ganó el Premio Prometheus 2007 y estuvo en la lista final de nominados al Premio Hugo en la categoría de mejor novela; la traducción alemana Glashaus ganó el Premio Kurd-Laßwitz 2009. Su novela corta Missile Gap ganó el Premio Locus 2007 a la mejor novela corta, y recibió el Premio Edward E. Smith Memorial o Skylark en Boskone 2008.

Entre 1994 y 2004, también fue un colaborador activo de la revista Computer Shopper, donde escribía su columna mensual sobre Linux. Dejó de escribir para la revista para dedicar más tiempo a la novela. Sin embargo, continúa publicando artículos como freelance en internet.

Su novela The Atrocity Archives (2004) detallaba una agencia de inteligencia británica encargada de investigar horrores de otro mundo; utilizando ideas similares a las del libro de rol Delta Green (1996), Stross escribió en el epílogo del libro: «Lo único que puedo decir en mi defensa es... que

no había oído hablar de Delta Green cuando escribí The Atrocity Archive... Lo dejaré ahí, salvo para decir que Delta Green estuvo a punto de hacerme volver a coger los dados».: 247

Rogue Farm, su cuento de 2003, fue adaptado a una película animada homónima que se estrenó en agosto de 2004.

Stross fue uno de los Invitados de Honor en Orbital 2008, y en la Convención Nacional Británica de Ciencia Ficción (Eastercon) en marzo de 2008. Fue el Autor Invitado de Honor en la Convención Regional de Ciencia Ficción de Maryland (Balticon) en mayo de 2009. Fue el Autor Invitado de Honor en Fantasticon (Dinamarca) en agosto de 2009. Fue el Invitado de Honor en Boskone 48 en febrero de 2011.

Cubicle 7 utilizó su licencia de juego de rol básico para crear The Laundry (2010), basada en los escritos de Stross, en la que los agentes deben lidiar tanto con los dioses externos como con la burocracia del Reino Unido.

En septiembre de 2012, Stross publicó The Rapture of the Nerds, una novela escrita en colaboración con Cory Doctorow. Ambos también han participado juntos en el movimiento de licencias y derechos de autor de Creative Commons. En diciembre de 2017 dio una charla en la conferencia de hackers 34C3.

Premios

Accelerando ganó el premio Locus 2006 a la mejor novela de ciencia ficción. Missile Gap ganó el premio Locus 2007 a la mejor novela corta. The Concrete Jungle (contenido en The Atrocity Archives) ganó el premio Hugo a la mejor novela corta en 2005; Palimpsest, incluido en Wireless, ganó el mismo premio en 2010, y Equoid en 2014. Glasshouse ganó el premio Prometheus 2009 a la mejor novela; Stross fue finalista a la mejor novela en 2009 por Saturn's Children y ha sido nominado otras cuatro veces por Iron Sunrise (en 2005), Accelerando (2006), The Revolution Business (2010) y Annihilation Score (2016). El Códice del Apocalipsis ganó el Premio Locus 2013 a la Mejor Novela de Fantasía. La obra de Stross también ha sido nominada a otros premios, entre ellos el Premio John W. Campbell Memorial, el Premio Arthur C. Clarke, y el Premio Hugo a la Mejor Novela, así como el Premio Seiun japonés.

Vida personal

Stross cree ser autista, pero no tiene intención de buscar un diagnóstico profesional.